

TESIS DE MAESTRÍA

**DIFERENTES MIRADAS SOBRE EL ABORIGEN
EN LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO FUEGUINO
CIENTÍFICOS Y RELIGIOSOS EN TIERRA DEL FUEGO
(1826-1924)**



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

TESIS DE MAESTRÍA

DIFERENTES MIRADAS SOBRE EL ABORIGEN EN LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO FUEGUINO CIENTÍFICOS Y RELIGIOSOS EN TIERRA DEL FUEGO (1826-1924)

Lucas Potenze

potenzelucas@gmail.com

Directora de Tesis

Dra. Francis Korn

CONTENIDO

1.	INTRODUCCIÓN	1
2.	ANTECEDENTES Y CONTEXTO	6
2.1.	LOS PRIMEROS CONTACTOS: EL PROBLEMÁTICO “ENCUENTRO DE CULTURAS”	6
2.2.	BASES DE UNA CONVIVENCIA INESTABLE	8
2.3.	RELACIONES EN TIEMPOS DEL VIRREINATO Y TRAS LA REVOLUCIÓN	11
2.4.	MÁS ALLÁ DEL RÍO NEGRO	13
3.	NOTICIAS DE LA TIERRA DEL FUEGO	18
	LOS VIAJEROS CIENTIFICOS INGLESES: FITZ-ROY Y DARWIN	18
3.1.	LA EXPEDICIÓN DEL BEAGLE	18
3.2.	LOS PRIMEROS CONTACTOS	19
3.3.	EL DIARIO DE FITZ ROY	22
3.4.	EL ROBO DE LA BALLENERA Y LA TOMA DE REHENES	24
3.5.	FUEGUINOS EN INGLATERRA	27
3.6.	EL SEGUNDO VIAJE DEL <i>BEAGLE</i>	31
3.6.1.	PREPARATIVOS: CHARLES DARWIN	31
3.6.2.	DARWIN Y FITZ-ROY	32
3.6.2.1.	PRIMEROS ENCUENTROS CON LOS FUEGUINOS	36
3.6.2.2.	EL INTENTO DE INSTALACION DE LA COLONIA CRISTIANA	37
3.6.3.	LOS FUEGUINOS SEGÚN DARWIN	40
3.6.4.	LAS CONCLUSIONES DE FITZ-ROY	44
3.7.	DARWIN ENTRE BÁRBAROS Y CIVILIZADOS	45
4.	LA MISIÓN ANGLICANA	54
4.1.	LOS INICIOS DE LA OBRA MISIONERA	54
4.2.	THOMAS BRIDGES Y LA MISIÓN DE USHUAIA	63
4.3.	OTRAS MIRADAS SOBRE LA MISIÓN	75
4.4.	LA ESTANCIA HARBERTON	81

5.	UN PIONERO NACIDO Y CRIADO: LUCAS BRIDGES	85
5.1.	NIÑEZ Y ADOLESCENCIA ENTRE YÁMANAS	87
5.2.	LOS TIEMPOS DE LA ESTANCIA HARBERTON (1887-1899)	90
5.3.	ACERCAMIENTO A LOS SELK'NAM (1899-1907)	94
5.4.	LA ESTANCIA VIAMONTE (1907-1914)	101
5.5.	TESTIMONIOS CRÍTICOS SOBRE LOS BRIDGES	105
6.	LOS MISIONEROS CATÓLICOS	110
6.1.	LA SITUACION LEGAL DE LOS INDÍGENAS AL TIEMPO DE LA LLEGADA DE LOS MISIONEROS CATÓLICOS	110
6.2.	LA PIA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES	116
6.3.	EL PADRE FAGNANO Y LAS MISIONES FUEGUINAS	120
6.3.1.	LA FORMACIÓN DEL PADRE FAGNANO	120
6.3.2.	FAGNANO EN TIERRA DEL FUEGO	124
6.4.	LA REDUCCION DE LA ISLA DAWSON	129
6.5.	LA MISIÓN DE LA CANDELARIA EN RÍO GRANDE	139
6.6.	TESTIMONIOS CRÍTICOS SOBRE LOS SALESIANOS	146
7.	UN ETNÓGRAFO CONVIVE CON LOS ÚLTIMOS FUEGUINOS: EL PADRE MARTÍN GUSINDE	151
7.1.	FORMACION, VENIDA A CHILE. SUS VIAJES A PATAGONIA Y TIERRA DEL FUEGO	151
7.2.	DE OBSERVADOR CIENTÍFICO A ABANDERADO DE LAS SOCIEDADES FUEGUINAS	165
8.	A MODO DE CONCLUSIÓN	170
8.1.	SOBRE DARWIN Y FITZ-ROY	170
8.2.	SOBRE LOS MISIONEROS PROTESTANTES	179
8.3.	SOBRE LOS SALESIANOS	185
8.4.	SOBRE EL PADRE MARTÍN GUSINDE	195
9.	PALABRAS FINALES	197
	BIBLIOGRAFÍA	200

INDICE DE FIGURAS

FIGURA 1: INDIOS PAMPAS COMERCIANDO EN BUENOS AIRES (1818)	9
FIGURA 2: ANTIGUA CARTA DEL ESTRECHO DE MAGALLANES Y EL PASAJE DE DRAKE	15
FIGURA 3: LA TUMBA DEL COMANDANTE PRINGLE STOKES	21
FIGURA 4. EL CAPITAN FITZ ROY	23
FIGURA 5: LOS REYES DE INGLATERRA GUILLERMO Y ADELAIDA	29
FIGURA 6: CHARLES DARWIN EN UN RETRATO DE 1830	33
FIGURA 7: ABORIGEN YÁMANA EN EL ARCHIPIÉLAGO WOLLANSTON	35
FIGURA 8: EL <i>BEAGLE</i> EN EL CANAL MURRAY	39
FIGURA 9: LOS FUEGUINOS DE FITZ-ROY	42
FIGURA 10: ROSAS EN LA CAMPAÑA DEL DESIERTO	52
FIGURA 11: EL MISIONERO ALLEN GARDINER,	54
FIGURA 12: MAPA DEL CANAL BEAGLE	55
FIGURA 13: LA MASACRE DE WULAIA, SEGÚN UN GRABADO DE LA ÉPOCA	58
FIGURA 14: EL OBISPO WAITE STIRLING EN INGLATERRA CON UN GRUPO DE JÓVENES YÁMANAS	60
FIGURA 15: EL REVDO. THOMAS BRIDGES	63
FIGURA 17: LA FAMILIA DE THOMAS BRIDGES	65
FIGURA 18: EL REVERENDO BRIDGES CON LOS NIÑOS DE LA ESCUELA	68
FIGURA 19: LA ESTANCIA HARBERTON	81
FIGURA 20: ESTEBAN LUCAS BRIDGES	85
FIGURA 21: LAS ETNIAS DE TIERRA DEL FUEGO	92
FIGURA 22: LA DANZA DE LA SERPIENTE	100
FIGURA 21: LUCAS BRIDGES Y SU ESPOSA JEANETTE CAMINANDO POR UNA CALLE DE LONDRES	103
FIGURA 22: LA TUMBA DE LOS BRIDGES, PADRE E HIJO, EN EL CEMENTERIO BRITÁNICO	107
FIGURA 23: OCUPACIÓN MILITAR DEL RIO NEGRO (1896)	111

FIGURA 24: DON BOSCO	116
FIGURA 25: EL PRIMER CONTINGENTE DE RELIGIOSOS SALESIANOS	119
FIGURA 26: MONSEÑOR GIUSEPPE FAGNANO	122
FIGURA 27: RAMON LISTA	125
FIGURA 28: POPPER CON SOLDADOS DE SU PINTORESCO EJÉRCITO EN UNA CACERÍA DE INDIOS	131
FIGURA 29: LA REDUCCIÓN DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL EN LA ISLA DAWSON	134
FIGURA 30: LA MISION DE LA CANDELARIA (2011)	141
FIGURA 31: MARTÍN GUSINDE	151
FIGURA 32: CEMENTERIO DE LA CANDELARIA	153
FIGURA 33: DOS KLOKETEN PINTADOS PARA LA CEREMONIA	154
FIGURA 34: LAS CUATRO ETNIAS DE TIERRA DEL FUEGO INVESTIGADAS POR GUSINDE	157
FIGURA 35: MARTIN GUSINDE Y SUS COMPAÑEROS DEL SCHEJAUS	160
FIGURA 36: DOS NIÑAS SELK’NAM	166
FIGURA 37: EL MAPA DE SUD AMÉRICA Y LA TIERRA DEL FUEGO LEVANTADO POR PARKER KING DURANTE EL PRIMER VIAJE DEL BEAGLE	171
FIGURA 38: LUCAS BRIDGES Y SU ESPOSA EN LA DÉCADA DEL 40	183
FIGURA 39: LOS INDIOS DE LAS MISIONES EN GÉNOVA JUNTO AL PADRE BEAUVOIR	190

1. INTRODUCCIÓN

Una de las leyendas selk'nam que recopiló Martín Gusinde, nos cuenta la historia de Taiyin, el héroe legendario que mató a Taita, la perversa arpía que, en los tiempos míticos en que aún no existía el Estrecho, tenía sometida a toda la gente al acaparar el agua y monopolizar la caza de guanacos. Taiyin mató a esta siniestra hechicera arrojándole una piedra a la cabeza. Sin embargo, la sangre surgida del crimen contaminó las aguas, con lo cual Taita, aún muerta, continuaba sojuzgando al pueblo porque la gente siguió sin poder beber. Entonces Taiyin inicia un segundo acto heroico: después de intentar limpiar las aguas sucias y ver que la tarea era imposible, comienza a lanzar grandes rocas en todas direcciones para abrir nuevos pozos y cursos de agua limpia. El impacto de la roca más grande lanzada hacia el norte es la que abre la tierra y crea el estrecho, dejando convertida en isla la tierra de los Selk'nam: Karukinka. Así, en el origen de este pueblo, la sangre reemplazaba al agua y el precio de recuperar el líquido vital fue el aislamiento de los fueguinos en la isla del fin del mundo¹. Sangre en el principio y sangre en el final, porque si en los tiempos legendarios fue la sangre de una bruja perversa, muchos siglos después fue la llegada del hombre blanco lo que los llevó al exterminio. El hecho de que en un período que apenas superó el cuarto de siglo se aniquiló literalmente a una población que hacía milenios vivía en un mundo si no feliz –lo cual siempre va a hacer una presunción subjetiva- por lo menos estable y respetuosa de la naturaleza, produce una sensación de vergüenza difícil de dulcificar con excusas tales como las ideas dominantes de la época, la fatalidad histórica o la comparación con procesos similares en el resto del mundo.

En la relación entre blancos y aborígenes en el actual territorio de la Argentina, se pueden diferenciar por lo menos tres matrices diferentes. Por un lado, en la zona de las sierras centrales y el noroeste, las civilizaciones de economía agraria, tecnológicamente más desarrolladas, que poseían un tipo más complejo de organización social y en muchos casos estaban vinculados con el sistema mercantil del Incanato, fueron sometidos entre los siglos XVI y XVII y, paradójicamente, sus instituciones más organizadas facilitaron a los conquistadores el dominio sobre comunidades acostumbradas a la vida sedentaria, al reconocimiento de una divinidad y a la dependencia de una

¹ Fabio SELEME, docente de la UTN y la UNPA, publica la leyenda en la página de la Radio Universidad de la UTN de Río Grande. Consultada en <http://www.radiouniversidad.com.ar/2015/05/30/> (01-06-2018)

autoridad. El tipo de explotación económica de esas tierras requería de una mano de obra barata o semi-esclava, lo que hizo que el indígena fuera un bien necesario y que se lo preservara como fuerza de trabajo. En cambio, tanto en las llanuras de la Pampa y la Patagonia como en el bosque chaqueño, las tribus de cazadores-recolectores, con hábitos nómades y economía y organización social mucho más elementales, fueron más refractarios a cualquier tipo de dominación y resistieron por más tiempo el avance de los blancos –quienes a su vez estaban menos interesados en ocupar sus tierras- subordinándose al gobierno de la República recién en el último cuarto del siglo XIX, cuando el ferrocarril, el telégrafo y el fusil de repetición marcaron una diferencia tecnológica imposible de resistir por chuzas y boleadoras.

El tercer tipo sería el de los habitantes de la Patagonia Sur y Tierra del Fuego, tanto los canoeros nómades de los canales como los cazadores ecuestres del continente y pedestres en el norte de la isla Grande, quienes mantuvieron mínimos contactos con el hombre blanco hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando sus tierras cayeron bajo la mirada codiciosa de aquél y fueron fácilmente sometidos por una civilización cuyas mentes, programadas por el positivismo y el darwinismo social no dudaban de su derecho a apropiarse de las extensas praderas que durante milenios habían sido transitadas por el indígena, aun si para ello había que eliminarlo.

La ocupación del llamado desierto y de las islas del extremo austral estuvo marcado por distintos tipos de violencia edificados sobre un proyecto etnocéntrico, racista y despiadado, no muy diferente al que los europeos llevaron a cabo durante la conquista de América o la que, contemporáneamente con la ocupación de Patagonia y Tierra del Fuego, llevaban adelante en África. Se podrán encontrar sutiles diferencias en el discurso, en la justificación filosófica o en la influencia religiosa, pero, en esencia- los resultados fueron similares². Los pensadores de la civilización estaban convencidos de que la extinción de las razas consideradas inferiores era un proceso fatal y, para muchos, un proceso con valor positivo: existían leyes inmutables de la población por las cuales las

² A los números me remito. La población de América que en 1500 debía estar en el orden de los 80 millones, a mediados de siglo no superaba los 10, y si nos limitamos a México, en vísperas de la conquista su población es de unos 25 millones y en el año de 1600 es de un millón (TODOROV, T., 2012: 162). Hanna ARENDT habla de “las más terribles matanzas de la historia reciente, refiriéndose al África, donde la población, en unos pocos años después de 1885, de 20 a 40 millones quedó reducida a ocho millones (1987: 286) El caso fueguino es proporcionalmente similar ya que de las casi 4000 almas que se calculaban para mediados de la década de 1880, GUSINDE contabiliza, sumando selk’nam y yámanas, poco más de 350 personas en 1921.

razas fuertes exterminarían a las débiles, lo que era providencial y útil, sublime y grande³. Entonces, ¿por qué evitarlo?

Pero no todos pensaron así. Hubo excepciones y existieron voces que, –aunque en franca minoría– hicieron lo posible por evitar, o por lo menos mitigar, los excesos cometidos por los conquistadores en todas sus versiones. Estas son las voces que siempre me interesó escuchar y aquí me interesa recordar.

Las ideas directrices de la ocupación de la Tierra del Fuego y el sometimiento que rápidamente derivó en exterminio de sus habitantes originales, no son muy diferentes de las de la llamada “conquista del desierto”, de la que no es otra cosa que el último capítulo. Por lo tanto, me interesa caracterizar las miradas que sobre el otro-diferente tenían aquellas personas que tuvieron algún contacto directo o indirecto con los indígenas. Pero habiendo limitado mi estudio a lo ocurrido en la Tierra del Fuego, he recortado el objeto de este trabajo a unos pocos viajeros, científicos y, especialmente, religiosos, de los primeros que observaron y describieron a los aborígenes.

Me propongo entonces trabajar sobre las distintas fuentes que en ese período de tiempo nos hablan de la visión que tuvieron esos expedicionarios, para lo cual he seleccionado a los autores, laicos o religiosos, que conforman a mi entender una muestra representativa de los europeos que estuvieron en el archipiélago, conocieron a sus habitantes originarios y plantearon o intentaron llevar a cabo proyectos para incorporarlos a lo que se consideraba la comunidad de los pueblos civilizados.

Vale señalar que la historia de Tierra del Fuego fue escrita casi exclusivamente por historiadores vinculados a los grupos religiosos que trabajaron allí y por investigadores que publicaban en revistas y editoriales protegidas por los grupos económicos más poderosos de la Patagonia argentina y chilena. Durante muchos años, el órgano de divulgación casi excluyente para la zona era la revista *Argentina Austral*, publicación gratuita editada por la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia (La Anónima), que apareció durante cuarenta años a partir de junio de 1929 llegando a las 434 ediciones de 5000 ejemplares. Dentro de su staff se encontraban prominentes directivos de la firma como Armando Braun Menéndez y su hermano Carlos, Enrique Campos Me-

³ V. SARMIENTO, Domingo F., en pág. 51

néndez, primo de los anteriores, y otros altos funcionarios e integrantes del directorio. Por otro lado, hasta hace relativamente poco la historia del territorio había sido escrita por plumas íntimamente relacionadas con la congregación salesiana como las de los sacerdotes Raúl Entraigas, Cayetano Buno, Mario Migone y Juan E. Belza, además del caso del pastor Arnoldo Canclini, de la iglesia bautista de Buenos Aires y principalísimo investigador de la historia de los misioneros anglicanos en Ushuaia. Armando Braun Menéndez fue miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, Belza y Canclini fueron miembros correspondientes en Tierra del Fuego de la misma academia y el primero tuvo a su cargo la redacción de los capítulos referidos a las presidencias de Roca en la Historia de la Nación Argentina que publicó dicha institución (1936-39). Señalemos por último que entre los años 1972 y 1981 existió el Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, presidido por el padre Belza, que editó la revista “*Karu-kinka*”, de la que se publicaron 26 números y que reunió las pesquisas de los investigadores fueguinos de entonces.

En síntesis: lo que pasó en la isla lo contaron los herederos de los principales actores y es poco probable que los que vienen después acepten enlodar la memoria de sus mayores. En consecuencia, quien pretende adentrarse en los arcanos fueguinos es mejor que vaya a fuentes y documentos y mire con prudencia la palabra impresa. Y eso es lo que intentaré en este trabajo.

La propuesta es entonces ir a la solidez de las fuentes y apelar sólo subsidiariamente a comentaristas o historiadores posteriores.

Los autores y contenidos que hemos seleccionado son:

a) La información de los viajes realizados entre 1826 y 1835 por los barcos británicos “*Beagle*” y “*Adventure*”, especialmente la que publicaron Robert Fitz Roy y Charles Darwin, quienes dejaron ideas fundacionales sobre los aborígenes fueguinos que durante un buen tiempo se consideraron el sentido común sobre el tema.

b) La información sobre la fundación de la Patagonian Missionary Society y sus primeros intentos misioneros en los canales fueguinos (especialmente las revistas *The Voice of Pity* y *la South American Missionary Magazine*).

c) Los escritos del Rev. Thomas Bridges, el primer europeo que se instaló con su familia en Tierra del Fuego, a quien conocemos más que nada por sus cartas a la Sociedad Misionera y otra documentación de viajeros que conocieron la misión anglicana de Ushuaia.

d) Las memorias y estudios etnográficos de Esteban Lucas Bridges, hijo del misionero, nacido en Ushuaia y criado en íntimo contacto con la sociedad aborígen. Bridges dejó escrito un voluminoso libro sobre sus años en Tierra del Fuego con valiosísima información sobre sus habitantes. A diferencia de su padre, no se trata de un misionero cristiano buscando evangelizar a todo un pueblo sino apenas un emprendedor enamorado de la aventura, fuertemente comprometido con sus “amigos indios”.

e) Documentación sobre los emprendimientos del Estado argentino y la congregación salesiana para la incorporación de los indios a la comunidad nacional

f) Memorias y documentación sobre la obra salesiana en la Patagonia y especialmente en el Vicariato Apostólico de la Patagonia Austral, con jurisdicción sobre Tierra del Fuego y Magallanes. En este capítulo tomamos como figura emblemática la de monseñor José Fagnano.

g) Los trabajos etnográficos del sacerdote de la congregación del Verbo Divino Martín Gusinde, que viajó cuatro veces a la Tierra del Fuego enviado por el Museo Etnográfico de Chile para recoger información sobre los pueblos selk'nam y yámana antes de su previsible extinción material.

En un último capítulo he intentado bosquejar algunas conclusiones sobre cada uno de estos protagonistas, tratando de discernir hasta qué punto quisieron o pudieron evitar o mitigar el proceso de decadencia y extinción de los pueblos autóctonos.

Me interesa estudiar cómo los vieron y los describieron, y analizar el porqué de tales miradas, de qué manera estaban condicionadas a ideas previas, los objetivos de la observación, el momento en que se realizaron y, como resultado de estas miradas, las ideas para el trabajo, ya sea civilizatorio o evangelizador, que propusieron o pusieron en práctica.

También he intentado comprender las intenciones de los misioneros respecto a los indios, o sea cuál era el motivo que los llevó a misionar en Tierra del Fuego y cómo reorientaron su trabajo

cuando vieron las circunstancias en que tenían que trabajar, especialmente cuando al llegar los hombres blancos se inició una sangrienta contienda por las tierras que desde varios milenios atrás eran recorridas por los aborígenes.

Aclaro que, sobre todo después de la instalación de la presencia nacional en la isla, en 1884, cualquier observación sobre el aborígen no puede desentenderse de alguna reflexión sobre la política que el gobierno adoptó con ellos, porque ya no se trata de personas en estado salvaje sino de ciudadanos de un país soberano cuyas leyes les aseguraban todos los derechos de que gozaba cualquier argentino. Por lo tanto el análisis tiene que referirse también a las ideas dominantes en las clases gobernantes y cómo éstas se vinculan con las que elaboraban los religiosos que estaban en el terreno y habían asumido algún grado de responsabilidad sobre el futuro de aquellos hombres, pero al mismo tiempo aquellas ideas se desarrollaban en el contexto de la consolidación de un estado, la puesta en práctica de un proyecto económico y su vinculación con el mercado mundial.

Finalmente, dos palabras sobre la organización del trabajo. En la primera parte está el corpus principal en que narro los hechos más importantes de cada una de las experiencias; así hay un capítulo dedicado a Darwin y Fitz-Roy, otro a los misioneros anglicanos, otra a los misioneros salesianos y una última al Padre Martín Gusinde. En una segunda parte intento hacer una breve interpretación de su obra, sus éxitos y fracasos, sus aciertos y errores, sus parecidos y diferencias, y finalmente he agregado unas muy breves palabras finales con algunas ideas personales que barunto tras hacer todo el trabajo, que no carecen de algún toque de subjetividad.

Ushuaia, Buenos Aires, junio de 2018.

2. ANTECEDENTES Y CONTEXTO

2.1. LOS PRIMEROS CONTACTOS: EL PROBLEMÁTICO “ENCUENTRO DE CULTURAS”

Los contactos iniciales entre aborígenes y españoles en el Río de la Plata no fueron precisamente auspiciosos: en 1515, el primer europeo que navegó las aguas del “Mar Dulce”, el piloto mayor de Castilla Juan Díaz de Solís, fue muerto por los indios charrúas ni bien bajó a tierra en la costa norte del río, y posteriormente devorado en un acto de canibalismo ritual. Casi veinte años después, don Pedro de Mendoza, gentilhomme de cámara del Emperador, a pesar de comandar la expedición más brillante que había salido de puertos españoles para la América (según Ulrico Schmidel), no tuvo mucho más suerte ya que los querandíes sitiaron el real de Santa María del Buen Ayre que éste había fundado sobre la margen derecha del Río de la Plata y lograron que el adelantado tuviese que retirarse enfermo y derrotado a España –muriendo en el camino- y que los restos de su expedición, hambrientos y sin recursos, abandonaran la fundación para refugiarse en Asunción. Medio siglo más tarde, el vizcaíno Juan de Garay, lugarteniente del adelantado Ortiz de Zárate, tras fundar las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe, murió también alcanzado por una flecha envenenada mientras viajaba entre ambas ciudades.

Razones no faltaban para que el recibimiento haya sido tan hostil. Los españoles llegaban a estas tierras como dueños y señores, avalados por documentos papales que suponían el derecho de los cristianos a adueñarse de ellas porque dicha era la voluntad de Dios omnipotente⁴, lo que por supuesto no cabía en la lógica de los indígenas. Éstos no hacían sino responder a lo que no podía verse sino como una invasión y repelían a la “guerra justa” de los españoles con una guerra más justa aún como es la guerra defensiva avalada hasta por el mismo Santo Tomas tres siglos antes⁵.

⁴ En el breve “*Inter cetera*” del 3 de mayo de 1493 (apenas 49 días después del retorno de Colón de su primer viaje a América, el papa Alejandro VI sostenía que “*haciendo uso de la plenitud de la potestad apostólica y con la autoridad de Dios omnipotente que detentamos en la tierra y que fue concedida al bienaventurado Pedro y como Vicario de Jesucristo, a tenor de las presentes, os donamos concedemos y asignamos perpetuamente, a vosotros y a vuestros herederos y sucesores en los reinos de Castilla y León, todas y cada una de las islas y tierras predichas y desconocidas que hasta el momento han sido halladas por vuestros enviados y las que se encontrasen en el futuro y que en la actualidad no se encuentren bajo el dominio de ningún otro señor cristiano, junto con todos sus dominios, ciudades, fortalezas, lugares y villas, con todos sus derechos, jurisdicciones correspondientes y con todas sus pertenencias; y a vosotros y a vuestros herederos y sucesores os investimos con ellas y os hacemos, constituimos y deputamos señores de las mismas con plena, libre y omnimoda potestad, autoridad y jurisdicción*”.

⁵ *Suma Teológica*. II-II Qu. 40, a 1 ad 3

2.2. BASES DE UNA CONVIVENCIA INESTABLE

A pesar de tan funestos auspicios, a medida que Buenos Aires crecía perezosamente y luchando de manera más o menos ilegal contra una legislación absurda que limitaba al máximo el comercio por su puerto -a pesar de que había sido fundada con el objeto de “abrir puertas a la tierra” -, entre españoles y aborígenes nació una relación que tal vez fuera la única posible y provechosa para ambas partes (Segretti, 1987: 34-37).

En primer lugar, señalemos que los pueblos originarios de las pampas bonaerenses eran al tiempo de la llegada de los españoles cazadores pedestres especializados en la captura del guanaco, el venado y otros animales más pequeños, y que la llegada de los españoles puso a su disposición el caballo con lo que se convirtieron en culturas ecuestres. Asimismo, tras la llegada de los primeros vacunos (las “siete vacas de Goes”, 1556) accedieron a nuevos alimentos y pudieron utilizar sus cueros como medio de pago en sus intercambios con los aborígenes de la Araucanía chilena, zona con la cual también comerciaban ganado en pie tomado de las estancias hispano-criollas. Al mismo tiempo el contacto con los conquistadores les dio acceso a herramientas metálicas, especialmente cuchillos y hachas, que facilitaron sus tareas habituales permitiendo que la sociedad alcanzara mayores grados de complejidad y confort. Por último, se aficionaron a nuevos productos alimenticios como la yerba mate, el azúcar, las harinas y, especialmente, el aguardiente, que lo obtenían mediante intercambios no siempre legales con los cristianos o bien por la acción de mercachifles que viajaban de la ciudad a territorio de indios para realizarlos.

En palabras de Miguel Ángel Palermo:

“finalmente la sociedad indígena y la hispano-criolla se integraron, aun a pesar de las tensiones y las guerras; por lo menos esto es claro en el caso de los pueblos de la gran área que comprendía la Araucanía chilena, la pampa y la Patagonia. Lo hicieron, eso sí, con un carácter contradictorio, cargado de enfrentamientos y de competencias, donde las partes se enfrentaban y se necesitaban” (2000: 438)

Como sugiere este autor, esta relación estaba fundada sobre bases frágiles e inestables: en principio porque no se trataba de una relación simétrica sino que los blancos tenían evidentes ventajas y también porque no estaba en el diseño de la colonización española (como tampoco lo estuvo después en la república independiente) la idea de compartir el territorio en términos de igualdad con otra gente a la que consideraban inferior y destinada por la propia naturaleza a una condición

subalterna. La cesión hecha por el Pontífice en la bula, por más absurda que resulte a los ojos del Siglo XXI, satisfacía a los conquistadores como base legítima y suficiente para la organización de



FIGURA 1: INDIOS PAMPAS COMERCIANDO EN BUENOS AIRES (1818)

En tiempos de paz era habitual que los indios se acercaran a Buenos Aires a comerciar sus mercaderías (cueros, plumas de avestruz, o lazos y riendas trenzados como muestra la figura). En Bonifacio DEL CARRIL: Moumenta Iconographica, Buenos Aires, Emecé, 1964.

este continente bajo su administración, a lo que hay que agregar la convicción que tenían de su superioridad racial y religiosa, y, si la conquista de la pampa, la Patagonia –incluida la Tierra del Fuego- y la Araucanía recién se completó a fines del siglo XIX fue, en principio porque no resultaba urgente para el esquema económico de la colonia y luego porque la relación de fuerzas recién lo permitió entonces.

Acotemos que las expediciones de conquista que contemporáneamente estaban haciendo los ingleses y franceses en América del Norte y el Caribe, los portugueses en Brasil y las costas africanas o los holandeses en los archipiélagos del sudeste asiático y Oceanía no se fundaban en conceptos morales, jurídicos o antropológicos demasiado diferentes.

Mientras tanto, la inmensa mayoría de los aborígenes de la Tierra del Fuego ignoraban aún la existencia de la raza blanca. Fuera de avistajes muy ocasionales desde los barcos, sólo se ha reportado el encuentro de un grupo de selk'nam⁶ con hombres de la expedición de Sarmiento de Gamboa en la Bahía de Gente Grande, sobre el estrecho de Magallanes, en 1583, otro -no del todo amistoso- de marinos de la armada holandesa de L'Hermite con yámanas en 1616, el y el de los naufragos del *Purísima Concepción* con algunas familias haush (o selk'nam) en 1765 del que luego hablaremos. Por supuesto, aún estaba lejos de los proyectos españoles intentar siquiera un reconocimiento preliminar del temible archipiélago.

⁶ Los selk'nam u onas eran los aborígenes que habitaban las llanuras del norte de la Isla Grande. En realidad onas era el nombre con el que los llamaban los yámanas (canoeros de los canales fueguinos) y selk'nam el que ellos se daban a sí mismos. Algo parecido ocurre con los aborígenes canoeros: Thomas Bridges les llamó "yaganes", tomando el nombre del canal hoy conocido como "Murray" que era uno de los lugares originales de esta parcialidad. El nombre con el que ellos se reconocían era "yámanas". En general, en la bibliografía no especializada se utilizan más las denominaciones de "onas" y "yaganes". En este trabajo, en tanto en la literatura aparecen caprichosamente ambos nombres, los utilizaremos indistintamente.

2.3. RELACIONES EN TIEMPOS DEL VIRREINATO Y TRAS LA REVOLUCIÓN

Volviendo al Río de la Plata, en 1778, bajo la autoridad del virrey Vertiz se adoptó una política racional para la defensa del territorio, consistente en la fundación de un sistema de poblaciones manteniendo alguna fuerza armada en lugares estratégicos, que marcaron una línea de frontera que se apoyaba en el límite natural que era el Río Salado y que debe admitirse que dio buenos resultados pues sirvieron para controlar las incursiones de los aborígenes por una treintena de años. Sumado a esto, debe señalarse que tampoco los españoles pretendieron avanzar la línea de fortines dado que en aquella época no existía aún suficiente presión demográfica sobre la tierra.

Producida la revolución y a tono con sus aires igualitarios, el aborígen fue considerado, en la teoría, ciudadano de pleno derecho, en el marco de un desconocido fervor indigenista que se apoderó de los hombres de Mayo: El 8 de junio de 1810 Mariano Moreno, en su carácter de secretario de guerra de la junta dispone:

“la igualdad jurídica de los militares españoles y el indio, que ambos son iguales y siempre debieron serlo, porque desde los principios del descubrimiento [...] quisieron los reyes católicos que sus habitantes gozasen de los mismos privilegios que los vasallos de Castilla”⁷.

En el Plan de Operaciones atribuido al secretario de la Junta se propone

Que “el Gobierno debe tratar, y hacer publicar con la mayor brevedad posible, el reglamento de igualdad y libertad entre las distintas castas que tiene el Estado...” (Atribuido a MORENO, M., 1965: 41).

Manuel Belgrano, en su malhadada campaña del Paraguay se ve obligado a legislar sobre las comunidades guaraníes y establece que sus habitantes

“eran libres e iguales a los que hemos tenido la gloria de nacer en el suelo de América, al mismo tiempo que los habilitaba para todos los empleos civiles, políticos y eclesiásticos”

y ha sido hartamente publicitado el discurso de Castelli en las ruinas del Tiawanaco proclamando la libertad, igualdad y unión fraternal con los indígenas. A su turno, la Asamblea del año XIII sancionó la extinción del tributo y derogación de la mita, las encomiendas y yanaconazgo y el servicio personal de los indios:

⁷ Gazeta de Buenos Ayres, vol. I, pág. 15 (citado por Ángel ROZEMBLAT; La población y el mestizaje en América, vol. 1, pág. 45)

“[...] siendo la voluntad de esa Soberana corporación el que del mismo modo se les haya y tenga a los mencionados indios de todas las Provincias Unidas por hombres perfectamente libres y en igualdad de derechos a todos los demás ciudadanos [...] (ROZEMBLAT, A., 1954: 44).

Son conocidos también los proyectos de coronar a un príncipe inca que se barajaron en el Congreso de Tucumán, a partir del dictamen de Manuel Belgrano sobre cuál sería la forma de gobierno más aceptable en la Europa de la Restauración; es sabido que dicha postura fue apoyada por los diputados de las provincias del Alto Perú pero no fue menos relevante la opinión desdeñosa de otros diputados, como señala el porteño Tomás de Anchorena, en su conocida carta a Rosas de diciembre de 1846:

... “Este (proyecto) no fue rechazado y ridiculizado en el público porque hubiéramos proclamado o porque nos hubiéramos ocupado de discutir si debíamos proclamar un gobierno monárquico constitucional, sino porque poníamos la mira en un monarca de la casta de los chocolates, cuya persona, si existía, probablemente tendríamos que sacarla borracha y cubierta de andrajos de alguna chichería para colocarla en el elevado trono de un monarca que debíamos tenerle preparado” (PÉREZ GHILLOU, 1966: 16).

Sabemos también que pronto la idea de la restauración del Incanato cayó en el olvido y la reivindicación del pasado indígena quedó relegada a un par de estrofas del himno nacional que, por añadidura, fueron suprimidas algunos años después⁸.

En esta primera década independiente, al tiempo que los ideólogos del movimiento buscan en el pasado indígena antecedentes históricos que legitimen el movimiento, declaran solemnemente la igualdad más absoluta de los indígenas en ruinas venerables o elaboran símbolos que sugieren el renacimiento del imperio incásico, se da un fenómeno económico que va a renovar el conflicto entre blancos e indígenas: por un lado, la pérdida del Alto Perú puso a Buenos Aires en la necesidad de cambiar su matriz productiva, que se inclinó necesariamente a aprovechar la riqueza natural de las pampas; por otro lado, la apertura irrestricta del puerto de Buenos Aires más la aplica-

⁸ La versión original del himno de 1813, que aún se conocía como “marcha patriótica”, decía en una de las estrofas que fue suprimida en la versión del año 1900:

*Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.*

ción de la técnica del salado para la conservación de las carnes y la utilización de nuevos métodos para la curtiembre que permitieron un mejor aprovechamiento de los cueros, produjeron una rápida valoración de la hacienda vacuna (García, 1970: 84) y, por lógica, un crecimiento notable del valor de la tierra y el aumento del prestigio y la influencia política de la clase de los hacendados⁹.

La búsqueda por parte de éstos de nuevas tierras para aumentar sus rodeos hizo que se atrevieran a pasar la frontera histórica del Salado, lo que provocó la natural desconfianza de los aborígenes, y bastó que algunos blancos los azuzaran buscando su alianza para su provecho político, para que la guerra entre indios y blancos se reiniciara y se mantuviera, con altibajos, treguas mal respetadas, pactos cumplidos a medias, promesas poco sinceras y una desconfianza nunca superada, prácticamente hasta la campaña de Roca.

2.4. MÁS ALLÁ DEL RÍO NEGRO

Durante todos esos años, la Patagonia y Tierra del Fuego eran lugares casi desconocidos. Apenas se sabía de sus costas, de las cuales hasta fines del siglo XVIII sólo se contaba con cartas aproximadas, y cada uno de los intentos por recorrerla y eventualmente poblarla de parte de los españoles, habían fracasado.

Al sur del río Negro los europeos sólo habían encontrado penurias y desolación desde el primer contacto que tuvieron con esa tierra durante el viaje de Magallanes. A sus cronistas debemos los nombres de Patagonia y Tierra del Fuego, tras pasar el invierno de 1520 en la Bahía de San Julián en lo que fue la primera convivencia de un grupo de europeos en lo que hoy es territorio argentino. Allí también se dio el primer motín contra la autoridad del capitán, el primer juicio penal substanciado en nuestro territorio, la primera condena a muerte, la primera ejecución y el primer

⁹ LYNCH observa que si en el Cabildo Abierto de 1810, ninguno de sus asistentes declaró su pertenencia a la clase de los hacendados, en el Cabildo de 1820 ya el 50 % de sus integrantes pertenece a este grupo, y la misma proporción se da en la Sala de Representantes (*en Juan Manuel de Rosas*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987, pág. 51)

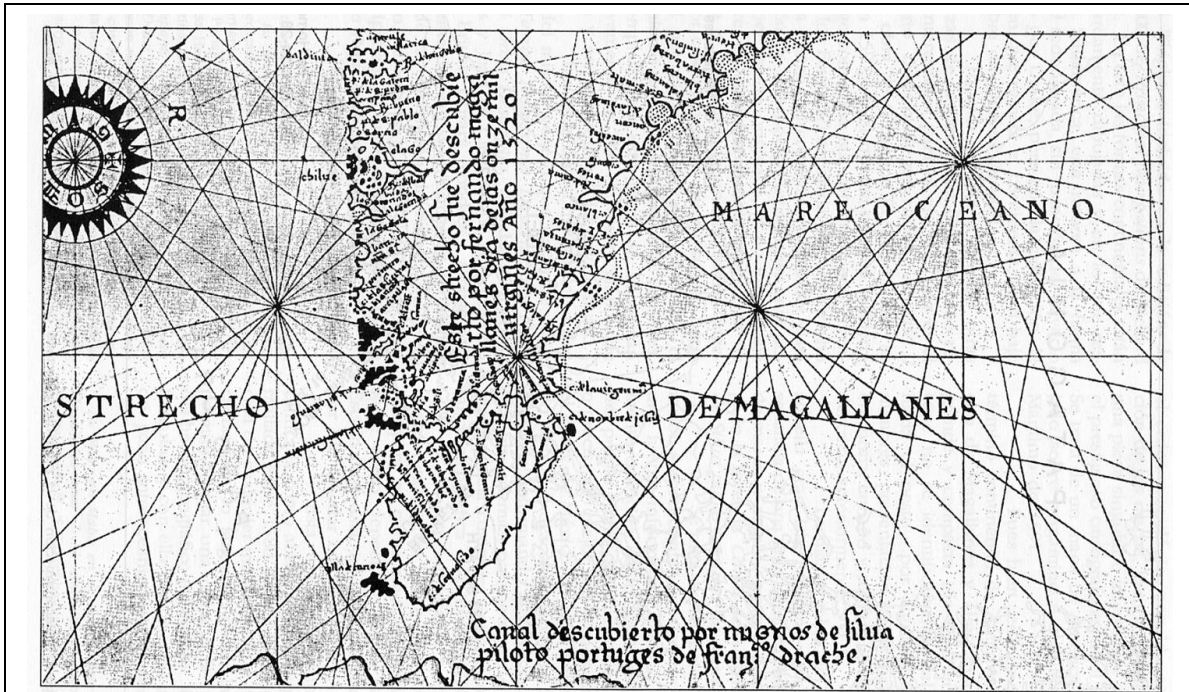
confinamiento de reos en una tierra donde tendrían pocas chances de sobrevivir (v. Stephan ZWEIG, 1996: 129-142).

El primer intento de colonizar esas soledades fue llevado adelante por Simón de Alcazaba, designado adelantado por Carlos V en las capitulaciones de 1534, pero su expedición terminó en un rotundo fracaso: tras haber desembarcado cerca de donde hoy está el puerto de Camarones, en el Chubut, se internó tierra adentro en busca de vaya a saber qué riquezas tan fabulosas como ilusorias. La tierra fue hostil con él y con sus hombres quienes después de vagar sin rumbo volvieron al puerto donde se encontraban las naves, Allí, un grupo se amotinó y asesinó al Adelantado dando trágico fin a la aventura.

No tuvo mejor suerte la expedición que, al mando de Alonso de Camargo¹⁰, llegó al Estrecho a principios de 1540 con la expectativa de iniciar una colonización: los vientos obligaron a una de las naves a retornar, seriamente averiada, a España; otra llegó al Pacífico donde se le pierde el rastro, y una tercera naufraga en los canales fueguinos y su tripulación queda abandonada en las costas patagónicas sin que nada cierto se sepa de sus tripulantes...

Hacia 1584 una importante expedición comandada por Pedro Sarmiento de Gamboa pretendió fundar poblaciones fortificadas sobre el Estrecho, con el objeto de impedir el paso de corsarios ingleses, pero a pesar de la férrea voluntad del capitán, los establecimientos no pudieron imponerse al clima y la falta de recursos y se supone que solo uno de los colonos logró sobrevivir.

¹⁰ En realidad, el adelantado investido por Carlos V era el Obispo de Plasencia, quien prudentemente designó a Camargo como lugarteniente para que iniciara la exploración.



**FIGURA 2: MAPA DEL ESTRECHO DE MAGALLANES
Y EL PASAJE DE DRAKE**

Mapa español donde aparece la Tierra del Fuego, dibujado por el cartógrafo Juan Martínez (1591). En él están destacados los nombres del Estrecho descubierto por Magallanes y del Pasaje de Drake, al que señala como descubierto por de Silva, piloto portugués de la expedición del corsario inglés, en 1580. Aclaremos que Drake en realidad pasó de un océano a otro por el Estrecho de Magallanes y solamente avistó el fin del continente y que al Sur del Cabo de Hornos se extendía el mar abierto pero gracias a ese avistaje (que ni siquiera fue el primero efectuado por ojos europeos, honor que corresponde a Francisco de Hoces, de la expedición de García Jofre de Loaysa, en 1525), el pasaje lleva su nombre. Sorprende que cartógrafos españoles tuvieran conocimiento de su existencia en época tan temprana, ya que los británicos ocultaron su descubrimiento hasta que en 1616 fue publicado por el marino holandés William Schouten. Los españoles recién confirmaron la insularidad de Tierra del Fuego con la expedición de los hermanos García de Nodal en 1619. La Antártida, que aparentemente es el continente esbozado en la base del mapa, no solo no era conocida sino que ni siquiera se suponía su existencia, salvo por la hipótesis más filosófica que geográfica de que las tierras que estaban al norte tenían que tener su equivalente en el Hemisferio Sur. (tomado de MARTINIC B.: Mapa 9, 2007).

Finalizando el siglo XVI y tras el viaje de Francis Drake¹¹, se conocieron los primeros planisferios, tanto de cosmógrafos ingleses como españoles, en que la Tierra del Fuego aparecía como una isla¹² y en la primera parte del Siglo XVII España envió una expedición, comandada por los hermanos García de Nodal, que circunvaló por primera vez el archipiélago confirmando que no estaba unida al aún desconocido continente antártico.

Estas expediciones abrieron la ruta del Cabo de Hornos, que aunque es considerada con justicia una de las más peligrosas del mundo, es de todos modos más segura que la travesía del Estrecho, donde además de los persistentes vientos del oeste que alcanzan con frecuencia características huracanadas, la gran diferencia de mareas entre el Atlántico y el Pacífico que puede llegar a los 16 metros, produce corrientes permanentes que cambian con rapidez a lo largo de un mismo día, y las muchas rocas que afloran y que recién fueron cartografiadas en el siglo XIX, hacían que su navegación resultara temible para los marinos más audaces. Es comprensible entonces que fuera casi totalmente abandonada y se prefiriera cruzar por el Pasaje de Drake (H. SILVA, 1981)¹³.

Después de los desdichados intentos de Alcazaba, Camargo y Sarmiento de Gamboa, los españoles desistieron del poblamiento de la Patagonia que siguió siendo una tierra desierta, inhóspita y hostil. Sólo las costas fueron visitadas ocasionalmente por las naves que debían pasar de un océano a otro, pero los navegantes raramente se internaron en tierra tan poco amigable. Para la imaginación de los españoles pasó a ser un espacio de leyendas, habitada por aborígenes gigantes (los patagones), y donde se imaginaron ciudades encantadas con riquezas fabulosas¹⁴.

¹¹ El corsario inglés por excelencia. En el marco de la crónica guerra entre España e Inglaterra, Francis Drake inició un viaje de corso por las costas de América del Sur. En 1580 cruzó el Estrecho de Magallanes para entrar al Pacífico donde sembró el terror en los puertos de Chile y Perú y obtuvo extraordinarias ganancias asaltando sus puertos y abordando sus navíos. Finalmente completó la segunda vuelta al mundo y fue condecorado por la reina Isabel I. Drake, al mando de su navío *Pelikan* o *Golden Hind*, es considerado uno de los marinos más brillantes y audaces del Siglo XVI y la posteridad bautizó el tormentoso mar existente entre Tierra del Fuego y la Antártida como *Pasaje de Drake*.

¹² Planisferio DRAKE-MELLON (c. 1586) y Atlas Marítimo de Juan MARTÍNEZ (1591). En MARTINIC B., Mateo: *Imaginario y realidad geográficos fueguinos: De Schouten a De Agostini, la evolución de la representación cartográfica*. Anteriormente se la cartografiaba como parte de la "Terra Australis Incognita", un continente que abarcaba la Antártida unida a Tierra del Fuego, a partir del Estrecho de Magallanes.

¹³ SILVA, Hernán: "La valoración de la ruta del Cabo de Hornos en el Siglo XVIII", en *Revista Karukinka* N° 26, junio de 1981.

¹⁴ En una de las tantas referencias que tenemos de esta ciudad que nunca existió, el padre jesuita Thomas FALKNER, en 1760, dice que la llaman *Ciudad Encantada* y que tiene muy hermosos edificios de templos, y casas de piedra labra-

Pero las ciudades encantadas raramente aparecen y, en cambio, los intentos de poblar fundando pueblos en la costa fracasaron sin remedio.

Así fue, que durante un largo período, más allá del río Negro no existió ninguna población que diera cuenta de la soberanía española en la zona: la Patagonia continuó siendo un territorio tan libre de europeos como lo era antes de la llegada de Colón y las mismas autoridades de Buenos Aires la consideraban como un espacio ajeno¹⁵. Cuando el virrey Cevallos propuso a la Corte, en 1776, un plan para terminar con las incursiones de los indios, éste consistía en expulsarlos más allá del río Negro; en el río Negro finalizó la expedición de Rosas y también en el río Negro finalizó la de Roca, como si en esa frontera natural terminaran las ambiciones de expansión de los blancos. Tácitamente, se aceptaba que la Patagonia era la tierra que se les podía ceder a los aborígenes, seguramente por tratarse de un territorio estéril e inclemente.

da, y bien tajadas al uso de España, que allí los españoles tienen indios cristianos para la asistencia de sus casas y haciendas y que allí se explotan muchísimos minerales de oro y de cobre. Que los vecinos tienen estancias con ganados y heredades para su recreo, con mucha abundancia de todo género de granos y hortalizas, con sus alamedas y árboles frutales, que está a dos leguas de la mar vecina, de donde se proveen de rico pescado y mariscos, agregando que su clima es el más benévolo de toda la América “porque parece un segundo paraíso terrenal” y que es tierra tan sana que la gente muere de puro vieja y no de enfermedades (En DE ANGELIS, Pedro: *La ciudad encantada de la Patagonia; la leyenda de los Césares*. Ediciones Continente, Buenos Aires, 2005. Pág. 47.)

¹⁵ Hubo excepciones. El virrey Vertiz ordenó fundar poblaciones en la zona de Puerto San Julián (Floridablanca) y Deseado, que fueron pronto abandonadas; en Península Valdez (San José), destruida por un malón en 1811 y luego abandonada, y Carmen de Patagones, en la margen izquierda del río Negro, que es la única que sobrevivió.

3. NOTICIAS DE LA TIERRA DEL FUEGO

LOS VIAJEROS CIENTIFICOS INGLESES: FITZ-ROY Y DARWIN

3.1. LA EXPEDICIÓN DEL BEAGLE

En 1825, el Almirantazgo británico dispone enviar una expedición al sur del continente americano con el fin de relevar sus costas y levantar las cartas náuticas que permitieran una navegación más segura por esos mares. El desarrollo de la colonización de Australia y el comercio con los puertos americanos del Pacífico estaban aumentando el tránsito de naves, especialmente británicas, entre los dos océanos, por lo que se hacía importante y urgente contar con cartas completas y confiables.

Las autoridades pusieron mucha atención en la provisión de las dos naves elegidas: la *Adventure*, de 330 toneladas de carga, y el más pequeño bergantín *Beagle*, de 235 toneladas armado con seis cañones. El primero estaba bajo el mando del jefe de la expedición, Comandante Philips Parker King, y el *Beagle* del teniente Pringle Stokes.

En las Instrucciones que se le entregaron al comandante, se disponía que

“considerando necesario un levantamiento exacto de las costas meridionales de la Península de Sud América, desde la entrada Sud del Río de la Plata hasta Chiloé, y de Tierra del Fuego, [...] le hemos otorgado el comando del buque hidrográfico de S.M. *Adventure* y hemos ordenado al capitán Stokes, del buque hidrógrafo de S. M. *Beagle* que se ponga a sus órdenes”. Se le indica a continuación los accidentes geográficos que deberá relevar, entre los cuales se encuentran las “costas, islas y estrechos, desde Cabo San Antonio, en la ribera Sud del Río de la Plata, hasta Chiloé, en la costa occidental de América, en la manera y en el orden en que el estado de la estación, la información que haya recibido u otras circunstancias le induzcan a adoptar. [...] Aprovechará toda oportunidad para coleccionar y conservar muestras de ejemplares de historia natural que sean nuevos, raros e interesantes; e instruirá usted al capitán Stokes y a todos los demás oficiales para que empleen su mayor diligencia en acrecentar las colecciones de cada barco; cuya totalidad, bien entendido, deberá considerarse de pertenencia pública...” (FITZ-ROY, R., 2009: I.32).

O sea que la expedición tendría como objeto no sólo la realización de relevamientos hidrográficos sino también el estudio de la naturaleza del territorio y aunque no hace mención a la observación

y descripción de sus habitantes, iba a ser muy difícil que no se hiciera referencia a ellos en los diarios de viaje¹⁶.

Los dos buques, con una tripulación integrada por alrededor de 120 hombres entre oficiales, personal de maestranza, soldados y marineros, partieron de Plymouth el 22 de mayo de 1826, y en el mes de noviembre se encontraban en Montevideo con todos sus pertrechos listos para iniciar su misión.

3.2. LOS PRIMEROS CONTACTOS

El primer contacto que tuvieron los británicos con los indios del Estrecho ocurrió en la costa continental, a fines de aquel año de 1826, cuando se encontraron con un grupo de aborígenes, a quienes llaman patagones, quienes indudablemente eran tehuelches del sur o aonikenk. Iban a caballo y, según dice Parker King, recibieron al oficial que bajó a tierra sin la más mínima desconfianza. Los describe como hombres altos, de aproximadamente seis pies de altura y todos de aspecto robusto, destacando que enseguida lograron establecer una corriente de amistad ya que los nativos bajaron de sus caballos y hasta permitieron a los visitantes que los montaran. Entre los aborígenes había una mujer, “de cierta calidad”, según King, que resultó ser la cacica María, una de las pocas mujeres que ejercían tan alto cargo entre los indios.

En la isla Isabel, próxima a la costa continental del Estrecho, los marinos tuvieron la oportunidad de llevar a bordo a un indio, seguramente tehuelche, o sea del grupo al que hasta entonces se le llamaba patagón, al que le tomaron las medidas de la cabeza y a quien describen como de

¹⁶ La información que tenemos proviene de los diarios que compiló el capitán Robert Fitz-Roy, quien sumando sus propios apuntes con los de otros oficiales y redactó el diario de viaje. No están presentados estrictamente por orden cronológico, pero para nuestros fines esto no es importante, siempre que en cada caso se indique quién es el autor de los comentarios. El diario del segundo viaje está escrito exclusivamente por Fitz-Roy. El texto en español proviene de la traducción del capitán de fragata Teodoro Caillet Bois, quien la publicó en la Biblioteca del Oficial de Marina en 1932, en cuatro volúmenes, cuyo texto es la base de la edición que utilizamos que es la que editaron Zaguier & Urruty en Ushuaia en 2009 al que hemos contrastado con la traducción de Carla Massa, en la edición de Eudeba-Museo del Fin del Mundo de 2016. En cada caso se indica de cual edición se toma la cita o el dato. Siendo nuestro tema de estudio la visión del indio fueguino por parte de viajeros europeos, nos limitaremos a analizar ese aspecto de los textos originales.¹⁶

“cabeza larga y achatada arriba; la frente amplia y elevada pero cubierta de pelo hasta pulgada y media de las cejas, que eran poco pobladas. Ojos pequeños, nariz corta, boca grande [...] brazos cortos y desprovistos de músculos, lo mismo que muslos y piernas. Cuerpo largo y grande y pecho ancho y expandido. Estatura próxima a seis pies”.

Pocos días después tuvieron su primer encuentro con indios fueguinos y su opinión fue diametralmente opuesta:

“Llegaron en canoas y evidentemente pertenecían a una raza diferente (seguramente alacalufes o kawésqar¹⁷). Algunos estaban devorando carne de foca y bebían aceite extraído de su grasa. Parecían pertenecer a una raza lo más miserable y escuálida, muy inferior en todo sentido a los patagones”.

No demostraron mayor interés en entrar en contacto con los marinos, ante lo que King apunta:

“nos produjeron una opinión poco favorable de su carácter y cualidades intelectuales; parecían en efecto, poco distintos de los animales; el trato ulterior nos demostró sin embargo que por lo común no son faltos de inteligencia” (en FITZ-ROY, R., 2009: 1.54).

De un grupo de mujeres que encuentran en la costa dice que, salvo una o dos,

“Eran horribles y todas estaban sucias y muy desagradables a causa de la cantidad de aceite y grasa de foca con que se habían untado el cuerpo...”, y luego, hablando del grupo: “Estaban mal abrigados con mantas de guanaco o de nutria, no tan prolijas como las de los patagones. Tenían el cuerpo untado con una mezcla de tierra, carbón vegetal u ocre rojo y aceite de foca, que combinada con la suciedad de sus personas producía el olor más repugnante...” (ibíd: 1.82).

Estas características: su suciedad y su propensión al robo, son las características que más destaca King en su diario. El tema de la falta total de aseo es permanente: en una ocasión en que algunos de ellos habían subido al barco, señala: “Querían ir abajo, pero no se les permitió, porque apenas se podía aguantar al aire libre el olor que despedían sus enaceitados cuerpos”. Debe suponerse que en un barco con seis docenas de marinos a bordo que hacía mucho tiempo que no tocaba un puerto, los olores no debían ser para nada exquisitos, por lo que evidentemente, el que exhalaban los canoeros, superaría todo lo imaginable para un caballero inglés.

En definitiva, de las frecuentes relaciones que mantuvieron los ingleses con los aborígenes, en que los invitaban a subir a bordo para realizar trueques, lo que más destaca King es su propensión al

¹⁷ *Kawésqar* es el nombre que ellos se daban a sí mismos y que denominaba a cualquier individuo. La palabra “alacaluf” es de origen *yagán* y se ha deletreado de distintas maneras, como *alacaluf*, *alikkolif*, *alakwulup*, etc. (Canclini, Arnoldo: *Indios fueguinos: Vida, costumbres e historia*. Dunken, Buenos Aires, 2009, pág. 61)

robo y la suciedad y mal olor. Admira su capacidad para utilizar ciertas herramientas como las hondas y se sorprende por su forma de combatir el frío. Pero la misión de la expedición inglesa no tenía que ver con los aborígenes sino con las batimetrías, las costas y los roquedales y, subsidiariamente, con la naturaleza. El indio es un objeto de observación, una curiosidad, un ser sobre el cual el observador no siente ninguna responsabilidad y, en el caso de King, ni siquiera se refiere a él pensando en la eventualidad de que algún día podrían necesitar su ayuda en caso de un naufragio. Por lo tanto los menciona más como un fenómeno de la naturaleza que como un ser humano.

Según el relato de King, en el invierno de 1828 el capitán Stokes comenzó a dar señales de sobreexcitación, al punto que le sugirió que le conveniría tomarse un descanso en una zona más amigable que el estrecho de Magallanes, pero éste le envió una nota mostrándose muy bien dispuesto. Igualmente, el cirujano del *Beagle* veía con preocupación la evolución del capitán.

Finalmente, estando el barco anclado en la zona de Puerto Hambre, Stokes, abrumado por el clima hostil, las dificultades del trabajo, la soledad y otras misteriosas razones que jamás conoceremos, terminó pegándose un tiro en la cabeza, muriendo tras varios días de agonía. Allí mismo fue enterrado y todavía hoy se conserva la cruz de madera que se levantó en su recuerdo. La nave quedó provisoriamente a cargo del teniente Skyring hasta que, en octubre de ese año, el comandante de la estación británica en Sudamérica, vicealmirante Oatway, designó en su reemplazo al capitán Robert Fitz-Roy.



FIGURA 3: LA TUMBA DEL COMANDANTE PRINGLE STOKES, EN LA COSTA DEL ESTRECHO DE MAGALLANES (Foto archivo F. Lorenz)

3.3. EL DIARIO DE FITZ ROY

En ese momento, Fitz-Roy tenía apenas 23 años, pero había hecho una excelente carrera en la marina británica, no solo por mérito propio sino probablemente por ser de cuna aristocrática ya que era sobrino carnal del vizconde de Castlereagh, ex primer ministro, y hasta llevaba sangre de reyes por ser descendiente directo de una hija natural del rey Jacobo II¹⁸. Se había iniciado en la Armada, en el Royal Naval College de Portsmouth a los 12 años donde se graduó con la máxima calificación (100 %). A los 14 años salió al mar.

Estuvo destinado en el Mediterráneo y en el Atlántico Sur, donde se ganó la confianza del vicealmirante Robert Oatway comandante de la estación de Río de Janeiro, último destino al momento de hacerse cargo del *Beagle*.

A pesar de su juventud, Fitz-Roy era un militar responsable y plenamente consciente de sus deberes. Estaba al tanto de las últimas novedades en geología, paleontología y “filosofía natural”, como se llamaba entonces al estudio de las ciencias naturales, lo que le sería muy útil en su nuevo cargo. Al mando del *Beagle*, podría demostrar sus virtudes, destacarse, aprender y ascender en tiempos de paz.

Como todos los capitanes, Fitz-Roy llevó un diario de viaje, donde anotó cuidadosamente los episodios relevantes de la travesía, así como observaciones geológicas, zoológicas y mineralógicas, junto con algunas reflexiones sobre historia natural y descripciones de los aborígenes con los cuales tuvo contacto.

¹⁸ Justamente el apellido Fitz-Roy quiere decir, en idioma anglonormando, hijo (fitz, del lat. filius-i) de Reyes (Roy del lat. rex-gis)



FIGURA 4. EL CAPITAN FITZ ROY

Fotografía tomada en 1860, National Portrait Gallery, Londres

El capitán tenía un fuerte espíritu religioso, aspecto fundamental de su poco flexible personalidad, lo que de alguna forma influirá en toda su carrera y será causa de muchas de sus penurias. Creía devotamente en las revelaciones de la Biblia y miraba a los hombres y a la naturaleza bajo el prisma de aquellas para él indiscutibles verdades. En su primer contacto con los indígenas fueguinos, en mayo de 1829, se lo ve preocupado por sus creencias y proclive a suponer que ellos no podían no tener ideas religiosas, aún antes de cualquier evidencia. Escribe al respecto:

“Les señalé el reloj –anota- y después el cielo; menearon la cabeza y adoptaron de repente un aire tan grave, que su comportamiento en esta circunstancia y lo que pude entender de sus signos, me convencieron de que tenían idea de un Ser superior, por más que no tuviesen cosa parecida a una imagen, ni forma alguna de culto” (FITZ-ROY,R., Cit., I: 237).

Fitz-Roy intentó tener una relación cordial con los indígenas. En una ocasión, cuenta como para congraciarse con una mujer alacaluf le dibuja un retrato y ella, en retribución, le pinta la cara con los materiales que ellos usaban. King, en cambio, en su última anotación sobre los aborígenes del Estrecho, los había calificado como miserables, petulantes y penderciosos por naturaleza, siempre dispuestos al mal. Inclusive observa que los disparos al aire hechos para intimidarlos resultaron a la larga ineficaces y hasta indica que sería casi preferible inferir alguna ligera herida (lo que estaba prohibido en los protocolos de la marina inglesa), para demostrarles “la naturaleza de nuestras armas y a título de advertencia contra nuevas hostilidades” (FITZ-ROY, R., Ob. cit.: II.324). Poco después, ambos barcos se separaron: King encaró las investigaciones por la costa chilena mientras Fitz-Roy continuó el relevamiento de los canales fueguinos.

3.4. EL ROBO DE LA BALLENERA Y LA TOMA DE REHENES

El 5 de febrero de 1830 ocurrió un hecho aparentemente trivial, pero que, por una concatenación de circunstancias resultó importante para el futuro de los habitantes del canal Beagle. Fitz-Roy había enviado a algunos marinos en una de las balleneras (botes auxiliares) del *Beagle* a hacer observaciones en la zona del cabo Desolación, y, mientras descansaban en tierra, el bote fue roba-

do por aborígenes. Teniendo en cuenta que éste era fundamental para realizar la cartografía encomendada mediante triangulación, el capitán se lanzó en su búsqueda y no escatimó recursos para lograrlo; incluido el de tomar algunos rehenes para canjearlos por información, pero todo fue inútil. Sostuvieron varias escaramuzas con grupos de indígenas, y aunque los ingleses tenían órdenes de no tirar al cuerpo, hubo una baja fatal entre los fueguinos, que el capitán lamentó en su bitácora. De todos modos y a pesar de dedicar varios días a su búsqueda, no pudieron recuperar la ballenera y debieron continuar con su trabajo, aunque ahora con dos fueguinos secuestrados a quienes mantenían como rehenes.

Más adelante, a los dos rehenes se sumó una niña de unos nueve años que según Fitz-Roy subió voluntariamente al *Beagle*, y un joven yámana que se incorporó al pasaje en la zona del Canal Murray¹⁹.

El resultado fue que, a principios del mes de junio, Fitz-Roy, quien se encontraba cerca de la boca oriental del canal Beagle, debía cumplir la orden de dirigirse a Río de Janeiro y le resultaba imposible retornar a la zona occidental para dejar a los nativos. Entonces, comenzó a mascullar la idea de llevarlos a Inglaterra, “confiando en que los beneficios consiguientes a su familiarización con nuestros hábitos y lenguaje les compensaría la separación temporaria de su tierra”. Además, estimaba que ellos se sentían a gusto y gozaban de buena salud, por lo que asumió la responsabilidad de llevarlos en el viaje de vuelta con el compromiso íntimo de, después de un tiempo, retornarlos a su país trayendo elementos de la civilización tales como herramientas de hierro, utensilios, ropa y conocimientos que podrían difundir entre sus paisanos. Fitz-Roy lo explica en pocas palabras y no parece que en ningún momento haya sentido algún conflicto ético frente a una ac-

¹⁹ Es curioso que Fitz-Roy, un hombre celoso en el cumplimiento del deber y cristiano devoto, no se haya preocupado por las consecuencias morales de su acto. En su informe al Almirantazgo cuenta cómo los fueguinos subieron a bordo: *“A fines de febrero el Beagle ancló en Sonda Navidad; pero para entonces ya se habían fugado todos nuestros prisioneros excepto tres niñas, dos de las cuales fueron devueltas a su propia tribu; la tercera se encuentra actualmente a bordo. De la primera canoa avistada en Sonda Navidad tomamos a un hombre como rehén por el recobro de nuestro bote y para hacerle servir de intérprete y guía. Vino a nosotros sin mayor dificultad y parecía despreocupado. Días después, se hallaron rastros de nuestro bote en wigwams de una isla en Sonda Navidad; y de las familias que los habitaban tomé a otro joven con el mismo propósito ya mencionado [...] algún tiempo después, explorando en bote el Canal Beagle, me encontré incidentalmente con tres canoas e induje a sus ocupantes a pasar a mi bote a uno de los suyos, muchacho robusto, obsequiándoles a cambio cuentas, botones y otras chucherías. No sé si entendieron que éste quedaría permanentemente con nosotros; pero parecieron satisfechos con este trato singular y se alejaron palearando en dirección a la caleta [...] Estando ya por alejarnos de la costa fueguina, decidí conservar estos indígenas a bordo, visto que se manifestaban enteramente alegres y satisfechos de su situación, y pensé que una corta estadía en Inglaterra podría acarrear muchos beneficios.... (Ob. cit., III: 462.)*

ción que en nuestros días calificaríamos lisa y llanamente de secuestro. La buena voluntad de los fueguinos fue una suposición que encajaba con sus deseos y, tal vez, con el espíritu de misión que acompañaba a los británicos en las expediciones que, en el siglo XIX, los llevaron a construir su imperio.

Y aunque los fueguinos no eran rápidos para aprender el idioma, parece que cooperaron con la tripulación, que, salvo uno de ellos, eran sumamente amistosos y de buen carácter y que intentaban adoptar los hábitos europeos.

En el buque, les cambiaron sus nombres nativos por otros ingleses: así el mayor de ellos, un hombre robusto, de unos 26 años y bastante hosco de carácter, fue llamado “York Minster”, que era el nombre que le habían dado a una gran roca en el Estrecho que les hizo recordar a la catedral del Siglo XIV de San Pedro en York; el otro joven, de unos 20 años y según Fitz-Roy el más alegre y de naturaleza más expansiva del grupo fue llamado “Boat Memory”, en recuerdo del barco robado que había desencadenado buena parte de los conflictos; al adolescente yámana le llamaron “Jemmy Button”, dado que Fitz-Roy les había regalado a sus familiares un botón dorado cuando el muchacho subió a bordo, y a la niña la bautizaron “Fuegia Basket”, por su lugar de origen y por la canasta en que se habían desplazado los marinos cuando les habían robado la ballenera. Sus nombres originales se han olvidado (salvo el de Jemmy que es recordado como *Orundellico* u *Orondule*)²⁰, pero aquéllos figuran en todas las historias que recuerdan a los “indios de Fitz-Roy”²¹.

Durante el viaje de vuelta, éste tuvo oportunidad de aprender mucho de los fueguinos, y a medida que los conocía iba aumentando su interés. Pronto encontró que, por lo menos tres de ellos, es-

²⁰ Ambas versiones (una tomada del libro de Nick Hazlewood y otra de Arnaldo Canclini) son harto caprichosas, ya que se trata de transcripciones de la fonética de un idioma muy difícil de desentrañar para un extranjero. En el libro del Cap. Parker Snow figura como *Orundellicone*.

²¹ Gabriela Álvarez Gamboa califica la acción del capitán como “una apropiación del otro en el mismo momento que retiene a los yaganes, al despojarlos de sus nombres y sustituirlos con un término que manifiesta el emplazamiento del sujeto a un sentido mínimo de significado (Bhabha, 2002: 91-110). Así, la envergadura física de York Minster y la fuerza de sus rasgos se asocia a una enorme roca, una urgencia metonímica que expresa el condicionamiento de una identidad ligado a un peñasco. Operación similar con Boat Memory, quien no recuerda (o no entiende) las insistentes preguntas sobre una ballenera (en su canoa había botellas de licor que pertenecía a los ingleses). La niña Fuegia Basket fue la representación de la embarcación (con forma de canasta) construida por los marineros para retornar al Beagle tras perder el rastro de la ballenera. Finalmente, Jemmy Button es quien más alienta los propósitos del capitán, nombre que adquiere por el modo de pago -un botón de nácar- que marca su identidad ligada a un objeto de trueque (Álvarez Gamboa, Gabriela. “Jemmy Button y la expedición *Beagle*. El deseo del sujeto “imparcial” en el discurso científico del siglo XIX”. *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid, 2011).

taban lejos de merecer el apelativo de salvajes, aunque reconocía que York Minster era realmente un ejemplar desagradable y de naturaleza humana incivilizada. En un momento los define como “bárbaros ignorantes, aunque no desprovistos de inteligencia” (ob. cit.: II, 460) y por lo tanto pasibles de recibir una educación cristiana y posteriormente transmitirla a sus compatriotas. Es cierto que Fitz-Roy creyó en la versión de que eran antropófagos, en parte porque era una leyenda que provenía de los primeros viajes de marinos holandeses en el siglo XVII y en parte porque los mismos fueguinos se lo habían comunicado, acaso para divertirse con el estupor de sus captores²², pero igualmente creyó en su posibilidad de educarse y de ser miembros de la iglesia.

En viaje a Inglaterra, envió una larga carta al Almirantazgo informando sobre las circunstancias en que los indios se habían incorporado a la tripulación y comunicó su intención de educarlos y devolverlos luego a su tierra, a lo que no se le pusieron objeciones, siempre que todos los gastos corrieran a su cargo.

3.5. FUEGUINOS EN INGLATERRA

El *Beagle* hizo una larga escala en Río de Janeiro donde los indios conocieron por primera vez lo que era una ciudad. Finalmente y tras cuatro meses de travesía, el 13 de octubre de 1830 el bergantín atracó en Plymouth, que había sido su punto de partida.

En Inglaterra, y aunque habían recibido la vacuna en Brasil, Boat Memory enfermó de viruela y a pesar de los cuidados recibidos en el Real Hospital Naval de Plymouth, murió el 9 de noviembre.

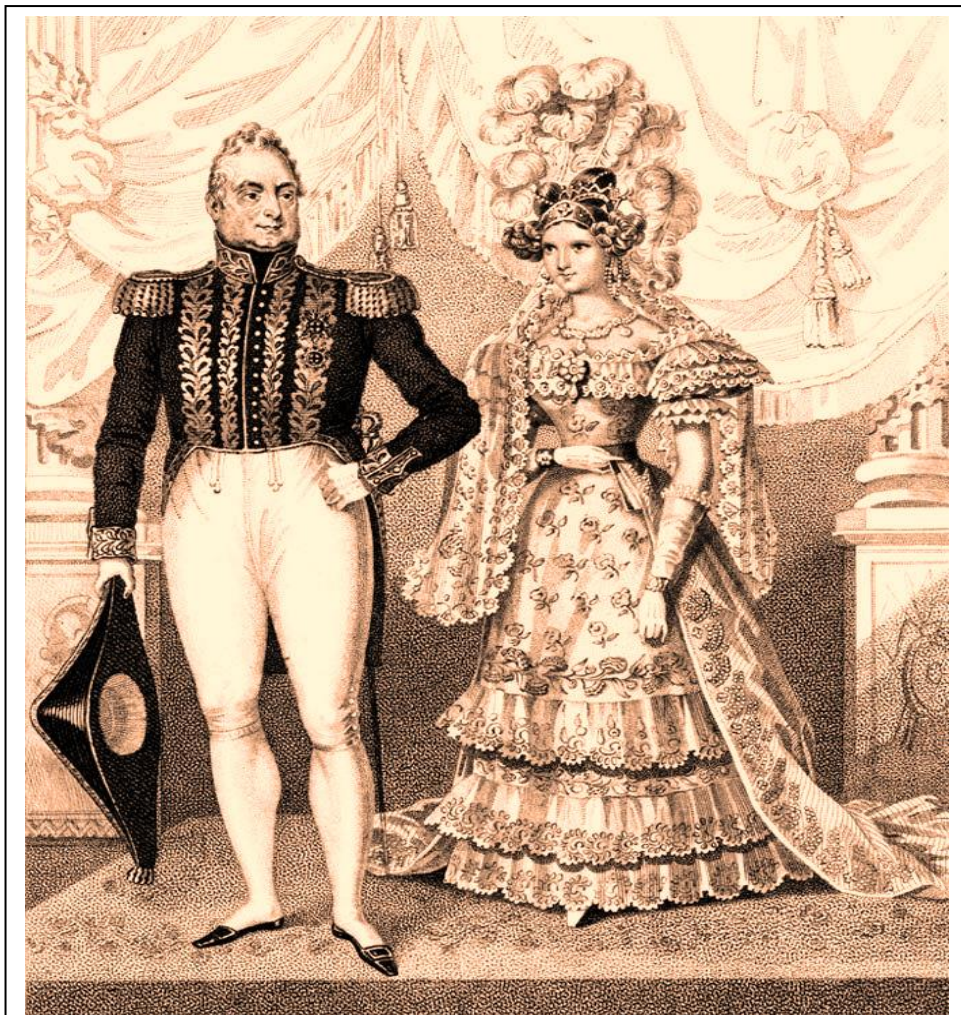
Preocupado por la educación de sus pupilos, Fitz-Roy consultó con la Sociedad Misionera de la iglesia, la que no consideró que le correspondiera dicha tarea y los derivó a la Sociedad Nacional para la Promoción de la Educación de los Pobres en la Iglesia Establecida. Sin embargo, el marino prefirió llevarlos a la Escuela de Walthamstow, un suburbio en el Noroeste de Londres, donde su director William Wilson, aplicaba las ideas del educador Samuel Wilderspin, un verdadero precursor de la educación infantil, que consideraba fundamental la etapa que va de los dos a los siete

²² Más adelante veremos la interpretación que hace Lucas Bridges a esta versión.

años y proponía una forma de enseñanza por medio del canto y dando palmas, aprendiendo por medio de rimas ocurrentes y dibujos. Se dice que, cuando a los siete años pasaban a los colegios anglicanos, ya poseían un nivel excelente en moral y religión y una comprensión del aseo personal así como una base de lectura y aritmética; además, contra lo que era habitual en los colegios ingleses, nunca se los golpeaba ni se los castigaba físicamente. Al considerar que el desarrollo de los fueguinos era similar a los de un niño inglés de parvulario, se los juntó con chicos de esa edad y según parece Jemmy y Fuegia hicieron importantes avances durante el año que permanecieron allí.

En el ínterin, el Almirantazgo volvió a llamar a Fitz-Roy para comunicarle que se había dispuesto un nuevo viaje hacia Sudamérica para completar los estudios cartográficos iniciados, en el cual tendría la oportunidad de llevar a un naturalista como acompañante para que realizase estudios sobre la naturaleza de los lugares a reconocer. Como es sabido, el elegido fue el joven estudiante Charles Darwin, entonces de 22 años.

Sin embargo, poco antes de su partida, el viaje fue suspendido por la necesidad de restringir gastos, lo que dejó a Fitz-Roy en una posición difícil: los fueguinos estaban a su cargo y le habían costado ya una buena parte de su patrimonio, y la suspensión del viaje implicaba el riesgo de que quedaran varados en Inglaterra. La muerte de Boat Memory había significado un golpe durísimo para sus intenciones y no había ninguna seguridad de que sus compañeros no cayeran víctimas de alguna otra enfermedad contra la cual no tuvieran las defensas adecuadas. Por lo tanto decidió



**FIGURA 5: LOS REYES DE INGLATERRA GUILLERMO IV DE HANOVER
Y ADELAIDA, DUQUESA DE SAXO-MEININGEN**

que la experiencia debía terminar; pidió un año de licencia a la marina real y comenzó a buscar algún buque que viajara hacia el Cabo de Hornos en el cual pudiera tomar pasaje para los fueguinos, lo cual tampoco significaba un costo menor. Pero, entretanto, un hecho inesperado vino a cambiar las perspectivas: los reyes Guillermo IV y Adelaida, enterados de la presencia de los “indios de Fitz-Roy”, los invitaron al palacio para conocerlos, apoyando tácitamente la empresa del capitán. Se cuenta que la visita resultó un éxito; que los muchachos fueron vestidos de punta en blanco y en un inglés sino bueno por lo menos comprensible respondieron a las preguntas de los reyes y cumplieron con todas las normas de etiqueta que les habían prescrito. Parece que la reina quedó encantada con la simpatía de Fuegia, a quien, al despedirse, le regaló un sombrero, un anillo que valía varios cientos de libras, un costurero y un monedero con dinero para que comprara lo que quisiera llevar de vuelta a su tierra. El rey, quien había pertenecido a la marina real, al enterarse por Fitz-Roy de que se había suspendido el nuevo viaje, se comenta que no ocultó su desagrado y se comprometió a usar toda su influencia para que se volviera atrás con dicha decisión.

Haya sido así o no, lo cierto es que el Almirantazgo cambió de idea y poco después volvió a llamar a Fitz-Roy para rogarle que suspendiera su licencia y se hiciera cargo de una nueva misión, en las mismas condiciones de la que había sido planificada, es decir con naturalista y jóvenes fueguinos incluidos, y que el barco que los transportaría nuevamente sería el *Beagle*, que estaba siendo reacondicionado para un viaje que, finalmente, duró casi cinco años.

Al mismo tiempo, la iglesia de Walthamstow le ofreció la compañía del joven catequista Richard Mattews, quien se ofreció para acompañar al contingente y quedarse en los canales junto a los fueguinos, con la idea de ayudarlos en lo que daba por sentado que iba a ser la tarea de predicar las verdades del Evangelio entre sus paisanos. De esta manera, lo que en principio iba a ser solamente llevar a los canoeros de vuelta a su origen, se podía convertir en la creación de una pequeña colonia cristiana en el confín de la tierra, tal como según los Evangelios había predicado Jesús cuando encargó a sus discípulos que fueran por el mundo y predicaran la buena nueva a toda la creación hasta el último confín (Mc 16,15).

Esta frase, según el evangelista, continuaba diciendo: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea será condenado”, y en aquella Inglaterra puritana en que aún personas muy instrui-

das tomaban los evangelios al pie de la letra, la tarea de predicar era digna de la mayor atención, conmovía la sensibilidad y movía los bolsillos de muchas almas piadosas.

Así fue que aquella Navidad, ni bien soplaron vientos favorables, el *Beagle* partió nuevamente del puerto de Plymouth. Sus bodegas iban cargadas de cajas, unas con el material que Darwin necesitaría para sus investigaciones y otras con decenas de artículos ideales para formar un ajuar o para equipar casas de campo en la campiña inglesa, pero totalmente inútiles en los canales fueguinos, tales como juegos de sábanas bordadas, juegos completos de té de loza pintada y de cubiertos de metal plateado, sombreros, zapatos, manteles de hilo y otras exquisiteces que los parroquianos de Walthamstow habían donado para la nueva colonia.

Para algunos investigadores, la historia de los “indios de Fitz-Roy” es solo un hecho anecdótico que no merece mayor atención; sin embargo, la experiencia misionera que se inició con el marino y estos tres muchachos, aunque rápidamente abortada -como pronto veremos-, fue el inicio y el símbolo de una epopeya que sentó las bases del encuentro (o del desencuentro) de la cultura fueguina con la cultura occidental. Esta epopeya está plagada de actos heroicos y de errores funestos, pero resultó fundacional para la colonización de Tierra del Fuego. No es mi intención hacer un juicio moral sobre ella, sino comprenderla, ubicándola en su contexto temporal e ideológico para incluirla entre las muchas paradojas sublimes de nuestra historia.

3.6. EL SEGUNDO VIAJE DEL “BEAGLE”

3.6.1. PREPARATIVOS: CHARLES DARWIN

Charles Darwin era un joven aristócrata de apenas 23 años, quien hasta entonces había llevado una vida ociosa en la que había intentado estudiar, primero para ser clérigo y luego para ser médico, carreras ambas que abandonó. Durante los años que estuvo en Cambridge dice haber perdido lastimosamente el tiempo, pero destaca las conferencias a las que asistía por fuera de las clases regulares, donde conoció e hizo amistad con el profesor John Stevens Henslow, quien poseía “grandes conocimientos de botánica, entomología, química, mineralogía y geología” y lo interesó

por las ciencias experimentales. Frecuentó su círculo íntimo y supo aprovechar los debates que mantenían los científicos más destacados de la época, sin tener aún idea de cuánto influirían en su futura vocación. Durante su último año en Cambridge, leyó con detalle la *Personal Narrative* de Humboldt, lo que, según confiesa, despertó en él un ardiente deseo de aportar, por humilde que fuese, una contribución a la noble estructura de la Ciencia Natural.

Contemporáneamente, el Almirantazgo Británico preparaba el viaje al que nos referimos, y Fitz-Roy solicitó la compañía de un “naturalista” para recabar información geológica y botánica que serviría a la ciencia y también para acompañarlo y poder conversar con alguien de su clase y formación cultural, lo que resultaba aconsejable en un viaje tan prolongado. El profesor Henslow propuso el nombre del joven Darwin, quien tras alguna vacilación, aceptó gustoso la oferta. Tras ser aprobado su nombre por Fitz-Roy y obtenido con ciertas reservas el permiso paterno²³, Darwin partió hacia un viaje de circunvalación del globo de más de cinco años en los que realizó fundamentales observaciones para la elaboración de las teorías que luego lo inmortalizaron (*Darwin*, 2006: 27 a 45).

3.6.2. DARWIN Y FITZ-ROY

Tanto Fitz-Roy como Darwin llevaron diarios de su travesía, que han sido publicados y cuya contrastación nos permite darnos una idea de cómo dos personajes de orígenes sociales parecidos pero de formación cultural y científica diferente, tuvieron miradas divergentes acerca de los aborígenes fueguinos, no sólo en cuanto a la impresión que estos les causaron sino en cuanto a las acciones y las formas de intervención a las que los impulsaron.

²³ Al parecer, el padre de Charles Darwin pensaba que el viaje no iba a ayudar a encaminar a una vocación tan caprichosa como la de su hijo, y fue un tío materno, Josiah Wedgwood, quien abogó en favor de su sobrino. En cuanto a Fitz-Roy, que era un entusiasta de los postulados entonces en boga de la frenología, casi veta al joven por la forma de su ancha nariz, propia, según esa pseudociencia, de caracteres rústicos y traicioneros. Un par de naderías que podrían haber postergado unos cuantos años la evolución de la ciencia. (DARWIN, 2006: 39 y NICHOLS, Peter., 2003: 27)

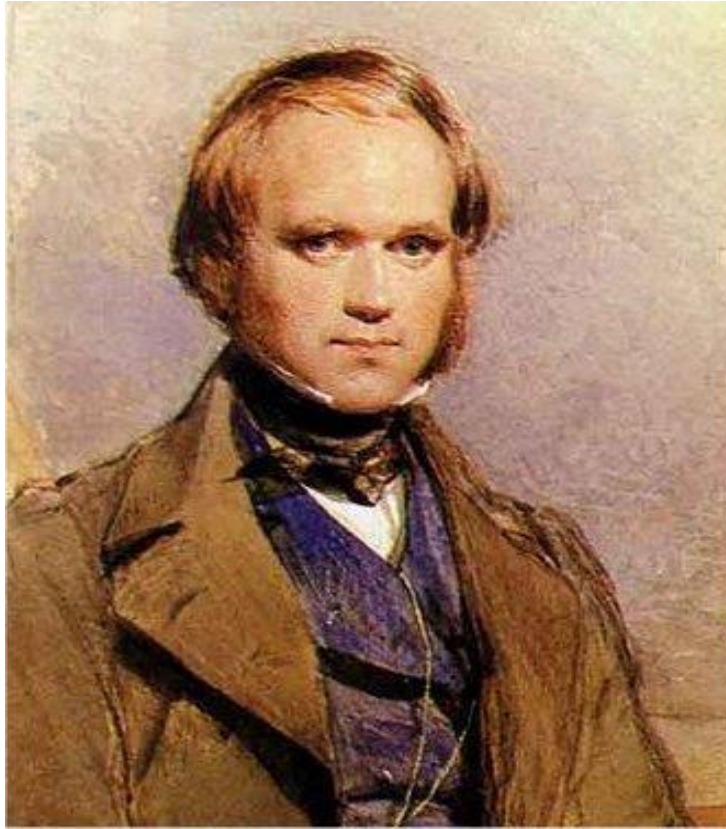


FIGURA 6: CHARLES DARWÍN EN UN RETRATO DE 1830

retrato en acuarela realizado por George Richmond

Fitz-Roy era un cristiano ferviente y justamente en este viaje se vería el resultado de una experiencia (el secuestro de los cuatro fueguinos) en que había puesto en juego su prestigio y el no poco dinero que le había costado su traslado y manutención.

La aceptación del catequista Mathews en la dotación sugiere que creía en el establecimiento de la misión religiosa en los canales, y evidentemente no habría puesto todo ese empeño si no hubiera confiado en las posibilidades de éxito.

Darwin, en cambio, era un joven científico dispuesto a conocer el mundo sin intermediarios. No compartía la fe de Fitz-Roy en su misión evangelizadora, pero era un espíritu abierto a percibir y elaborar nuevos conocimientos, vinieran de donde viniesen, sin los prejuicios propios de su época²⁴.

Por su parte, el *Beagle* había sido reformado según instrucciones precisas del capitán para la travesía. Se lo había provisto cuidadosamente para un viaje largo en el cual tanto el Almirantazgo como el marino habían puesto muchas expectativas. Según este mismo señala,

“creo que barco alguno dejó jamás Inglaterra tan bien provisto y equipado como el *Beagle* para el servicio a que se le destinaba, y para la salud y comodidad de la tripulación. Si algo nos faltaba de lo que pudiera haber llevado, nuestra era la culpa, pues lo que se pidió, sea al Arsenal, Intendencia, Consejo Naval o Almirantazgo, todo nos fue acordado en el acto (*ob. cit.* III: 494).

En estas condiciones, partió de Plymouth el 27 de diciembre (1831).

²⁴ Vale la pena transcribir fragmentos de la semblanza que hizo Darwin de Fitz-Roy en su Autobiografía (*cit. pág. 40-41*): “El carácter de Fitz-Roy era singular, con rasgos de gran nobleza estaba consagrado a su deber, exageradamente generoso, intrépido, decidido, incorregiblemente enérgico y apasionado amigo de todo lo que estuviese bajo su mando. Se enfrentaba a cualquier tipo de problema para prestar ayuda a quien considerara que la merecía. Era un hombre apuesto, un auténtico caballero, con modales muy cultivados que, según me explicó el embajador en Río, recordaban los de su tío materno, el famoso lord Castlereagh. De todos modos, gran parte de su aspecto debió heredarlo de Carlos II [...] El humor de Fitz-Roy era de lo más aciago. Habitualmente era peor a primera hora de la mañana. Con su vista de lince era capaz de detectar cualquier cosa que andaba mal en el barco y entonces se mostraba despiadado con el culpable. Aunque era muy amable conmigo, era un hombre muy difícil con quien convivir en esas condiciones de intimidad que necesariamente implicaba compartir el mismo camarote. Tuvimos varios altercados; por ejemplo, al principio del viaje, en Bahía, Brasil, cuando defendió y elogió la esclavitud, que yo aborrecía, y me contó que acababa de visitar a un importante propietario de esclavos, que reclamó la presencia de varios de ellos y les preguntó si eran felices y si deseaban ser libres, y todos respondieron –No- Luego le pregunté, tal vez con una sonrisa sardónica, si pensaba que la respuesta de los esclavos en presencia de su amo tenía algún valor. Aquello le enojó en demasía y dijo que puesto que yo dudaba de su palabra no podíamos seguir viviendo juntos. Pensé que aquello me obligaría a abandonar el barco, pero tan pronto como se difundió la noticia [...] recibí una invitación de todos los oficiales de cubierta para que comiera con ellos, cosa que me alegró profundamente. Transcurridas unas pocas horas, sin embargo, Fitz-Roy mostró su habitual magnanimidad y me hizo llegar un oficial con sus disculpas y su ruego de que continuare viviendo con él. Su carácter era, en varios aspectos uno de los más nobles que jamás he conocido.



**FIGURA 7: ABORIGEN YÁMANA EN EL
ARCHIPIÉLAGO WOLLANSTON**

Aborigen de la Isla Wollaston, en el Archipiélago de Hornos, según la acuarela de Conrad Martens. Además de su aspecto salvaje, el pintor se ha cuidado de darle al modelo un gesto siniestro y amenazador.

3.6.2.1. Primeros encuentros con los fueguinos

Muchas fueron las vicisitudes del viaje del *Beagle*, al punto que se demoraron casi un año en llegar a los canales fueguinos. En el *Diario* de Fitz-Roy se menciona su paso por el Golfo de Vizcaya, las Canarias, las islas de Cabo Verde, Fernando Noronha, Salvador de Bahía, Río de Janeiro, Santa Catarina, el Río de la Plata, Buenos Aires, Montevideo, Bahía Blanca y los cabos y bahías del Atlántico Sur hasta llegar a la Isla Grande.

No hay mención en su diario de cómo fue la vida de los fueguinos durante la travesía y la primera entrada en que se refiere a ellos es del 18 de diciembre (casi un año después de la partida), cuando, a la altura de la Bahía Buen Suceso, en la entrada oriental del Canal Beagle, encuentra a cinco o seis a los que ve parecidos a los patagones (eran haush, los cazadores pedestres del extremo oriental de la isla Grande) y le merecen una reflexión que pinta la actitud mental del hombre civilizado frente al salvaje en estado de naturaleza.

“Por desagradable y aun penosa que sea la simple contemplación mental de un salvaje, y por más que nos disguste considerarnos descendientes siquiera remotos de seres humanos en tal estado, la reflexión de que César encontró a los bretones pintarrajeados y vestidos de pieles, lo mismo que esos fueguinos, no puede dejar de aumentar el interés excitado por su pueril ignorancia de cuestiones familiares al hombre civilizado y por el estado sano e independiente de su existencia” (FITZ-ROY, R., *ob. cit.*: III, 558).

Darwin resume sus primeras impresiones sobre estos aborígenes en una carta que envía al profesor Henslow:

“Los fueguinos haush estaban en un estado de barbarie peor que el que yo esperaba ver alguna vez en un ser humano [...] No creo que ningún espectáculo sea más interesante que la primera visión del Hombre en su primitiva naturaleza salvaje. Nunca olvidaré los gritos que nos recibieron cuando entramos en la Bahía Buen Suceso. Estaban sentados en una punta de tierra rocosa rodeados de un oscuro bosque de hayas y cuando empezaron a agitar descontroladamente sus brazos por encima de sus cabezas y sus largos cabellos flotaban al viento, parecían los espíritus atormentados de otro mundo” (Correspondencia de C. Darwin, cit. por CHAPMAN, A., A., 2009: 49).

Y en carta a su hermana Caroline dice sobre el mismo episodio:

“... Allí vimos al nativo fueguino: un salvaje sin civilizar es uno de los espectáculos más extraordinarios del mundo. La diferencia entre un animal domesticado y otro salvaje resulta sorprendentemente más notoria en el ser humano; en el bárbaro desnudo, con el cuerpo cubierto de pintura, con gestos que resultan ininteligibles, sean pacíficos u hostiles, hacen difícil que veamos a un congénere...” (En CANCLINI, A., 2007:52)

Al parecer, es en este momento cuando Darwin comienza a pensar en los orígenes del hombre y tal vez en la teoría de la evolución. Al final de *El origen del hombre*, recuerda su experiencia:

“La principal conclusión a que llegamos en esta obra, es decir que el hombre descende de alguna forma inferiormente organizada, será, según me temo, muy desagradable para muchos. Pero difícilmente habrá la menor duda en reconocer que descendemos de bárbaros. El asombro que experimenté en presencia de la primera partida de fueguinos que vi en mi vida en una ribera silvestre y árida, nunca lo olvidaré, por la reflexión que inmediatamente cruzó mi imaginación: tales eran nuestros antecesores” (cit. por CHAPMAN, A., A., ob cit, 2009: 49).

Pero cuando llega el momento de describirlos, Fitz-Roy no ahorra expresiones despectivas. Al hablar de los *tekeenicas*, que es el nombre que les da a los yámanas que viven en el extremo sur de la isla Hoste, cerca del Cabo de Hornos, los describe como:

“... de aspecto desagradable y mal proporcionados [...] remedos de ser humano [...]” y al hablar de las mujeres no se muestra más piadoso: “Son bajas, de cuerpo desproporcionado con la estatura; de facciones, especialmente las viejas, apenas menos repelentes que la de los hombres. La estatura de estas fueguinas –por cortesía llamadas mujeres- ...” (FITZ-ROY,R., 2009: III,572).

Pero estas impresiones no le hicieron variar en su decisión de dejar fundada la primera colonia cristiana de Tierra del Fuego, que estaría bajo la dirección espiritual del catequista Matthews y conformada por Jemmy Button y el matrimonio que se había consagrado entre York Minster y Fuegia Basket. Por convicción o por no dar su brazo a torcer, el capitán sostenía que el grupo ya estaba preparado para iniciar la experiencia, para la cual seleccionó una pradera llana en la Bahía de Wulaia, sobre el canal Murray (19 de enero de 1833). Esa era la tierra de origen de Jemmy, que pertenecía al grupo yámana, mientras York y Fuegia eran alacalufes y su patria estaba más al oeste.

3.6.2.2. El intento de instalación de la colonia cristiana

Las alternativas de la instalación de la colonia fueron las que se podían esperar. Se encontraban en tierra que los aborígenes consideraban propia, y lo menos que podían sentir hacia los forasteros era una curiosidad a las claras hostil, pero igualmente Fitz-Roy dirigió las obras, que se iniciaron con el trazado con pala de una línea que los indígenas que no conocían Inglaterra no podrían

trasponer. En el interior, comenzaron a sembrar una huerta y a levantar las primeras construcciones: un *wigwam* (choza) para Matthews, otro para Jemmy y otro para el matrimonio²⁵. En un momento, Jemmy divisó una canoa en la que se aproximaba su familia, a la que no veía desde hacía cerca de dos años. Sin embargo, el reencuentro, lejos de ser emotivo, fue totalmente carente de afecto. La madre apenas lo miró; sus hermanas huyeron sin mirarlo siquiera y los hermanos permanecieron inmóviles y mudos mirando al muchacho. “Los aminaes –comenta Fitz-Roy- demuestran muchísima más animación y emoción que la desplegada en este encuentro”. (ob. cit., III: 633) Ciertamente que al final del día el trato había cambiado, especialmente después del reparto de algunos clavos y utensilios que traían los recién llegados y que ayudaron a restaurar las relaciones familiares. Hasta la madre de Jemmy intercambió pescado por una prenda de vestir que le entregó Fitz-Roy.

Para mantener alejados a los demás aborígenes, dispararon algunos tiros al aire, lo que quizá no era la mejor manera de iniciar la catequesis, pero la propensión a la rapiña de los fueguinos y el hecho de que eran alrededor de 300 y los visitantes sólo 30, no les dejó otra salida.

Ante la afirmación de Jemmy de que la intención de los naturales era buena y las seguridades que le dio Matthews de que se encontraba bien y dispuesto a enfrentar la prueba, el 27 de enero (1833) Fitz-Roy partió en excursión hacia el Oeste para continuar el relevamiento de los canales, dejando a los cuatro adelantados en tierra.

²⁵ En su diario, Fitz-Roy no se refiere al matrimonio de York y Fuegia ni habla tampoco de que hayan sido bautizados. Sin embargo, al narrar los preparativos para la instalación de los jóvenes en Wulaia señala las atenciones de York para su “pretendida esposa Fuegia”, que proporcionaban gran entretenimiento a la tripulación. “Desde mucho atrás, escribe, se había mostrado muy atraído hacia ella y se había vuelto gradualmente en extremo celoso de su preferencia. Si alguno hablaba con ella vigilaba cada palabra; cuando no estaba sentado a su lado refunfuñaba malhumorado; y si accidentalmente se le separaba y se le obligaba a ir en otro bote, su comportamiento se volvía mohíno y sombrío”. (III, 629). Por otra parte, en el diseño de la colonia los ingleses habían reservado una choza para Mathews, otra para Jemmy y su familia y otra para York y Fuegia. Según Arnoldo Canclini, a York y Fuegia los casaron los marinos del *Beagle*. Lo cierto es que, después de que los británicos dejaran la colonia, York y Fuegia escaparon juntos en una canoa con todo lo que pudieron rapiñar, hacia las islas de donde era York, a pesar de que la niña apenas tendría unos diez u once años.



FIGURA 8: EL *BEAGLE* EN EL CANAL MURRAY

Una de las acuarelas más conocidas de Conrad Martens, el dibujante de la expedición: El "Beagle" navegando por el canal Murray es saludado por los ocupantes de una canoa yámana. Detrás, el macizo montañoso de nieves eternas de la Isla Hoste

Cuando el 4 de febrero retornaron a Wulaia, la colonia presentaba un aspecto desordenado y varios indígenas se encontraban con trozos de tela que habían robado del ajuar de Fuegia y con actitud desafiante. El catequista, presa de pánico, le confió a Fitz-Roy que ni bien las naves se habían alejado, los fueguinos lo habían amenazado y si bien no habían ejercido violencia física le habían robado todo lo que pudieron y le habían demostrado que no era para nada bienvenido, no dejándolo en paz con sus gritos y amenazas. Estaba desolado y todo su entusiasmo apostólico se había apagado ante los peligros arrostrados, por lo que le confesó que no quería continuar. Su estadía

había sido corta pero era evidente que un hombre solo y sin ninguna experiencia, con la ayuda poco probable de tres aborígenes, no podía permanecer y predicar los evangelios a un pueblo que no lo había solicitado.

De todos modos, Fitz-Roy no perdió todas las esperanzas, lo cual resulta comprensible conforme su carácter y si pensamos en todo el esfuerzo, el prestigio y el dinero que había puesto en esa misión. Cuando volvió a Wulaia, el 14 de febrero, se tranquilizó al ver el aspecto pacífico del lugar y a Jemmy, York y Fuegia vestidos “como de costumbre”. Fuegia estaba limpia y prolijamente arreglada y York estaba haciendo una canoa con tablonces que la gente del *Beagle* había dejado en el lugar. El jardín estaba intacto y ya asomaban algunas legumbres, por lo que Fitz-Roy “viendo que todos estaban muy contentos y felices” aconsejó a Jemmy traer a su madre y hermanos menores al propio *wigwam* y consideró que estaban dadas las condiciones para dejar el lugar “bastante esperanzado en que tendrían alguna influencia benéfica entre sus compatriotas”. Esperaba que,

“por su intermedio, comprendieran sus paisanos la razón de habérmelo llevado [a Jemmy] a Inglaterra, y que en visita futura los encontraría tan favorablemente dispuestos hacia nosotros que Matthews podría reanudar, con mejores posibilidades de éxito, la empresa que las circunstancias le había obligado a diferir, aunque no a abandonar por completo” (Ob. cit., III: 645).

Sea por su celo misionero o por orgullo personal, a Fitz-Roy le costaba aceptar el fracaso de su proyecto.

3.6.3. LOS FUEGUINOS SEGÚN DARWIN

Darwin, por su parte, había observado a los fueguinos desde una posición más distante. Él era solo un científico sin ningún compromiso y como tal observaba a los canoeros sin pensar en aventuras apostólicas que probablemente desconocería al momento de embarcarse. Por eso se limita a describir sus usos y costumbres, la forma de sus casas, la manera de encender y mantener el fuego, su tipo de alimentación y repara erróneamente en el tema del canibalismo, afirmando, tal como se sostenía desde el siglo XVII, que los yámanas eran afectos a tales prácticas. Según lo que

les contó un muchacho que había vivido un tiempo en un buque ballenero que operaba en la zona, y lo confirmó Jemmy Button, en tiempos de hambre se comían a las ancianas. Darwin quedó muy impresionado por este hecho y sostuvo en carta a su hermana Caroline (marzo de 1833) que

“se podía creer que dicha práctica alcanza niveles desconocidos jamás registrados en este mundo [...] no existe nada más atroz: las hacían trabajar como esclavas para abastecerlos de comida en el verano y ocasionalmente para comérselas en el invierno” (CHAPMAN, A., 2009: 67).

Esta afirmación fue aceptada por la comunidad científica y reforzó la pésima opinión de que gozaban los fueguinos en Europa. Más tarde fue rebatida definitivamente por Lucas Bridges, quien se crio y vivió muchos años en contacto diario con los yámanas.

Darwin los describe como una sociedad no organizada, sin jefes ni gobierno, sin religión, sin conocer prácticamente lo que es la vida de hogar ni el afecto doméstico.

Refiriéndose a los aborígenes de la isla Wollaston, los pinta con los colores más tétricos:

“... estos fueguinos de la canoa estaban enteramente desnudos, y lo propio ocurría con una mujer adulta. Llovía copiosamente y el agua, junto con las rociadas del mar, caía por todo su cuerpo. En otro fondeadero, no muy distante, una mujer que daba de mamar a un niño recién nacido vino al costado del barco, y permaneció allí por pura curiosidad mientras la nevisca caía y se acumulaba en su desnudo seno y sobre la piel de la criatura, desnuda. Estos pobres desgraciados se habían quedado raquíuticos, sus horribles rostros estaban embadurnados de pintura blanca; sus pieles eran sucias y grasientas; el cabello enmarañado, las voces discordantes y sus gestos, violentos. Al ver tan repugnantes cataduras cuesta creer que sean seres humanos y habitantes del mismo mundo. Hay quien se pregunta qué placeres puede ofrecer la vida de ciertos animales inferiores, pero ¡cuánto más razonable sería hacer la misma pregunta respecto a estos bárbaros!” (DARWIN, C., 2009, 259-60)

Dice Anne CHAPMAN, A. sobre esto: “No sentía compasión por estas personas. Pongo en cuestionamiento las impresiones que le causaban porque muchas veces no consiguió describir las escenas que presenciaba. Si sus voces sonaban “discordantes” y los gestos eran “violentos” ¿acaso no estarían intentando advertir a los extraños de alguna urgencia? [...] ¿Acaso no se preguntó por qué tenían la piel tan “sucias y grasientas”? Según George Stocking Jr. esos comentarios fueron “un poco apresurados, descuidados y sin un análisis etnográfico gestáltico previo, en el que la pintura, la grasa y la estructura corporal se unen en una percepción individual del tipo físico...” (CHAPMAN, A., 2009: 57)

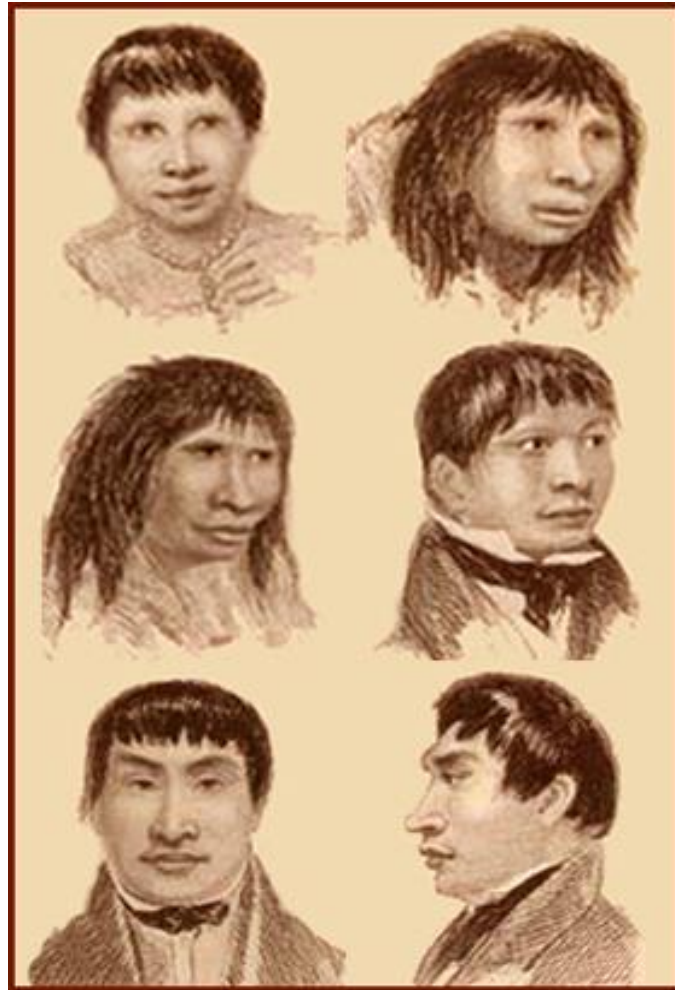


FIGURA 9: LOS FUEGUINOS DE FITZ-ROY

Los fueguinos según la pluma de Fitz-Roy: Arriba Fuegia Básket y la mujer de Jemmy Button. Al centro Jemmy Button dibujado en su estado salvaje y vestido y arreglado como un dandy británico y abajo York Minster con ropa europea, de frente y perfil (En "Los viajes del Beagle: Informe de la segunda expedición")

Sin embargo, él mismo, al describir a los fueguinos de Fitz-Roy, admite tácitamente su posibilidad de evolución. El caso más notable es de Jemmy Button, a quien describe como el niño mimado de toda la tripulación;

“la expresión de su rostro reflejaba la bondad de su índole; era alegre, reía a menudo y se compadecía de las desgracias ajenas; cuando, por estar el mar picado yo me mareaba, solía venir a verme y me decía con acento apenado “¡Pobre amigo, pobre!”, pero la idea de que un hombre se marease después de llevar tanto tiempo en el mar excitaba demasiado su hilaridad [...] Jemmy era pequeño, cuadrado y regordete, pero muy pagado de su persona; solía llevar siempre guantes, el cabello pulcramente recortado y sentía mucho que se le manchara el calzado, que procuraba conservar siempre bien lustroso...” Tal había sido su aculturación, que al llegar a la tierra de donde había salido casi no entendía el idioma y sus familiares se entendían mejor con York Minster, a pesar de que éste no era yagán sino alacaluf. (DARWIN, 2009: 252-254).

Al referirse al encuentro de Jemmy con su madre, no difiere mucho de la opinión de Fitz-Roy:

“El encuentro fue menos interesante que el de un caballo con su antiguo compañero al volver del campo. Allí no hubo la menor demostración de afecto; se miraron simplemente de hito en hito y la madre se fue al punto a cuidar la canoa” (*Ibid*: 270)

Cuando el 4 de febrero hacen su segunda visita a Wulaia, queda impresionado por la hostilidad que los naturales tuvieron hacia Matthews y los tres muchachos, a quienes habían robado muchas de sus pertenencias. Sostiene que Jemmy se encontraba desconsolado y sin duda se hubiera alegrado de volver con ellos. Y luego supone que

“nuestros tres fueguinos, aunque sólo habían estado tres años con gente civilizada, seguramente se hubieran alegrado de conservar sus nuevas costumbres; pero esto era evidentemente imposible”, para concluir diciendo “Temo que su visita no les haya servido de nada” (*Ibid*: 275).

Estos temores iban acompañados de tristes premoniciones. En una carta a su hermana Susan comenta:

“Será muy interesante y me temo que también doloroso ver al pobre Jemmy Button y a los demás. Supongo que los encontraremos desnudos y medio muertos de hambre... si es que no los han devorado durante el último invierno”. (CANCLINI, A., 2007: 85)

El 5 de marzo regresaron a Wulaia, donde no encontraron a nadie y, para peor, los indígenas de Ponsonby Sound dieron a entender por gestos que había habido una refriega. Poco después, vieron acercarse una canoa que tenía una banderita y en su interior venía Jemmy, “convertido de nuevo en un salvaje escuálido y astroso, con la lengua cabellera en desorden y desnudo, salvo un retazo de manta rodeado a la cintura”. Cuando subió al barco, se aseó y se vistió como solía y

comió a la mesa del capitán. Dijo que andaba bien provisto de alimentos, que sus parientes eran muy buenos y que no deseaba volver a Inglaterra. Darwin supone que la causa de este gran cambio operado en los sentimientos de Jemmy se debía a su joven y linda esposa, a quien conocieron esa tarde. En cuanto a York y Fuegia, habían huido en una canoa llevando todo lo que pudieron acaparar en ella, hacia la tierra del marido.

A la mañana siguiente, se despidieron de Jemmy y el barco levó anclas para alejarse definitivamente de Tierra del Fuego. Darwin consignó en el diario que no dudaba que [Jemmy] sería tanto o más feliz que si nunca hubiera salido de su tierra. Y pensando en todas las esperanzas que había puesto Fitz-Roy en ese experimento, se consolaba suponiendo que “los muchos y generosos sacrificios hechos a favor de estos fueguinos hallarían su recompensa en la protección que los descendientes de Jemmy Button y su tribu otorguen a los pobres náufragos arrojados a estas inhóspitas playas”. Al igual que Fitz-Roy, se emocionaba luego con el gesto de Jemmy, quien, al alejarse el barco, encendió en la parte más alta de la bahía, una hoguera para hacer señales de despedida.

Darwin supuso que la igualdad que reina entre los fueguinos no podía menos que retrasar el desarrollo de su civilización.

“Así como los animales cuyo instinto los compele a vivir en sociedad y obedecer a un jefe son más capaces de progreso, así también las razas humanas [...] En Tierra del Fuego, hasta que surja algún jefe con poder suficiente para consolidar cualquier ventaja alcanzada, por ejemplo la cría de animales útiles, apenas parece posible que pueda mejorar el estado político del país. Al presente, hasta el menor retazo de tela que se dé a un fueguino es hecho jirones y distribuido de suerte que ningún individuo pueda llegar a ser más rico que otro”. Por otra parte “es difícil comprender cómo puede aparecer un jefe en tanto que no se reconozca alguna clase de propiedad por la que sea dable manifestar su superioridad y acrecentar su poder”. (DARWIN, 1997: 278-279).

3.6.4. LAS CONCLUSIONES DE FITZ-ROY

Fitz-Roy, por su parte, narra los episodios con más optimismo. Dice que Jemmy hablaba tanto inglés como antes y, para su asombro, sus compañeros, su mujer, sus hermanos y las mujeres de éstos mezclaban palabras de mal inglés en su conversación con él. Jemmy dijo que estaba contento, “mejor que nunca”, que era feliz y estaba conforme y no tenía el menor deseo de cambiar de

género de vida. El capitán se refiere a la “joven bien parecida” que decía ser la esposa de Jemmy. Cuenta con cierto detalle la defección de York y Fuegia y, finalmente, hace una suerte de balance de su intento.

“Se notó generalmente que su familia (la de Jemmy) se había humanizado considerablemente más que cualquiera de los demás salvajes que viéramos en Tierra del Fuego; que tenían confianza en nosotros; estaban contentos de nuestro regreso y dispuestos a hacer todo lo que les dijéramos conveniente a su interés y, en suma, que el primer paso hacia la civilización –el de obtener confianza- se había dado indudablemente; pero un solo individuo, con medios limitados, no podía ir más adelante. El plan de conjunto respecto del establecimiento de un misionero con los fueguinos que habían estado en Inglaterra, entre los compatriotas de éstos, se había hecho en escala demasiado reducida...” (ob. cit.: III, 734)

Y más adelante supone que Jemmy les profesaba sincera gratitud lo que estimaba porque les había guardado cuidadosamente dos hermosas pieles de nutria y por su pedido de que le llevara un arco y un carcaj lleno de flechas al maestro de escuela de Walthamstow, con quien había vivido; porque le había fabricado dos puntas de chuzo expresamente para Mr. Darwin y por el placer que había demostrado al verlos de nuevo a todos.

Fitz-Roy se equivocaba palmariamente, y la funesta historia de los misioneros que intentaron, años más tarde, iniciar la evangelización entre los canoeros, terminó de demostrarlo. Éstos se encontraron sólo con hostilidad y rencor, para nada mitigados por la experiencia de los “fueguinos de Fitz-Roy”. Inclusive, en 1859, Jemmy Button y su familia se vieron involucrados en la matanza a mansalva de nueve de aquellos misioneros que habían llegado a Wulaia con el proyecto de iniciar su tarea de evangelización (*ver cap. 5*).

3.7. DARWIN ENTRE BÁRBAROS Y CIVILIZADOS

Volviendo a las andanzas de Darwin, señalemos que durante su estancia en Sud América, tuvo oportunidad de ver otros episodios de la relación entre aborígenes y civilizados. Uno de ellos fue en el campamento de Juan Manuel de Rosas, en las márgenes del Colorado, cuando éste se encon-

traba realizando la campaña del Desierto y aquel atravesando las praderas bonaerenses que van de Patagones a Buenos Aires en su obstinada búsqueda de huesos y ejemplares de la flora y observaciones del comportamiento de hombres y mujeres de otras culturas.

Como es sabido, en aquella campaña, Rosas, al mando de una de las columnas, debía operar sobre el curso inferior de los ríos Negro y Colorado, con especial atención en la isla de Choele-Choel, donde tenían sus tolderías las tribus que seguían al cacique Chocorí²⁶, a quien se consideraba el más pícaro y ladino de los jefes indios no sometidos, especializado en el robo de ganado en las estancias bonaerenses y su traslado a Chile para su comercialización.

La división de Rosas partió desde San Miguel de Monte el 22 de marzo de 1833 rumbo al Colorado. La secretaría de Rosas llevó un prolijo diario de la marcha, donde el 17 de agosto consigna:

“Por haberse traspapelado un apunte del día 13 dejó de ponerse la llegada al Cuartel General desde Patagones del naturalista Mr. Carlos Darvien, quien presentó al señor general el correspondiente pasaporte del comandante político y militar de aquel punto y la nota del señor ministro de guerra. El señor Darvien prosiguió su marcha el 16 de agosto con las recomendaciones necesarias para que fuese atendido en el tránsito con los auxilios que pidiera.”

La expedición fue exitosa y cumplió sus objetivos. El día 25 de marzo (1834) se da por concluida la campaña a orillas del arroyo Napostá y se licencia al ejército. Rosas despidió a sus compañeros de armas con una proclama en que pondera a las lanzas que “han despoblado de fieras el desierto, castigado los crímenes y vengado los agravios de dos siglos”.

En la Gaceta Mercantil del 24 de diciembre de 1833, había sido publicado un resumen de los logros de la campaña: 3.200 indios muertos, 1.200 individuos de ambos sexos prisioneros y unos 1.000 cristianos cautivos rescatados. (cit. por WALTHER, J.C., 1973: 235). El mismo autor evalúa que se ganaron al desierto unas 2.900 leguas cuadradas y se obtuvieron otras importantes ventajas militares. Los aborígenes con que se firmaron tratados se comprometieron a no cruzar la frontera y no entrar en la provincia de Buenos Aires sin permiso y aceptaron cumplir con servicio militar y actuar como pacíficos ciudadanos. En retribución, cada cacique recibía a intervalos regulares

²⁶ Para José María ROSA, uno de los panegiristas más erudito y agudo de Rosas, este cacique no era más que el jefe de una partida de maleantes, a quien debería alejarse definitivamente o exterminarse si se resistía, siendo éste el objetivo más importante de la campaña. (1973, pág. 35) Del resto de los caciques e indios de lanza muertos o prisioneros casi no hace mención.

una cantidad de yeguas o potros y una asignación de yerba, tabaco y sal. En pocas palabras, se reafirmaba el negocio pacífico con los indios, lo que permitió mantener una relativa paz durante veinte años. En las demostraciones federales se hacía desfilar a los indios amigos para que se pronunciaran a favor de Rosas, como cuando en Tapalqué el cacique Cachuel declaró “Juan Manuel es mi amigo, nunca me ha engañado. Yo y todos mis indios morirán por él... Las palabras de Juan son lo mismo que las palabras de Dios” (cit. por LYNCH,J., 1987: 62) Con respecto a los indios “extranjeros” tales como los araucanos, el régimen no mostraba piedad. En 1836 fueron capturados alrededor de un centenar en una incursión sobre Bahía Blanca; los llevaron encadenados en barco a Buenos Aires y aparentemente durante el viaje hubo un intento de sublevación por lo que el gobernador ordenó su fusilamiento en grupos de diez (SALVATORE,R., 2012: 50), frente a las barrancas del Retiro. Rosas recibió de la Legislatura el título de “Héroe del Desierto”, una medalla conmemorativa y la isla de Choele Choel, que él rechazó aunque “suplicó” que se conmutara por la entrega de otros terrenos dándole en igual forma una extensión equivalente a cincuenta o sesenta leguas cuadradas en cualquier punto de la campaña, lo que fue aceptado por la Legislatura dándole a elegir el lugar que prefiriese (DE MARCO,M.A., 2010: 254).

Esta breve digresión nos muestra un Rosas que considera como fieras a los indios rebeldes y que si bien acepta el trato pacífico según las reglas ancestrales con las tribus dóciles, no tiene ningún escrúpulo en mandar a matar a un centenar de infelices que habían ensayado algún tipo de insurrección (entre 82 y 110 deduce Salvatore). Por otra parte, la proporción entre muertos y prisioneros publicada en la *Gaceta*, 3200 contra 1200, no se corresponde con ninguna lógica militar sino con la de una vulgar cacería.

Volvamos al desierto: A nadie se le habrá escapado que ese “Carlos Darvien” que visitó el campamento de Médano Redondo en agosto de 1833, era en realidad nuestro Charles Darwin, quien mientras el *Beagle* continuaba sus relevamientos por Malvinas y la costa patagónica, andaba por las pampas argentinas, acompañado sólo por un baqueano, conociendo el mundo, mirando todo

lo que le rodeaba, juntando cuanta piedra, planta o resto fósil le pareciera interesante, pensando y tomando apuntes²⁷.

Escribió sobre el campamento de Rosas

“El campamento del general Rosas estaba cerca del río. Consistía en un cuadrado formado por carros, artillería, chozas de paja, etc. Casi todas las tropas eran de caballería, y me inclino a creer que jamás se reclutó en lo pasado un ejército semejante de villanos seudobandidos. La mayor parte de los soldados eran mestizos de negro, indio y español. No sé por qué tipos de esta mezcla rara vez tienen buena catadura. Pedí ver al secretario para presentarle mi pasaporte. Empezó a interrogarme con gran autoridad y misterio. Por fortuna llevaba una carta de recomendación del gobierno de Buenos Aires para el comandante de Patagones. Se la presentaron al general Rosas quien me contestó muy atento, y el secretario volvió a verme muy sonriente y afable. Establecí mi residencia en un rancho o vivienda de un viejo español, tipo curioso que había servido con Napoleón en la expedición de Rusia” (*ob. cit.*, 1998: 90)

Como se ve, Darwin tenía todos los prejuicios que en aquella época podía reunir un europeo sobre las razas mestizas y las que podía reunir un aristócrata sobre la relación entre la rusticidad y la bellaquería, y sus experiencias al atravesar la pampa irían a confirmar sus prejuicios, por lo menos en cuanto a la abundancia de “seudobandidos” en aquellas inmensidades carentes de una mínima seguridad. Es llamativa la alusión al “misterio” en la forma de interrogar del secretario, que es uno de los modos más eficaces para crear temor, pero vemos que un pasaporte en regla producía maravillas.

Al día siguiente es recibido por el general, de quien dice que “es un hombre de extraordinario carácter y ejerce en el país avasalladora influencia, que parece probable ha de emplear en favorecer la prosperidad y adelanto del mismo”²⁸, Unos días después, llega a Bahía Blanca donde anota nue-

²⁷ En un informe enviado por Pacheco a Tomás Guido en julio de 1833, cuenta que obtuvo información sobre la presencia de una corveta (sic) inglesa en las costas de Santa Cruz. Que había permanecido durante bastante tiempo dedicada a reconocer toda la costa. Parte de su tripulación había estado varias veces en Patagones donde “han fletado buques menores y con pretextos de carreras y otros juegos, han derramado el oro con profusión. Solicitaron los mejores baqueanos del río, tomaron de ellos los conocimientos más minuciosos y han comprado a cualquier precio todas las plantas que se producen allí y hasta los arbustos más insignificantes” (*Rosas, s/f. Anexos*). Se refiere a la expedición de Fitz Roy y aquel para quien las plantas no resultaban insignificantes era, obviamente, Charles Darwin.

²⁸ En una nota al pie de la segunda edición de su *Diario de un Naturalista...* publicado en 1845 durante el conflicto que mantenían Inglaterra y Francia con la Confederación, aclara que dicha profecía había resultado una completa y lastimosa equivocación.

vas impresiones sobre la relación con los indios. Un español, del ejército de Rosas, le describe el último combate a que había asistido:

“Algunos indios prisioneros dieron noticia sobre una tribu que vivía al norte del Colorado. Despacháronse contra ella 200 hombres y descubrieron a los indios por una nube de polvo que levantaban los caballos al caminar [...] Los indios, hombres, mujeres y niños, eran unos 110 en número y casi todos fueron hechos prisioneros o muertos porque los soldados *acuchillaban a todos los varones* (subrayado nuestro). Los indios se hallaban ahora tan aterrados que no ofrecían resistencia en masa, sino que cada uno huía como podía, abandonando aun a su mujer e hijos [...] Éste es un cuadro nada halagüeño, pero ¡cuánto más repulsivo es el hecho indiscutible de asesinar a sangre fría a todas las mujeres que parecían tener más de veinte años! Cuando yo exclamé que esto me parecía un tanto inhumano, me replicó: “¿Y qué hemos de hacer? Así aprenden”. Aquí todo el mundo está convencido de que es una guerra justísima porque se hace contra bárbaros. ¿Quién hubiera creído que tales atrocidades podían cometerse en estos tiempos en un país cristiano civilizado? Los niños de los indios se conservan para ser vendidos o donados en calidad de sirvientes, o más bien de esclavos, por el tiempo que los amos pueden hacerles creer que es ésa su condición, pero creo que se los trata bastante bien”²⁹. (*Ibid*: 126 y s.)

Más adelante cuenta de tres prisioneros de una tribu que estaba a punto de celebrar un gran consejo.

Como es natural, los expedicionarios tenían gran interés en saber dónde se realizaría para lo cual interrogaron a los cautivos. “Habiendo interrogado a los dos primeros respondieron: “No sé”, y sin más se los fusiló uno tras otro. El tercero dijo también: “No sé”, añadiendo: “Dispara, soy hombre y sé morir” ¡Ni una sílaba quisieron dejar escapar de todo lo que pudiera perjudicar la causa unida de sus compatriotas...”

Refiriéndose a ese mismo grupo que realizaría el parlamento, continúa Darwin:

“El plan del general Rosas consistía en matar a todos los rezagados, y después obligar a los demás a replegarse en un punto común, atacarlos a todos juntos, en el verano, con ayuda de los chilenos...” [...] Para evitar que los indios se escapen al sur del río Negro, vasta región inexplorada, donde estarían seguros, se ha concertado un pacto con los tehuelches: Rosas les pagará un tanto por cada indio que maten de los que pasen al sur del río; pero si no lo hacen así serán ellos mismos exterminados. La guerra se hace principalmente contra los indios de cerca de la Cordillera, porque muchas

²⁹ “pero creo que se los trata bastante bien”. Darwin, tal vez porque mira a los aborígenes con los ojos curiosos de un etnógrafo –si no de un naturalista–, aclara que se los trata bastante bien, mitigando en algo la violencia de la situación y la aspereza de la palabra “esclavo”. De todos modos, es probable que tuviera alguna razón: a diferencia de los esclavos de las plantaciones tropicales, no hay testimonios de que a los que vivían en el Río de la Plata se los haya tratado con especial dureza. Según Juan Carlos Garavaglia (1999, pág. 62) la distancia social entre peones y patrones no era enorme e “incluso el puñado de esclavos negros (tres o cuatro como promedio) que estancias y chacras poseían hasta más o menos 1830 compartían con el resto de los miembros del grupo doméstico trabajo y comida”.

de las tribus de este lado oriental están peleando al lado de Rosas como auxiliares. El general, sin embargo, a ejemplo de lord Chesterfield, recelando que sus amigos se conviertan cualquier día en enemigos, los pone siempre al frente, a fin de mermar su número. Después de haber partido de Sudamérica hemos sabido que esta guerra de exterminio ha fracasado completamente” (*Ibid.*:126-128).

Finalmente, manifiesta su convicción de que aquellos aborígenes estaban condenados a desaparecer antes de cincuenta años:

“La guerra es tan sangrienta que no puede durar, pues los cristianos matan a todos los indios que cogen y los indios hacen lo mismo con los cristianos. Causa pena cómo los indios han cedido ante los cristianos [...] Además de haber sido exterminadas tribus enteras, los indios restantes se han hecho más bárbaros y en lugar de vivir en grandes poblados y de emplearse en las artes de la pesca y la caza, vagan ahora por las llanuras descubiertas, sin casa ni ocupación fija”. (*Ibid.*: 129)

Es claro que, de acuerdo a la visión de Darwin, que surge de su observación directa y de lo que le cuentan informantes que habían sido actores de los sucesos, la campaña del desierto encabezada por Rosas es una guerra de exterminio, en que la vida del salvaje no vale como tal, a menos que sirva para algún fin práctico (indios amigos o aliados³⁰, niños que serán empleados en trabajo semi-esclavo). Manifiesta un rechazo natural hacia lo salvaje, lo que no le impide reconocer en ellos muestras de dignidad como la de los cautivos asesinados por no confesar, o la del anciano indio que huye con su hijo en brazos agazapado sobre su caballo³¹, ni describir a los indios amigos como una raza “grande y hermosa”.

Darwin, al contemplar las máximas crueldades y los espectáculos más repugnantes de la campaña, se pregunta cómo podían cometerse tales atrocidades en estos tiempos en un país cristiano civilizado, sugiriendo que lo que está contemplando es tal vez un error, una excepción a la regla que afirma la superioridad moral del cristiano-civilizado sobre el salvaje, pero no por ello deja de consignarlo con la objetividad de un notario.

³⁰ “Amigos” o “aliados” pero no iguales. Por más que la referencia a Lord Chesterfield da a entender que se trata de una práctica universal el hecho de que los indios vayan siempre al frente y se expongan como carne de cañón confirma la existencia de una intención no explícita de mermar su número.

³¹ Esta anécdota, que omito en el texto en aras de una ilusoria brevedad, cuenta de un viejo indio que huye de una emboscada en un viejo caballo blanco tomando con él un niño, hijo suyo, cabalgando con un brazo volcado al cuello del animal y una sola perna sobre el lomo, sin bridas ni montura (*ob. cit.* pág. 130)

Digamos, para terminar, que a pesar de sus ascos, el relato de Darwin muestra una íntima admiración y dolor por el destino de las razas aborígenes. Algo similar ocurre cuando describe a los habitantes de la Tierra del Fuego, respecto a quienes si bien considera que fatalmente están condenados a desaparecer por culpa de leyes biológico-sociales que están más allá de la voluntad de los hombres, una lectura más fina de sus reflexiones nos permite atisbar a un nostálgico del “buen salvaje” o a un científico que, tal vez a pesar suyo, no puede ocultar su admiración por el hombre y la naturaleza de nuestros desiertos³².

En resumidas cuentas, los asuntos de indios se resolvían como una guerra de bárbaros contra bárbaros, guerra de exterminio que a la larga iba a favorecer al más fuerte.

Quien unos pocos años después mejor certificó esta predicción, fue el Sarmiento de “Civilización y Barbarie”, quien aun antes de conocer a Spencer barruntaba la idea de establecer la ley general del progreso humano a partir de leyes biológicas, la supervivencia del más apto y de la cultura superior: en una época tan temprana como 1844, había planteado desde Chile, refiriéndose a la reconquista del Arauco:

“una nación extraña a Chile y su capital e implacable enemigo, a quien Chile ha de absorber, destruir, esclavizar, ni más ni menos que lo habrían hecho los españoles. [...]; al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, [...]: los absorbe, destruye, extermina. Si este procedimiento terrible de la civilización es bárbaro y cruel a los ojos de la justicia y de la razón, es, como la guerra misma, como la conquista, uno de los medios de que la providencia ha armado a las diversas razas humanas, y entre estas a las más poderosas y adelantadas, para sustituirse en lugar de aquellas que por su debilidad orgánica o su atraso en la carrera de la civilización, no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra. Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado, pero gracias a esta injusticia la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra: [...]. Así, pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que recono-

³² En su ensayo sobre los viajeros-cronistas “*Ojos Imperiales*”, Mary Louise PRATT habla de Humboldt diciendo que “en sus trabajos reinventó la América del Sur en primer lugar y sobre todo como naturaleza. No la naturaleza accesible, recolectable, reconocible, categorizable de los linneanos, sino una naturaleza impresionante, extraordinaria, un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos. No una naturaleza que espera sentada que la conozcan y posean, sino una naturaleza en acción, dotada de fuerzas vitales, muchas de las cuales son invisibles para el ojo humano; una naturaleza que empequeñece a los seres humanos...” (1997, pág. 215). Una sensación similar se siente al leer a Darwin, excepto que él, que había leído a Humboldt y en sus memorias reconoce la gran influencia que tuvo sobre él su *Personal Narrative*, suma a una visión discretamente romántica de la naturaleza (y el hombre), la observación rigurosa de los discípulos de Linneo.

cen leyes inmutables; las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantan en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial y útil, sublime y grande...”³³ (Sarmiento, [1844], 2001: II: 214. Ortografía actualizada)



FIGURA 10: ROSAS EN LA CAMPAÑA DEL DESIERTO.

Se trata de una litografía que Rosas ordenó realizar en París a su agente en Francia y que lleva la firma del grabador, de apellido Tagliabue. Al ser una ilustración por encargo, es plausible suponer que fue él mismo quien dio las instrucciones sobre lo que quería ver representado en el lienzo, que era, a su entender, lo más destacable de la expedición. Allí están Rosas con uniforme de gala, Pacheco y Corvalán con prolijos uniformes de estilo francés y, en primer plano, indios muertos por doquier que hacen recordar algún grabado de “Los Horrores de la Guerra” de Goya. Detrás, un grupo de indios sometidos, el de más adelante mira al general con gesto asustado y los demás marchan con la cabeza baja, como quien ha escarmentado y se resigna a su función de obedecer. Rosas no quiso ser recordado en la escena de un pacto, ni siquiera en una parada militar como es el caso del cuadro de Roca que pintó Blanes, sino en su rol de quien se impone sobre el salvaje, sometiendo a los indios amigos y aniquilando definitivamente a los rebeldes.

³³ SARMIENTO, Domingo F.: “Artículos Críticos y Literarios (1844)”. En *Obras Completas*, T. II, pág. 214.

En este esquema, que con algunos matices era compartido tanto por los hombres de levita que habían frecuentado el Salón Literario como por los seudobandidos, muchos de ellos mestizos, que componían el ejército de Rosas, el indio no tenía espacio y su exterminio sólo era cuestión de tiempo.

4. LA MISION ANGLICANA

4.1. LOS INICIOS DE LA OBRA MISIONERA



FIGURA 11: EL MISIONERO ALLEN GARDINER, FUNDADOR DE LA SOUTH AMERICAN MISSIONARY SOCIETY

La obra misionera propiamente dicha en la Tierra del Fuego comienza con la desdichada experiencia del predicador inglés Allen Gardiner, una historia de fe y fanatismo cercana a lo sublime y a lo disparatado, que terminó en tragedia.

A la muerte de su esposa e impulsado por la fe y la obsesión misionera que era común en la Inglaterra victoriana y colonialista, (y ayudado por la generosa donación de una dama tan piadosa como adinerada), este excapitán de la armada británica, tras varios intentos de levantar misiones en otros puntos del globo, terminó decidiéndose por Tierra del Fuego, acaso por ser una de las pocas tierras verdaderamente vírgenes y donde nadie aun había puesto el ojo.

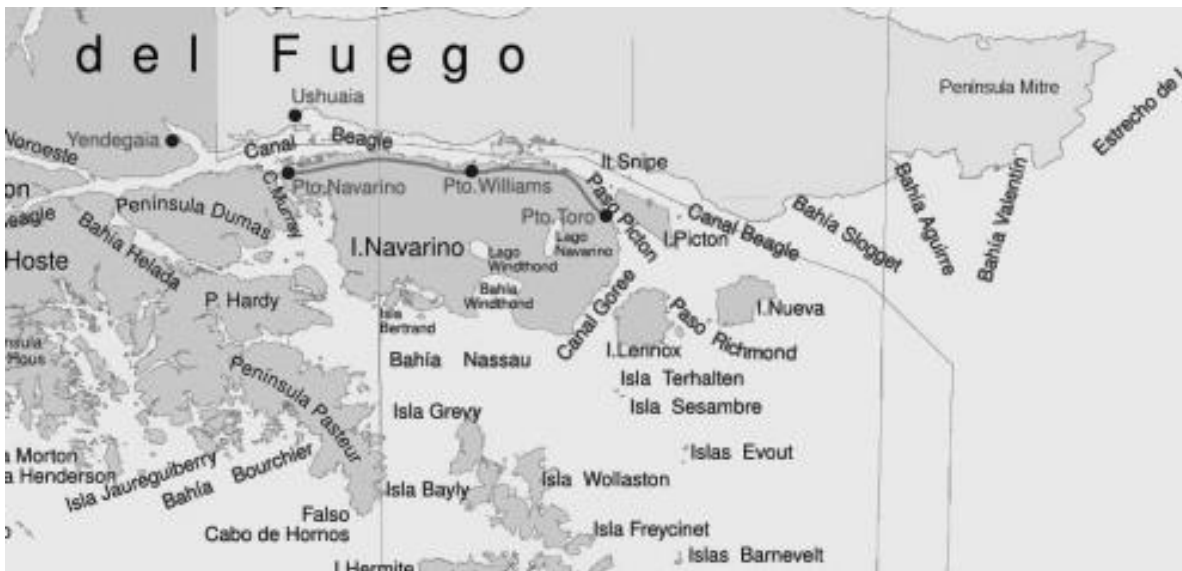


FIGURA 12: MAPA DEL CANAL BEAGLE

En este mapa figuran los canales por donde navegaban los yámanas. En la desembocadura del canal Beagle está la isla Picton, donde hizo su primer desembarco Allen Gardiner, y en la isla Grande la Bahía Sloggett, dentro de la que se encuentra Puerto Español, donde murieron el misionero y sus compañeros.

Previamente, en 1844 había fundado en Brighton la *Patagonian Missionary Society* con el objetivo de crear y sostener una red de misiones cristianas en la zona, lo que lo llevó ese mismo año a hacer un intento en la costa norte del estrecho de Magallanes, la que fracasó por la beligerancia de los naturales. Cuatro años después reiteró el intento en la isla Picton, en la embocadura del canal Beagle, pero tuvo el mismo problema y optó por volver a Inglaterra.

Pero Alan Gardiner no era hombre de darse por vencido. Por fin, en marzo de 1851, acompañado por otros seis apóstoles, tan entusiastas como improvisados, desembarcó nuevamente en Picton,

pensando crear una misión volante, es decir una suerte de flota misionera sin una sede fija, que llevaría la palabra de Dios a unos catecúmenos que también estaban constantemente en movimiento.

La empresa, mal planeada, mal equipada y mal organizada, terminó en tragedia. Los ingleses no pudieron siquiera comenzar a predicar entre los yámanas quienes los rechazaron con gritos, piedras y amenazas y debieron refugiarse en una bahía apartada, en la zona de Puerto Español, donde quedaron aislados, sin un barco que los pudiera llevar de vuelta a Malvinas, sin armas de fuego porque, por añadidura, habían olvidado la pólvora, sin tener experiencia alguna de cómo proveerse de alimentos en esa zona y con la desventaja de tener que enfrentar el invierno fueguino. Tras meses de agonía, murieron todos sus integrantes de hambre y frío (Gardiner fue el último en morir, probablemente el 3 de septiembre de 1851 que es cuando se interrumpe su diario).

Sin embargo, la malhadada suerte del precursor no acobardó a los miembros de la Sociedad. Gardiner y su gente fueron considerados mártires en Inglaterra y, curiosamente, las donaciones para la Sociedad se incrementaron. El nuevo secretario del Comité, reverendo Jorge Pakenham Despard, resolvió tomar la antorcha que la desgracia le había arrebatado al fundador e insistir en que la misión entre los yámanas no era imposible. Le ayudó para ello la opinión favorable de marinos conocedores de la zona como Fitz-Roy o Sullivan (otro de los tripulantes de ambos viajes del *Beagle* quien se había enrolado en la Sociedad Misionera), quienes fomentaron la continuidad de la empresa, por lo que esta se reinició, ahora bajo el nombre de South American Missionary Society y con una infraestructura más sólida que aquella de que disponía Gardiner. Adquirieron una goleta de 89 toneladas, bautizada con el nombre del precursor, *Allen Gardiner*, y se instalaron en una base en el islote Vigía (Keppel en los mapas ingleses), arrendado al gobierno de las Malvinas (enero de 1855).

La idea de Despard no era muy distinta a la del frustrado intento de Fitz-Roy. Suponía que podía convencer a algunos aborígenes de que se instalaran durante un tiempo en Keppel para educarlos mínimamente en la religión cristiana, e intentar aprender el idioma antes de establecerse en alguna isla de los canales. Su ilusión de máxima era encontrar a Jemmy Button, quien después de 23 años posiblemente les serviría como nexo para acercarse a sus compatriotas. Y por más absurdo que parezca, lo cierto es que lo encontraron y que pudieron poner en práctica su idea de llevar a

un grupo de aborígenes para educarlos en la sede de la Misión, incluido el propio Jemmy quien después de hacerse rogar un buen tiempo, aceptó acompañar nuevamente a los cristianos a una isla donde insistirían con las ventajas de la civilización.

No nos es posible discernir si los fueguinos iban de buen grado a Keppel, pero sabiendo que permanecerían una buena temporada (de seis meses a un año) lejos de sus familias y de sus tareas habituales, obligados a trabajar en quehaceres que desconocían, separados de su hábitat y sin otra retribución que algunos regalos, aprender ciertas habilidades (manejo de herramientas, nociones de idioma inglés) y ser instruidos en una civilización y una religión que ellos no habían solicitado y que no eran precisamente funcionales en su país, no es muy verosímil que haya sido así. Tampoco podemos afirmar que fueron arrastrados a la fuerza, lo que hubiera sido muy difícil dado la diferencia numérica entre ambos grupos (a favor de los locales); por lo que resulta más verosímil pensar que viajaron engañados o por lo menos sin una comprensión cabal de qué iban a hacer en la tierra de los cristianos. Quizá iban excitados por la novedad o impresionados por las herramientas de que disponían los misioneros o, más probablemente, esperando recibir en cambio una mayor cantidad de regalos que la que se repartía cuando éstos viajaban a los canales.

Para más, toda la información que tenemos pinta a Despard como un hombre soberbio y autoritario, tanto con sus subordinados como con los indígenas. Entre otras cosas no había reparado en que llevar fueguinos desde Tierra del Fuego hasta Malvinas era lisa y llanamente un secuestro o un sometimiento a la esclavitud, a menos que existiera un acuerdo con los jefes indígenas, cosa que seguramente no iba a ocurrir. Esto le hizo entrar en conflicto con el primer capitán de la goleta de la misión, William Parker Snow, y con el gobernador de Malvinas a quien no le hacía ninguna gracia tener que alojar a una institución que sólo le traería problemas con sus traslados desde Tierra del Fuego, que por otra parte no era una posesión británica. Con respecto a los aborígenes, Despard y varios de los catequistas acostumbraban reprenderlos por su propensión al hurto, aunque muchas veces lo hacía sin razón³⁴. Finalmente, Despard despidió a Parker Snow de mala manera,

³⁴ Los yámanas se habían ganado el mote de ladrones desde los primeros contactos con los europeos. Fitz-Roy, hablando de los fueguinos en general, los había llamado “empeñosos ladrones” mientras Darwin aseguró que “roban todo cuanto podían”. Snow hizo una diferencia significativa ya que afirmó que “extrañamente he de decir que hallé a todos los fueguinos que conocí muy honestos en el trueque, pero redomados ladrones en el robo regular”. (Orquera y Piana, 2001: 538). Muchos años después (1937) Martín Gusinde, sacerdote misionero de la orden del Verbo Divino y

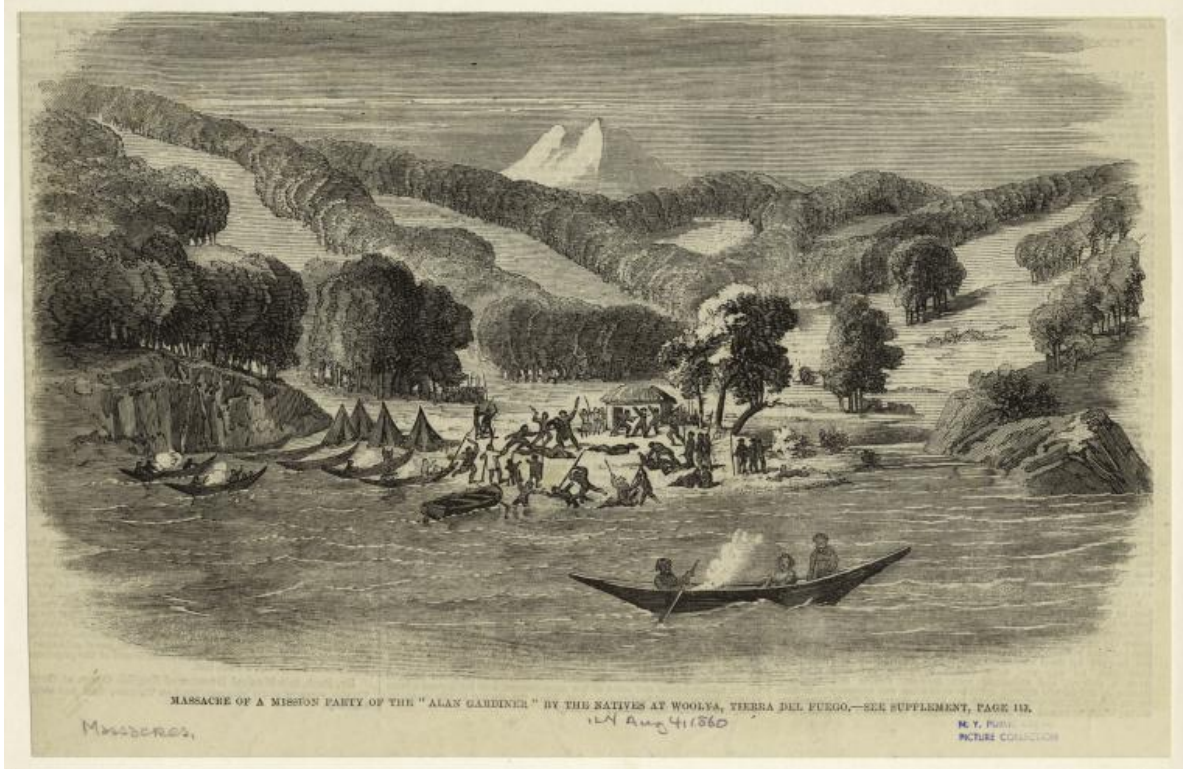


FIGURA 13: LA MASACRE DE WULAIA, SEGÚN UN GRABADO DE LA ÉPOCA

En el grabado se pueden ver los wigwam que habían levantado los misioneros; el pequeño edificio que pensaban utilizar como iglesia y varios indígenas que atacan a los extranjeros con palos o lanzas. Varios de los misioneros yacen heridos o muertos mientras algunas canoas se acercan para respaldar a los atacantes.

dejándolo varado en Malvinas sin medios ni dinero para volver a la metrópoli. Más tarde, indignado con la misión y con Despard en particular, Snow retornó a Inglaterra donde publicó un libro contando sus años en los mares australes, muy valioso desde el punto de vista literario e informativo pero con opiniones muy desfavorables para la misión³⁵, lo que aumentó la mirada crítica de buena parte de la sociedad británica con la aventura fueguina (CANCLINI, A., 1980:15).

En noviembre de 1859 un grupo de misioneros viajó a Wulaia con el propósito de iniciar un asentamiento cerca del lugar donde veintiséis años antes Fitz-Roy había trazado la cuadrícula de la nonata colonia cristiana, pero evidentemente los aborígenes no estaban dispuestos a aceptar una nueva intrusión de extranjeros. A pesar de las buenas intenciones y de los regalos que llevaban los misioneros, en circunstancias en que estaban oficiando la primera misa en tierra fueguina, fueron

antropólogo, que los estudió profundamente incluyendo casi dos años de convivencia entre ellos, consideró que esas acusaciones eran una calumnia sin fundamento. (Id.: 396)

³⁵ Snow: William Parker (1857); *Two years' cruise off Tierra del Fuego, the Falkland Islands, Patagonia, and in the river Plate; a narrative of life in the southern seas*. (London, Longman, Brown, Green, Longmans, & Roberts)

atacados por los naturales con la participación activa o tal vez instigados por Jemmy Button y sus hermanos. El ataque con piedras y palos fue brutal y sin concesiones, y toda la dotación, formada por el capitán Fell, el catequista Philips y siete tripulantes del barco, desarmada y sorprendida mientras rezaban sus oraciones, fue asesinada sobre el campo. Solo logró escapar el cocinero Alfred Coles quien se encontraba a bordo y fue quien luego contó los detalles de la masacre.

La noticia conmocionó al público británico. Las autoridades de la Oficina Colonial hicieron una pesquisa que repercutió en los diarios y que puso a la Sociedad Misionera en un verdadero aprieto. Para sus autoridades era fundamental que la matanza de estos misioneros, enviados por ellos y protegidos por la bandera inglesa, no fuera responsabilidad de los mismos indígenas que habían estado en Keppel y que se suponía que habían adquirido mínimas nociones de civilización y de valores cristianos que los hacían plenamente confiables. Si así hubiera sido, la matanza habría sido la más ostensible demostración del fracaso de la Misión y de la metodología de llevar nativos a “civilizar” a Malvinas, tarea en la que habían invertido cinco años de trabajo en durísimas condiciones. Por eso, hicieron todo lo posible por exculpar al grupo de Wulaia y, siguiendo en esto las denuncias de Jemmy, prefirieron culpar a los onas, a pesar de que éstos muy raramente llegaban hasta el Beagle y de que el único testigo presencial, el cocinero Coles, insistía en que había visto a Jemmy y sus hermanos encabezando el ataque e identificaba a Makualwens (Billy Button) como el autor material del homicidio del capitán Fell.

Por suerte para la Misión, nadie tenía muchas ganas de identificar a los asesinos. Esto hubiera puesto en debate la necesidad de una expedición punitiva y por más que la historia del colonialismo británico está sembrada de castigos y matanzas sobre poblaciones más débiles, en este caso y por distintos motivos la Oficina de Colonias coincidía con los misioneros en la inconveniencia de castigar un crimen que, aunque injustificable para los ojos europeos, no dejaba de ser comprensible debido a la imprudencia y prepotencia de quienes terminaron siendo víctimas.^{36 37}

³⁶ Nick Hazlewood lo explica en su biografía de Jemmy Button: *“Su estancia en la Isla de Keppel (la de los indígenas llevados por Despard) supuso una serie de beneficios que tal vez apreciaron (el alimento, el alojamiento caldeado o la ropa) pero las consecuencias a largo plazo de los cambios bruscos que los misioneros intentaron imponer conllevaron avaricia, servilismo y codicia y contribuyeron muy poco a la consecución de los objetivos cristianos. A ello hay que sumar que la arrogancia misionera agudizó los problemas. [...] Casi con seguridad los fueguinos actuaron violentamente en respuesta a lo que percibieron como una amenaza a su existencia. Los misioneros engendraron un ambiente de codicia que contribuyó a su caída. Cuando desembarcaron por última vez del “Allen Gardiner”, los indígenas no sólo vieron la goleta como el hogar de sus represores sino como fuente de tesoros ilimitados. Los misioneros fomentaron la necesidad de un botín*



**FIGURA 14: EL OBISPO WAITE STIRLING EN INGLATERRA
CON UN GRUPO DE JÓVENES YAMANAS**

El obispo Stirling en Inglaterra con cuatro jóvenes fueguinos en 1865. Uno de ellos es Threeboys, hijo de Jemmy Button. Parece que el aire inglés no les sentó bien, ya que en el viaje de vuelta, uno de ellos, a quien llamaban Urupa, murió a la altura de Montevideo y otro, el hijo mayor de Jemmy Button apodado Threeboys, murió viajando hacia Malvinas. Estos dos muchachos tuvieron el dudoso privilegio de ser los primeros fueguinos que recibieron el agua del bautismo, "in articulo mortis".

Sin embargo, como consecuencia de estos hechos, el Rev. Despard debió renunciar a su cargo y marcharse de Keppel. En su lugar fue designado el Rev. Waite Stirling, hasta entonces secretario

que se volvió más intenso y frenético de lo que podían imaginar y de lo que, a la larga, fueron incapaces de defenderse" (Salvaje: Vida y Tiempo de Jemmy Button, 388-389)

³⁷ Un segundo tema para nada menor es que los ingleses sabían que los hechos habían ocurrido en un territorio ajeno a la jurisdicción británica, por lo que condenar a los aborígenes habría resultado un acto de dudosa legitimidad.

de la Misión quien trabajó codo a codo con el hijo adoptivo de Despard, el joven Thomas Bridges, quien había permanecido en Malvinas tras el retiro de sus padres.

Ambos reiniciaron con cuidado la obra misionera, y se dedicaron antes que nada al aprendizaje del idioma de los yámanas, paso necesario para llevar adelante una evangelización efectiva. Se valieron de indígenas que viajaron voluntariamente a la sede de la Misión³⁸, de quienes aprendieron el idioma yámana como para entender y hacerse entender positivamente, y, seguramente aleccionados por las trágicas experiencias pasadas, actuaron con mucha más prudencia y paciencia que sus predecesores.

En los años siguientes realizaron varios viajes a Tierra del Fuego y un grupo de fueguinos fue trasladado a Inglaterra como parte de su educación y, especialmente, para mostrarlos a los feligreses y demostrar los avances que se estaban haciendo en Tierra del Fuego. Se trataba de adolescentes bien aleccionados en cuestiones de religión y, de acuerdo a los diarios de los misioneros, plenos de fe y de piedad. Aparentemente dejaron una excelente impresión sobre el éxito del trabajo misionero y volvieron muy satisfechos tras cuatro meses de estadía. Sin embargo, en alta mar murió uno de los muchachos y otro lo siguió a poco de llegar a la misión (v. epígrafe Fig. 14, pág. 61). Como señala Sergio Caviglia, “Son varias las muertes de fueguinos y patagones en Malvinas. Desconocemos la cifra real, salvo estos casos y otros que mencionamos antes. Este es un tema del que prácticamente no se ha hablado pues encubre las miserias de la Sociedad y el imperio”. (CAVIGLIA, S., 2015: 239). Por otra parte, en 1865 una epidemia –probablemente de sarampión- había diezimado a la población de los canales, que quedó no sólo reducida en su número sino también resignada. Los nuevos tiempos, con presencia de loberos, balleneros y misioneros en la zona, anunciaba una nueva época de decadencia para su raza contra lo cual era difícil luchar. No les quedaban fuerzas para ensayar acciones de resistencia, por lo que hechos como la matanza de Wulaia no se repitieron, y la rebeldía de los canoeros no fue la misma que la que antes habían demostrado.

³⁸ Cuando el capitán Smyley viajó a Wulaia para traer de vuelta la goleta de la Misión, que había quedado abandonada después de la matanza, parece que un fueguino de los que había estado anteriormente en Keppel, un joven llamado Ookoko, le pidió al capitán que lo llevara nuevamente a Keppel con su esposa, Camileena Kipa. Probablemente no se sintiera seguro en Wulaia o acaso sintiera un verdadero afecto por los misioneros o interés por su religión. Además, su esposa estaba embarazada. Este muchacho fue de gran utilidad para que Stirling y, sobre todo, Bridges, que era un apasionado del aprendizaje de idiomas, mejoraran su conocimiento de la lengua yámana. Luego viajó a Inglaterra y fue uno de los primeros aborígenes en recibir el bautismo.

A principios de 1868, Waite Stirling evaluó que para el éxito de la misión era necesario que algún misionero se instalara entre los yámanas y decidió hacerlo, llevando una casa prefabricada, herramientas y víveres para los primeros tiempos, y la decisión de permanecer en tierra, absolutamente solo, en medio de una población que en reiteradas ocasiones había demostrado su hostilidad. Permaneció seis meses en Ushuaia, aplicando una forma de evangelizar diferente a la empleada por Despard. La consigna ahora era dejar a los aborígenes en total libertad de concurrir o no a los oficios, y sólo se les pedía respeto por los preceptos religiosos a aquellos que se acercaban a la iglesia. Varias veces Stirling se vio obligado a terciar en conflictos entre los nativos quienes de a poco lo fueron aceptando como una suerte de autoridad a la que podían acudir en caso de necesidad. Se fue ganando el respeto y la confianza de los yámanas y en poco tiempo, alrededor de la morada del religioso se empezó a levantar un caserío de “indios amigos” que elegían vivir cerca de alguien a quien aceptaban como mediador, juez, policía, proveedor o consejero.

En el invierno de 1869 Stirling fue llamado a Inglaterra para ser ordenado como primer obispo anglicano para América del Sur, con sede en la capital de Malvinas. Partió entonces de Ushuaia quedando la incipiente misión a cargo del joven Thomas Bridges, quien antes de instalarse en Tierra del Fuego fue también convocado por la Sociedad Misionera para su consagración como diácono. Viajó entonces a Inglaterra donde terminó sus estudios, recibió la ordenación de manos del obispo de Londres y, como aconsejaba el buen sentido, contrajo matrimonio. Su esposa resultó ser la señorita Mary Varder, oriunda de Harberton, en el condado de Devon al sudoeste de Inglaterra, quien demostró ser una persona absolutamente fuera de lo común. Cuesta imaginar a una buena mujer de clase media de una de las naciones más adelantadas del mundo, a quien un joven de 27 años a quien recién conocía le ofrece compartir su vida en una isla de la que poco se sabía en Europa más que era el punto más austral del continente americano, que su clima era gélido y ventoso, que los mares que la rodeaban estaban entre los más bravíos del globo y que vivirían en un caserío cuya población más cercana era una colonia penal chilena situada a más de 300 kilómetros, y a más de 700 km. de la posesión inglesa más próxima, rodeados de aborígenes con fama de ser afectos a la antropofagia a quienes debían inculcar sentimientos cristianos. Pero lo más notable es que no sólo aceptó la propuesta del flamante diácono sino que ambos formaron una familia admirable, con seis hijos, la mayor nacida en Malvinas y el resto en Ushuaia, y que

Mary permaneció en Tierra del Fuego 41 años, hasta 1911, es decir bastante después de la muerte de su marido, sucedida en 1898.

4.2. THOMAS BRIDGES Y LA MISIÓN DE USHUAIA

Pero si es notable el valor de esta mujer, no le iba en zaga la personalidad de su marido. Thomas Bridges era hijo adoptivo del George Pakenham Despard. Había sido recogido en Londres, sobre un puente, de donde recibió su apellido, "Bridges". Desde los trece años había vivido en Keppel, acompañado de unos pocos misioneros ingleses y, periódicamente, de aborígenes fueguinos; viajó ocasionalmente, como apuntamos más arriba, a Inglaterra pero la mayor parte de su vida la pasó entre Keppel y Ushuaia, por lo que resulta sorprendente su inmensa cultura, alcanzada obviamente como autodidacta. No sólo era versado en temas bíblicos y religiosos sino que tenía importantes conocimientos de historia, ciencias naturales y astronomía, era un hábil navegante y un apasionado por los idiomas: Además del inglés, dominaba el castellano, el griego y los idiomas de los pueblos originarios del sur de la isla. Además tenía nociones de francés, hebreo y alemán. Tradujo al idioma de los yámanas los Evangelios de Lucas y Juan y los Hechos de los Apóstoles, además de componer una gramática del idioma, lo que nos hace pensar que para él, la lengua yámana, lejos de estar en vías de extinción, merecía ser estudiada como la expresión de un pueblo aún vital y con futuro. Por otra parte, él mismo



FIGURA 15: EL REVDO. THOMAS BRIDGES

Fotografía tomada en Inglaterra en 1880, cuando debió viajar por problemas de salud

cuenta que en los largos viajes que realizaba por mar, se entretenía resolviendo problemas de álgebra (CANCLINI, A., 1980.)

En 1870, tras el retiro de Stirling, se instaló con su familia, que entonces estaba formada por su esposa y una hija, en Ushuaia, en la isla que no habría de dejar hasta su muerte.

Existen algunos aspectos que hacen diferente la experiencia de Thomas Bridges de la de otros ensayos misioneros, y que ayudaron a su éxito inicial. En primer lugar, había pasado varios años aprendiendo pacientemente el idioma de los canoeros y era éste el idioma que se hablaba en la Misión, aun cuando en la escuela también se enseñaba inglés. Por otro lado estableció que los fueguinos fueran totalmente libres de permanecer o no en el lugar, así es que, según la época del año, podía haber allí de diez a setenta familias. No cambiaron esencialmente las bases de su economía, aunque se les agregaron algunas novedades como el pastoreo de cabras y ovejas, las plantaciones de papas, la tala de árboles con hacha y la construcción de viviendas de madera.

En la misión había una suerte de regla, aunque no se llamara así, con ciertas reminiscencias del “ora et labora” de los monasterios medievales: Se cumplían horarios, había momentos para rezar y para los cánticos religiosos, momentos para trabajar y otros para aprender distintas habilidades y, por supuesto, escuchar la predicación de los religiosos³⁹. Los aborígenes que la cumplían recibían una retribución por su trabajo y las ventajas que surgen de ser miembros de una comunidad, pero aun así, es difícil estimar hasta dónde fue exitosa la tarea evangelizadora.

³⁹ En 1872, la rutina era, según Bridges, la siguiente: “A las 6 .30 a.m. todos los que están dispuestos [...] son citados para las oraciones y una breve instrucción durante media hora. luego trabajan (actualmente en el jardín) hasta las ocho, cuando reciben una libra de galleta marinera para el desayuno. He elevado la cantidad de su ración diaria de pan, a falta de té o café. A las 9, van nuevamente al trabajo hasta la 1 a.m., cuando hacen el almuerzo y descansan hasta las 2. Su comida es una libra de carne y dos libras de patatas para cada uno. Desde las 2 hasta las 5.30 trabajan nuevamente y toman una libra de galleta cada uno para el té. Los domingos, actualmente, tenemos dos servicios, los que son en parte servicio divino y en parte instrucción escolar del catecismo” (South American Missionary Magazine, (S.A.M.M.) 1 de marzo de 1872)



FIGURA 17: LA FAMILIA DE THOMAS BRIDGES

La familia Bridges en pleno. De izquierda a derecha Despard, William, Mary Varder, Bertha, Rev. Thomas Bridges, Lucas y Mary, durante un viaje a Inglaterra en 1880. Posteriormente nació Alice.

Bridges fue especialmente prudente para bautizar a los fueguinos. Antes de hacerlo y dado que los primeros catecúmenos eran adultos, se preocupaba por comprobar que tenían la suficiente instrucción y que su conversión era sincera, para lo cual evaluaba si realmente vivían de una forma acorde con las enseñanzas impartidas⁴⁰. En esto era muy riguroso y sus observaciones tomaban en cuenta no sólo su conducta sino también lo que pensaba que podría pasar en el futuro. Véase por ejemplo el caso de un “yekamush” (hechicero o médico brujo) al que se refiere comentando su fallecimiento:

“...su caso fue como el de muchos hombres y mujeres en cuanto a que era manifiesta una gran mejoría. Abandonó totalmente sus falsas pretensiones y prácticas como *yecamoosh* y reconoció que había engañado y sido engañado. Desarrolló un deseo por mejorar y llegó a ser más digno de confianza y más afectuoso hacia sus esposas e hijo. Si bien abandonó el robo y la mentira, sin embargo [...] nunca me pareció que había entendido y aceptado la verdad relativa a Cristo como Salvador. Nunca declaró su fe en Jesús y su amor hacia Él y no había gozo y paz evidentes en su corazón, tal como lo da el sentir amor hacia Jesús” (Bridges, T. 1998: 66-67).

Este hombre no había sido por lo tanto bautizado, pero Bridges igualmente confía:

“Pero yo no diría que no tengo esperanzas; por el otro lado la he tenido de que, por medio del abundante amor de Dios, a través de Jesucristo como su Salvador y Señor, ha recibido suficiente guía como para llevarlo ante el trono del Cordero”.

En este comentario, que no es más que uno de tantos en el mismo sentido, se puede descubrir tanto el tipo de conversión al que aspiraba el reverendo como su fe en que la misericordia de Dios, finalmente, permitiría la salvación aun de quienes no habían aceptado de buen grado el mensaje evangélico.

Por lo tanto, los bautismos no fueron tantos, a pesar de que su número podría haberse tomado como un parámetro del éxito de la misión y conmovió el bolsillo de los benefactores de la Sociedad Misionera. En 1878 se contabilizan 85 realizados en Ushuaia desde su instalación (Bridges, T., 1998: 78), lo que daría un promedio más bien pobre, aunque el reverendo estaba muy satisfecho. Hay que tener en cuenta que en la tradición yámana no existían ceremonias ni jefes religiosos, y

⁴⁰ En realidad este era una directiva de la Misión. En efecto, los dos primeros fueguinos que fueron bautizados fueron Uroopa y Threeboys, ambos en alta mar, en 1867, viniendo de Inglaterra e *in articulo mortis* ya que el obispo Stirling tomó la decisión cuando ambos se encontraban gravemente enfermos a bordo de la goleta de la Misión. (v. Hazlewood, 2004:406-7)

Bridges inclusive dudaba de que existiera la idea en un Ser superior⁴¹, como sí ocurría en otros pueblos de América donde los misioneros españoles tuvieron menos problemas para imponer al dios de los cristianos sobre la matriz preexistente de dioses locales. Así es que, según comentarios del pastor Stirling, la única institución que los canoeros respetaban y valoraban era la familia, por lo que su prédica tuvo que comenzar realizando analogías entre las relaciones familiares y las que el dios cristiano establecería con sus hijos (CANCLINI, A., 2009: 28).

Conocemos las cartas que enviaba Bridges a la Sociedad Misionera Sud Americana que eran publicadas en su boletín. Así nos podemos dar una idea de cómo veía a los fueguinos, siempre teniendo en cuenta que si bien su mandato era la evangelización, de acuerdo a la mirada de entonces esta iba de la mano de la adopción de los hábitos de la civilización europea y uno de los elementos distintivos de estos hábitos fue que, a diferencia de la mano de obra gratuita con la que se beneficiaron largo tiempo otras experiencias misioneras, Bridges retribuía el trabajo –con ropa, alimentos y luego con dinero (BASCOPE, J., 2013:5). La opinión sobre el estado material de los indígenas no era muy diferente de la de Darwin y Fitz-Roy, pero hay una diferencia muy grande entre quienes están de paso por un lugar y quién ha decidido quedarse y dedicar su vida al cultivo espiritual de los nativos. Igualmente, no dejó de destacar las características primitivas de sus pupilos: Así, cuando en una carta de 1875 se refiere a su higiene, dice:

“... esta gente tiene un muy fuerte y desagradable olor. Siempre lo he percibido, aún en los más limpios de ellos, inclusive en la isla Keppel, de modo que inclinarse sobre ellos con la nariz cerca de sus cabezas para dirigir su escritura ha sido muy desagradable y no soy del todo feliz en este aspecto. Agreguemos que, cuando su comida es básicamente pescado, tienen un olor aún más fuerte⁴²

Y respecto a sus hábitos de rapiña:

⁴¹ Mucho después del levantamiento de la misión, el sacerdote y antropólogo austríaco Martín Gusinde publicó una obra monumental sobre los aborígenes de Tierra del Fuego, en la cual desmiente esta afirmación, tenida hasta entonces como una verdad irrefutable. Sostiene allí que “las tres tribus fueguinas reconocen a un único Ser Supremo como una personalidad autónoma e independiente, de naturaleza espiritual pura. Esta deidad tiene sus nombres respectivos: entre los Selk’nam: Temáukel; entre los Yámanas: Watauinéiwa; entre los Alacalufes: Chóllass. No se la considera como una fuerza personificada o fenómeno natural. La residencia permanente de este dios la colocan nuestros indios detrás de las estrellas. No tiene ni mujer ni hijos, ni tampoco hay otros seres en su cercanía. Gobierna a todos y a todas las cosas” (Gusinde, M., 2000: *Los fueguinos*. Cap. XIV)

⁴² En esto coinciden todos los autores. Véase: Orquera, Luis y Piana, Ernesto, 1999: 375-383.



FIGURA 18: EL REVERENDO BRIDGES CON LOS NIÑOS DE LA ESCUELA

Rev. Thomas Bridges (al centro de pie) junto a niños de la Misión y al pastor John Lawrence. Grupo étnico Yagán; Al fondo, empalizada y edificios de la misión. Fotografía de Jean-Louis Doze y Edmond-Joseph Payen de la Misión Scientifique au Cap d'Horn comandada por Louis-Ferdinand Martial (1882-1883). Archivo: Musée du quai Branly, París.

“La inclinación de los nativos a mendigar y robar desalienta el establecimiento de almacenes de combustible o comida y engendra mañas. Cuando nos venden pieles u otras cosas, tratan de hacerlo sin que lo sepan los suyos, a fin de guardarse para sí mismos lo que reciben [...] No pueden dejar los aparejos de las canoas en ellas por miedo al robo, de modo que continuamente tienen que estar llevando y trayendo remos, lanzas y cualquier otra minucia. Los nativos son tan dados a la exageración y mentira que es muy difícil saber qué es lo que se les debe creer...” (Bridges, T., 1998: 55-56)⁴³.

Tampoco los considera muy laboriosos, señalando que dedican solo la duodécima parte de su tiempo en trabajar, y que el resto del tiempo lo dedicaban a conversar (S.A.M.M., 1-10-1886) aunque en otro párrafo dice que la construcción de sus canoas, armas e implementos y la búsqueda de sustento “ocupaban todo su tiempo” (Orquera y Piana, 1999: 384). A la vez, señala aspectos positivos, aunque en general vinculados con la obra de la misión:

⁴³ Al respecto, véase: Orquera y Piana, cit., pág. 397

“Comparado con lo que eran, el cambio es grande y es una influencia benéfica de muchas maneras en lo que hacen y en lo se evita. [...] Se ve más laboriosidad para mejorar su vivienda, para preparar la tierra para las cosechas, en la limpieza (¿?), el orden y la prolijidad. Cuando se les pregunta si entienden y valoran la enseñanza que reciben, invariablemente responden afirmativamente y de corazón. [...] En breve, aunque queda mucho por hacer, innegablemente mucho ha sido hecho para traerlos al reino de Cristo Jesús, cuyas grandes leyes son la caridad y la verdad y sus bendiciones, el gozo la paz. (CANCLINI, A., 1980: 56).

Por otro lado, Bridges reconocía y valoraba las habilidades y calidades de cada uno de los fueguinos que acudían a la misión, y así lo informaba a la Sociedad:

“Respecto a la clasificación sobre el estado de conocimientos y adquisición de habilidades, lo que puedo decir es que George Oococco sabe más y lee mejor, debido a su aprendizaje durante su residencia en Cranmer (Keppel) entre 1859 y 1864; pero Stephen y otros tienen mayores habilidades y aprenden más rápido que él, por lo que (Oococco) está perdiendo esa ventaja. Stepehn tiene mayor capacidad para los números y es nuestro más hábil trabajador en cualquier tarea. John Marsh tiene una buena voz para cantar y dirigir el canto de los himnos. Isaac Mateen y Cranmer Oococo lo hacen entre los niños” (S.A.M.M.: 2-02-1874) (Obsérvese el cambio de algunos nombres por otros del santoral).

Bridges tenía la esperanza de que si los fueguinos seguían la palabra de Dios, se convertirían sinceramente y adoptaban las costumbres civilizadas que los misioneros transmitían, era posible que la raza mejorara y sobreviviera a su indisimulable decadencia. En una fecha tan tardía como el año 1882, cuando ya las enfermedades habían acabado con más de la mitad de la población de los canales, hablaba aún de su resurgimiento. Escribía a la Sociedad:

“Durante los últimos siete meses ha muerto un gran número de personas, especialmente de congestión pulmonar. La mortalidad continúa, aunque ha descendido mucho. La mortalidad entre los que están bajo nuestra influencia ha sido decididamente menor que la de los que están lejos y no puede haber dudas de que la adopción de ropas y formas civilizadas y de un orden para la vida y la alimentación es beneficiosa para la salud de estos nativos, tanto como para nosotros. La naturaleza humana es la misma en todas partes, y es una necesidad decir que las razas salvajes encuentran que los modos civilizados son destructivos. El orden, la autodisciplina, la temperancia en la gratificación personal, el trabajo y esfuerzo del cuerpo y mente, la virtud y la gracia son ciertamente tan beneficiosos a una raza como a otra y pronto harán que una raza agonizante de salvajes se convierta en una raza pujante y creciente, igual que cualquier otra que esté establecida desde mucho tiempo atrás” (S.A.M.M., 1/05/1882).

Y se ve también que ya los considera aptos –por lo menos a muchos de ellos- para ser empleados inicialmente como personal doméstico en casas de familia en Punta Arenas o en Malvinas. En su carta a la S.A.M.M. del 20 de febrero de 1886 comenta que algunos amigos del pueblo chileno le habían pedido que les envíe un grupo de nativos para trabajar como sirvientes. Consultado el obispo Stirling, éste estuvo de acuerdo por lo que estaba dispuesto a aconsejar a quienes así lo

desearan a aceptar los ofrecimientos de un empleo permanente. En la misma carta comenta que envió dos muchachos para servir al Sr. Tonini, del museo de La Plata. También precisa que nadie fue trasladado contra su voluntad y que él en persona garantizaba que nadie sería deportado sin su autorización⁴⁴.

En 1884, el gobierno argentino resolvió poner en acto una ley dictada dos años antes que disponía la erección de dos subprefecturas, una en Isla de los Estados y otra en la costa del canal Beagle, en un primer acto de posesión y ejercicio de soberanía en la Tierra del Fuego. Se organizó una flotilla al mando del comodoro Augusto Lasserre y, el 28 de septiembre de ese año se hizo presente en la bahía de Ushuaia, lugar elegido para la fundación.

Bridges junto con otros misioneros fueron a bordo de la nave capitana, conocieron a Lasserre y se entendieron de inmediato. El pastor le manifestó su beneplácito por la llegada de los argentinos y Lasserre quedó encantado por los trabajos que se realizaban en la misión y le manifestó por escrito la intención del gobierno nacional de prestarle todos los auxilios, ayuda y protección que hicieran falta. Sin embargo, en la citada nota hay un condicionamiento importante, cuando dice que “penetrado de los beneficios de su misión sagrada, [le manifiesta] la seguridad de la protección del Gobierno en todos aquellos casos compatibles con las leyes que rigen en nuestro país...” (en CANCLINI, A., (comp), 1984, pág. 571). Si bien se valoraban y fomentaban los trabajos de la Misión, el

⁴⁴ Visto con ojos del siglo XXI, y en un momento en que el trato hacia los aborígenes (o pueblos originarios) se ha convertido en tema altamente sensible para nuestra sociedad, el envío de indios a trabajar como personal doméstico a casas de familia o instituciones porteñas produce un rechazo instintivo. En el museo de la Plata su director, Francisco P. Moreno, recibió en 1885 al cacique Inacayal junto con otros doce aborígenes araucanos. Según versiones, el trato recibido era vejatorio (v. por ejemplo: Nicolás Colombo: *Prisioneros en el Museo de La Plata*, Diario El Día, 1-11-2017) o la obra de divulgación realizada por el Colectivo GUIAS (Grupo Universitario de Investigación en Antropología Social) de la Facultad de Ciencias Naturales y el Museo de la Universidad Nacional de la Plata), al punto que el cacique aparentemente acabó suicidándose arrojándose de una escalera del Museo. Sabemos, más que nada por la literatura, que el trato en casas de familia no solía ser mucho mejor (v. p.ej. *Quilito* de Carlos Ocantos) y que en Buenos Aires no hubo demasiados escrúpulos en separar a las familias indias cuando eran entregadas a sus nuevos patrones (algo parecido ocurrió en Punta Arenas cuando el gobernador Señoret procedió al “remate” de cerca de 150 indios en 1892, traídos de la Tierra del Fuego chilena). Surge una pregunta: ¿Bridges ignoraba totalmente el trato que podrían recibir sus pupilos bajo la tutela de los hombres blancos? ¿Había opciones mejores para los indios? En este caso ignoramos si los fueguinos trasladados fueron o no separados de sus familias así como nos permitimos dudar de la información con que contaban para “elegir” abandonar voluntariamente su tierra y su gente para viajar hacia la civilización.

representante del gobierno nacional dejaba claro que no existiría ninguna extraterritorialidad y que las leyes que regían a partir de ese momento, como era lógico, eran las argentinas.

Por otra parte, ambos coincidieron en el peligro que iba a significar para los aborígenes la presencia de un grupo de personas que no eran precisamente filántropos (según escribió uno de los oficiales de la división, Federico Spurr, se trataba de “la recua de atorrantes que sacan de los caños de la capital”) y es posible que ya en ese momento el Reverendo haya comenzado a cuestionarse la utilidad de su presencia en la misión dadas las nuevas circunstancias⁴⁵.

Igualmente, convino con el comandante argentino una suerte de reglamento para el trato de los miembros de la subprefectura para con los indios que intentaba proteger a éstos de los peligros de la civilización. Allí disponía cosas tales como que ningún individuo perteneciente a la subprefectura podría pasar al ejido de la misión sin permiso de los misioneros, que las tropelías u otros abusos contra indios y misioneros serían severamente castigados con arreglo a la gravedad de la falta, que cualquier trabajo personal de algún indígena catequizado debería ser siempre remunerado y en ningún caso impuesto, la prohibición del tráfico de bebidas espirituosas y la prohibición de comerciar con los indios sin autorización de los misioneros así como el deber de auxiliarlos en lo posible, contribuyendo cada empleado en lo que pueda a su civilización. (CANCLINI, A., 1984: 572).

Por otro lado, algunos oficiales de la expedición pidieron a Bridges que les permitiera llevar a algunos niños del orfanato como personal de servicio, a lo que éste asintió con placer alentando a los chicos a que aceptaran, con la seguridad de que dicho servicio promovería su mayor bienestar (v. nota ⁴⁵ en pág. 70). Al informar a la Sociedad, se preocupó por aclarar que en ningún caso los había enviado en contra de su voluntad.

Cuando Lasserre concluyó con sus tareas viajó a Punta Arenas y Bridges le sirvió de piloto en la navegación. Durante su ausencia se desató una tremenda epidemia de una enfermedad desconocida y que el Dr. Álvarez, médico de la expedición, identificó como *tifoidea neumónica*. Se produje-

⁴⁵ Como afirma su hijo Lucas “Finalmente, el establecimiento de los argentinos y la creciente afluencia de población blanca, hizo comprender a Thomas Bridges que una u otra civilización inevitablemente llegaría a los aborígenes en un futuro cercano: ya fuera la de la Biblia, ya la de la botella de ginebra y el rifle, y ciertamente la primera era la mejor” (U.P.E.: 130).

ron centenares de muertos; en una carta que envía John Lawrence, el maestro de la misión, en enero de 1885, explica que han pasado una lúgubre Navidad y responsabiliza de la epidemia a los venidos de afuera:

“Los cambios que se han dado entre los nativos, especialmente en Ushuaia, durante los últimos años, parecen debidos a los intercambios habidos con gente de otros países. Hasta la llegada del primer barco, cinco o seis años atrás, los indios estaban libres de enfermedades: antes de entonces, las enfermedades y las muertes prematuras eran muy poco comunes” (S.A.M.M., 1/6/1885).

Lo cierto es que la llegada del Estado trajo una crisis epidémica tan grave que

concluyó con la mitad de la población y “dejó a los sobrevivientes tan reducidos en su vitalidad, que un cincuenta por ciento sucumbió durante los siguientes dos años” (S.A.M.M., feb. 1885). La vida salvaje creció entre “caseríos abandonados, huertas invadidas por la maleza, ganado carneado por hambre o vendido por alcohol o escopetas de tercera categoría”, y “lo peor de todo”, dejando “una tribu temerosa, debilitada y asolada por la muerte” (BRIDGES, L.: U.P.E., 1949: 136).

Las consecuencias de esta mortandad y la designación de Ushuaia como capital del territorio nacional de la Tierra del Fuego argentina (con lo que el poblado pasaba a convertirse en ciudad) llevaron a que Bridges decidiera darle a su vida un giro radical. Pensaba que, con la llegada de población blanca, sólo la inserción laboral de los fueguinos en un lugar protegido de los problemas que traía la “civilización” (alcohol, enfermedades epidémicas, costumbres que alterarían su forma de vida) podía salvarlos de su decadencia final, y tenía planeado dar techo y trabajo a los indígenas en su futura estancia. La Sociedad Misionera, en cambio, sostenía la idea de que la misión debía limitarse al trabajo específicamente religioso, dejando los aspectos seculares de la vida indígena al gobierno argentino. (SEIGUER, P., 2006, pág. 7).

El pastor estaba enfermo (sabemos que el viaje que había realizado a Inglaterra en 1881 había sido por motivos de salud)⁴⁶, pero aun así pensó que podía rendirle un servicio más a los indios que habían sido el motivo de su venida y a la vez asegurar un futuro para su familia, esta vez en calidad de hacendados. Por lo tanto, resuelto a pasar sus últimos años en su patria adoptiva, presentó la

⁴⁶ Padecía de cáncer de estómago. En 1883 sufrió una grave recaída, afortunadamente cuando se encontraba en la zona la expedición científica francesa dirigida por Martial. Entre su personal había un médico, el Dr. Hyades, quien le prestó todos los auxilios de que era capaz. Después de ese ataque, los únicos alimentos que pudo ingerir durante seis semanas fueron leche, jugo de carne y limonada, pero sólo guardó cama durante dos días (BRIDGES, L.: U.P.E., 1949: 113)

renuncia a su cargo en la misión y solicitó la ciudadanía argentina. Viajó también a Buenos Aires donde se entrevistó con diversos funcionarios que conocían su trabajo y llegó hasta el presidente Roca, quien se manifestó como un sincero admirador suyo. A éste le solicitó el otorgamiento de una porción de terreno para levantar un establecimiento agropecuario a lo que Roca asintió encantado pero aclarándole que la cesión debía primero ser aprobada por el Congreso. Igualmente, convencido de lo justo de su petición y de la generosidad de las autoridades con que se había entrevistado, renunció a su cargo de superintendente de la misión.

Todavía debió esperar más de dos años hasta que se lo relevó de su cargo; la Sociedad designó como nuevo superintendente a John Lawrence, quien había acompañado a Bridges casi desde su instalación en Ushuaia y a su vez envió al médico Edward Aspinall⁴⁷.

Al tiempo de ser aceptada su renuncia, hace un balance de los resultados de la misión y manifiesta cómo piensa que debe continuarse con la tarea iniciada. Se publicó en el boletín de la Sociedad Misionera bajo el título de “Tierra del Fuego, Pasado, Presente y Futuro” (S.A.M.M., 1/1/1887).

Entre los aspectos destacados señala:

Tierra del Fuego es ahora una parte reconocida de las repúblicas hispanoparlantes de Chile y Argentina. Este última ha establecido la sede de su gobierno en Ushuaia, que de esta manera ha pasado a ser la capital de la porción argentina de la Tierra del Fuego.

Esto ha hecho aconsejable que la enseñanza en nuestra misión deba ser hecha por maestros que hablen tanto español como inglés y que se enseñe español a los nativos, quienes deben ser capaces de comunicarse con quienes hablan ese idioma.

Estos nativos deberían ahora dejar su vida errante y volverse agricultores o pastores de ovejas y ganado, leñadores y trabajadores de los bosques y de granja. Deberían comenzar a ser colonos y propietarios de la tierra o trabajadores de tierras de otros. A ello debería apuntar nuestra Sociedad, todo ello, por supuesto mediante la enseñanza y la práctica del cristianismo y la civilización. Esto ha sido siempre el objeto de la Sociedad y hemos tenido buenos resultados, como lo han testificado visitantes de varias naciones puntualizando el importante y feliz cambio experimentado por los nativos del sur de Tierra del Fuego gracias al trabajo de la Sociedad. También se ha señalado sobre el progreso en la inteligencia y la civilización de los nativos quienes han demostrado su capacidad y disposición para dar ayuda a náufra-

⁴⁷ Como Aspinall era médico me queda la duda de si ese fue uno de los motivos de su nombramiento ante la creciente mortandad de los indios. Estuvo poco tiempo a cargo de la misión, siendo reemplazado por John Lawrence, quien había acompañado a Bridges desde su instalación en Ushuaia. En 1888 una parte de la misión se trasladó a la isla Baylys, en el grupo de las Wollaston y en 1893 a la bahía Tekenika, en la isla Hoste. En 1906, bajo la dirección del misionero John Williams, la misión, con 130 yaganes en forma harto irregular, se va a instalar en Río Douglas, en la isla Navarino, hasta su cierre definitivo, por haber perdido su razón de ser ante la casi extinción de los indios, en 1911.

gos y a varias expediciones científicas. Esta asistencia ha merecido el reconocimiento de los gobiernos de Inglaterra, Alemania, Italia, Argentina y Francia.

Es por tanto con gran dolor que tenemos que anunciar que varias epidemias han reducido su número⁴⁸.

El conocimiento de un Dios está ahora ampliamente extendido entre la gente y estoy seguro de que en el sur de Tierra del Fuego el nombre del Salvador es conocido y amado, y a él se le ofrecen oraciones en tiempos de angustia y peligro. Asimismo, la brujería y otras diversas prácticas absurdas, así como los infanticidios, actos de locura y posesiones demoníacas, han desaparecido y la instrucción ha cambiado a la gente y la ha hecho más razonable y accesible.

Pero muchos de nuestros mejores discípulos y colonos han sido desplazados por epidemias de sarampión, neumonía, tuberculosis y fiebre escrófula. Nuestras familias de colonos nativos, que fueron propietarios de ganado y de arados también se han reducido. Discípulos avanzados como Leonard Burleigh, William Cowvin, Thomas Bridges⁴⁹, Samuel Mateen, Emma Ahnan y muchos otros han muerto, y hemos tenido casi que comenzar de nuevo.

Con la renovación parcial de los residentes de Ushuaia, la comunidad ha aumentado con la inmigración de gente del sud oeste y del norte. Estimo que hemos tenido acá a la totalidad de la población nativa de alrededor de 900 almas, Pero para mantenerlos aquí y darles una educación cristiana, tendríamos que hacernos cargo no sólo de la escolaridad de los niños sino también de su alojamiento, alimentación, vestimenta y la orientación general de sus vidas. Para poderlo realizar eficientemente, necesito no sólo más medios sino un buen equipo de gente preparada.,

Para el trabajo de emplear a los nativos regularmente y de la mejor forma posible y al mismo tiempo velar por su bienestar y su instrucción general y religiosa, siempre será mi deseo trabajar en común con la Sociedad. Propongo comprometerme en dicha empresa en forma independiente pero en perfecta sintonía con el trabajo de la misión en Ushuaia y como ministro de la palabra. Mis empleados serán ocupados en trabajos de agricultura, en el cuidado de ovejas y de ganado y en todo tipo de trabajos de granja, asimismo que en otros trabajos como la construcción, corte de madera, tendido de puentes, etc. Como pago, espero ofrecerles alojamiento, ropa y proveer adecuadamente a todas sus necesidades, y estimularlos en el camino de la honestidad, del esfuerzo leal, para alcanzar una posición acorde con sus méritos y capacidades.

Tengo la seguridad de que nada será más grato a los gobiernos de Argentina y Chile que ver a sus habitantes nativos rescatados de su condición bárbara y ocupando un lugar en su nación como parte de su pueblo honesto e industrial. Este es también uno de los objetivos de la Sociedad y estoy seguro que los gobiernos citados siempre estarán dispuestos a asistirnos con sus esfuerzos.

⁴⁸ Según los censos y estimaciones del propio Bridges, la población de los canales a poco tiempo de su llegada (1875) era de entre 2500 y 3000 personas; en el censo de 1884 suma 1000 y un año después, tras la gran epidemia que siguió a la llegada de la expedición argentina, los fueguinos yámanas no alcanzaban a 400. En 1921 Gusinde contabiliza apenas 75 ó 76 yámanas viviendo en una parcela de la Isla Navarino.

⁴⁹ Por supuesto se refiere a un homónimo. Era habitual entre los misioneros bautizar a los niños yámanas dándoles el nombre de europeos vinculados con la misión

4.3. OTRAS MIRADAS SOBRE LA MISIÓN

En este punto, es hora de reparar en las opiniones de algunos (pocos) argentinos que llegaron a Ushuaia antes de la instalación de la subprefectura y que en su gran mayoría quedaron sorprendidos al contemplar esta suerte de oasis de civilización en medio de una geografía que parecía haber cerrado sus puertas al hombre blanco, ya fuera por la fiereza de su clima, ya por el aislamiento y la dificultad para proveerse de recursos.

Hubo que esperar a 1881, cuando por fin se firmó el acuerdo de límites con Chile, para que desde Buenos Aires se intentara investigar a conciencia la realidad de esta lejana porción de tierra que nos había tocado en el reparto y de la cual apenas si se tenían informes aislados y mapas incompletos. Estos primeros exploradores conocieron la misión que dirigía Thomas Bridges y, por supuesto, dejaron escritas sus impresiones, que ayudan a completar la visión de los últimos años de aquel establecimiento.

Giacomo Bove, quien encabezó la primera expedición científica argentina a Patagonia y Tierra del Fuego, tuvo una excelente impresión de la misión; habló de sus efectos benéficos, y de la “inteligente y hábil dirección del Rev. Señor Bridges”.

“Sabida nuestra misión –comenta- se ofrecieron a ser útiles a la expedición y sus ofrecimientos no fueron como la mayor parte de las veces acontece, palabras vanas, y durante mi larga permanencia en la Tierra del Fuego he recibido de ellos auxilio y consejos y estimulado por la buena acogida determiné quedar algunos días en Usciuaia (sic)”. “El efecto benéfico de la misión –dice en otro párrafo- se ha insinuado en cada ángulo remoto de la Tierra del Fuego y después de que la palabra de Cristo resonó en esos desiertos se ha visto el extraño espectáculo de salvajes, entre los que la venganza es un imprescindible deber, olvidar las injurias y ofrecer señales de paz a los ofensores”

Y cuenta luego que el mismo Darwin, quien en su momento se había manifestado sumamente escéptico con la empresa de los misioneros, tras tener noticias de los resultados de su trabajo había escrito al director de la Sociedad Misionera:

“Yo nunca hubiera creído que todos los misioneros del mundo fueran capaces de hacer de los fueguinos gentes honestas: ahora me recreo y quiera usted considerarme como uno de los más calurosos admiradores de esos resultados y como uno de los obladores de vuestra sociedad”. (Expedición a la Patagonia, 1882: 88)

Louis Ferdinand Martial, quien encabezó la expedición científica francesa al Cabo de Hornos y que visitó Ushuaia en 1883, también ponderó positivamente el trabajo que hacían los misioneros; describió el establecimiento, sus casas, la escuela, el asilo de huérfanos, la sala para dar abrigo a

los náufragos, las casillas donde vivían los aborígenes, las huertas, las plantaciones de hortalizas, el almacén, el corral con los animales de granja que cuidaban los mismos fueguinos que hasta hacía poco tiempo desconocían totalmente la agricultura o la domesticación de animales. Habló del carácter enérgico y emprendedor de Bridges y de su fuerza de voluntad consagrada a la empresa misionera y destaca que “además de la instrucción religiosa, da a los indígenas una educación profesional, capaz de influenciarlos mucho más que limitándose solamente a los abstractos dogmas de la religión”. (“*Misión al Cabo de Hornos 1882-1883*”, [1889] 2004: 256:).

En cambio, el periodista José Manuel Eizaguirre, que visitó Ushuaia en 1891, tuvo una visión mucho más crítica del establecimiento cristiano, del que sostiene que no había hecho verdaderos méritos ante la humanidad ni ante nuestros ojos, aunque reconoce que todos los expedicionarios a la zona habían hecho elogios de la misma. Sostiene que

“la vida de los indios es la misma de siempre, estos cuando no salen a cazar guanacos, cuando no van al monte a cortar leña, permanecen días enteros sentados al lado del fuego que constantemente arde en sus chozas. Las costumbres no se han modificado mayormente y el tipo menos: la vida es con poca diferencia, la antigua”.

Dice sin embargo que en la casa de los misioneros:

“se respira una atmósfera de hogar. El subdirector, Mr. Lawrence, vive allí con su familia –esposa y cinco hijos- Es el único hogar civilizado que he visto y que existe en Ushuaia: en el salón de la casa, rodeados por toda la familia del misionero, [...] se olvida uno, por lo menos en el momento de la visita, que se encuentra en latitudes tan antárticas y desiertas”. Pero más adelante parece que su crítica se basa más en el sentido crematístico que pueden tener las misiones. “Han elegido indudablemente el punto más pintoresco y más seguro y hasta más productivo por el comercio de pieles y de oro, pero no el de más resultados para la humanidad. Las dos razas de yaganes y de alacalufes son reducidas e inútiles, y los misioneros permanecen entre ellos aunque ven que gradualmente van desapareciendo, mientras quedan los Onas del Norte y del Sur, razas fuertes y briosas, abandonadas de todo beneficio civilizador”.

Es decir que ve innecesario dedicarse a catequizar a razas “reducidas e inútiles”, que por tal motivo no merecerían la atención de los hombres civilizados.

Más adelante considera absurdo que los misioneros prediquen en el idioma de los yámanas y termina poniendo el dedo en la llaga al escandalizarse de ver en las chozas indígenas el retrato de la reina Victoria, por cuya salud debían elevar una oración⁵⁰. (Diario “*El Río de la Plata*”, diciembre de 1891).

⁵⁰ No está de más recordar que Bridges pertenecía a la religión anglicana, cuyo jefe es, por constitución, el rey de Inglaterra. El retrato de la reina Victoria en los edificios de la Misión no es muy diferente que el del Papa de Roma en las iglesias católicas.

En 1895, Roberto Payró recorrió la Patagonia y Tierra del Fuego, enviado por el diario *La Nación*, y posteriormente reunió sus artículos en el libro *“La Australia Argentina”* (1898), que hasta nuestros días es una fuente imprescindible para conocer la historia fueguina. Allí deja una excelente impresión sobre Thomas Bridges, a quien conoció cuando ya estaba retirado en Harberton, pero reflexiona amargamente acerca de la extinción inexorable de los fueguinos, y, coincidiendo con Eizaguirre, especialmente la de la raza ona, a la cual considera que “por su inteligencia, por sus condiciones de carácter y por su mansedumbre, eran acreedores de los beneficios de la civilización”. Tampoco simpatiza mucho con las misiones religiosas: “En teoría –escribe- los misioneros protestantes o católicos serían los indicados para desarrollar esa mansa e ideal clase de política, pero en la práctica ocurre otra cosa muy distinta, pues los catecúmenos tienen que someterse a una especie de sujeción, que se torna más dura cuando los misioneros se dedican –como lo hacen siempre- a las industrias y al comercio a que se presta el país”, y continúa diciendo que en las misiones de Ushuaia, Río Grande y la isla Dawson, el indio “halla más bien una cárcel disfrazada y una vida penosa de trabajo, que las dulzuras del hogar en plena civilización”. Ciertamente, cuando conoce la misión de Ushuaia, entonces a cargo del pastor Lawrence, describe un espacio de paz y tolerancia (“daba la impresión de que nos encontrábamos en las proximidades de Buenos Aires, en una de las mansiones inglesas de Lomas o Témperley”) y habla de un oficio al cual acuden personas de la gobernación, presumiblemente católicas, junto con los misioneros y los indígenas. A diferencia de Eizaguirre, dice que los evangelios se leen en inglés y que se realizaban distintos cánticos en lengua yagán y luego se ora en español por la prosperidad de las autoridades argentinas. La Reina Victoria no aparece en su relato salvo por mentas de un poblador no identificado quien no ahorra críticas contra la misión, especialmente por la nacionalidad de los misioneros y por su avaricia para reconocer el trabajo de los indios (1985: 360 y s.s.)

Pero además de las opiniones de quienes conocieron la misión, estuvieron las de quienes no conocieron la misión pero igualmente debieron opinar sobre la conveniencia de otorgar a Bridges la porción de tierra que había solicitado para levantar su establecimiento. En principio el presidente Roca se había mostrado muy bien predispuesto hacia el reverendo, a pesar de que le había aclarado que la donación debía ser aprobada por el Congreso de la Nación.

El proyecto de ley entró en la Cámara de Diputados el 27 de septiembre de 1886, siendo el miembro informante Lucio V. Mansilla (probablemente el legislador que mejor conocía el problema indígena en el país) quien propuso tratarlo sobre tablas y aprobarlo rápidamente. Sin embargo, no previó la cerrada oposición de los diputados de la Unión Católica, José Manuel Estrada y Pedro Goyena, quienes se opusieron terminantemente a aprobar la cesión bajo el argumento de que la Constitución Nacional establece que el Congreso debe promover el buen trato con los indígenas y su conversión al catolicismo, con lo cual debía estorbar más que apoyar la actividad del pastor anglicano.

El debate sobre si la religión católica era o no religión de estado y sobre el alcance de la libertad de cultos aun aceptando que el artículo 2 y el inciso 15 del artículo 67 de la Constitución prescriben ciertos privilegios para el catolicismo, se prolongó innecesariamente, sobre todo si se toma en cuenta la argumentación del diputado Nicolás Calvo, plena de sentido común y espíritu liberal. Refiriéndose a Bridges dijo:

“Ha logrado civilizar cuatrocientos o quinientos fueguinos; no les ha enseñado sino la religión de Cristo, pues, ¿a quién se le ocurre que un fueguino, un patagón, va a conocer lo que es la transustanciación, o si la concepción de la Virgen es inmaculada o no, o si el Papa es o no infalible? ¿A quién se le ocurre que ha de llevarse a los indios otra cosa más que la propaganda, en términos generales, de los grandes adelantos, de las grandes mejoras producidas por la religión cristiana? ... Luego la propaganda de estos hombres es simplemente dirigida a hacer buenos hombres y buenas mujeres, buenos padres de familia, buenos esposos, a que vivan entre sí sin matarse, como estaban acostumbrados, sin comerse unos a otros, lo que realmente debe ser indigesto. A eso estuvo limitada la misión que existió”

Y respecto a la interpretación de la norma sobre la conversión de los indios:

“Dice la constitución, en efecto, que se lleve a los indios la palabra del cristiano...Sí, que se les lleve la cultura, la civilización, la educación, todas aquellas condiciones que cambian la vida salvaje en vida civilizada. Esto es todo lo que quiere decir la Constitución...” (Diputados, 1886: 1000)

Sin embargo Estrada insistía en que la obra del pastor Bridges implicaba la incorporación de elementos que iban en contra de la cultura y la tradición nacional y hasta resultaban peligrosos para nuestra soberanía

“Yo sé que esa misión de la Tierra del Fuego a cuya cabeza se encuentra el favorecido por este proyecto de ley, es un destacamento de la misión anglicana de las islas Malvinas; y cuando tenemos ejemplos de lo que puede la política y el interés de una nación poderosa, en el mismo teatro o centro de donde se desprende estos otros destacamentos que ahora invaden el resto de los territorios del sud de la Repú-

blica Argentina, no necesito ser meticuloso ni quimerista para tener alarma y temor por lo que pueda suceder en el porvenir...El señor diputado se felicita de que esa misión enseñe entre los indios el idioma inglés...cuando tengamos a los indios de la Tierra del Fuego incorporados a una secta religiosa cuyo jefe es la reina de Inglaterra, cuando los tengamos introducidos en la civilización por medio de la lengua inglesa y bajo la protección de expediciones dependientes de los poderes de Inglaterra, serán muy escasos los vínculos que queden subsistentes entre esas poblaciones y la República Argentina.” (Ibidem: 1001)

En realidad nunca había habido hasta ese momento ninguna expedición dependiente de los poderes de Inglaterra; la Sociedad Misionera Sud Americana era una institución privada y, para el caso que se trataba, habría que tener en cuenta que Bridges ya había pedido y obtenido la ciudadanía argentina y que cuatro de sus cinco hijos eran nacidos en Tierra del Fuego por lo que, dado el *ius solis* que regía en las leyes argentinas, tenían esa nacionalidad independientemente de los lazos de origen, afecto y cultura que los unía con Gran Bretaña.

Pedro Goyena apoyaba a Estrada aplicando a Bridges la categoría inédita de “ciudadano pseudo-argentino”:

“un ciudadano pseudo-argentino, de nombre poco argentino y de reciente data, un ciudadano ad-hoc...una de esas pruebas de cosmopolitismo incoloro que van haciendo ya de nuestra nacionalidad una entidad poco airosa en el mundo civilizado.”

En sentido contrario, el diputado Olmedo sostenía:

“El señor Bridges, que solicita esta tierra, es un súbdito inglés convertido en ciudadano argentino; no es un ciudadano improvisado, no es un ciudadano hecho por cálculo, porque no hay cálculo ni improvisación, ni puede haberla, en un hombre que ha estado veinte y seis años desterrado en el desierto de la Tierra del Fuego...Sería de desear, señor presidente, que tuviéramos muchos ciudadanos hechos en la misma forma... (Ibidem, p. 1007.)

Finalmente, la cesión fue aprobada por amplia mayoría.

En definitiva, los comentarios precedentes no hacen más que aumentar el gusto amargo que se siente al leer la historia de los misioneros, que coincide no casualmente con la última etapa del proceso de extinción de los aborígenes fueguinos. Hay que estar muy mal predispuesto para dudar de las buenas intenciones, la vocación y hasta el heroísmo de estos religiosos, y solo mentes muy suspicaces pueden ver su acción como parte de la vanguardia conquistadora del Imperio Británico. Sin embargo, no dejó de cumplirse una cierta ley inexorable que enunciara, entre otros, Charles Darwin, que cita Payró diciendo que “donde quiera que pasa el europeo, muere y desapa-

rece el indígena, atacado por enemigos naturales y artificiales que tienden a desalojarlo para que lo suplante el más apto". El mismo Darwin, a esa altura agnóstico y escéptico que, sin embargo, había quedado tan bien impresionado con los logros de la Sociedad Misionera, consideraba que la desaparición de los aborígenes, fuera de cualquier juicio moral, era un hecho inevitable. Y nosotros, más de un siglo después, tendremos que aceptar las sombrías paradojas de este intento evangelizador, rescatar las cosas buenas que dejaron los misioneros en la isla, a pesar de que su noble intención de llevar el mensaje de los evangelios hasta el último confín de la tierra haya tenido un lúgubre resultado para sus "beneficiarios".

4.4. LA ESTANCIA HARBERTON



FIGURA 19: LA ESTANCIA HARBERTON

El casco de la estancia Harberton. En la foto, tomada por una descendiente del misionero, la casa de hierro traída desarmada de Inglaterra

En cuanto hubo enviado su renuncia a la Sociedad, Bridges, aún sin la certeza de que recibiría las tierras que Roca le había otorgado, viajó a Inglaterra para hacerse tratar por su enfermedad y para comprar los materiales necesarios para construir un establecimiento rural en la costa del canal Beagle, herramientas, útiles de trabajo y una casa prefabricada que sería el primero de los edificios de la Estancia Harberton⁵¹. El reverendo tenía entonces 42 años y seis hijos, quienes lo ayu-

⁵¹ Para ello contaba con 700 libras que le había prestado el capitán Willis, un marino mercante que había recorrido los canales fueguinos y que confiaba plenamente en la factibilidad del proyecto.

daban en su trabajo, y, salvo un capataz criollo, el resto de su personal estaba formado por “*algunas familias yaganes*” que, perdidas las garantías de vida, se mostraron “*contentas de instalarse en un nuevo lugar, donde gozar de protección*” (U.P.E.: 147)⁵². La idea de Bridges era dedicarse a esta empresa “independientemente, pero en perfecta armonía con el trabajo misionero en Ushuaia y como ministro del Evangelio”. Siendo el pastor de la comunidad, continuó llevando la lista de los bautismos y si bien mantuvo su oficio de impartir los sacramentos y predicar la palabra, las rutinas en la estancia no fueron las mismas que las de la misión. Los yámanas se instalaron en un pequeño poblado a cierta distancia de la casa principal y se constituyeron en el núcleo de los trabajadores de la estancia.

Inclusive, el primer encargado de la empresa, quien preparó el terreno y levantó los cercos para la hacienda antes de que se instalaran los Bridges, fue un yámana nacido en la zona, Jaime Cushinjiz, quien estaba autorizado a emplear a seis de sus compañeros para las tareas encomendadas. La primera remesa de hacienda consistió en ocho vacas y un toro, compradas a unos aborígenes y otro toro, cuatro carneros, una pareja de cerdos y otra de perros ovejeros traídos del condado de Devon. (U.P.E.: 137-141)

Tenían plena libertad de movimientos y era frecuente que trabajasen sin mayor constancia. Para el tiempo de la recolección de huevos o en los casos en que hubiera buena caza de lobos o alguna ballena varada, dejaban el poblado y volvían a sus antiguos hábitos, pero el pastor (ahora patrón) los proveía de ropa, alimento, y les pagaba en especie y en dinero de acuerdo a la tarea que realizaran. Las principales tareas eran las de esquiladores, leñadores, constructores de cercos y puentes y labradores, pero su aplicación era variable.

La familia Bridges, por su parte, trabajaba duramente⁵³ y el establecimiento pronto se convirtió en una estancia modelo, con sus corrales y talleres, sus tierras de pastoreo y de labranza y, lo que más beneficiaba a su economía, como proveedor de las necesidades de los barcos que pasaban por el canal y, a partir de la década de 1880, cuando se encontraron vestigios de oro en Bahía

⁵² Según Lucas Bridges variaban en su número pero en general eran más de sesenta.

⁵³ En 1890 la segunda generación de Bridges estaba formada por Mary Ann, de 20 años, Thomas Despard, de 18 años, Esteban Lucas, de 16, William (Guillermo) Samuel, de 14, Bertha, de 11 y la niña Alice, de sólo 8 años. A pesar de ser aun adolescentes, de acuerdo a los diarios de familia, los varones hacían trabajo de adultos.

Slogget y en la Isla Picton, de los “oreros” de todo el mundo que llegaron a la Tierra del Fuego en busca de fáciles riquezas. Posteriormente, cuando decayó la fiebre del oro, la actividad en que más se distinguieron los yámanas fue el corte de troncos, que se vendían en Malvinas y en Buenos Aires, y el trabajo con ovinos.

Según una carta publicada en el boletín de la S.A.M.M. (14/2/1890), en ese momento el grupo que vive en Harberton es de 13 familias ó 58 personas de los cuales 24 son niños. Comenta que aun- que trabajan bien, la regla es hacerlo medio tiempo y que en los trabajos de granja, si bien hay mucho trabajo, los trabajadores son ineficientes. Finalmente, comenta que hace tiempo que no tiene noticias de los onas, aunque supone que deben tener contacto con la gente de la prefectura de Buen Suceso. Ya veremos al estudiar a Lucas Bridges, que la familia tenía interés en contactar- se con pueblos del norte de la isla para aprender su idioma y eventualmente extender sus tierras y predicar entre ellos los evangelios.

En definitiva, en Harberton se continuó la tarea de educación y evangelización sin dejar de ser por ello una empresa lucrativa de la cual vivían varias familias. La llegada de oreros y loberos, junto con la ocupación progresiva por parte de los blancos de las tierras de pastoreo de la isla, fue aco- rrando cada vez más a los indígenas quienes, sin embargo, recuerdan aún a la misión y a la es- tancia Harberton como territorios amigables donde podían estar a salvo de los nuevos peligros que había llevado la civilización a la isla⁵⁴.

Bridges murió joven, a los 56 años de un cáncer de estómago en ocasión de un viaje a Buenos Ai- res, el 15 de julio de 1898. Sus restos, junto a los de su hijo Lucas, descansan en el Cementerio Británico de la Chacarita.

Apelo, para terminar, con una frase, suerte de epitafio, que dejó el P. Martín Gusinde, sacerdote del Verbo Divino considerado como el principal investigador de la vida y costumbres de los indios fueguinos, con quienes pasó cuatro temporadas entre 1918 y 1923. No conoció a Thomas Bridges ni a su hijo Lucas, pero pudo contemplar su obra y conversó con muchísima gente, especialmente

⁵⁴ Como ejemplo, en un libro de recuerdos de una familia yámana recientemente editado en Ushuaia, su autor, Víctor VARGAS FILGUEIRA, entre muchos lamentos por la destrucción de su raza, rescata a los misioneros como gente buena y que los protegía, y a las estancias de Bridges y de Lawrence como los lugares en que los yámanas en estado puro se sentían seguros (“Mi Sangre Yagán”, Ed. Cultural Tierra del Fuego, 2017).

con indígenas, que lo habían tratado. Refiriéndose a uno de los campamentos de los salesianos dice:

“... se encuentra en la estancia Viamonte y es propiedad de los Hermanos Bridges, hijos del pastor anglicano Thomas Bridges. Hace ya tiempo que se murió este hombre activo y altruista, pero él tiene el mérito de haber sido un valiente protector de los indios, quien los sabía defender contra las despiadadas persecuciones e inauditas crueldades de que fueron víctima los indígenas. Con la ayuda de sus pupilos supo adueñarse de un gran terreno, y sus hijos, siguiendo el ejemplo de su digno padre, no dejaron de mostrarse buenos amos de aquella raza fueguina” (1979: 29).

5. UN PIONERO “NACIDO Y CRIADO”⁵⁵: LUCAS BRIDGES

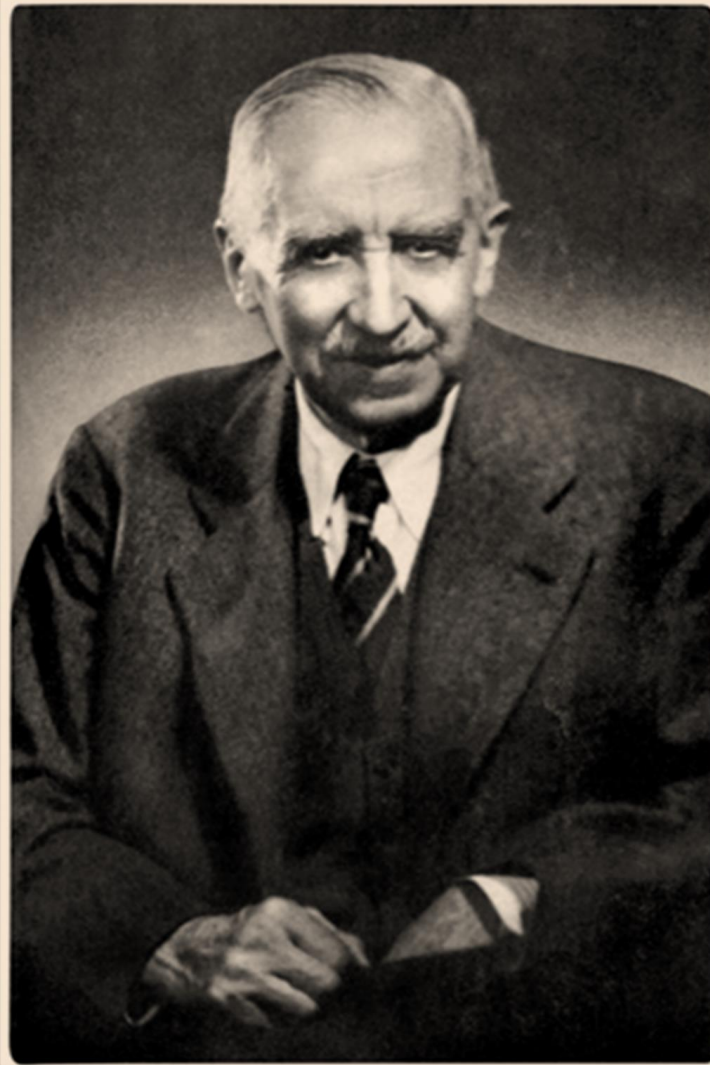


FIGURA 20: ESTEBAN LUCAS BRIDGES

Lucas Bridges en sus últimos años, en una fotografía tomada en Buenos Aires para ilustrar su libro

El tercer hijo de Thomas Bridges nació en Ushuaia en diciembre de 1873. Como ya hemos señalado, lo precedían una niña y un varón, y le siguieron tres hermanos más, un varón y dos niñas. Y si algo lo caracterizó fue su singular espíritu emprendedor. Esteban Lucas Bridges, tal su nombre completo, fue desde niño un soñador, un amante de la aventura y un personaje para quien no existía la palabra “imposible”.

Fue también el tercer hijo de europeos nacido en Tierra del Fuego, y el segundo, junto a su hermano Despard, en criarse en la misión, o sea que sus amigos y compañeros de juegos fueron niños yámanas y aprendió su idioma junto con el inglés, su lengua materna, y antes que el castellano.

⁵⁵ Todavía en nuestros días se usan los términos “NyC” para los “nacidos y criados” en la isla y “VyQ” para los “venidos y quedados”. Recién en el censo de 1960 el número de NyC superó al de VyQ.

Salvo por la presencia durante un par de años de un preceptor que habían contratado sus padres para que les enseñara algunos rudimentos de cultura general, se educó con su familia y con la comunidad yámana, y más tarde conoció e incorporó la lengua y costumbres de los selk'nam, convirtiéndose en la persona que mejor conocía a los aborígenes de la isla.

Vivió en la misión, luego en Harberton y más tarde en un nuevo establecimiento que él mismo fundó en la costa oriental de la isla, la estancia Viamonte, donde empleó y protegió a muchos de los pocos selk'nam que aún vivían en estado natural y que eran perseguidos por estancieros a quienes su presencia estorbaba sus negocios. Hasta 1914, en que el estallido de la primera guerra mundial lo llamó a ofrecerse como voluntario en el ejército de su madre patria. Fue rechazado dos veces por su edad, 41 años, pero en 1916, entre la necesidad de reclutar nuevos soldados y alguna alteración en su partida de nacimiento (podemos imaginar los muy primitivos recaudos de seguridad que podría tener una fe de bautismo otorgada por su padre), logró ser aceptado e integrar un regimiento de artillería. Su proximidad a los cañones le produjo una irreversible sordera, lo que no hizo más que aumentar su personalidad introvertida, con la cual se sentía más cómodo en medio de las naturalezas exóticas que en las sociedades urbanas. Pese a ello, contrajo matrimonio con Jannette McLeod Jardine, una joven británica dieciséis años menor que él.

Terminada la guerra, en 1919, decidió probar suerte en África, en el valle del río Sabi, en la antigua Rhodesia, en un lugar que en los mapas del Imperio británico figuraba marcada en rojo, como "inapropiada para establecimiento de blancos". No hizo falta otra cosa para que Lucas resolviera comprar una granja y demostrar que los expertos estaban errados (Sommerville, Donald, 1976: *My Life was a Ranch*, cit. por Goodall: 251).

Finalmente dejó un rancho ganadero funcionando cuando poco después fue llamado por sus hermanos para estudiar la viabilidad de otro emprendimiento, esta vez en la Patagonia chilena, en la zona del Río Baker, que desagota al lago Buenos Aires-Carrera, en una zona de muy difícil acceso, tanto por tierra como por mar, con un clima que tampoco es el ideal para la vida humana y donde otros pioneros habían fracasado al intentar ponerlo en marcha. Lucas estudió el terreno y finalmente se ofreció a la sociedad propietaria (de la que su familia era parte) como administrador del lugar, yendo a vivir allí con la sola condición de que le pagasen un viaje anual a Inglaterra para encontrarse con su mujer, a quien no había

podido convencer de las delicias de vivir en zona tan agreste, peligrosa y salvaje. Allí pasó algo más de 25 años, a partir de 1921, en una empresa agotadora que recién a partir de 1933 empezó a dar alguna ganancia⁵⁶. Finalmente, problemas de salud lo llevaron a instalarse en Buenos Aires, desde donde continuó con los negocios rurales, esta vez en la zona de Sierra de la Ventana. En 1948, ya retirado, a instancias de algunos amigos, escribió su libro de memorias de sus tiempos en Tierra del Fuego, que publicó en inglés bajo el título de “Uttermost Part of the Earth” (U.P.E., traducido al castellano como “El Último Confín de la Tierra”). Murió en 1949 y, como fue saeñalado, fue enterrado junto a su padre en el cementerio británico de Buenos Aires.

5.1. NIÑEZ Y ADOLESCENCIA ENTRE YÁMANAS

Una persona que ha nacido en un enclave misionero en zona de yámanas, que se ha criado con niños de ese grupo, que ha ido a la escuela junto a ellos, que ha aprendido su idioma con la naturalidad de la lengua materna, que ha aprendido sus juegos, sus entretenimientos, sus formas de pesca y caza, su forma de encender el fuego, así como sus tradiciones y leyendas, es normal que conociera sus características mejor que cualquier etnólogo. Si además la razón por la que su familia se ha instalado en el último confín de las tierras habitables es el deseo de llevar la civilización occidental y la religión cristiana a los yámanas, sabiendo que allí no encontrarían nada de valor económico y sin ninguna intención política o patriótica, es lógico que el joven anglo-fueguino sintiera una natural solidaridad hacia aquellos con quienes compartió la mayor parte de su juventud.

Así, su libro comienza con un breve relato sobre la expedición de Fitz-Roy, más que para contar los lejanos orígenes de la misión, para refutar algunas “burdas equivocaciones” en que habían caído las crónicas de ese viaje. La más importante, sin duda, es la afirmación de que los canoeros eran caníbales, mito

⁵⁶ V. IVANOFF, Danka: Lucas *Bridges, el Señor de Río Baker*, en Magallania v.34 n.1 Punta Arenas ago. 2006, disponible en <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22442006000100016>, consultado el 8/06/2017.

que venía desde tiempos pretéritos⁵⁷ y que Darwin aceptó sin evidencia alguna. Lucas lo niega enfáticamente y sugiere que cuando los nativos llevados por Fitz-Roy eran interrogados por la tripulación, respondían sin preocuparse en contestar la verdad; sólo les importaba dar la contestación que les parecía que se esperaba de ellos. “Al principio –continúa- su conocimiento limitado del inglés no les permitía dar explicaciones y bien se sabe que es mucho más fácil contestar sí que no.- Imagina entonces un diálogo:

“-¿Matan ustedes hombres y se los comen después?” y al repetírseles la pregunta captaban al fin su significado y comprendían la contestación que se esperaba de ellos, no hay duda de que asentían.

Y al proseguir con las preguntas

-¿Qué clase de gente comen ustedes?

Ninguna respuesta.

-¿Comen ustedes gente mala?

-Sí.

-¿Qué hacen cuando no hay gente mala?

Ninguna respuesta.

-¿Se comen a las ancianas?

-Sí.

Una vez empezado este juego y habiendo mejorado sus conocimientos del inglés, es fácil imaginar el placer que sentirían estos muchachos irresponsables al ver el crédito que merecían sus patrañas. Alentados por sus oyentes, que tomaban nota de estos relatos, los fueguinos siguieron inventando... (U.P.E.: 27)

⁵⁷ Durante la expedición comandada por los holandeses Jacques L’Hermite y William Schapenham en 1623/24 se produjo el primer encuentro documentado de europeos con yámanas. No fue precisamente amistoso: Habiendo bajado a tierra un grupo de marinos para buscar agua, se encontraron con un grupo de aborígenes con el cual iniciaron relaciones aparentemente amistosas por medio de gestos. Repentinamente, se levantó una tormenta tan violenta que 19 de los holandeses no pudieron volver a la nave y 17 de ellos, sin causa conocida, fueron muertos con hondas y piedras por los nativos. Sin embargo, cuando bajaron a tierra para recoger los cadáveres, sólo encontraron a cinco cuerpos descuartizados. Según el cronista de la expedición, al resto los salvajes se los habían llevado para comérselos, de donde nació la leyenda de la antropofagia de los canoeros fueguinos, la que se mantuvo por muchos años y fue aceptada sin suficiente evidencia hasta por observadores tan meticolosos como Darwin y Fitz-Roy.

Más adelante derriba otros mitos, como el de la pobreza del idioma yagán:

Nosotros, que lo hemos hablado desde niños, sabemos que esta lengua, dentro de sus propios límites, es infinitamente más rica y expresiva que el inglés o el español. El “Diccionario Yagán o Yagán-Inglés”, escrito por mi padre, [...] contiene no menos de treinta y dos mil palabras ...” (U.P.E.: 27).

O el de Jemmy Button, a quien todavía hoy varios autores aceptan que su padre lo “vendió” a Fitz-Roy por un botón dorado, lo que él considera “un cuento ridículo, pues ningún indio habría vendido a su hijo ni por el mismo *Beagle* con todo lo que contenía a bordo” (U.P.E.: 22).

También señala la nobleza que manifestaban los yámanas en las peleas. Empezaban por cualquier motivo, fuera por intrigas, maledicencias, celos por mujeres o por robos de escondidas provisiones, pero sin embargo se cumplía con reglas y cuando uno de los luchadores no las cumplía era maltratado por sus propios partidarios (generalmente familiares) que sabían por anticipado el perjuicio que esta acción ocasionaría a la comunidad (U.P.E.: 70). “A diferencia de los onas, que vivían detrás de las montañas, los yámanas reprobaban el homicidio y la palabra *walapatu* (asesino) era entre ellos considerada un insulto”.

Contra la costumbre de su padre, Lucas casi no realiza invocaciones religiosas, aunque demuestra un profundo cariño y veneración por aquel y por su obra misionera. Y destaca los progresos en la esfera moral de los indígenas:

“A medida que transcurrían los años [...] la influencia moral de la Misión sobre los indios se hacía más notoria. Eran frecuentes los casos de arrepentimiento y de confesión y no por temor al castigo en este mundo o en el otro. Los yaganes viven al día, sin pensar en el mañana; mucho menos se preocuparían por algo que pudiera ocurrirles después de muertos. Mi padre, a fin de atraer a su redil a estos pecadores, nunca los amenazó con los terribles tormentos que les aguardarían en la vida futura; tampoco los mimó o alabó indebidamente, ni mucho menos les dio recompensas por actos de confesión y arrepentimiento. Sin embargo, estos actos de humildad existían. Un tal laminaze vino desde muy lejos a devolver una cacerola que había robado ¡Quién sabe qué luchas internas le habían quitado el sueño a este pícaro antes de resolverse a tomar su canoa, hacer un viaje de varios días y devolver el tesoro! (U.P.E.: 76)

La llegada de la expedición argentina sorprendió a Lucas, quien en esa época tenía once años, y atemorizó a los indígenas quienes se agruparon alrededor de los misioneros preguntándoles qué amenaza podía venir en aquellos barcos. Según Lucas se sentía la sensación de un ataque inminente, aunque su padre

ya había previsto que, tarde o temprano Chile y Argentina iban a establecer su autoridad en sus propias tierras y desde hacía algún tiempo, había incorporado el idioma español a las asignaturas de la misión.

Como dijimos en el capítulo anterior, los argentinos se entendieron bien con los misioneros y la desconfianza que los niños sintieron en un principio, pronto fue reemplazada por curiosidad y luego por satisfacción cuando empezaron a actuar de intérpretes entre porteños y fueguinos. Ciertamente que pronto, la gran epidemia que diezmo a los naturales, terminó con cualquier especie de contento y Lucas recuerda haber visto salir a su padre todos los días, incluso los domingos, con pala y pico al hombro para volver a la noche tras haber cumplido su triste deber.

5.2. LOS TIEMPOS DE LA ESTANCIA HARBERTON (1887-1899)

Lucas evalúa a los yámanas no tanto por su fe, su piedad o su capacidad de incorporar el mensaje evangélico, como por su fidelidad y capacidad de trabajo. Como señalamos anteriormente, no era un mensajero del Señor sino un joven lleno de ideales, generosidad y espíritu de aventura que con el tiempo se convirtió en empresario rural y es con esos ojos que, siendo ya un hombre mayor, escribe su libro de memorias. Cuando habla de los yaganes de Harbenton, encargados de la construcción de la casa, dice que demostraban buena voluntad pero eran indolentes para un trabajo fijo; pertenecían a una raza en decadencia y parecían estar compenetrados en ello” (U.P.E.: 146). Sin embargo, al igual que su padre, los valoraba como seres humanos, los tenía por sus amigos y estaba dispuesto a defenderlos de los peligros que ahora los acechaban. En cierta ocasión, llegó a sus manos un periódico inglés, el *Liverpool Weekly News*, con un artículo que se refería a la raza yagana y describía orgías canibalescas de los indígenas durante las cuales se comían a las ancianas mujeres inútiles. Lucas lo tradujo a sus compañeros indios quienes rieron a carcajadas pero, uno de ellos se quejó de las mentiras que allí se publicaban y le pidió que les escribiera diciéndoles la verdad. Cumplió su palabra y al año siguiente les llegaron algunos ejemplares del semanario con el artículo publicado. El autor lo leyó a sus “amigos indios” quienes quedaron encantados al oír el relato de sus virtudes, traducido de un periódico inglés (U.P.E.: 168).

En la estancia, la principal actividad era la ganadería, y Lucas fue encargado de trabajar en un nuevo puesto construido a algunos kilómetros de la casa principal, en una península ideal para el pastoreo llamada por los indígenas *Lanushwaia* (Ensenada del Pájaro Carpintero) a la que los colonos llamaron “Cambaceres”, en honor a don Antonino Cambaceres, buen amigo de Thomas y entonces presidente provisional del Senado. Allí fue enviado Lucas a pasar largas temporadas al cuidado del ganado y la construcción de los cercos y puentes que hicieran falta, solo en compañía de un joven yagan llamado Tom. En esas soledades fue que se comenzó a metamorfosear con la tierra fueguina, vistiendo mocasines de piel y abrigándose con capas de guanaco, tratando más con yámanas que con su propia familia y abrigando la idea que se fue convirtiendo en obsesión de conocer a los demás indios de Tierra del Fuego, aprender su idioma y evaluar la posibilidad de ocupar nuevos territorios más allá de las montañas. Estos indios eran los onas, quienes vivían en la vertiente norte de la cordillera y en las grandes praderas entre las montañas y el océano, y los haush de la península Mitre, extremo oriental de la isla⁵⁸.

Antes de conocer a los onas, los Bridges percibían señales, tales como humos en el bosque al norte de la estancia, y deducían que existía una gran desconfianza hacia ellos, que les impedía acercarse a tomar contacto. Comprendían que las luchas sangrientas que se habían entablado en el norte entre aborígenes y “gente de nuestra raza” abonaba dicha desconfianza y hacía que los consideraran sus enemigos, lo que hacía temer a Lucas que ese primer contacto se diera en forma de una flecha arrojada por la espalda, ya que los onas tenían fama de ser mucho más agresivos que los pacíficos yámanas.

⁵⁸ Las denominaciones de los pueblos originarios de la Tierra del Fuego pueden dar lugar a confusiones porque en general son llamados de más de una manera por los testimonios de los que nos valemos. En este trabajo hemos utilizado preferentemente los nombres que utiliza la etnografía moderna, que ha privilegiado los vocablos con que ellos mismos se reconocían. En cambio, en las citas textuales, hemos respetado los nombres que les daban los respectivos cronistas. Así, los yámanas son también llamados yaganes: el primero es el nombre que ellos usaban para referirse a sí mismos y que en su lengua quiere decir “ser humano vivo, no muerto”. En cambio, el nombre con que los designaba Thomas Bridges y luego su hijo Lucas es “yagán”, proveniente del *Yaghashaga*, canal que separa las islas Navarino y Hoste y al cual Fitz-Roy bautizó “Canal de Murray”. Algo similar ocurre con los onas/selk’nam. El primero, que fue el nombre que prevaleció durante un centenar de años, es en realidad el que les daban los yámanas y el que utilizó Lucas Bridges al narrar los primeros contactos que tuvo con ese pueblo, mientras “selk’nam” es el que, según los estudios posteriores, los aborígenes se daban a sí mismos. Lo mismo sucede con los alakalufes, a los que Fitz-Roy llamó halakooleep mientras que el nombre que se daban a sí mismos era “kawesqar”. Los haush también reciben el nombre de “manek’enk”. En su libro, Lucas escribe “aush”. (v. nota 7, pág. 10)

Varias veces intentaron explorar las montañas para contactarse con los onas, pero éstos tenían una especial capacidad para esconderse y observar sin ser observados.

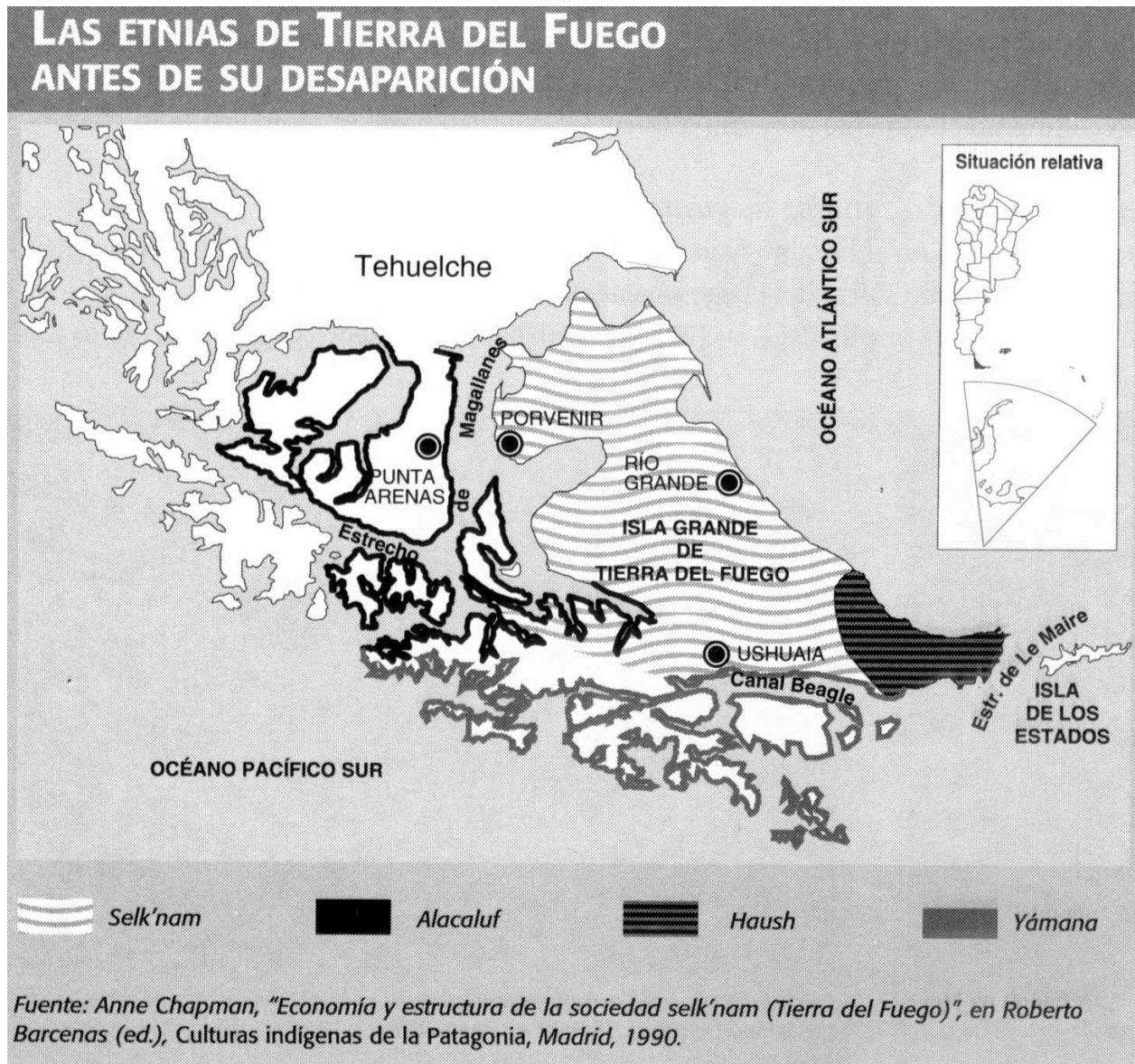


FIGURA 21: LAS ETNIAS DE TIERRA DEL FUEGO

Por fin, a fines de 1894, aparecieron en Cambacères dos individuos altos y de siluetas erguidas quienes, para mostrar sus intenciones pacíficas, habían dejado sus arcos y aljabas entre unos arbustos. Lucas

dejó a su vez su rifle y se les acercó llevando un pequeño revólver entre la ropa y un pañuelo lleno de galletas. Se sentaron a conversar, más con gestos que en un idioma común y Lucas los convidó con galletas previo comer él, ya que había escuchado cuentos sobre onas envenenados. Uno de los visitantes era Kaushel, un aborigen famoso por sus cualidades como luchador, quien sonreía cordialmente y, describe Lucas, “tenía un aire de dignidad que me resultaba imponente” (U.P.E.: 202).

Pronto aparecieron otros onas y parece que debatieron un plan para secuestrar a Lucas y canjearlo por armas y municiones, pero la idea no prosperó. Durante unos días continuaron reuniéndose en forma pacífica, intercambiando algunos utensilios y tratando de dialogar con la media docena de palabras en yagán que conocían los onas y la capacidad de Lucas de aprender rápidamente idiomas por fonética, hasta que al cabo de unos días partieron tranquilamente hacia su selva natal. Comentando su partida, el anglo-fueguino escribe sus sentimientos:

A la madrugada siguiente, al ver desde lo alto de una colina el humo del campamento de los indios levantarse a la distancia sobre la copa de los árboles, ansié huir de mi monótona existencia y unirme a ellos en sus perpetuas cacerías. No sabía yo entonces de sus traiciones y de sus sanguinarios ataques. En mi ardor juvenil, hubiera deseado reunirme con ellos, llevarles armas y compartir su lucha contra los avances de la mal llamada civilización en el romántico país que les pertenecía. ¡Así es la juventud! (U.P.E.:205)

Por aquella época, dice, “se corrió la voz en toda la montaña de que se podía confiar en nosotros”; nuevos grupos empezaron a llegar y aunque no se quedaban más de una semana o diez días, hubo al menos seis o siete familias que acamparon cerca de Harberton por un mes. Los hombres comenzaron a emplearse en las tareas de la estancia y fueron retribuidos primeramente con regalos y luego con alimentos y con salario. Lucas se abocó a aprender su idioma y empleó a algunos indios como baqueanos (BASCOPÉ, J., 2013: 17)

El año 1898 estuvo lleno de novedades para la familia, empezando porque por primera vez Lucas y sus hermanos lograron cruzar la cordillera y divisar las praderas que se extienden hasta la costa nordeste de la isla. También fueron los primeros en avistar el lago Kami, el que luego fue denominado Fagnano en los mapas oficiales. Esto les demostró que era posible alcanzar y acaso poblar nuevas tierras que hasta entonces no habían sido holladas por el hombre blanco. Pero también fue el año de la muerte de Thomas Bridges, en ocasión de un viaje a Buenos Aires.

Dice Lucas que al ver llegar el barco con la bandera a media asta tuvo un mal presentimiento y se acercó en un bote para enterarse que su padre ya no vivía. Pero, como cuenta en el conmovedor relato de la llegada del barco con la noticia,

“fue tal su influencia y el ejemplo de su fe y su fortaleza, que aún está entre nosotros. –Vivo en mis hijos-, dijo una vez que estuvo seriamente enfermo. –y concluye Lucas: -Aunque desgraciadamente no he alcanzado a vivir conforme a sus ideales, mi única esperanza es que los hijos que tengo actualmente y no tenía entonces, hayan heredado algunas de las cualidades de su abuelo” (U.P.E.: 240)

5.3. ACERCAMIENTO A LOS SELK’NAM (1899-1907)

Los hermanos convinieron en que lo principal era continuar con su obra de mejoramiento del nivel de vida de los indios, cumplir sus propósitos respecto a la propiedad, permanecer unidos y cuidar a las mujeres de la familia. Por lo tanto, las cosas siguieron como antes en Harberton, mientras eran cada vez más los indios onas que llegaban a radicarse.

Poco después Lucas hizo su primer viaje al norte de la isla. Juntó a seis fieles indios y alcanzó las estancias del poderoso hacendado José Menéndez, La Primera y la Segunda Argentina. Se refiere entonces al administrador de una de ellas, llamado “El Rey de Río Grande” a quien, por razones que no explica no lo menciona por su verdadero nombre sino que le llama Mc Inch (se refiere a Alexander Mc Lennan, también conocido como “Chancho Colorado”) Lo describe como un escocés inescrupuloso y dado a la bebida y como un enemigo declarado de los indios, cuyas incursiones perjudicaban la cría de ovejas en esos territorios. El escocés sostenía que su manera de tratarlos no era aprobada por su patrón ni por su hijo Josecito (Menéndez Behety)⁵⁹, pero aclara que su predecesor había ensayado métodos suaves y había

⁵⁹ Lucas nombra muy poco a los Menéndez, acaso porque él posteriormente fue socio de alguno de ellos en la estancia de Río Baker y no quiere recordar su sociedad con esta gente en un libro en que defiende a los indios con tanto ardor. Pero muchos testimonios como los de Fagnano, De Agostini, Borgatello y el mismo Gusinde, no abonan la afirmación de que los propietarios no aprobaban los métodos brutales de su capataz.

fracasado debiéndose retirar. En este primer viaje no pudo encontrarlo porque se hallaba fuera de la estancia, pero después habrían de iniciar una relación ciertamente contradictoria⁶⁰.

Durante la década de 1890 extensos lotes de tierra fueron arrendados a poderosas compañías o particulares en ambos lados de la frontera argentino-chilena. Lucas lo comenta amargamente:

“El gobierno argentino cedió un valioso lote en la costa noreste del Río Grande a los padres salesianos, quienes bajo la dirección de monseñor Fagnano establecieron una misión para beneficiar a los indios; en Chile la misma orden recibió toda la isla de Dawson para igual finalidad. Con esas excepciones, nadie tomó en consideración a las antiguas razas nativas, dueños de la tierra por tiempo inmemorial” (U.P.E.: 269).

A los nuevos colonos, les llama “invasores” y afirma que pronto

“vieron que era imposible mantener establecimientos en tierra poblada por esos indisciplinados nómadas, cuyo idioma y costumbres les eran completamente desconocidos. Según una versión que circulaba, y que aún no se ha olvidado, algunos de los recién llegados pagaban una libra por cada cabeza de indio que se llevara” (U.P.E., 269)

y más adelante:

“Me han contado que algunos de los invasores pagaban cinco libras por cada indio que se atrapara y se llevara a una Misión. Algunos pensarán que ello fue meritorio, porque se desembarazaba al país de una plaga peligrosa y se ayudaba al mismo tiempo a la Misión a reformar a los salvajes y convertirlos en útiles ciudadanos; pero otros lo consideraban como un medio de reducir a los aborígenes libres, los verdaderos dueños de la tierra, a una servidumbre forzada” (U.P.E.: 270).

No hace falta ser demasiado sagaz para advertir en cuál grupo se contaba el autor.

Entre los cazadores de indios vuelve a citar a Mc Inch, de quien cuenta con cierto detalle sobre una carcería de indios que comentaba con orgullo:

“No sé cuántos aborígenes fueron muertos en esa ocasión, pero Mc Inch declaró más adelante que habían sido catorce; sostenía que al matarlos se realizaba una acción muy humanitaria, siempre que se tuviera el coraje necesario. Explicaba que esa gente nunca podría convivir con blancos y cuanto más pronto fueran extermina-

⁶⁰ Una de las cosas que quedan sin explicación es por qué no divulga el nombre de Mc Lennan. Enrique Inda (2003:56) supone que la causa es que vivían en estancias vecinas y estaban obligados a convivir como tales, pero dado que el libro de Lucas fue escrito en Buenos Aires y en 1948, más de cuarenta años después de la muerte del escocés, este argumento resulta inconsistente. Además, el “Chancho Colorado” es un personaje muy conocido en las crónicas de la isla y personaje emblemático del proceso de exterminio de los onas.

dos, mejor, pues era una crueldad tenerlos cautivos, aunque fuera en una Misión donde languidecían o morían de enfermedades importadas” (U.P.E.: 273)

Más tarde, en esa misma década, toda la tierra pública de la isla se puso en venta: en Chile José Menéndez adquirió por subasta pública varios lotes con los cuales formó la estancia San Gregorio, en la parte norte del estrecho de Magallanes, y en las subastas de 1897 y 1899 compró al gobierno argentino la mayor parte de la tierra del norte del territorio. Como existía un máximo de terreno para cada propietario, también fueron compradores los dos hijos mayores de Menéndez y su socio y yerno, Mauricio Braun además de otros testaferros (“palos blancos” según la jerga patagónica). Con esas tierras se fundaron las estancias La Primera y la Segunda Argentina (hoy estancias José Menéndez, María Behety y Sara).

A partir de este momento, Lucas se siente llamado por un deber de solidaridad con los indios que fatalmente iban a ser desplazados si no exterminados. Lo explica de esta manera:

“...(existían) tres modos de encarar el problema indio en la Tierra del Fuego: el primero la exterminación; el segundo el cautiverio desolador; el tercero la cooperación amistosa, sobre la base de la buena voluntad fomentada con paciencia y la aceptación del derecho de los indios a vivir según sus propias costumbres en el país que les pertenecía por derecho de nacimiento. Ninguno de los invasores blancos, ya fueran McInch u otros de su calaña, ni la Misión Salesiana, habían tenido las magníficas ventajas de que gozábamos mis hermanos y yo. Ellos no habían nacido en el país. No se les había enseñado a considerar al indio como a un amigo inteligente y un camarada de trabajo. Para ellos los fueguinos no eran seres humanos que debían ser tratados de acuerdo con sus méritos, sino una horda de sujetos peligrosos e indómitos que era preciso eliminar lo antes posible. [...] ¿Era pues de extrañarse, pues, que los onas que se retiraban lentamente del norte miraran hacia el sur, más allá de las fronteras de su propio país, en busca de ayuda? [...] Los onas no proponían que nos armáramos e hiciéramos retroceder a los intrusos sino que fuéramos a establecernos en la tierra de los onas. Su idea era que si nosotros nos apoderábamos de su tierra, ésta, no obstante, seguiría siendo de ellos. [...] Lo único que querían era libertad y seguridad. Si nosotros tomábamos posesión de la tierra, tendrían ambas cosas [...] (U.P.E.: 281-282).

Tal vez fuera cierto aunque no puede negarse que es una excelente justificación para adornar con intenciones filantrópicas la adquisición de un importante latifundio. El mismo lo confiesa al decir que, personalmente, estaba muy a favor de la idea de obtener la mayor extensión de tierra, no sólo para complacer a sus amigos indios sino también por el deseo de aventuras y también porque pensaba que podía ser un buen negocio. Costó bastante convencer a sus hermanos.

Comienza entonces la construcción de lo que llama “el camino a Najmishk” y que hoy, semiabandonado y convertido en una senda para aventureros, es llamado “el camino de Lucas Bridges”. Este cruzaba la

cordillera siguiendo el cauce del río Varela, y hubo que realizar un importante movimiento de tala de árboles y construcción de puentes, hasta llegar al Lago Kami, desde donde se extienden las praderas hasta el océano Atlántico. En la construcción de este camino, que le llevó aproximadamente dos años, utilizó como mano de obra a sus amigos onas, con lo que se enredó en una serie de problemas ya que los indios del norte, que lo conocían poco, en principio veían en él un blanco, uno de los conquistadores y por más que realizara todos los esfuerzos por tratarlos con la mayor humanidad, el trato que recibían de parte de los invasores del norte hacía que la desconfianza valiera para todo “extranjero”.

Por otro lado, el ona, a diferencia del yagán, tenía menos aprecio por la vida humana y los actos de lucha o de venganza eran comunes entre ellos. Lucas lo explica:

Entre los onas no era considerado un delito el dar muerte a un hombre de otro clan. El axioma ona era: “Si yo no lo mato, con toda seguridad me matará él, si cree que con eso gana algo”. También aceptaba el sistema la eliminación de un miembro de otra tribu con el fin de apoderarse de su mujer, aunque el matador ya tuviese la suya, y la matanza del mayor número de amigos de la víctima para debilitar el poder del clan y ponerse a cubierto de futuras represalias. Sin embargo, se hacían distinciones. Existía la lucha de hombre a hombre. Cualquier infracción a las reglas que prohibían atentar contra la vida de las mujeres y niños era repudiada. [...] (U.P.E.: 301)

Sin embargo, Lucas ejerció una suerte de autoridad, aunque fuera porque podía proveer algunos bienes, conseguir algún alimento cuando mermaba la caza y hasta ofrecer trabajo rentado más adelante. Es verosímil que fuera considerado por los propios aborígenes como su protector, pero dada la falta de organización en que vivían, también es razonable que hubiera otros que no lo querían y hasta quienes deseaban matarlo, de acuerdo a la costumbre ancestral de reaccionar con violencia ante cualquier sospecha.

Los onas que vivían en el sector argentino estaban divididos en tres grandes grupos a los que Lucas denomina los “de las montañas”, a los que vivían más al sur y que durante la primavera llegaban hasta Harberton, los “de Najmishk”, que es el nombre que da a los de la falda de la cordillera, cerca de los lagos Kami y Yehuín, y los “del norte” que ocupaban las praderas cercanas al Atlántico. Esta descripción hace pensar en los “cielos” de que habla Anne CHAPMAN, A., y en que cada uno de los grupos descritos por Lucas se corresponden con el cielo del Sur, del Oeste y del Norte (CHAPMAN, A., A., 2002: 148)

Eran nómadas, pero generalmente respetaban sus territorios de caza (*haruwen*)⁶¹, y sus peleas solían estar vinculadas más con venganzas por cuestiones personales que por razones grupales. La causa principal que los enfrentaba era el robo de mujeres, que si tomamos al pie de la letra lo dicho por Lucas acerca de que lo habitual era que cada varón tuviera dos esposas (por lo general hermanas), concluiríamos con que debían ser frecuentes. Lucas lo confirma cuando dice que los métodos más comunes para conseguirse mujeres eran la conquista y el secuestro (p. 368).

Justamente fue por un caso de secuestro de mujeres que ocurrió la *matanza del Lago Yehuín*, en la que un grupo de los de las montañas, que disponía de tres rifles obtenidos de un peón chileno, atacó a otro grupo de norteños matando a una decena de ellos y a sus mujeres. Enterado de la matanza, Lucas se abocó a recuperar los rifles, para lo que empleó el viejo método de tomar rehenes, en este caso tres niños, y canjearlos por las armas. Por supuesto desencadenó el rencor de los onas y, especialmente, de quien había encabezado la matanza y que luego había debido devolver las armas, que era un sujeto “de mandíbula cuadrada, vengativo y traicionero” llamado Ahnikin. Este se emboscó varias veces para atacar a Lucas, quien sin embargo tuvo la sangre fría de invitarlo a conversar y convencerlo de que, sean cuales fueren los agravios que tenía contra él, a ellos no les convenía matarlo. Sí así lo hubiese hecho hasta su propia gente se indignaría y los hermanos de Lucas los armarían y todos juntos lo perseguirían hasta darle muerte. (U.P.E.: 408).

Lo cierto es que, mientras los blancos los iban desplazando sin reparar en los medios, los onas se peleaban entre sí. Lucas no se cansaba de advertirles:

“En toda oportunidad me esforzaba en inculcarles que era una locura odiar y matar a su propia gente, casi a sus propios hermanos; les hice ver también que de continuar ese estado de cosas pronto no quedaría un solo ona” (U.P.E.: 409)

⁶¹ Todo el territorio de la Tierra del Fuego estaba ocupado, o por lo menos tenía un poseedor nominal. La unidad básica era el linaje, suerte de familia extensa patrilineal. Según la tradición que recoge Anne CHAPMAN, A. había hasta 80 linajes que ocupaban los cielos. A cada uno correspondía un territorio (*haruwen*) que era respetado por los demás, y cuando los cazadores de un linaje entraban en el territorio de otro, por ejemplo si alguna excursión de caza los llevaba a perseguir los animales hasta el territorio de otro linaje, previamente se daba aviso a sus poseedores (CHAPMAN, A., A., 2008: 150).

Finalmente, los hombres de las montañas accedieron a dar el primer paso proponiendo hacer revivir una antigua ceremonia de reconciliación llamada *jelj* y que sólo se celebraba cuando ambos grupos estaban dispuestos a perdonar y a comprometerse a que no iban a pelear de nuevo. Lo interesante es que la ceremonia se celebró y allí se dijeron todos los agravios que cada uno de los grupos había recibido y que en muchos casos Lucas suponía olvidados. Luego observaron que ya no quedaban los antiguos onas y que si pertenecían todos a la misma raza y al mismo país no tenía sentido odiarse y matarse hasta que no quedara ninguno. Y que ya no estaban enojados y querían olvidar.

Después de una serie de ritos, durante tres días los dos clanes continuaron acampando amistosamente unos junto a otros, hombres, mujeres y niños.

Lucas sostiene que con seguridad él era el único hombre blanco que había presenciado el *Jelj*, rito de paz, y que aún entre los onas, sólo los más ancianos recordaban una única ceremonia similar. Y que el futuro demostraría que las promesas formuladas allí, fueron fielmente cumplidas (U.P.E.: 414).

Hechos como el arriba referido llevaron a los selk'nam a aumentar su aprecio por Lucas, al punto que, poco después de quedar establecida la paz entre los clanes, fue invitado a asistir a una gran reunión que se realizaba a la orilla del bosque, junto a un viejo *hain*, choza ceremonial en la que se realizaba el rito más importante de la tradición de estos indígenas⁶². En dicha reunión se iba a discutir sobre las aptitudes del hombre blanco para ser admitido como miembro de la Logia (Lodge), nombre con el que Lucas denominó a la comunidad de varones cazadores adultos. En realidad el nombre "Logia" que utilizó se debe, seguramente, a que el grupo mantenía determinados secretos que eran inaccesibles a mujeres y extraños y que conformaban el mito sobre el que estaban establecidas las relaciones de poder del grupo.

Lucas llama "conservadores" a quienes encabezaban al grupo minoritario que se oponía a su ingreso. Sin embargo eran más quienes lo apoyaban, o por lo menos esgrimían razones más convincentes. Entre ellos estaba Tininisk, el influyente curandero, quien concluyó su arenga diciendo que aunque Lucas parecía un hombre blanco, su corazón, que el *xo-ön* (brujo) podía ver con sus propios ojos, era el corazón

⁶² El nombre *hain* se usa tanto para denominar la ceremonia como la choza dentro de la cual se realiza. Gusinde le llama, sencillamente, la *Gran Cabaña*.

de un ona. Al parecer estas palabras terminaron de convencer a los reacios e inmediatamente comenzaron los preparativos para su ingreso en la Logia.



FIGURA 22: LA DANZA DE LA SERPIENTE

,Uno de los ritos de la ceremonia del hain. Los indios están pintados para la ocasión y quien conduce la ceremonia es el guerrero de la izquierda, el único que tiene la cabeza cubierta. Fotografía tomada por Lucas Bridges y publicada en la primera edición inglesa de U.P.E. (pág. 400)

La ceremonia consistía en una serie de ritos y enseñanzas que se le hacían al joven aspirante (*kloketen*) y lo poco que nos cuenta Lucas resume muy brevemente la doctrina moral de los selk'nam. Según Lucas:

Los consejos que se daban a los *kloketen* eran generalmente sensatos y siempre se les explicaba por qué razones debían seguirse. He aquí unos pocos ejemplos: Un hombre no debe ser glotón porque se pondría obeso y perezoso, dejaría de tener éxito en sus cacerías y daría motivo para que se dijera que su mujer estaba obligada a alimentarlo con pescado. En cambio, la mujer debía ser gorda para que todos lo respetaran al hombre, considerándolo un diestro cazador. Para evitar los peligros de las uniones incorrectas con mujeres de la propia tribu, se estimaba conveniente tomar esposas de muy lejos. Esto tenía además la ventaja de la sumisión de la voluntad del marido, puesto que no habría parientes que tomaran su defensa cuando riñeran. Un hombre debía ser generoso en el suministro de carne a los ancianos, aunque no fueran parientes; podría acontecer que cuando él mismo envejeciera y no pudiera salir a cazar, necesitara que algún joven le trajera carne. En otras palabras “Arroja tu pan sobre las aguas porque lo encontrarás después de muchos días”⁶³. Esto es lo más parecido a un precepto religioso de todo cuanto llegué a oír mientras viví con esa gente (U.P.E.: 432).

Podemos suponer que ese fue el momento de mayor comunión entre los selk’nam y el hijo del misionero inglés. Por lo que él mismo nos dice, se sabe de sólo tres personas blancas que fueron incorporadas a la comunidad selk’nam: un joven llamado Jack, único sobreviviente de un naufragio en el canal y que se crió entre ellos; él mismo y su hermano Guillermo, quien fue incorporado después de la partida de Lucas a enrolarse en el ejército inglés a comienzos de la Gran Guerra⁶⁴. Según le comentaron posteriormente, sus amigos de la Logia, éstos se habían comprometido, para el caso en que el muriera en la guerra, a matar a dos antropólogos alemanes que estaban entonces trabajando en sus territorios. (¿uno de ellos sería Gusinde?)

5.4. LA ESTANCIA VIAMONTE (1907-1914)

Mientras se consolidaba la relación de Lucas con los aborígenes, maduraban los trabajos para la instalación del otro emprendimiento al norte de las montañas, sobre el océano Atlántico, lo que implicaba

⁶³ Nos queda la duda de si esta metáfora es propia de los selk’nam o la tomó Lucas de algún precepto bíblico dado que los selk’nam desconocían el pan. Queda la posibilidad de que haya traducido como “pan” alguna palabra que denominara genéricamente a los alimentos.

⁶⁴ Seguramente ignoraba que, posteriormente, también el P. Martín Gusinde fue incorporado a la comunidad selk’nam. (v. infra, cap. 7)

asegurar las comunicaciones con Harberton a través del camino al que hemos hecho mención y ocupar con construcciones y ganado el lote sobre el que, al mismo tiempo, se había solicitado su concesión al gobierno nacional. En un consejo familiar se resolvió que Lucas y Despard se trasladarían allí junto con su hermana Berta, casada con Percy Reynolds. Guillermo con su familia (se había casado con una hija del pastor Lawrence), quedaría a cargo de Harberton con su madre, su tía y sus otras hermanas. La nueva estancia fue llamada "Viamonte", dado que para llegar allí desde Harberton había que utilizar el camino (la "via") abierto a través de la cordillera (el "monte").

Entre 1907 y 1908, la finca estuvo por fin habitable. Además de los talleres y cobertizos, había una casa-cocina, establos, galpón de esquila y otro edificio pensado para ser usado como una especie de club por los trabajadores, tanto indios como paisanos.

Al poco tiempo se presentó allí el padre Juan Zanone, de la misión salesiana de Río Grande y a quien nos referiremos más adelante, quien pidió permiso para instalarse en la estancia y utilizar ese edificio como capilla y escuela para los niños selk'nam. También solicitó una ayuda pecuniaria para llevar a cabo ambas empresas.

La oferta del padre Zanone venía a llenar un vacío que había quedado en los emprendimientos de los Bridges cuando dejaron la misión y más aún a la muerte de su padre, y que en realidad era el motivo que los había llevado a la Tierra del Fuego, por lo que, después de debatir el asunto, resolvieron otorgar el permiso celebrando un convenio por el cual se comprometían a cercar unas cuantas hectáreas de terreno, construir una casita para el sacerdote y su ayudante, instalar una escuela que pudiera usarse como capilla, proveer a la Misión de leña y otros recursos, y que el padre Juan guardara cierto número de caballos y bueyes de uncir en los potreros de la estancia. En cambio, éste se comprometía a marcharse en el acto sin protesta ni discusión, no bien los propietarios consideraran sus enseñanzas o su presencia nocivas para la estancia o para los indígenas (U.P.E.: 493). También, por supuesto, estaría a cargo de la formación espiritual de los jóvenes e impartiría los sacramentos, con lo que las tareas de la misión anglicana se mantendrían, ahora a cargo de un sacerdote católico. Claramente, la familia anglo-fueguina demostraba mucha más amplitud de criterio que la de algunos legisladores citados cuando el debate por la cesión de las tierras de Harberton.

Los selk'nam, aquella raza altiva y orgullosa que había sido dueña y señora indiscutida de la isla durante milenios, de a poco se habían transformado en dóciles peones rurales, dentro de un proceso de lento acostumbramiento e integración a la sociedad occidental, liberal y capitalista. Cuenta Lucas refiriéndose a quienes vivían en Viamonte:



**FIGURA 21: LUCAS BRIDGES Y SU ESPOSA JEANETTE
CAMINANDO POR UNA CALLE DE LONDRES**

*Lucas Bridges, ya retirado, caminando con su esposa Jeanette por una calle de Londres.
Cuesta adivinar en este elegante caballero al temerario aventurero
que vivió tantos años entre los aborígenes fueguinos*

“Los onas no eran virtuosos de las tareas monótonas y caseras; por fortuna había muchos otros trabajos adecuados para ellos. Cuando se acostumbraron al oficio, muchos se convirtieron, si no en artistas del hacha, por lo menos en muy buenos leñadores y les gustaba más hachar que cavar. Trabajaban con mucho entusiasmo y amor propio y se enorgullecían del trabajo que habían podido realizar. Algunos de los muchachos más jóvenes, fuertes y valientes fueron contratados pocos años después como domadores de potros y muchos otros para levantar cercos; todos hicieron buen trabajo y cada vez con menos supervisión” (U.P.E.: 494).

También se les enseñaba el valor y el uso del dinero y para evitar que fueran engañados por comerciantes inescrupulosos el pago era siempre en efectivo. Pagaban más a los buenos trabajadores que a los perezosos y hacían descuentos a quienes llegaban tarde sin causa justificada. En lo posible trataban de pagar a tanto por medida, forma de contrato que todavía es el más usual en el trabajo rural. Sostiene Lucas que los onas, pronto se dieron cuenta de que trabajando activamente ganaban lo suficiente para abastecerse de todo cuanto necesitaran durante el invierno. (U.P.E.: 494).

Lucas permaneció en Viamonte hasta 1914, pero su espíritu aventurero pronto lo llamó a buscar nuevos horizontes. Como dijimos anteriormente, al estallar la guerra europea, se ofreció como voluntario en el ejército británico y tras ser rechazado dos veces por su edad por fin y tras falsear su documento fue admitido y peleó los dos últimos años en un regimiento de artillería. Sabemos ya que el resto de su vida lo pasó levantando un rancho ganadero en una zona “inapropiada para el establecimiento de blancos” en Rhodesia del sur (actual Zimbabwe) y una estancia en la Patagonia chilena, en un viejo establecimiento que había sido abandonado tras el asesinato de su anterior administrador. Finalmente se instaló en Buenos Aires, no sin antes probar con otro emprendimiento rural en Sierra de la Ventana. En sus últimos años, a instancias de amigos de la comunidad anglo-argentina⁶⁵, escribió el libro del cual hemos tomado casi toda la información para este capítulo y que se editó en Inglaterra en agosto de 1948.

Lucas Bridges falleció en Buenos Aires el 4 de abril de 1949.

⁶⁵ Se refiere especialmente al señor Aimé Tschiffely, escritor e infatigable viajero, quien se hizo famoso por unir Buenos Aires con Nueva York a caballo (en sus dos ya legendarios caballitos criollos, “Gato” y “Mancha”). En el prólogo a la primera edición inglesa (agosto de 1947), Bridges le agradece su primera lectura a los manuscritos de “Uttermost” y sus “atinadas sugerencias”. En 1951, Tschiffely escribió una biografía de Lucas a la que tituló *El hombre de la Bahía del Pájaro Carpintero* que en realidad no pasa de ser un resumen del libro de nuestro personaje.

5.5. TESTIMONIOS CRÍTICOS SOBRE LOS BRIDGES

Por supuesto, no todas las opiniones sobre la obra de la familia de los misioneros fueron positivas. Existen testimonios muy críticos, especialmente por su condición de extranjeros, aunque Thomas Bridges era argentino por adopción y sus hijos habían nacido en Tierra del Fuego. También había quienes los envidiaban por los negocios que realizaban y que los convirtieron en prósperos hacendados en una sociedad en que pocos escapaban a la monotonía del modesto trabajo como pequeños comerciantes o empleados de la gobernación o de la cárcel. Veamos en primer lugar la crítica de un fueguino anónimo que recoge Payró en sus crónicas de *La Australia Argentina*. Se trata de un vecino que según el periodista “no deseaba otra cosa que desatar la lengua”, lo que fue estimulado con una botella de Panquehue.

Le comenta que está en la isla desde 1884, cuando se instaló la subprefectura y que entonces había 185 indios en la misión y el misionero era Bridges quien estaba con su familia, y protesta: “Así, con familia, yo también sería misionero”. Y continúa:

“Allá se llevaron muchos indios, decían que era para enseñarles oficios y a trabajar en el campo... [pero estaban] bastante peor que ahora. Sólo dos tenían habitaciones regulares para ellos; los demás se contentaban con sus *wigwams*, que eran una indecencia. Sin embargo sé que en Londres se publicaban cartas diciendo que los indios poseían ganado y qué sé yo... Figúrese... Los pobres no podían vender nada sino a los misioneros, y éstos cobraban cuatro libra esterlinas y diez chelines por cada animal vacuno. Si un indio llegaba a venderlos y los vendía —a los misioneros, naturalmente- el importe quedaba en la misión para el gasto de los dueños. Así se aumentaba la ganancia. [...] Mire, solamente los misioneros podían comprarles cueros de nutria y de lobo y no les pagaban más de media libra de té y media docena de galletas. En cuanto a los demás trabajos se retribuían solo con la comida. [...] A las seis ya debían estar en pie; media hora después les daban un cocimiento de harina de avena con un poco de leche de vaca y desde las siete hasta las doce, a trabajar, y duro... De doce a una se repartía el rancho; un potaje con galleta, unos porotos, harina de avena, un puñado de arroz, unas cuantas papas, verdura inferior y algún hueso sobrante de la comida de los misioneros. Y vuelta a trabajar hasta las seis... A las seis y media, cuando ya se caían de debilidad, a ellos, acostumbrados a comer todo el santo día en las épocas de abundancia, les daban un jarro de té puro y un par de galletas. [...] Pregunte a cuantos vinieron en el 84 con la expedición de Lasserre, que tomó posesión de esto, izando el pabellón argentino en lugar del inglés que ponía míster Bridges en su casa...” (Payró, 1985: 360-61)

Este testimonio es un buen ejemplo de lo que decíamos: el informante pone el acento en la ambición de los misioneros y en cómo su codicia hacía que maltrataran a los pobres indígenas a quienes debían proteger. Sugiere que estos eran prácticamente prisioneros porque si no difícilmente se quedarían a disfrutar las condiciones de trabajo que aquí describe, mientras los misioneros en varias ocasiones pusieron

el acento en que en la misión estaba solamente quien así lo deseaba. Por otro lado, insiste en su condición de extranjeros, agitando la versión de que en la misión, hasta la llegada de Lasserre, flameaba la bandera inglesa. Lucas Bridges nos dice que en realidad flameaba la bandera de la misión, que tenía, sí, cierto parecido con la *Union Jack*, y hay otros testimonios que hablan de otros estandartes, como la bandera blanca con una paloma bordada.

En 1934, el gobierno fraudulento del general Justo envió a la plana mayor de la Unión Cívica Radical confinada a Ushuaia, en virtud de los poderes que le daba el estado de sitio. El grupo, encabezado por el Dr. Ricardo Rojas, estuvo cinco meses en la capital fueguina y durante esta estadía hubo quienes no perdieron el tiempo y escribieron sus crónicas sobre ese lugar que en “el Norte” solo era conocido por su presidio y sus condiciones climáticas extremas. Algunas fueron publicadas luego en forma de libro, entre los cuales se destacan “Archipiélago” de Ricardo Rojas, y “Paralelo 55” de Víctor Guillot. Este último transcribe una conversación con Damiana Fique, una vieja pobladora, esposa de don Luis Fique, quien vino en la expedición de Lasserre⁶⁶. Doña Damiana hablaba, según Guillot, con la dignidad de expresión de una dama patricia, valiéndose de giros y vocablos poco frecuentes en esa población “donde los que no son extranjeros satisfacen sus necesidades intelectuales con pobre léxico y abundantes lugares comunes”.

⁶⁶ Fue subprefecto tanto en Bahía Tetis como en Ushuaia y, una vez retirado, se quedó en la capital fueguina donde inauguró el primer almacén de ramos generales del pueblo, llamado “El Primer Argentino”.



FIGURA 22: LA TUMBA DE LOS BRIDGES, PADRE E HIJO, EN EL CEMENTERIO BRITÁNICO DE BUENOS AIRES

Recuerda, seguramente porque se lo contó su marido porque ella no lo presenció, que el contraalmirante Lasserre hizo arriar el pabellón británico en La Misión para izar al tope de un asta la insignia nacional, y por lo demás, no tiene buena opinión de la Misión del Reverendo Bridges. A su juicio, todo aquello no tenía otro propósito que mantener la posesión de la tierra hasta que el leopardo inglés quisiera extender su zarpa sobre este trozo de suelo. “Nos iba a ocurrir como con las Malvinas – sostiene – y ustedes saben lo que nos ocurrió a los argentinos en las Malvinas”. De mister Bridges recuerda, entre otras co-

sas, su proverbial cicatería: “No cedía gratis ni un nabo –afirma-. Enojábase con el que le arrancaba un nabo sin darle algo en cambio para la Misión”. Recuerda a los indios de la Misión que se instruían en una escuela a cargo de cierta *mistress*, cuyo nombre no recuerda. En su tiempo –después de 1895- ya los indígenas se vestían con ropas europeas. Había pasado la época de los quillangos que se entreabrían... (Guillot, 1936: 292-293)

A su vez, Ricardo Rojas tuvo la suerte de encontrarse con el tercer hijo de Bridges, Guillermo, quien había quedado a cargo de la estancia Harberton, quien le dio su versión:

Vino, en efecto (Guillermo) a conversar conmigo. Su fisonomía me recordó el retrato de su padre, que yo conocía. [...] Su actitud era modesta. Insistió en excusarse ante mí por su escasa ilustración, repitiendo que es muy superior la capacidad de Lucas, su hermano. Me refirió su historia y la de su padre; se quejó de las injusticias oficiales en la administración de las tierras. “Mi hermana -me contaba- nació en las Malvinas y ella se considera argentina. Quisieron darle carta de ciudadanía pero no la aceptó; alegó que, siendo las Malvinas territorio argentino, la autoridad nacional debe considerarla como nativa. A pesar de ello, y de que hemos nacido en el país y de los servicios de nuestro padre, y de que yo, por ejemplo, tengo un hijo argentino que ha hecho la conscripción, y de que aquí he nacido hace 58 años y aquí trabajo y aquí he de morir⁶⁷, se nos ha tratado con hostilidad en nuestras gestiones de tierras, mientras favorecen las gestiones de poderosos extranjeros. Porque nos llamamos Bridges y porque somos varios hermanos, se nos ha limitado la adquisición o arriendo de nuevos lotes”. Negó el episodio de la bandera inglesa aunque admitió que, si así hubiera sido, no habría habido ninguna intención política. (Rojas, 2012: 96)

Sigue diciendo Rojas que, luego, un hijo del pastor Lawrence, también nacido en Ushuaia, le contó que, según sus recuerdos, no debía ser el pabellón inglés aquella insignia sino un estandarte cristiano, porque era blanco y tenía en su centro una paloma bordada por su madre.

Queda finalmente ver opiniones de los propios indígenas. Para ello nos valemos del guion de una película filmada en Tierra del Fuego en 1968 realizada por Ana Montes y Anne CHAPMAN, A., donde entrevistaron a algunos sobrevivientes de la etnia selk’nam, de los que más de uno había conocido a los Bridges en los primeros tiempos de las estancias.

En una parte del diálogo, Federico Echeuline⁶⁸ recuerda a MacLennan, el famoso “Chancho Colorado” al cual nos hemos referido. Dice que mataban a los indios para poder poblar con ovejas sus territorios:

⁶⁷ Lo que ocurrió realmente en 1951 en la estancia Viamonte.

⁶⁸ De padre noruego y madre selk’nam. Anne CHAPMAN, A. comenta que hablaba perfectamente el idioma indígena, lo que ya no era común en la época de las entrevistas. Trabajaba como peón de estancia y domador.

“Estos los hizo matar “Chancho Colorado”, Mac Lennan el verdadero nombre, administrador de los Menéndez. Así que a él le pagaban una libra por cada cabeza de indio, a los cazadores, por eso ponían empeño: cuanto más indios mataban, mejor para ellos, entonces más libras recibían ellos. [...] Ellos mataban porque les convenía, porque les pagaban libra esterlina por cada cabeza y la mujer le cortaban los senos, entonces se pagaba un poco más por la mujer; [...] los chicos, ya [que] los chicos cuando sean grandes iban a ser ladrones o que decían que eran ladrones, que ladrones eran por necesidad, porque ellos tenían hambre”. Acota Luis Garibaldi⁶⁹: “Lucas Bridges dice que él invitó al Chancho Colorado” pa’ver si podía civilizar a los indios que era mejor civilizarlos, que podían ser útiles para el trabajo del establecimiento ganadero y el “Chancho Colorado” le dijo que no, que era mucha molestia porque para civilizar, primero hay que mantenerlos y después hay que vestirlos y hay que educarlos, mejor es meterle una bala, se termina enseguida la historia”. Luego Federico habla de los Bridges: “Y entonces trajo ovejas y se formó una estancia y en esta estancia se reunió puro indios nomás. ¡Meta cercos! ¡Meta hacer cercos, cerrándole los campos al señor éste! Y éstos se hicieron millonarios. Y de enseñanza de escuela no dieron nada” Pero Garibaldi corrige: Ellos educaron a algunos indios, educar en el sentido del trabajo, darles amor al trabajo, al dinero en fin. Ahí el indio, en principio, el que quería trabajar trabajaba, el que no, no trabajaba, pero el que no trabajaba no tenía comida, así que era fácil educarlos” Comenta Alfredo Rupatini⁷⁰: “Yo creo que Thomas Bridges es un hombre de muchos méritos para nosotros. La familia Bridges es de muchos méritos para nosotros, a más puedo decirle una cosa: que todos los indígenas que sobrevivieron, que hoy viven, se debe a la familia Bridges porque [...] se salvaron de la muerte y de la peste fueron las familias que convivieron con los Bridges. Encuentro que es mérito que nosotros también tenemos que agradecer, que gracias a ellos quedamos algunos descendientes todavía de estos indios” (CHAPMAN, A., 2008: Cap. II, págs. 41 a 84)

Estos son apenas unos pocos comentarios de gente cuya representatividad dentro de la sociedad fueguina no podemos evaluar, pero de ellos surge que estos inmigrantes ingleses, protestantes y exitosos, fueron más apreciados por los nativos que por los venidos con la civilización. Constantemente está insinuada la posibilidad de que hayan sido una avanzada del imperialismo británico al acecho de nuevos territorios que usurpar, aunque no se haya aportado prueba ni indicio alguno al respecto. Se los critica por motivos bastante endeble: por tener espíritu capitalista, por pagar sólo a quienes trabajaban y por una incierta bandera inglesa que habría flameado en la misión, así como se los acusa de avaros y de explotar a los indios a quienes debían proteger. Algo de esto hay en las palabras de los indígenas, aunque reconocen que, a pesar de todo, fueron los únicos blancos que los defendieron ante el avance de la civilización.

⁶⁹ Luis Garibaldi Honte, de madre selk’nam. Su nombre original era Paka pero lo llamaban Garibaldi y al bautizarlo quedó con el nombre completo. Estuvo en la policía y colaboró en el descubrimiento del abra por donde hoy la ruta 3 atraviesa los Andes, llamada por eso “Paso Garibaldi”.

⁷⁰ Descendiente selk’nam y trabajador rural. Cuando lo entrevistó Anne CHAPMAN, A. vivía en Río Grande.

6. LOS MISIONEROS CATÓLICOS

6.1. LA SITUACION LEGAL DE LOS ABORÍGENES AL TIEMPO DE LA LLEGADA DE LOS MISIONEROS CATÓLICOS

La tarea evangelizadora en el norte de la Tierra del Fuego tuvo características muy diferentes a la de la zona de los canales. Estuvo a cargo de religiosos católicos y no protestantes, italianos y no británicos, se inició muchos años después, a fines de la década de 1880, cuando ya el estado nacional había encarado en lo militar y en lo político la ocupación de la Patagonia y Tierra del Fuego, y la isla era un territorio nacional regido por una ley específica, con un gobernador designado y una incipiente burocracia de funcionarios que tenían entre sus obligaciones controlar la obra de los misioneros y el cumplimiento del mandato constitucional de conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversión de ellos al catolicismo (art. 67 inc. 15). En esa época, el gobierno nacional ya había empezado a otorgar tierras en concesión, especialmente a buscadores de oro y en propiedad a quienes la habían adquirido en remate público, por lo que, a diferencia de lo que había ocurrido con la misión anglicana, los sacerdotes católicos tendrían que convivir con nuevos actores que competían con los nativos por las tierras en que éstos habían vivido durante milenios. Y estaba en construcción una cárcel que fue el establecimiento emblemática del sistema penitenciario argentino.

Para entender estos cambios debemos remontarnos algunos años, por lo menos hasta 1866, cuando mientras el país se debatía en la guerra de la Triple Alianza, el Congreso Argentino dictó la ley N° 213, que ordenaba en su artículo 1 la ocupación por las fuerzas del ejército de la república de la ribera de los ríos Neuquén y Negro desde la cordillera al mar, estableciendo la línea en la margen septentrional de esos ríos; en el artículo 2 se fijaba que a las tribus nómadas existentes se les concedería “todo lo que sea necesario para su existencia fija y pacífica”, acordándose con las tribus que se sometieran voluntariamente los territorios que se les asignarían y el artículo 3 dejaba al arbitrio exclusivo del Gobierno fijar la extensión y límite de las tierras a otorgar a las tribus sometidas por la fuerza. El artículo 4 decía que en el caso de que todas o algunas de las tribus se resistieran al sometimiento pacífico, se organizaría contra ellas una expedición general hasta someterlas y arrojarlas al sud de los ríos mencionados y el 9º, razo-

nablemente, decía que todo el contenido de la ley comenzaría a tener efecto inmediatamente de terminada la guerra que sostenía la Nación contra el Paraguay, o antes, *si fuera posible*.



FIGURA 24: OCUPACIÓN MILITAR DEL RIO NEGRO (1896)

El famoso cuadro también conocido como “La Revista de Río Negro, 25 de mayo de 1879”, pintado por encargo por el pintor uruguayo Juan Manuel Blanes en 1896. En el centro se ve a la plana mayor del ejército de Roca, con los principales oficiales de las luchas contra el indio (Levalle, Fotheringham, Villegas, etc.). A la izquierda algunos de nuestros personajes: misioneros salesianos, indios en actitud de espectadores y una mujer sosteniendo un chiquillo, que bien puede ser una cautiva recién liberada. A la derecha soldados de marina, que también participaron en la larga lucha por ocupar el “desierto” y un grupo de científicos que acompañaron la expedición.

Actualmente en el Museo Histórico Nacional (Buenos Aires)

En las condiciones en que fue firmada, esta ley no era más que una expresión de deseos porque era imposible soñar en encarar tal empresa en las condiciones militares, económicas y morales en que se encontraba la república, pero su importancia reside en que por primera vez desde los tiempos de Rosas, se manifestaba la decisión de los poderes públicos de encarar la cuestión indígena mediante el sometimiento liso y llano, por la razón o por la fuerza.

Recién en 1878, el ministro de guerra Julio Argentino Roca, un joven afortunado de apenas 36 años pero veterano ya de todo tipo de batallas en tierra de cristianos y de infieles, eleva un proyecto al Congreso proponiendo cumplir con la ley de 1867.

Aprobada la ley, los sucesos se precipitan: Durante el año 1878 se hicieron tres grandes entradas al desierto contra pampas y ranqueles y al año siguiente el mismo Roca encabezó una expedición que fue poco más que un paseo militar hasta Choele Choel, o sea hasta el Río Negro, pero que consagró la ocupación del desierto.

En 1880 Roca fue elegido presidente y continuó con la parte tal vez más cruel de la conquista, como fue la ocupación del Neuquén y demás territorios detrás del río Negro por sus oficiales, o sea exactamente las zonas que por las leyes anteriores parecían haber quedado para que los aborígenes pudieran continuar con su vida silvestre.⁷¹

En julio de 1881 se firmó finalmente el tratado de límites entre Argentina y Chile que fijaba la frontera entre ambos países en la cordillera de los Andes y en la Tierra del Fuego en el paralelo 52º 40'W. A partir de ese momento, todos los actos jurídicos e institucionales que se llevaran a cabo en la parte argentina de la partición tendrían plena legitimidad.

⁷¹ En los papeles públicos referidos a las cuestiones de indios, se repite la idea de que el río Negro debe ser la frontera entre el país civilizado y el territorio reservado a los indios. Ya en el proyecto del virrey Cevallos (1776) se habla de expulsar a los salvajes más allá del río Negro, lo que se repite en el plan de la conquista del desierto de Rosas (1833) y vuelve a aparecer en la campaña llevada a cabo por Roca (1879). Daría la impresión de que la Patagonia, o sea las tierras al sur del río Negro, no interesaban a los sucesivos gobiernos de Buenos Aires. Respaldando esta suposición puede señalarse que en muchos mapas anteriores a la expedición de Roca, Patagonia aparece como un territorio ajeno a la jurisdicción tanto argentina como chilena (v. Lacoste, 2003: cuadros de págs. 242 y 252). Al año siguiente de dicha expedición, los oficiales de Roca iniciaron la ocupación de los territorios allende el río, que no estaban mencionados en el proyecto original. El tratado de límites con Chile de julio de 1881, al otorgar las tierras al este de la cordillera a Argentina estimulaba al gobierno a ocupar efectivamente dichos territorios a expensas de los aborígenes.

En octubre de 1884, se dictó la Ley 1532 sobre la organización de los territorios nacionales, que dividía la gobernación de Patagonia en los distritos de Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego: casi la tercera parte de la República, con una población calculada en menos de 10.000 personas dentro de las cuales había un alto porcentaje de población originaria y de población extranjera. A partir de dicha sanción se designaron autoridades para las nuevas jurisdicciones bajo cuyo mando quedó el cuidado de las poblaciones indígenas.

El fin de las hostilidades entre blancos e indígenas por el sometimiento de las tribus, puso de manifiesto infinidad de problemas, algunos de índole antropológico y jurídico como el referente al estatus jurídico del indio. En 1880 se proclamó, sin que fuera necesario dictar una ley que lo refrendara, que en la Argentina ya no existían indios, porque por el hecho de haber nacido en el territorio nacional, se trataba de ciudadanos con iguales deberes y derechos que aquellos a quienes ya se les reconocían. Esto era cierto desde un punto exclusivamente jurídico: existía el antecedente de la Constitución de 1819 (de las entonces Provincias Unidas en Sud América) que en su Sección V. Cap. II art. 128 declaraba “a los indios de todas las Provincias por hombres perfectamente libres en igualdad de derechos a todos los ciudadanos que la pueblan” (Martínez Sarasola, 2012: 538), pero la posterior constitución de 1853, al determinar que eran una parcialidad con la que había que mantener trato pacífico y promover su conversión al catolicismo, ya sugería tácitamente que eran seres diferentes que requerían otro tipo de trato que el ciudadano común.

La ley de organización de los territorios nacionales volvía sobre el tema al especificar que cada gobernador “procurará el establecimiento en las secciones de su dependencia de las tribus indígenas que morasen en el territorio de la gobernación, creando con autorización del Poder Ejecutivo, las misiones que sean necesarias para traerlos gradualmente a la vida civilizada (L. 1532, art. 7 inc. 11). Es decir que confiaba en los religiosos la educación e incorporación de los aborígenes a la sociedad argentina. Este propósito se reitera en la ley 4167 referida al régimen de tierras fiscales, cuyo art. 17 estipuló que “el Poder Ejecutivo fomentará la reducción de las tribus indígenas procurando su establecimiento por medio de misiones y suministrándoles tierras y elementos de trabajo” (L. 4167, 8-1-1903).

O sea que el indio era un ciudadano de pleno derecho pero al mismo tiempo estaba impedido de ejercer sus derechos plenamente al no estar considerado aún como un sujeto autónomo y responsable por no

estar aún integrado del todo a la sociedad. Bialek Massé, en su "Informe sobre el Estado de las Clases Obreras Argentinas" (1904) señala que "La condición del indio es la de un incapaz, en los términos precisos de la ley civil: no sabe el idioma del país, no sabe leer ni escribir, no tiene idea apenas de las más elementales de derecho natural. (I, 92)". A continuación, propone la creación de un "patronato de indios" que tendrá a su cargo controlar el cumplimiento de las leyes relativas a los indios, presidir su protección y defensa y proponer los instrumentos jurídicos que creyese convenientes a los objetos de su misión (I, 93 y s.s.).

Recuérdese por último que el Código Civil de la República Argentina elaborado por Dalmacio Vélez Sarsfield, (1871) dispuso que "las personas de existencia visible son capaces de adquirir derechos y contraer obligaciones [y que] se reputan como tales todos los que en este Código no están expresamente declarados incapaces" (art.52). Vale decir que la regla es la capacidad y la excepción la incapacidad. Y los indígenas no estaban incluidos ni entre los incapaces absolutos ni entre los incapaces relativos (arts.54 y 55 del Código Civil), de lo que cabe concluir su condición de personas plenamente capaces. No obstante lo expuesto, existían en aquella época distintos enfoques desde los que se consideraba al indio, sea "como un ciudadano incapaz de derecho civil que merecía la protección del Estado, o como un enemigo contra el cual no se podía luchar pues ya no presentaba batalla, o como una mano de obra barata cuya destrucción era un error económico, o como una persona que necesitaba de una guía espiritual y educativa para alcanzar su plenitud" (Pestalardo, 2006: 4)

Algo había que hacer para convertir al indio en un sujeto de pleno derecho, y para ello, de acuerdo a la vieja tradición hispana, nada más eficaz y barato que apelar a los misioneros.

En 1872, monseñor Aneiros había promovido la creación de un Consejo para la Conversión de los Indios al Catolicismo, en consonancia con los deseos del presidente Avellaneda –un convencido católico dentro de una generación de convencidos agnósticos- y desde allí había favorecido el envío de misiones a territorios aun no pacificados. El mensaje del presidente al elevar el correspondiente proyecto de ley, muestra la confianza que tenía en la eficacia de las misiones religiosas

"Es inútil recordar en este momento lo que se ha escrito sobre las razas inferiores destinadas inevitablemente a ser absorbidas y devoradas por las razas superiores, únicas capaces de fundar sobre un territorio nuevo el asentamiento duradero de su establecimiento social. Hay otra solución que recomiendan ejemplos conocidos de la historia de nuestro continente, que es al mismo tiempo la divisa de la caridad cristiana y un

precepto de la Constitución. [...] La civilización necesita emplear todos sus medios en esta obra de reducción pacífica. La Misión ha de tener por base la colonia agrícola, que será el verdadero baluarte en la frontera (Copello, 1945: 37)

Por mucho tiempo este proyecto de la Comisión, apoyado por el presidente, no pudo llevarse a cabo. El padre Savino, lazarista, quien misionó en los toldos de Coliqueo (Los Toldos), estuvo luego a cargo de la escuela de Patagones e intentó predicar en los toldos de Namuncurá (Salinas Grandes), decía sobre las causas que impedían el acercamiento a los indios. Escribía a Aneiros en 1876:

“La causa principal (sino la única) de este descontento [de los indios] es la poca fidelidad del Gobierno de cumplir sus compromisos respecto de ellos. Los indios, que en nada son inferiores a los blancos en cuanto a su inteligencia y sagacidad, como he podido en mil ocasiones averiguar, comprenden muy bien y repiten a menudo que si ellos tienen deberes que cumplir respecto del Gobierno, el Gobierno tiene también sus obligaciones respecto de ellos” (Copello, cit.: 123).

Posteriormente, cuando la suerte de la guerra en la frontera se inclinó para el bando del Gobierno, muchos indios de lanza fueron tomados prisioneros y enviados, a falta de una idea mejor, a la isla de Martín García, donde Mons. Aneiros envió a sacerdotes lazaristas para atender en lo posible a esos pobres desdichados (700 personas según el arzobispo en carta al Gobierno solicitando auxilios para atenderlos).

Pero los prisioneros morían sin remedio en esa pequeña isla convertida en una macabra mezcla de prisión, lazareto y cementerio. Finalmente, los lazaristas, ante sus pocos resultados tanto en la misión de Patagones como en la ergástula de Martín García, vieron con alivio la oferta de los salesianos de hacerse cargo de la evangelización de la Patagonia, quienes los podían “reemplazar con ventaja”. De modo que, considerando que las razones que los habían hecho aceptar esa misión no existían más después de la expedición militar al desierto, decidieron retirarse de la escena (Copello, Cit: 270). Era el momento de los salesianos, a quienes se les abrieron las puertas de la Patagonia al mismo tiempo que Roca terminaba de “pacificar” la pampa hasta el río Negro y se enfrentaba al problema nada menor de tener que hacerse cargo de los vencidos.

6.2. LA PIA SOCIEDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES Y LA ARGENTINA

Para llevar a cabo cualquier proyecto misionero, es obvio que la primera necesidad es disponer de un grupo de religiosos con vocación misionera, bien formados e instruidos y dispuestos a ejercer su ministerio en lugares aislados, de clima hostil y donde nadie podía garantizar ni sus recursos ni su seguridad.

No parecía sencillo, pero quiso el azar que las necesidades del gobierno argentino se cruzaran virtuosamente con los deseos de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, asociación católica que en la década de 1870 estaba buscando la oportunidad para ir a la Patagonia y misionar entre los aborígenes para incorporarlos a la civilización occidental y a la religión católica.

Esta sociedad había sido fundada por Juan Bosco, conocido como “Don” Bosco, tratamiento que se da en Italia a los sacerdotes, en Turín, a mediados del siglo, y a pesar de que su fundador carecía de fondos o apoyos especiales, su obra en el sur del continente ha sido extraordinaria, tanto por su génesis como por el éxito que tuvieron sus misiones y, especialmente, por su aporte a la educación no solo de los indígenas sino de muchísimos jóvenes de la Patagonia.

Don Bosco, nacido en Castelnuovo, provincia de Asti, en el Piamonte, en 1815, era antes que nada un buen cristiano y católico convencido, que siendo muy joven se sintió llamado, primero a seguir la carrera sacerdotal y, una vez ordenado, a ocuparse de la educación de los jóvenes de los sectores más necesitados, en tiempos en que las consecuencias de la revolución industrial habían dejado a una multitud de

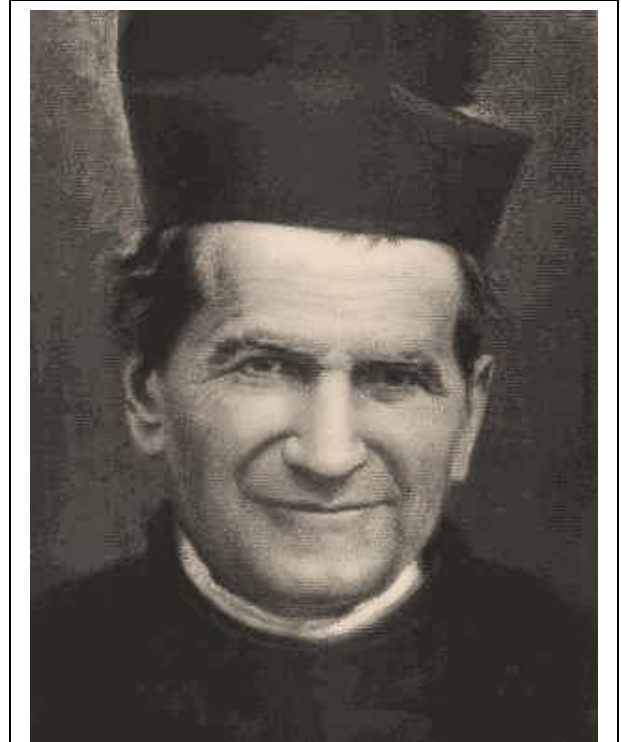


FIGURA 24: DON BOSCO

Don Bosco en su juventud. En una iconografía como la católica, tan afecta a las imágenes sufrientes y extáticas, el rostro sonriente del sacerdote piamontés parece un raro ejemplar, que expresa los dos principios de su congregación: trabajo y alegría.

muchachos y muchachas perdidos y desamparados en las pujantes ciudades de Europa. Además en los tiempos del gran movimiento revolucionario de 1848, buena parte de la juventud de las ciudades y la mayoría de los intelectuales se habían volcado a un férreo anticlericalismo, doblemente agudo en Italia dado que se sumaban la visión de la Iglesia como cómplice de la ignorancia y el atraso con la visión del poder temporal de los papas como algo ilegal y un obstáculo contra la unidad del país.

El desarrollo de la vocación de Don Bosco fue explicado por él mismo por medio de sueños o revelaciones en que la divinidad le habría señalado la misión que le estaba reservada. Estos sueños, tan comunes en la tradición bíblica como devaluados en los tiempos ilustrados, le sirvieron de guía y, a la vez, fueron utilizados como parábolas que él mismo interpretaba para formar a sus discípulos⁷².

Sus seguidores han recopilado 156 sueños, de los que solo unos pocos tienen que ver con nuestra historia: el primero de ellos, cuando Bosco apenas tenía nueve años, fue el que le reveló su destino como sacerdote, algo poco común en un niño campesino, de familia modesta y que por añadidura había quedado huérfano a los dos años de edad. Sin embargo, el joven siguió lo que él suponía un mandato divino y a los 20 años recibió el crisma sacerdotal.

Seguramente tenía un fuerte carisma, ya que siendo aún muy joven reunió alrededor de sí a una cantidad considerable de sacerdotes y seminaristas que estudiaban y trabajaban con niños en estado de abandono, en el oratorio que fundó en su propia casa.

Los seguidores de Don Bosco siguieron aumentando así como su obra entre los jóvenes, hasta que en 1859 funda la sociedad de San Francisco de Sales, más conocida como “salesiana”, que en sus inicios contaba solo con 17 miembros: un sacerdote, 15 seminaristas y un estudiante. Se constituyó como sociedad y no como orden, para poder dar lugar a laicos no necesariamente consagrados y tener más libertad de movimientos para un proyecto dirigido especialmente a la educación, fuertemente integrada en lo secular y cuyo lema fue “Trabajo y Alegría”. Tanto fue su éxito que, cuando murió Don Bosco, en

⁷² El mismo prelado decía que no había que tomar sus sueños ni sus interpretaciones al pie de la letra. Tal vez fueran engaños de los sentidos aunque él creyera sinceramente que se trataba de mensajes divinos. De todos modos nunca quiso aprovecharlos para erigirse como un iluminado ni como destinatario de los anuncios de la voluntad de Dios y los transmitía a sus discípulos más bien como parábolas que luego interpretaba. También decía que algunos producían una sensación de verdad mayor que otros y, evidentemente, no todos versaban sobre temas de igual importancia (v. **BROWN, Eugene:** *The Dreams of St John Bosco, Journal of Salesian Studies* 12 (2004), no. 2, pp. 321-348), disponible en <http://www.bosconet.aust.com/DBD.html#ftn.d0e165>

1888, la congregación tenía 773 salesianos, 276 novicios y 57 casas (conventos e institutos educativos). Además, por lo que compete a este trabajo, hacía ya 13 años que estaban instalados en Argentina, donde regenteaban dos colegios para varones, uno para niñas y varias misiones en la Patagonia, Tierra del Fuego y la provincia de Magallanes en Chile.

La venida de los salesianos tiene su origen, como tantas otras obras de la congregación, en un sueño de Don Bosco. Ocurrió en 1871 ó 1872⁷³ y allí el sacerdote vio el encuentro violento entre un grupo de salvajes y otro de misioneros, que terminaba en una matanza brutal en que las víctimas resultaban los religiosos. Describía el terreno desértico y hostil y el aspecto de los nativos, gigantes de piel oscura y vestidos con pieles. Finalmente, los misioneros sobrevivientes, con hábito salesiano, por medio de la palabra, la mansedumbre y la oración, lograban calmar y atraer a su lado a los salvajes.

Parece que este sueño lo dejó muy pensativo. Al principio creyó que se trataba de africanos pero luego de estudiar geografía e intentar conciliar su sueño con esas tierras, abandonó la idea. Poco después, ante la posibilidad de que el lugar soñado estuviera en Asia contempló la posibilidad de enviar sus misioneros a Hong Kong, más tarde a Australia, e inclusive a la India, pero tras hablar con sacerdotes que conocían esas comarcas, también desistió. Lo que no abandonó, fue la convicción de que el sueño era una suerte de llamado para que sus religiosos fueran en misión entre tribus salvajes adonde aún no había llegado el mensaje evangélico.

Pero quiso la suerte que en el año 1873 fuera designado como obispo de la sede de Buenos Aires el canónigo León Federico Aneiros, quien era especialmente sensible ante la necesidad de ocuparse del auxilio espiritual de las comunidades inmigrantes, de las cuales la más importante era la italiana, que se reunía en la iglesia de "Mater Misericordiae", conocida como la "Iglesia de los italianos", y comprendió que necesitaba sacerdotes formados y si fuera posible de esa nacionalidad.

⁷³ Don Bosco lo narra al papa en 1876 aclarando que lo tuvo hacía cuatro o cinco años.

Al mismo tiempo, en la pequeña ciudad de San Nicolás de los Arroyos la población había impulsado la



FIGURA 25: EL PRIMER CONTINGENTE DE RELIGIOSOS SALESIANOS

El primer contingente de misioneros salesianos, poco antes de partir de Italia. En la primera fila están sentados el P. Juan Cagliero, Don Bosco, el cónsul argentino en Savona, Juan B. Gazzolo (con uniforme militar) y el P. José Fagnano.

construcción de un edificio para tener su propio colegio secundario, y uno de sus máximos promotores era el cura del pueblo, el italiano Dr. Pedro Ceccarelli, quien había conocido a Don Bosco en un viaje a Italia y estaba convencido de la conveniencia de que fuera una orden religiosa quien se hiciera cargo de la conducción educativa y de entre ellas, ninguna mejor que la salesiana⁷⁴.

⁷⁴ No era un capricho del Dr. Ceccarelli. En aquellos años la formación del clero argentino dejaba mucho que desear. Como dicen Di Stefano y Zanatta “El clero, [...] era escaso. [...] Por ello, la predicación del Evangelio y la enseñanza de la catequesis eran nulas o directamente no se realizaban en muchas zonas. Numerosos párrocos

Así fue que, con el visto bueno del Arzobispo de Buenos Aires, el padre Ceccarelli escribió una misiva al cónsul argentino en Savona, Juan B. Gazzolo, rogándole que solicitara al superior de los Salesianos que aceptara la dirección del nuevo Colegio.

Se dice que al recibir el pedido, a fines de 1874, Don Bosco rememoró el sueño que tanto lo había movido unos años antes y corrió a mirar un atlas. Buscó el mapa de la Argentina y vio los ríos Negro y Colorado (¿los dos ríos de su sueño?) y las tierras del Sur con una leyenda que decía *“Patagonia regio, in qua incolae sunt gigantes”*⁷⁵. Parece que no necesitó más; todo coincidía con sus ensoñaciones. Así fue que reunió al Capítulo Superior de la Sociedad y desde ese momento su principal proyecto fue la empresa evangelizadora en la Argentina (Entraigas, 1946: 44-48)⁷⁶

6.3. EL PADRE FAGNANO Y LAS MISIONES FUEGUINAS

6.3.1. LA FORMACION DE PADRE FAGNANO

El personaje de este capítulo, Monseñor José (Giuseppe) Fagnano, como todos los salesianos venidos a América en los primeros traslados, era italiano y piemontés. Al igual que Don Bosco, había nacido en el Monferrato, en 1844. En su adolescencia se inclinó por la carrera eclesiástica y comenzó sus estudios,

rurales vivían tan aislados [...] que la autoridad del obispo sobre ellos era completamente virtual”. [...] el clero de origen inmigratorio agudizó los mismos problemas que ya sufría el clero criollo, al punto de que las autoridades eclesiásticas condenaron en reiteradas oportunidades el flaco favor que hacían a la imagen de la Iglesia. En efecto, se difundió la idea de que numerosos sacerdotes que habían llegado junto con los inmigrantes, en particular los italianos, no eran precisamente la “crema” del clero de sus países de origen y que ellos también se habían trasladado a la Argentina para “hacerse la América”. La opinión del ministro laicista Eduardo Wilde, quien escribiera en 1886 que “los curas eran casi todos extranjeros, muchos de ellos ineptos, algunos completamente ignorantes, no era una voz aislada”. (ob. cit.: 319).

⁷⁵ *“Región Patagónica, donde los habitantes son gigantes”.*

⁷⁶ A partir de ese momento Don Bosco dedicó sus mayores esfuerzos en conocer la geografía, la historia y el idioma de esta parte del mundo. De sus lecturas surgió su obra *“Descripción de la Argentina y de las regiones australes de Sud América”*, que era un compendio de trabajos geográficos y libros de viajeros que sirvió a la congregación para introducirse en el conocimiento de su nuevo destino.

cuando, como a tantos, se le cruzó la guerra que entonces disputaban los italianos en favor de su unidad política. Así fue que en 1859 se ofreció a Garibaldi para enrolarse en sus huestes, quien le recomendó que se inscribiera en la Cruz Roja donde podía ayudar a la causa sin abandonar sus hábitos de seminarista y de esta manera poder asistir cuerpos y almas. Dos años después volvió al ejército regular y finalmente recaló como enfermero en un hospital de sangre de Asti, donde trabajó hasta la finalización de las hostilidades.

Vuelto a su antiguo seminario más convencido aún de su vocación sacerdotal, tuvo la oportunidad de viajar a Turín donde conoció a Don Bosco. Dice su biógrafo que en principio tenía cierta desconfianza frente a la fama un tanto mítica del maestro, pero tras confesarse y conversar varias horas con él, quedó convencido de que ese hombre era un santo y allí se selló una sólida relación de mutuo respeto y confianza.

Fagnano se preparó para ser maestro, y por consejo de Don Bosco continuó sus estudios hasta convertirse en profesor universitario en teología (1865).

Por eso, cuando en 1874 Don Bosco debió seleccionar los religiosos que viajarían a la Argentina, no extrañó que entre ellos estuviera el P. Fagnano, quien por su experiencia como campesino, enfermero, soldado, sacerdote, maestro y profesor de teología había demostrado la suficiente versatilidad como para hacerse cargo de algo tan complejo como conducir la evangelización de la Patagonia. En principio el director de la expedición sería el P. Cagliero pero el plan original era que a los cuatro meses, y estando la sociedad ya instalada en el país, volvería a Roma dejando a la obra salesiana a cargo de Fagnano. La suerte quiso otra cosa y durante los siguientes treinta años Cagliero continuó su apostolado en nuestro país.

La congregación salesiana se dedicó en principio a la administración de la "Iglesia de los Italianos" y, obviamente, de la atención espiritual de esa colectividad en Buenos Aires, además de la dirección del Colegio de San Nicolás, pero la obsesión de Don Bosco era la Patagonia, y así se los hacía saber a sus sacerdotes en su nutrida correspondencia. Sin embargo, recién cuatro años después de su llegada, lograron entrever la tierra que había soñado su mentor, cuando dos sacerdotes, los padres Costamagna y Espinoza, acompañaron a la Expedición al Río Negro conducida por Roca, quien a pesar de que ser fran-

camente escéptico en materia religiosa, comprendía la conveniencia de llevar capellanes para atender los pedidos de auxilio espiritual de sus tropas y de los indios.

Los salesianos conocían muy bien el trato que se les daba a los indígenas sometidos y deportados. Habían asistido en Buenos Aires al triste panorama de exterminio, pobreza, esclavitud y maltrato de los sobrevivientes de las campañas militares y lo habían dado a conocer públicamente en escritos internos de la Congregación, y sin embargo aceptaron acompañar al ejército, a sabiendas de que su plan evangelizador se contradecía fuertemente con los métodos utilizados por el ejército:



**FIGURA 26: MONSEÑOR
GIUSEPPE FAGNANO**

En aquel momento, los salesianos ya llevaban cinco años en la Argentina y habían hecho grandes progresos tanto en la iglesia de Buenos Aires como en el colegio de San Nicolás, a cargo del P. Fagnano, de modo que recibieron con inmensa alegría el encargo de ocuparse de las misiones al sur del río Negro y

El P. Costamagna así lo había informado a Don Bosco:

“No soy el más indicado para apreciar ciertos hechos y ciertos derechos que, hombres que se dicen civilizados se arrogan sobre otros que se apellidan bárbaros [...] yo buscaba a mis indios, prisioneros de guerra, para catequizarlos. La miseria en que los encontré era extraordinaria. Algunos estaban semidesnudos, no disponiendo más que de un cuero de cordero para cubrirse: no tenían toldos viéndose obligados a dormir al raso y sin abrigo, una asquerosa vejiga les servía de botella y de vaso⁷⁷”

Y sin embargo, justificaba la entrada a la Patagonia junto a los jefes militares:

“¿Que tiene que hacer el Ministro de guerra y los militares con una Misión de paz?”, le escribía en 1879 a Don Bosco, pero inmediatamente se justificaba: -“mi querido Don Bosco: ¡es necesario adaptarse por amor o por la fuerza! En esta circunstancia es necesario que la cruz vaya tras la espada, y paciencia!”

⁷⁷ Costamagna a Don Bosco, 23-06-1879, en Nicoletti, M.A.: 2008: 75

de los colegios de Carmen de Patagones. Al fin y al cabo, la Sociedad de San Francisco de Sales había sido creada principalmente para ocuparse de los niños y jóvenes humildes que necesitaban de algún apoyo para mitigar su desamparo en la ciudad hostil, y hasta ese momento sus ministros en Argentina se habían ocupado más bien de jóvenes de la pequeña burguesía mientras apenas si habían escuchado hablar del destino principal de su misión.

En enero de 1880 salieron los primeros cinco discípulos de Don Bosco rumbo a Carmen de Patagones para hacerse cargo de la parroquia de ese pueblo y desde allí comenzar las misiones volantes sobre territorio patagónico. Iban acompañados de una decena de hermanas de María Auxiliadora, quienes los asistirían en su función religiosa, e impulsados por grandes expectativas, no solo de su mentor sino de buena parte de la sociedad argentina⁷⁸

En principio se hicieron cargo de la parroquia y dos escuelas, una de varones y una de niñas, en Carmen de Patagones. Allí fue Fagnano como párroco, como eficiente administrador y gran trabajador. A mediados de 1880 ya el Colegio de niños contaba con 48 alumnos y el de niñas con 40, y entre ellos había unos cuantos “indiecitos” y “chinitas” que llegaban al pueblo “para negociar o para ponerse al servicio de personas pudientes” (Entraigas, cit.: 123).

En los años subsiguientes Fagnano continuó ejerciendo la autoridad religiosa en Patagones, con jurisdicción sobre toda la Patagonia, aunque el ejercicio de su ministerio se limitaba al Valle del Río Negro y muy esporádicamente hasta el Nahuel Huapi, adonde viajó acompañando la expedición de Conrado Villegas en 1881, y el territorio del Neuquén. En ese período realizó varias misiones volantes y demostró raras dotes de administrador, ecónomo y líder social, además de resultar un hábil político al enfrentarse con el gobernador, coronel Lorenzo Vintter, quien junto a un sector dirigente laico y anticlerical, veía con recelo su alta inserción entre la población, especialmente el llamado “bajo pueblo” y los indios, y no escatimaba medios para sacárselo de encima.

⁷⁸ Desde el primer día de la conquista nació el interrogante de “qué hacer con los indios”. Ante esta pregunta que inquieta a algunos, asusta a muchos y molesta a muchos más, tanto las autoridades como los distintos expertos vuelven la mirada a los religiosos, que seguramente serán el recurso más económico para hacer “algo” por ellos. Así, furiosos anticlericales, agnósticos convencidos y trasnochados jacobinos no se ruborizan por golpear las puertas de los conventos para pedir ayuda.

A pesar de ello, o tal vez por ello, en diciembre de 1883 la Santa Sede designó prefecto apostólico de la Patagonia Meridional al mismo P. Fagnano. Don Bosco le envía una carta con bendiciones y consejos donde entre otras cosas lo anima a crear escuelas y pequeños seminarios para fomentar las vocaciones y le advierte paternalmente: “Mira bien que tus esfuerzos vayan siempre dirigidos a proveer a las necesidades crecientes de tu madre. *Sed Mater tua est Ecclesia*, dice San Jerónimo. [...]” además de recomendarle estar siempre de acuerdo con Mons. Cagliari⁷⁹. [...] Ama mucho y trata de sostener a los que trabajan por la fe. ...” -concluye.

Con los años, los salesianos fueron aumentando su influencia en la Patagonia, la tierra que Don Bosco había soñado con evangelizar, de acuerdo a sus enigmáticos sueños. En 1885, invitados por el gobernador Carlos Moyano dos misioneros fueron a instalarse en Puerto Santa Cruz, efímera capital del territorio, pero la obsesión de Fagnano, siguiendo la de Don Bosco, era desembarcar de una vez en la Tierra del Fuego.

6.3.2. FAGNANO EN TIERRA DEL FUEGO

Finalmente, ocurrió que el oficial mayor del Departamento de Marina, Ramón Lista, expusiera ante el ministro del ramo, Carlos Pellegrini, las ventajas que reportaría una exploración de reconocimiento del interior de la Tierra del Fuego y de la costa oceánica entre el estrecho de Magallanes y el canal Beagle. Explicaba la “utilidad nacional” de relevar esas costas y sus recursos, la necesidad de hacer un relevamiento topográfico e hidro-orográfico de la zona y finalmente se ofrecía para tal cometido. La idea entusiasmó a Pellegrini y al presidente Roca quien, en octubre de 1886, emitió el decreto correspondiente designando a Lista como jefe de la expedición, a la cual iría acompañado de 25 soldados al mando del Capitán José Marzano y del cirujano de 2º clase Polidoro Segers.

⁷⁹ El P. Cagliari era, junto a Fagnano, uno de los dos sacerdotes de mayor confianza de Don Bosco y técnicamente presidía el grupo salesiano de Argentina. Había sido designado Vicario Apostólico para la Patagonia (1893), por lo que, en la jerarquía salesiana, estaba por encima de Fagnano que sólo era Prefecto Apostólico. Más tarde, en 1894, fue designado obispo por el papa León XIII y en 1915, poco antes de su muerte, recibió del papa Pío X el capelo cardenalicio.

Cuando Fagnano lo supo, inmediatamente solicitó ser agregado a la misma lo que fue aceptado por el presidente Roca, tan atento siempre en aprovechar la función pacificadora y disciplinante de la Iglesia como de acotar su actividad política.

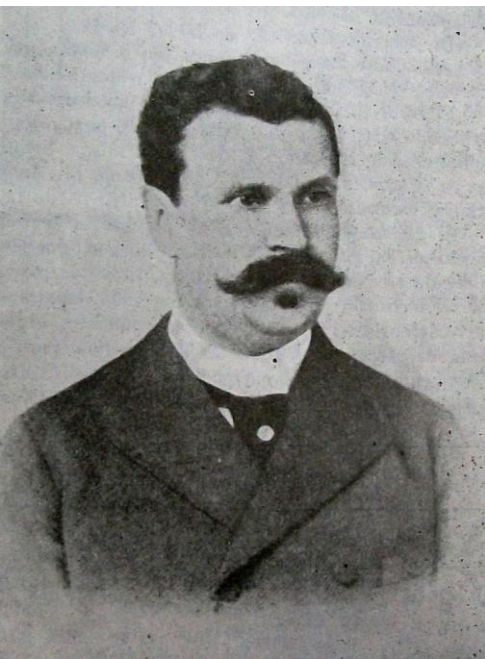


FIGURA 27: RAMON LISTA

Ramón Lista. A pesar de no ser militar (se había desempeñado como profesor de historia y geografía y luego como oficial sin grado militar del Departamento de Guerra y Marina), ordenó una de las matanzas más brutales e innecesarias de las muchas que ocurrieron en la Patagonia. Parece que la muerte tenía algo especial con él. En 1891 su joven esposa, al enterarse de que Lista tenía una familia paralela con una india tehuelche, se suicidó, y él mismo murió en forma violenta, o bien por suicidio o asesinado por su misma gente, durante una expedición a las nacientes del Pilcomayo (1897).

Así fue que el 21 de noviembre de 1886 el transporte Vilarino, con la comisión a bordo, anclaba en la bahía de San Sebastián donde desembarcaron hombres y pertrechos.

El día siguiente fue tal vez el más funesto para las intenciones del prelado. Los soldados de Ramón Lista tuvieron su primer encuentro con un grupo de selk'nam, que dio como resultado la matanza de 26 indígenas resultando herido un oficial del grupo explorador. El hecho fue comunicado por Lista al presidente Juárez Celman en carta del 27 de noviembre de 1886:

“Por lo que respecta a los indios onas que habitan las islas, tengo el sentimiento de comunicarle que me he visto en el caso de tener que librar un combate con diez hombres contra cuarenta salvajes, que ocultos en un espeso matorral, antes de entregarse y a pesar de nuestras demostraciones pacíficas, pretendieron rechazarnos lanzándonos enjambres de flechas. Los hice cargar a sable, con el capitán (Marzano) a la cabeza y cuando ya daba por terminada la lucha este intrépido oficial cayó herido de un flechazo en la cabeza, con lo cual el ataque se detuvo un instante; pero enseguida mandé cargar nuevamente y después de un ligero tiroteo el matorral fue desalojado quedando en nuestro poder algunos prisioneros, mujeres en su mayor parte y sobre las zarzas veinte y seis indios muertos, todos ellos de estatura gigantesca y de una corpulencia que solo puede compararse a la de los patagones o tehuelches, con los cuales tienen una semejanza notable. Después del combate, que tuvo lugar a tres leguas de la Bahía, el día 25 del corriente, regresé al campamento general con los prisioneros tomados, de los cuales envío nueve a Buenos Aires en el transporte Villarino para que sean entregados a quien corresponda”. (Lista, [1887], 1998: 29).

Esta carta al presidente de la república compendia el pensamiento mayoritario acerca del significado de la ocupación del territorio de indios. En primer lugar Lista habla de un combate entre diez “hombres” contra cuarenta “salvajes”. La pregunta que surge sin esfuerzo es si los salvajes no son hombres, o, caso contrario, porqué Lista hace esa diferencia. Tampoco aclara que de los 40 salvajes muchas eran mujeres y que, dada la diferencia abismal entre el poder mortífero del armamento de cada uno de los bandos, el número de combatientes era secundario. Dice a continuación que los indios pretendieron rechazarlos lanzando enjambres de flechas, sin reparar que él estaba al mando de una fuerza invasora, pues estaba entrando en territorio que los onas consideraban propio (lo que es bastante lógico teniendo en cuenta que lo ocupaban desde hacía más de tres milenios) y que realmente lo menos que podía recibir, a pesar de sus “demostraciones pacíficas” era esa lluvia de flechas. Luego de la baja del capitán Marzano, Lista ordena un tiroteo y, lógicamente, hace una matanza. Quedan veintiséis indios muertos y algunos prisioneros, en su mayoría mujeres (¿valdrá la pena consignar esto en un parte de combate?); el objetivo físico, un matorral, el botín, unas pocas prisioneras, el costo, veintiséis muertos del lado indígena y un herido del lado cristiano. Cuesta designar esto como un heroico hecho de armas. Pero Lista no termina allí y envía nueve prisioneros, probablemente sólo mujeres y niños, a Buenos Aires “para que sean entregados a quien corresponda”. Pero, ¿a quién correspondía entregar los prisioneros?, o mejor dicho ¿por qué eran prisioneros, qué delito habían cometido, qué derecho tenía el explorador para sacarlos de su tierra y enviarlos a una ciudad desconocida? Lo cierto es que la escena que narra este texto no parece muy distinta a la de una vulgar cacería de esclavos⁸⁰.

Fagnano no se encontraba en el lugar de la matanza, pero da su versión de los hechos:

“A las once y media divisamos de lejos a los soldados que volvían trayendo a caballo unos chinitos; a las seis llegó el Capitán con la cabeza toda empapada en sangre, tres fueguinos heridos y seis niños más. En

⁸⁰ Refiriéndose al término “salvaje”, Pedro Navarro Floria señala: “El *salvajismo* [...] se constituyó, en el marco de la lógica de la conquista, en un objeto político y dejó definitivamente de ser un objeto de observación científica. En este sentido es que la noción *política* del salvajismo superó en su alcance a la estricta idea antropológica de primitivismo extremo e incluso se desligó de ella. Desde el punto de vista de la construcción ideológica del Estado-nación latinoamericano, el salvajismo pasó a ser el género de vida que expresaba la forma más durable de *resistencia al nuevo orden*. Como es lógico, de acuerdo con este nuevo alcance del término los “salvajes” ya no fueron solamente los indígenas sino todos los que presentaban algún modo de insumisión. [...] A tal punto se jugó con esta anfibología que, según el discurso de la conquista, cuando [los indios] abandonaran el salvajismo, sometién-dose a la autoridad estatal y adoptando nuevas pautas de vida, dejarían de ser “indios” (“El salvaje en el tratamiento del discurso político argentino sobre la frontera sur”).

ese momento fui testigo de una escena por demás triste y conmovedora. Ver a aquellos infelices heridos, mal cubiertos y arrojando ayes de dolor, partía el corazón. El doctor (Segers) dio principio a la cura de los heridos [...] ¡Qué escenas! Las indias lloraban y forcejeaban por escapar, las criaturas lloraban y no querían comer ni guarecerse bajo las carpas. Tuvimos pues que dejarlas afuera y en el suelo, donde se apilaron unas sobre otras para descansar exhalando toda la noche gritos de dolor” (Boletín Salesiano (BS), Buenos Aires, marzo 1887, en Entraigas, cit.: 237).

El Sargento Mayor Federico Spurr, integrante de la expedición y cronista por vocación de varios viajes a Patagonia y Tierra del Fuego, dice sobre el P. Fagnano:

“Estábamos en la Tierra del Fuego, en una expedición científico militar, siendo jefe de la misma el Sr. Lista. Hombre de índole dura y violento, había ordenado hacer fuego sobre un grupo de pobres indígenas, algunos de los cuales cayeron para no levantarse más. El P. Fagnano, que era el capellán de la expedición al oír los disparos corrió al lugar. Allá encontró al Jefe, 25 soldados y algunas infelices indias heridas que proferían gritos y lamentos. Entonces el sacerdote Fagnano se convirtió en un héroe. Acercóse con decisión al Jefe de la Expedición y con palabra franca le reprochó su proceder. Nosotros temíamos por su vida porque el Jefe, ora se encendía en cólera, ora palidecía ante el hombre de Dios, que en medio de la soledad del desierto levantábase como un profeta para condenar la crueldad. Veinticinco fusiles estaban prontos para a la menor señal, descargarse contra aquel pecho denodado. Desde entonces -concluye el ilustre marino- he comprendido que Mons. Fagnano es un héroe digno de admiración” (Lino Carbajal: *Le Missioni Salesiane*, cit. por Entraigas, cit.: 237).

Dos días después llegó el “Villarino” y Lista hizo embarcar a cinco indias con dos hijitos para enviarlos a Buenos Aires. Aunque tal vez hayan sido más porque en la carta al presidente (Cit: 30) agrega: “el día 25 del corriente regresé al campamento general con los prisioneros tomados, de los que envió nueve a Buenos Aires en el transporte “Villarino” para que sean entregados a quien corresponda” .

Más adelante, la expedición tuvo varios encuentros con grupos de onas y Lista nuevamente mandó a atacar ante el horror de Fagnano y Segers, quienes lo denunciaron en sendas publicaciones en Buenos Aires⁸¹ .

Finalmente el grupo llegó a Bahía Thetis, punto final del recorrido, el día 24 de diciembre, donde Fagnano ofició misa y bautizó a varios indios, designando como padrinos a Segers y a algunos oficiales del grupo de Lista. Según sus propias palabras (BS, abril 1887):

⁸¹ Polidoro Segers en su artículo “Hábitos y costumbres de los Indios Aonas”, publicado en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* (mayo-junio 1891) y Fagnano en el *Boletín Salesiano* (abril 1887)

“Era ésta la primera vez que se celebraban funciones de esta naturaleza en aquellas apartadas regiones. ¡Cuán tiernas escenas tuve yo ocasión de en aquel día! Los pobres indios no sabían cómo demostrar su alegría por haber recibido el bautismo y haber trocado sus pieles de guanaco por vestidos de paño. ¡Con cuánto placer veía yo al Dr. Segers explicar a sus ahijadas, con signos, que en adelante debían portarse bien y al Sr. Basualdo prometer que haría enseñar al suyo la doctrina cristiana, por medio de su señora esposa!”

En este párrafo aparece otro de los interrogantes que nos deja la acción de los misioneros: ¿Qué significaban esos bautismos? ¿Tenían alguna idea los indígenas de la religión en que eran introducidos tras esa ceremonia? ¿Se ocuparían sus padrinos de su educación cristiana cuando todos volvieran a Buenos Aires mientras sus ahijados seguirían en la parte más inaccesible de la Tierra del Fuego? No es fácil entender de dónde surgía esa alegría de que habla Fagnano por haber participado de una ceremonia cuyo significado seguramente no entendían. Resulta dudoso que los indios se alegraran demasiado por haber recibido vestidos de paño, cuando durante milenios habían vivido cubiertos de pieles de guanaco, como que las ahijadas de Polidoro Segers entendieran conceptos como el de la Trinidad o la redención del pecado original por medio de señas. Es posible sospechar cierta irresponsabilidad en la acción de los salesianos, más preocupados por las formas y ceremonial, y aún por la cantidad de bautismos realizados, que en la comprensión genuina de los misterios del cristianismo por parte de sus catecúmenos.

Y concluye el artículo con una exhortación al poder:

“¡Con cuánta facilidad podría el Gobierno Nacional obtener la reducción de estos indios, dándoles unas raciones y estableciendo una escuela para varones y otra para mujeres como centro de la Misión! En dos o tres años ya podrían aquellos indios a mi ver, ser gente útil para la labranza, para peones, para merineros y constituirían siempre una esperanza, un refugio para los náufragos de la Tierra del Fuego” (BS, abril 1887)⁸².

Lista, por su parte, parece haber mitigado sus impulsos guerreros y en su informe final da una opinión muy diferente sobre los onas:

“Pero saquemos al ona de su choza, iniciémoslo en nuestra manera de vivir y en nuestra civilización despertando en su espíritu los anhelos que distinguen a nuestra raza y, en poco tiempo, le habremos cambiado y enaltecido, alejándolo de la fuente impura de su origen” (ob. cit.: 47)

⁸² Obsérvese la similitud con la esperanza de Fitz-Roy: los “indios civilizados” asistiendo a los náufragos de Tierra del Fuego.

6.4. LA REDUCCION DE LA ISLA DAWSON

Finalizada la expedición fueguina, Fagnano se hizo cargo de la prefectura apostólica, para lo cual, en julio de 1887, se embarcaba hacia Punta Arenas, junto a los sacerdotes Antonio Ferrero y Fortunato Griffa y el coadjutor José Audicio.

Según las divisiones administrativas ideadas por los salesianos, el área de la prelatura abarcaba las provincias de Santa Cruz y Tierra del Fuego, en Argentina, y las regiones de Magallanes y sur de Aysén, en Chile. La parte chilena del territorio dependía de un obispo diocesano asentado en Ancud, en la Isla Chiloé, con lo cual había que ser especialmente diplomático para no entrar en algún tipo de conflicto. Además, Fagnano tenía a su cargo las misiones de su prefectura, de las que, lógicamente, no podía ocuparse en persona, aunque según surge de los boletines eran su principal preocupación. Por eso, entre sus primeras medidas partió en búsqueda de un lugar para levantar una reducción y poder concentrar así a los indios en un ambiente donde hubiera seguridades para la educación y el trabajo, para lo cual obtuvo permiso para recorrer la isla Dawson, la más grande del estrecho de Magallanes, ubicada frente a Puerto Hambre, algunos kilómetros al sur de Punta Arenas. Allí se relacionó con un grupo de indios alacalufes y quedó muy satisfecho de las oportunidades que ofrecía el lugar.

Para ubicarnos en el contexto especial de la creación de las misiones⁸³, acotemos que la parte chilena de la Tierra del Fuego había sido explorada en 1879 por el entonces gobernador de Magallanes, teniente

⁸³ Todos los emprendimientos eclesiásticos para la evangelización de indígenas reciben el nombre genérico de misión. No es un término exclusivamente religioso pero resulta muy adecuado en tanto que supone que el que ejerce una misión es un enviado de una autoridad superior (etimológicamente viene del verbo *mitto-eremissi-missum* que significa mandar, enviar o despachar). La idea de misión divina está muy presente en el cristianismo y, concretamente, toda acción evangelizadora es en principio una misión ordenada por Jesús (en el Evangelio de Marcos, tras su resurrección Jesús se encuentra nuevamente con sus discípulos y les dice: “Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará. El que se resista a creer se condenará (Mc. 16:15-16)). Más específicamente, los salesianos adoptaron dos formas de evangelización: la “misión volante” consistente en hacer pie en alguna ciudad y desde allí enviar visitantes andantes hacia las estaciones misioneras. Las reducciones, en cambio, implicaban establecerse en territorio de los indígenas, aprender su idioma y sus costumbres y enseñarles nociones de religión y de trabajo en la misma reducción. En el primer caso se beneficiaban de a miles, pero en desmedro del adoctrinamiento. El indio visitado de tarde en tarde aprendía solo las más rudimentarias nociones de la fe y volvía fácilmente a sus atávicas costumbres y creencias. En el segundo caso, la profundidad del adoctrinamiento iba en desmedro del número de adoctrinados; se educaba sólo a un grupo más o menos reducido de indígenas y los demás recibían

Ramón Serrano Montaner, quien recorrió la parte norte, donde uno de sus lugartenientes descubrió la existencia de vestigios de oro en la sierra Boquerón. La noticia atrajo aventureros de todo el mundo que se lanzaron sin pensarlo mucho a la empresa de hacerse ricos. Obviamente, la llegada de estos hombres, que no eran en su mayoría ejemplos de templanza y prudencia, en forma desordenada y anárquica a una tierra donde todavía no había ningún tipo de administración de justicia instalada, implicó una serie de enfrentamientos con los aborígenes selk'nam. También en la Argentina se había encontrado una veta de oro en la zona de Cabo Vírgenes, lo que produjo un movimiento similar al ocurrido en Chile. Sumado este hallazgo con los que se habían hecho en las costas del Estrecho, se empezó a divulgar la leyenda de que la Tierra del Fuego era una zona tan rica en oro como en su momento lo habían sido California o Alaska y se convirtió en la gran atracción de inquietos y ambiciosos caza fortunas.

Pronto los encuentros entre oreros y fueguinos se hicieron frecuentes y violentos. Los mineros robaban mujeres y mataban a los hombres que no podían defenderse, con sus primitivos arcos y flechas y los indios huían. Pero, ¿adónde? Desde 1887 el norte de la isla estaba prácticamente ocupado por la gente del ingeniero rumano Julio Popper, quien había recibido una concesión de 2500 Ha. sobre la Bahía San Sebastián para montar un lavadero de oro, recordado como el más moderno y eficiente de la zona. Construyó edificios, galpones y viviendas para su gente y en poco tiempo se convirtió en dueño y señor del norte de la isla. Por sus contactos en el gobierno nacional logró que se designara como jefe de policía a su propio hermano y se las arregló para formar una fuerza armada para rechazar a otros oreros, a aventureros que venían de Chile y a aborígenes selk'nam que lo estorbaban con su peregrina intención de seguir moviéndose libremente por las praderas donde estaban los guanacos, su principal fuente de subsistencia.

muy accidentalmente estas nociones por falta de sacerdotes dedicados a la misión volante (Cantatore de Frank, 2006: 138-139)

Popper tiene fama de “cazador de indios”, especialmente por tres o cuatro fotos en que se hizo retratar en actitud de cacería junto a algunos soldados y los cadáveres de dos aborígenes. No hay otros testimonios contemporáneos que certifiquen sus afanes asesinos, pero la decisión de hacerse fotografiar



FIGURA 28: POPPER CON SOLDADOS DE SU PINTORESCO EJÉRCITO EN UNA CACERÍA DE INDIOS

Una de las fotos de Popper posando a su manera con su trofeo. Hay quienes afirman que es una foto trucada (Canclini), lo que resultaría más repugnante dado que habría utilizado un cadáver para mostrarse en actitud bélica y triunfante y divulgar las fotos.

junto a sus cadáveres y de dar a conocer las fotos demuestran que se ufanaba de las relaciones violentas y despiadadas en que los indios llevaban todas las de perder⁸⁴.

⁸⁴ La principal autoridad que acusa a Popper de brutal asesino es, sin duda, Martín Gusinde, quien viajó a Tierra del Fuego más de 25 años después de la muerte del rumano. “Uno de los que peores estragos causó, afirma, fue el rumano Julio Popper con su banda de casi 50 buscadores de oro, compuesta de vagos criminales y de huidos políticos..., los hombres fueron tiroteados sin compasión y las mujeres tomadas prisioneras sirviendo a

La aparición de los oreros y la paulatina privatización de la tierra en la isla, convencieron al P. Fagnano de la conveniencia de levantar una reducción en la isla Dawson, adonde sus indios estarían más seguros⁸⁵. Realizó entonces tratativas en Santiago y consiguió que el presidente Balmaceda le otorgase el uso y goce de la isla por el plazo de veinte años “a fin de que establezcan en ella una capilla, una enfermería y una escuela destinada a la civilización de los indígenas y las demás construcciones que crea necesario para la explotación de sus terrenos”.

Los indios de la misión pertenecían a la rama de los alacalufes, canoeros nómades de la zona occidental del Estrecho. Aunque se trataba de otro pueblo, con un idioma diferente, sus costumbres eran notablemente parecidas a las de los yámanas y, como éstos, eran nómades del mar con lo que los misioneros se encontraron con una nueva dificultad, en cuanto sería mucho más difícil asentarlos en un lugar para que adquirieran hábitos de trabajo.

Tras un viaje a Roma, Fagnano puso manos a la obra: con una dotación de doce personas entre religiosos de ambos sexos, carpinteros, peones y un capataz se instaló en Bahía Willis (luego se trasladaron a Bahía Harris), donde comenzaron las construcciones mientras esperaban a los primeros indígenas. La misión de Dawson fue confiada al P. Antonio Ferrero, y como ayudante al Coadjutor Juan B. Silvestre quienes contaban con la importante ayuda de un grupo de hijas de María Auxiliadora, la comunidad de religiosas de la congregación salesiana. Los alacalufes llegaron cinco días después; los religiosos les ofrecieron galleta y de a poco fueron ganando su confianza. El Padre Ferrero les preparó un tinglado que los protegía del agua pero no del viento. Aceptaron contentos la habitación, observando todos los movi-

la pasión de los asesinos. Cadáveres de indios señalan su paso por el ignorado sur de la isla Grande” (en Belza, 1974: I, 308). Probablemente Gusinde estaría impresionado por recuerdos y leyendas que aún se contaban y por el repugnante álbum de fotos de Popper, más que por datos fidedignos. El mismo Belza recuerda que de los informes de los gobernadores Paz y Cornero, quienes debieron renunciar por las tensas diferencias mantenidas con el minero, no surge nada que avale esta fama. (Belza, ob. cit: I,309)

⁸⁵ Según María Andrea Nicoletti, “junto con su afán de concentración, la reducción intentaba rescatar a los pueblos de la crueldad y el maltrato del que eran objeto por parte de los “blancos”. En consecuencia, para los misioneros, la reducción solucionaba tres problemas: el enfrentamiento violento con el indígena, la necesidad de poblar y concentrar para adoctrinar y el cambio sistemático hacia la cultura occidental y cristiana. Mediante este sistema, entendían que el cambio religioso se presentaba como un paso consecuente y natural de la “civilización” (2008: 85)

mientos de los misioneros; poco a poco depusieron sus temores; miraban siempre hacia el mar, como esperando a los demás⁸⁶. Lo primero que hicieron los misioneros fue enseñarles las normas más elementales de vida civilizada. En primer lugar asearlos, liberándolos de la infinidad de parásitos que hervían en sus cabelleras y luego de esa hedionda piel que era foco de mil infecciones. Les hicieron comprender que había que cortarse el cabello y vestirse mejor⁸⁷. Comenta el Padre Ferrero: “¡Dos días de trabajo sólo para lavarlos y vestirlos! Ahora podía seguir la parte más espiritual de la misión”.

La prédica del Evangelio –dice María Andrea Nicoletti- contuvo para los misioneros la intención de “civilizar” primero mediante el trabajo de la tierra, profundamente enraizado en la tradición bíblica, y luego educar en forma sistemática, no sólo a través de la catequesis sino de la inserción en las escuelas. En ambos aspectos, el discurso religioso o evangelizador se amalgamó con el discurso civilizatorio (2008: 103).

Es muy difícil juzgar cual fue el grado de éxito de la reducción: sabemos que Fagnano estaba bastante conforme con sus avances y sostenía que los indios estaban contentos y pasaban una vida tranquila, sin alternativas ni sufrimientos. Aunque reconocía que a veces, y demasiado frecuentemente, la falta de víveres ponía entre ellos un poco de mal humor e inquietud. A veces el “mal humor” subía en intensidad y se dio el caso de que, siete meses después de instalados los misioneros, un grupo de alacalufes, encabezados por un tal capitán Antonio, hombre de mala fama y pocos amigos, atacó con armas blancas a dos misioneros que se encontraban trabajando solos en los talleres. Uno de ellos, el P. Silvestre, no pudo curar de sus heridas y falleció poco después (septiembre de 1890).

En una visita que hace Fagnano en esos días, pinta la misión con vivos colores: “Echamos anclas en la bahía Harris, en cuyas cercanías se levantan siete casita para nuestros salvajes y dos para los Misioneros y personal de servicio. Después de mi visita aumentaron en cuatro estas casas para los indios. Se abrió una hermosa avenida de 20 metros de ancho por 200 de largo, bien aplanada y cubierta con pedregullo, como en las ciuda-

⁸⁶ “como esperando a los demás”, es una inferencia de Mons. Fagnano. Otros cronistas suponen que lo que esperaban era recuperar su vida libre y nómada en el mar.

⁸⁷ Macabra paradoja. Todos los testigos coinciden en que lo primero que se destacaba en el aspecto de los fueguinos era su falta de higiene. En este caso se dice específicamente que la piel hedionda era foco de mil infecciones. Sin embargo, la ropa limpia con la que se los vistió, frecuentemente había sido usada por personas que habían sufrido enfermedades en forma benigna, como la gripe y el sarampión, y quienes han estudiado el caso coinciden en que su contagio fue la principal causa de la mortandad de los indios.

des. A ambos lados se han plantado árboles trasplantados del bosque con raíces, de modo que parece una maravilla. Llegamos a la casa. El Padre Ferrero ya se había puesto a repartir arroz, porotos, galleta, carne y grasa según el número de cada familia, a las madres para que prepararan el almuerzo para sus hijos. Ya se ha conseguido que cada familia se prepare la comida y usen la cuchara, y algunos hasta el tenedor. Se ha logrado asimismo que la mayor parte se lave la cara y las manos. Después del almuerzo visitamos a los salvajes en sus casas. Estas son de 4 por 3 metros, techadas con chapas de zinc, con una sola abertura que sirve de puerta y ventana, pero que no se cierra. En el centro encienden el fuego, que es su cocina y su estufa” (Cantatore de Frank, Cit: 150) (Obsérvese el fuego en el centro de la casa y la puerta siempre abierta. De alguna forma imitan el sistema de las canoas).

En 1898, el Padre Borgatello, director del colegio de Punta Arenas, completaba:

“El pueblito de San Rafael, que se extiende sobre la falda de una colina al fondo de la bahía Harris, [...] forma un espléndido panorama con sus sesenta y más casas para indios, escuela, talleres, hospital, Iglesia, que rodean la plaza de la Misión y dos muelles que penetran en el mar. Demuestra así la importancia de este punto, desierto estéril antes de la llegada de los misioneros, y vida y movimiento en la actualidad con sus 450 habitantes permanentes”. (Cantatore de Frank, cit.: 151)



FIGURA 29: LA REDUCCIÓN DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL EN LA ISLA DAWSON

La reducción de San Rafael, en una foto de 1897. La foto ha sido tomada desde uno de los muelles y a ambos lados de la calzada se ven las viviendas –prolijas aunque no muy elegantes– para los aborígenes. Al fondo se ve la iglesia y los talleres y más atrás el bosque, principal fuente de recursos de la comunidad.

En la década de 1890, Fagnano demostró que, además de pastor de almas, era un hábil hombre de negocios. Gracias a sus relaciones con la comunidad católica de Punta Arenas y del dinero aportado por los donantes italianos y santiaguinos, logró adquirir una goleta, a la que bautizó “*María Auxiliadora*”, que le permitió crear un contacto permanente entre Dawson y el continente facilitando en gran medida el desarrollo de la isla gracias al transporte de personas, víveres, pertrechos y ganado. Se importaron vacas y ovejas con lo que pronto hubo una provisión constante de carne, leche y lana, pudiendo comerse parte del excedente; y a mediados de la década pudo comprar en Europa un moderno aserradero que, instalado en la reducción, permitió la explotación comercial de los bosques de la isla y la venta de madera en toda la zona⁸⁸. En esa época, visitó Dawson el presidente Balmaceda quien dejó escrito: “Veo con verdadero placer que debido a la abnegación y labor incansable de sus misioneros, ya se abre a las luces de la ciencia el oscuro horizonte de esas apartadas regiones y que llevando la civilización al centro mismo de la barbarie, promete hacer de sus habitantes hombres útiles a la Patria” (en Massa: 333)

Sin embargo, no pudo sustraerse al drama que estaba diezmando a los aborígenes fueguinos y que creció en forma exponencial no solo por la llegada de los oreros sino, especialmente, cuando, primero en Chile a partir de 1886 y luego en Argentina, en los remates de 1897 y 1899⁸⁹, se privatizaron las mejores tierras de la isla, la convivencia de los criadores de ovejas con los cazadores pedestres de guanacos re-

⁸⁸ Este aserradero, con cuya explotación esperaba Fagnano llegar a la autonomía económica de la reducción, produjo un inesperado problema político. El gobernador Señoret, quien no sentía gran simpatía ni por los salesianos ni por los católicos en general, envió al vicario la siguiente nota: “*He recibido su comunicación por la cual me informa que ha hecho venir máquinas para establecer un aserradero a vapor [...]. Si se trata de un pequeño aserradero para llenar las necesidades de la Misión y ejercitar a los indígenas en trabajos de esta clase, no habrá inconveniente alguno en permitir su instalación, pero si ha de formarse allí un establecimiento industrial con otros propósitos, no me es dado autorizar a Ud. para ocupar con ese objeto extensión alguna de la Isla Dawson [...]. Me reservo pues, el derecho de paralizar todo trabajo si el aserradero que Ud. va a instalar adquiere proporciones industriales contrarios a los intereses generales de la Colonia ...*” (Entraigas: 437-8)

⁸⁹ En Chile, la primera concesiones fueron adjudicadas a la firma Weherhahn & Cía y consistió en 123.000 Ha. en la bahía Gente Grande. En 1889 la segunda adjudicación, de 350.000 Ha., benefició a José Nogueira y Mauricio Braun. En Argentina, tras la concesión de 20.000 Ha. que se hizo a Popper en 1890 (la que caducó tras su muerte en 1893) en 1897 se remataron 15 lotes con un total de 115.000 Ha. En 1899 se enajenaron veinte lotes con una superficie de 182.500 Ha. Ambos remates correspondían a tierras de pastoreo, ubicadas en el Departamento de San Sebastián, al norte de la isla. Los principales beneficiarios de estos remates fueron Mauricio y Sara Braun, José Menéndez y José Menéndez Behety (Lenzi, 1967: 269-72).

sultaba poco menos que imposible. Ambas especies competían por las pasturas, que si bien abundaban en los meses de primavera-verano eran muy escasas en invierno. Por otro lado, los alambrados iban contra las bases materiales de subsistencia de una sociedad nómada, por lo que los indios se vieron obligados a cortar alambradas y matar ovejas (guanacos blancos) para su sustento. El indio se convirtió en el principal problema de los estancieros, quienes no encontraron mejor solución que impulsar en privado su eliminación mientras en público le endosaban el tema a los salesianos. Éstos, en los primeros tiempos, recibieron en la isla Dawson a grupos desorganizados que huían de la isla Grande con ayuda de los alacalufes que los cruzaban en sus canoas, pero llegó un momento en que Fagnano, ante los ataques que estaban sufriendo, decide pedir por escrito al presidente de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego, se le envíen los indios a la reducción (enero de 1896). También solicita algún auxilio pecuario para su sustento, y recuerda que Mauricio Braun, director gerente de la Sociedad en Punta Arenas, había llevado más de cien indios a la Misión que debían ser mantenidos. El directorio de la Sociedad se reúne al día siguiente y resuelve “que, aunque los RR.PP. recibían una subvención del Estado con el objeto de que recogieran y civilizasen a los indios de la Tierra del Fuego, era justo que la Sociedad contribuyese con algo a ese fin y se acordó que por cada indio que la Sociedad llevase en adelante a la isla Dawson se daría a los Reverendos Padres una libra esterlina por una sola vez” (Entraigas, op. cit.: 404). De todos modos y a pesar de este acuerdo, los indios que permanecían en Tierra del Fuego siguieron siendo víctimas de ataques y matanzas. Y la valuación del indio no cambió: se mantenía su precio de una libra esterlina, sea para pagárselas a los salesianos que les daban cobijo o para pagárselas a los matadores que presentaban sus cabezas (v. informes de Lucas Bridges en el punto 5.3, pág. 79). El mismo Mauricio Braun, en una carta privada, comenta las ventajas de esta nueva forma de invertir la libra: “es el modo más barato de deshacernos de ellos, más corto que dispararles, lo que es más censurable”⁹⁰.

De todos modos, los indios reducidos en Dawson y tratados presumiblemente con todo afecto y cuidado, también fueron muriendo hasta prácticamente desaparecer. Siguiendo los apuntes del padre Lino del Valle Carbajal, se pueden identificar varias causas, algunas de las cuales son:

⁹⁰ Braun a John Mac Rae, Punta Arenas, 22-02-1896, en *Archivo Regional Magallanes*, 7 fs. 219-20, (en Alonso Marchante, 2014: 207)

“*causas patológicas*: tuberculosis y sífilis, esterilidad femenina, viruela y sarampión y otras enfermedades, *causas psicológico-físico-morales*: por los esfuerzos en moderar o excitar profundamente los jóvenes salvajes. El contener el terror continuo y la admiración profunda. El ajustarse a la virtud y justicia aconsejada. En comprender y practicar la nueva religión. En adquirir hábitos de trabajo. *Causas psicológicas intelectuales*: por los esfuerzos. En pensar y reflexionar sobre el perder los derechos, costumbres, injusticias y atropellos de los civilizados. En aprender los medios literarios del conocer. En darse cuenta de las armas e instrumentos de trabajo. *Causas generales*: desgaste íntimo psicológico y degeneración fisiológica producida por los esfuerzos mentales y morales; el contacto con los civilizados, el cambio de costumbres, la falta de higiene, las enfermedades epidémicas, la guerra, la falta de recursos económicos y morales. (Cantatore de Frank, ob. cit.: 173-4)⁹¹

Lo cierto es que la población que se refugió en Dawson sufrió un proceso paradójico, porque al mismo tiempo que mejoraban sus condiciones materiales, crecía el poblado, accedían a mayores niveles de confort y de a poco iban adquiriendo hábitos de trabajo que los aproximaban al objetivo de la autosuficiencia económica, sin embargo la población iba mermando en forma sostenida. Según los registros de la misión, el número de aborígenes muertos fue el siguiente: *Fuente: (Belza, 1974: I-336)*

Año	Cantidad de fallecimientos
1892	7
1893	4
1894	6
1895	23
1896	118
1897	92
1898	53
1899	65
1900	52
1901	31
1902	23
1903	13
1905	24

⁹¹ Este texto es la transcripción de la libreta de apuntes del Padre Carbajal, de la Misión de La Candelaria. Se han omitido algunas causas anotadas por el religioso pero que no están vinculadas con la vida en la reducción. (Original en el Archivo de las Misiones Patagónicas, Bahía Blanca).

Si contrastamos estos números con los 450 habitantes permanentes de que habla Borgatello (v. pág. 114) deduciremos que en el año 1898 murió alrededor del 20 % de la población y que el año anterior, 1897, había muerto un 26 %. La disminución de fallecimientos a partir de 1901 puede atribuirse a la baja del número de aborígenes. Ninguna población puede mantenerse con estos índices de mortalidad⁹².

Lo comprueba Fagnano y, a fines de 1899, lo informa a Don Rua, sucesor de Don Bosco como superior de la congregación en Turín, con un juicio sobre sus causas:

“... En general los indios son flojos, endeble y propensos a enfermedades graves; así es que deben tratarse con mucha delicadeza. [...] El Señor, en su infinita misericordia, ha proporcionado a estos indios con nuestra Pía Sociedad, un medio eficacísimo para redimirse de la barbarie y salvar sus almas: el trabajo y, sobre todo, la religión, los van sacando del embrutecimiento en que se encontraban”, y más adelante pasa al tema que más le preocupaba: “Una cosa nos apena mucho –dice- y es la rapidez con que se va extinguiendo la raza, debido entre muchas cosas al descuido que tienen de su higiene personal, al poquísimos o ningún cuidado que ponen por su salud y más que todo a la pulmonía y tuberculosis, enfermedades a las que son propensas y que son rarísimos los que se curan. El Director, el Hermano Juan Asvini y Sor Juana Valgimigli, que cuidan inmediatamente de los enfermos, hacen cuanto está de su parte para aliviarlos y salvar sus vidas; pero sus trabajos obtienen escaso resultado, pues parece que la muerte ha encontrado especial gusto en cebarse en los pobres indios, ocasionando numerosas víctimas” (Bolletino Salesiano II-1900, cit. por Entraigas, op.cit.: 492).

Una vez más sorprende que alguien que tan bien conocía a los aborígenes como Fagnano, ponga el acento en la debilidad y las costumbres de la raza sin nombrar las consecuencias del contacto con el hombre blanco (grupo al que pertenecían los mismos misioneros).⁹³

Ante tan penoso derrotero, no debe extrañar que, cuando en 1911 se cumplieron los veinte años de la concesión que el gobierno había hecho a la Sociedad Salesiana, los padres optaron por no solicitar su prórroga, aunque según Entraigas “Monseñor hubiera conseguido prórroga si hubiera habido indios” (cit.: 547). Pero la cuestión es que casi no había. En números, el 1º de septiembre de ese año los salesianos y hermanas de María Auxiliadora abandonaron la isla con sólo un puñado de indígenas. Llegaron

⁹² Sólo para darse una idea: el único año en que en Buenos Aires hubo más decesos que nacimientos fue 1871, el año de la gran epidemia de fiebre amarilla. Se calcula que ese año murieron 14.000 personas, el 8 % de la población de 175.000 habitantes (en SCENNA, Miguel Ángel: “Fiebre Amarilla: Diario de la Gran Epidemia”, en *Todo es Historia*, año 1 N° 6, diciembre de 1967, Buenos Aires)

⁹³ En fecha muy cercana, el P. Maggiorino Borgatello, director del colegio y el museo de Punta Arenas, escribía a Don Rua: “Catorce buscadores de oro hicieron fuego sobre los pobres salvajes de la Isla Grande. Mataron cerca de cuarenta indios. Esto sucede en territorio chileno y argentino, donde uno no sabe a quien recurrir para remediar estos actos de barbarie que comete gente que pretende ser civilizada (15-3-89, en Borgatello, 1930: 54)

a La Candelaria, en Río Grande, sólo cuatro hombres, dos niños, tres niñas y doce mujeres. En total 21 indígenas, saldo remanente del conjunto de 500 y más aborígenes que alguna vez constituyeron la reducción de San Rafael.

6.5. LA MISIÓN DE LA CANDELARIA EN RIO GRANDE

La más ambiciosa y la más duradera de las empresas que iniciaron los salesianos en la Tierra del Fuego fue la misión en territorio selk'nam, cerca de la desembocadura del río Grande, tarea harto espinosa cuando los antecedentes más frescos que tenían los aborígenes de la acción de los blancos eran francamente aterradores: la matanza dirigida por Lista en 1887, las macabras fotografías de Popper a partir del mismo año y las primeras refriegas con estancieros desde que en 1894 José Menéndez había fundado la primera estancia en el norte de la isla⁹⁴, El encuentro entre ambas civilizaciones había resultado catastrófico para la más débil y la tarea que les cabría a los misioneros que quisieran educar y evangelizar a los indios aparecía harto delicada. Sin embargo, Fagnano estaba convencido que era posible y así lo escribía: “El ona es un indio fuerte y bien formado; capaz de ser instruido. Pienso que no sea conveniente que se unan (en la Misión de San Rafael) con los alacalufes pues éstos tienen muchas enfermedades traídas por los europeos y que desgraciadamente se transmiten de generación en generación” (Borgatello, 1929: 214)⁹⁵ Por eso, a fines de 1893 los salesianos hicieron su primer intento, ocupando una parcela cerca de la desembocadura del río Grande, en una zona llamada Barrancas Negras, con un permiso solo de palabra otorgado a Fagnano por el presidente Luis Sáenz Peña. A la cabeza de la misión

⁹⁴ Se trata de la *Primera Argentina*, al acceder a 80.000 Ha. de la concesión de Popper, a la muerte de éste, ocurrida en Buenos Aires en el invierno de 1893.

⁹⁵ Sin embargo, hemos visto que, dos años después y ante las persecuciones sufridas, el mismo Fagnano pidió a la Sociedad Explotadora que le enviaran a Dawson a los onas perseguidos en Tierra del Fuego. Allí convivieron con los alacalufes y murieron sin distinción de nacionalidades.

estaba el P. José María Beauvoir⁹⁶ y lo acompañaban el P. Juan Bernabé, quien se distinguiría como constructor, dos catequistas, un hermano coadjutor, dos aspirantes y un lenguaraz, ona puro.

Los inicios de la misión fueron decepcionantes, justamente por la falta de lo principal: los indios. Dice Entraigas:

“Pero los onas, apenas divisaban a los misioneros, huían desesperadamente y con frecuencia quemaban la choza y hasta el campo que la circundaba. En las proximidades de la reducción había una docena de toldos; habían desaparecido. Cuando alguna vez lograron sorprenderlos, abandonaban el toldo y escapaban despavoridos...” (ob. cit.: 386)

Sin embargo, tras un par de semanas y al ver que los misioneros no abrigaban instintos agresivos, los indios comenzaron a acercarse y a armar sus toldos cerca de las casas de los misioneros.

En julio de 1894, Fagnano vuelve de un viaje de inspección y se dispone a conocer la misión de La Candelaria. El P. Borgatello, director del colegio de Punta Arenas, comenta:

“La misión de La Candelaria nos costará muchos sudores y muchísimo dinero. Necesitamos sobremanera que la Providencia venga abundantemente en nuestro socorro. Si esperamos todavía un poco, cuántos pobres salvajes morirán bajo el cuchillo... Su cabeza está puesta al precio de una libra esterlina. Y pensar que tal barbarie es obra de gente civilizada para salvar los ganados”. Cosas que excitan a Monseñor Fagnano a sacrificar cuanto sea necesario para poder salvar el mayor número posible de estos infelices” (Belza, ob. cit.: I-338)

Entre otras cosas, logró adquirir un pequeño vaporcito de 150 toneladas y 300 de capacidad de carga, registrado bajo el nombre de *Torino*, con el cual hizo su primera visita apostólica a la misión. Y con su característica mirada visionaria ideó y encargó al P. Bernabé la construcción de una iglesia, galpones y casas para los salesianos y para las hermanas que llegarían después, y para habitación de los indios. Calculaba unas cien casitas para estos últimos, aunque seguramente harían falta muchas más. (Baldasarre, 1992: 15)

⁹⁶ El P. José María Beauvoir había llegado en 1878 a la Argentina y había desempeñado varias tareas como docente y como misionero en Santa Cruz hasta su traslado a la reducción de la isla Dawson. Cuando en 1891 el gobernador fueguino Mario Cornero decide nombrar un capellán para la gobernación, consulta con Monseñor Cagliero (superior de la sociedad salesiana en el país) quien le recomienda el nombre de Beauvoir. Dicho nombramiento persuadió a Fagnano para designarlo como director de la misión de Río Grande.

En carta a sus superiores del 19 de agosto de 1894, Fagnano narra las condiciones materiales de la misión:

“La casa que habitan, tiene dos pequeñas habitaciones en la planta baja y un desvancito. Una de estas habitaciones sirve de escuela, de refectorio y de dormitorio para los hermanos. La otra de estudio, de almacén para todas las cosas necesarias a la Misión y de dormitorio para el Director, Beauvoir. (El Padre) Del Turco, que le hacía compañía, ha vuelto ya a Puntarenas. [...] Cuando llegué rodeaban la Misión como unos setenta indios. Otros muchos que habían llegado en los pasados meses, se habían alejado en busca de víveres. Pero se descubre no muy lejos el humo de sus hogueras. Los que volvieron el catorce de este mes, aseguran que otros están por volver. Por eso es necesario pensar en levantar casas para los indios, para los Misioneros y para las Hijas de María Auxiliadora, escuelas, talleres, capilla, hospital, etc. Si el Señor nos bendice y nuestros Cooperadores nos ayudan con sus limosnas, esperamos poder levantar todos estos edificios de setiembre a mayo próximo y formar en breve tiempo un hermoso pueblito. ...“(Belza, ob. cit.: I-340).



FIGURA 30: LA MISION DE LA CANDELARIA (2011)

La misión de La Candelaria en la actualidad. Al frente la iglesia que data de 1898 y detrás las habitaciones que originalmente se construyeron para los pupilos indios, galpones, talleres y demás construcciones. (Foto del autor)

Pero las cosas no saldrían tan bien. En 1896 el P. Beauvoir fue reemplazado por el P. Fortunato Griffa al frente de la Misión, y todo parecía marchar felizmente hasta que el 12 de diciembre se declaró un incendio en las construcciones de madera que, avivado por un fuerte viento, en menos de una hora redujo a cenizas varios años de trabajo.

Durante unos meses misioneros e indígenas sobrevivieron entre escombros y chapas retorcidas, sin perder la esperanza de reconstruir la misión, hasta que en el mes de julio llegó Fagnano quien rápidamente puso manos a la obra: eligió un nuevo emplazamiento, unos diez kilómetros al norte de la desembocadura del río Grande, junto al mar y protegidos del viento del oeste por una alta barda. La contracción al trabajo de los misioneros debe haber sido fuera de lo común, porque el 9 de noviembre del mismo año, el diario de la misión registra: “Hoy nos mudamos a la nueva casa”⁹⁷. En el frente de la pequeña iglesia, que aún se mantiene en perfectas condiciones, hay una fecha grabada: “1898”.

Durante algunos años la Misión creció de acuerdo a lo previsto, y según datos recogidos por Baldassarre en 1904 los salesianos habían levantado 35 edificios, 6 de ellos de dos pisos, galpón de esquila, baño de ovejas, puesto cerro La Leña, puesto Loreto en cabo Domingo, santuario al Redentor, matadero, galpón del puerto, horno antiguo, taller de las hermanas, depósito, horno nuevo, casillas para vigilancia de lotes y la Iglesia, que había sido inaugurada solemnemente el 1º de enero de 1899. En sus campos pacían ovejas, yeguarizos y vacunos y paulatinamente las tareas pecuarias proveían al sostenimiento misionero y también el de los nativos, que debían “capacitarse hasta poder valerse por sí mismos y lograr la independencia” (Belza, 1975: II-335).

Y según las crónicas de la misión, los jóvenes selk'nam aprendían rápidamente los trabajos manuales. A los pocos días picaban bueyes como el mejor carretero, cabalgaban como el más hábil jinete y se ocupaban de las faenas camperas como el gaucho más provector. Pero donde se estrellaban las buenas intenciones de los misioneros era en la enseñanza de las letras. Ninguno de los primeros mozos que se establecieron en la misión pudieron nunca entender el alfabeto. Ni leer ni escribir. Y ponerlos a estudiar,

⁹⁷ La iglesia, varios de los galpones y habitaciones así como una parte de los talleres todavía subsisten en nuestros días y forman parte de la Escuela Agrotécnica Salesiana de Río Grande

aunque fuera por un breve tiempo, era el castigo más horroroso que podía dárseles. En vez, a hablar castellano y a rezar aprendían con relativa facilidad (Entraigas, ob. cit.: 394).

Pero a medida que la misión se desarrollaba, aparecían los serios problemas a los que nos referimos en el punto anterior: las enfermedades por un lado y la presión de los estancieros por el otro, comenzaron a socavar las bases del emprendimiento al atacar la misma vida de los indígenas.

Las enfermedades no sólo destruían la salud de los indios sino que potenciaban su nomadismo ancestral, y se transformaban en agentes de transmisión al llevar las enfermedades infecciosas a sus asentamientos naturales. El gobernador Fernández Valdés, alude en un informe al tema:

“Es así como los misioneros salesianos, no obstante sus laudables esfuerzos para conservar esta raza y reducirla a vida civilizada, han visto morir a casi todos los indios en las misiones que tuvieron en Río Grande e Isla Dawson en muchísimo menos tiempo que el que emplearon en formarlos” (Baldasarre, ob. cit.: 17).⁹⁸

Solo 27 onas vivían en La Candelaria en 1906, en la época en que los padres Zenone y Dalmasso inician la misión en el centro de la Isla, en la estancia de los Bridges, a la que nos referimos en el punto 5.4 (pág. 102) dando así inicio a lo que luego sería la misión volante de Santa Inés.

Por su parte, el enfrentamiento entre estancieros y misioneros por la defensa de los indios alcanzó su punto álgido. Los religiosos no podían, y probablemente no querían, impedir que los nativos que vivían

⁹⁸ Véase por ejemplo un fragmento del Diario de la Misión de La Candelaria, correspondiente al año 1901: Mayo 13: Muere de tisis el niño Carlitos Piedra, de unos 8 años; Junio 1: Muere la niña Josefina, hija del indio Pablo y de Catalina. Junio 15: Muere el indio Eugenio; Junio 26: Muere el niño Vicente, hijo de Pascual; Julio 15: Muere la niña Filomena. Traen de la comisaría el cadáver de una niña de unos 6 años. Julio 18: Muere el niño Esteban Ramos; Julio 19: Muere la indígena Carolina, mujer de Pablo. Julio 23: Muere una niña de unos tres años llamada Rosita. Julio 25: Muere el niño Silvestro Moreno. Agosto 14: Murió una niña de unos 10 meses, hija de indígena y de un vigilante. Agosto 16: Muere el niño Juancito, hijo de Franco Lucio. Agosto 20: Muere el niño Clemente, hijo de un año de edad. Septiembre 3: Muere la niña Cecilia, hija de Samuel. Septiembre 7: Muere el niño Luis Fuentes, hijo de Matías. Septiembre 26: Muere el niño Septiembre 28: Muere el niño Luis Sarmiento. Septiembre 30: Muere el niño Carlos Policarpo y la niña Elisa de Teófilos. Octubre 9: Muere la niña Eulalia, hija de Zacarías Perpetua. Octubre 13: Muere el niño Bernardo Ríos, de unos 12 años y Vicente Ushuaya de la misma edad. Octubre 15: Muere el niño Jorge Zorro de unos once años de edad. Noviembre 25: Muere el niño Mariano. Noviembre 26: Muere la mujer de Zacarías. Noviembre 29: Mueren los niños Lucas S. Cruz, de 7 años y Agustín Campos de 15 años de edad. Pero los misioneros no dan su brazo a torcer. El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, hay una misa cantada con el bautismo de 4 mujeres y para navidad se bautizan otras seis mujeres. (v. CHENÚ, Roberto, ob. cit.: 99 y s.s.)

junto a ellos abandonaran sus expediciones de caza en la época en que los guanacos bajaban a las praderas, pero justamente esto era lo que los estancieros no querían, sea porque les rompían sus cercados o porque cuando no encontraban guanacos cazaban ovejas o porque ya había una suerte de guerra larvada entre indios y capataces, que necesariamente competían por las mismas tierras y que sólo terminaría con la desaparición de los primeros.

Al respecto, es conocido el agresivo debate que se dio entre José Menéndez, el principal terrateniente de la isla, y el P. Fagnano, cuando éste protestó por las matanzas de indios y recibió como respuesta un feroz ataque del hacendado en *El Diario* de Buenos Aires, en que acusaba a la misión de ser un “refugio de ladrones y asesinos” (junio de 1899). Aquí el conflicto era mayor porque Menéndez pretendía apoderarse de las tierras que usufructuaba la misión (con títulos aún precarios), con lo que podría completar un gran lote para sus estancias la Primera y la Segunda Argentina, además de que francamente le molestaban los indios, y una cosa era mantenerlos neutralizados en una isla de difícil acceso como Dawson y otra tenerlos protegidos por eclesiásticos, en un establecimiento en la isla Grande, de donde todos los años salían en la temporada de caza y muy frecuentemente mataban no sólo guanacos. Fagnano escribió al ministro del Interior, Dr. Amancio Alcorta, acusando a Menéndez de “dar caza a los indios, sea por sus peones que van haciendo excursiones en los bosques, sea por la policía, cuyo inspector vive en la misma estancia del señor Menéndez; y los agentes policiales, distribuidos en los puestos que sirven de ovejeros. La causa a esta persecución no era otra para Fagnano que la apropiación de la tierra en la que estaba construida la misión [...] para cambiar este campo por el que él ocupa, que es malo por estar cruzado de zanjones». Esta era la razón para Fagnano por la que Menéndez acusaba a los selk’nam de «salvajes y ladrones», para ocultar que él era «el culpable de todo esto [...] matando indios al destajo y robándoles sus mujeres, hijas, útiles de caza» (Nicoletti, 2006).

La polémica subió de tono, hasta que el mismo Alcorta, terció con palabras que se pueden considerar una voz oficial:

“No se ignora por nadie en la República cómo se han distribuido algunas veces los fondos destinados a la conversión de los indios por las autoridades civiles, y en la Tierra del Fuego se produjo este hecho: que estas tribus no tienen dónde estar, no tienen dónde vivir; porque son perseguidas por los pobladores que han llegado a veces hasta ofrecer una libra esterlina por cada indio que se matara, según informes verbales allí recibidos. Entonces el Sr. Presidente como yo mismo, creímos que era necesario favorecer esa Mi-

sión, [...] Lo repito: esa Institución de la Tierra del Fuego, sobre las márgenes del Río Grande, es benéfica. Al Poder Ejecutivo se le ha dicho: si puede dar veinte centavos por cada niño que eduque, además de los que tengo... Y el Poder Ejecutivo no podía decir que no [...] y hubiera dado más si hubiera encontrado fondos disponibles en el presupuesto. Creo más: que debería encargarse a esas Misiones que recojan a todos esos indios y les den asilo, porque son esos hombres los únicos que podrían hacerlo con el desprendimiento y la abnegación necesarias". (Dip. T. 1899/2 Nº 69. 1º Sesión de prórroga, 24-11-899: 366), cit. por Nicoletti, 2008.)⁹⁹

Pero ni el prestigio de la Misión ni la abnegación de los misioneros ni los veinte centavos que ofrecía por cada niño el gobierno nacional, podían evitar el declive inexorable de los indígenas en cuyo beneficio se había creado, además de que la inquina de la familia Menéndez, dueña virtual de Magallanes y Tierra del Fuego, no se atenuó hasta mucho después. Para 1910, la obra evangelizadora se había trasladado en gran parte a las misiones volantes del Cabo Santa Inés, sobre el Océano, a 30 km de La Candelaria, a cargo del P. Zenone. En ese año comenzó a funcionar la escuela de niños en la Estancia Viamonte, que en 1915, tenía 32 escolares y en 1916, 41, mientras en Río Grande la población no dejaba de disminuir. Y en enero de 1914 los sacerdotes resolvieron vender las tierras de la misión al Sr. Francisco Campos, reservándose en arriendo por diez años dos lotes con un total de 5000 Ha¹⁰⁰.

⁹⁹ 20 centavos por cada niño que eduque. En aquel tiempo 1 \$ oro valía 2,2727 \$ m/n, por lo que los 20 centavos m/n que ofrecía Alcorta serían 0,09 \$ oro. Al precio del día de hoy, \$ 36,45 el gramo de oro la suma por cada niño sería de \$ 3,28. Para nuestra tranquilidad, Alcorta no aclara –ni lo hemos podido averiguar– si los 20 centavos son un subsidio diario, semanal, mensual o anual.

¹⁰⁰ La historia de las tierras de la misión constituye una cruel metáfora del destino de las buenas intenciones. Desde 1893 el P. Fagnano intentó obtener un lote de 8 leguas (ó 100.000 Ha.) donde podría haber establecido la misión con tierras suficientes para que los indios pudieran hacer su evolución de cazadores pedestres nómades a ganaderos de ovejas sedentarios, cristianizados y adaptados a la civilización. Sus sucesivos pedidos obtuvieron eco propicio en el presidente Julio A. Roca pero nunca alcanzaron la aprobación de ambas cámaras del Congreso. Para peor, José Menéndez, quien tenía interés en las mismas tierras que lindaban con su estancia "Primera Argentina" (hoy "José Menéndez"), trataba de evitar esta venta mediante sus influencias en el Congreso y en la prensa. Por lo tanto, los salesianos resolvieron comprar dichos terrenos, pero entretanto se promulgó en enero de 1903 la ley nacional 4167 que disponía que el P.E. podía realizar ventas directas en colonias ganaderas, siempre que no superaran las 2500 Ha. por unidad. Los salesianos entonces ofertaron por seis lotes de 2500 Ha. cada uno a nombre de seis de sus sacerdotes en julio de 1905, y tras seguir una tortuosa vía en marzo de 1909 el presidente Figueroa Alcorta accedió a la solicitud. Las escrituras se firmaron en octubre de 1913. La paradoja es que esas mismas tierras no sirvieron prácticamente para nada, ya que el 29 de enero de 1914 y ante la situación planteada (virtual desaparición de los onas), se firmó la escritura de reventa de los lotes a favor del Sr. Francisco Campos Menéndez, nieto de José Menéndez.

En 1916, al tiempo que se apagaba en Santiago de Chile la vida del padre Fagnano, en la misión de La Candelaria sólo estaban el director, cuatro niños, cuatro hermanas y cinco mujeres.

En 1919 el padre Zanchetta, superior de la misión, contaba con un hombre, siete mujeres, siete niñas huérfanas y tres muchachos, aunque, con salesiano optimismo, informaba encantado los grandes progresos que se habían dado en el plano espiritual, porque las pocas almas que quedaban asistían diariamente a misa y realizaban sus lecturas.

En 1922 y tras el retiro del P. Zanone, se acabó la presencia salesiana en Santa Inés y los aborígenes que quedaban cerca del lago fueron atendidos, hasta 1926, desde Río Grande. Y recién en ese año se solucionó definitivamente la amenaza de cierre que se cernía sobre la misión de La Candelaria, cuando el supervisor provincial presentó un plan formal para convertir la Misión de Río Grande en una escuela agrotécnica. Esta escuela estaría abierta al público, cada vez más numeroso desde la fundación de la Colonia de Río Grande, en junio de 1921. En 1946, el Consejo Nacional de Educación reconoció dicho establecimiento que luego evolucionó hasta convertirse en escuela agropecuaria, orientada a preparar técnicos en el manejo de explotaciones ganaderas ovinas, la que si bien comenzó con sólo cuatro alumnos, hoy es el establecimiento más numeroso de Río Grande.

6.6. TESTIMONIOS CRÍTICOS SOBRE LOS SALESIANOS

La Pía Sociedad logró instalarse en la Patagonia mucho mejor que cualquier otra institución civil o religiosa y ciento cuarenta años después todavía regentan buena parte de la educación en la zona, tanto en Argentina como en Chile. Los salesianos tienen colegios de todos los niveles, internados, institutos superiores, universidades, hogares, editoriales, librerías, edición de revistas, archivos históricos, residencias universitarias y cuanta otra institución para la atención de la juventud pueda imaginarse. Y por supuesto, se han preocupado por organizar un excelente sistema de difusión y propaganda, del cual no está exenta una red de historiadores que trabajan o han trabajado para mantener viva el recuerdo car-

gado de épica y sacrificio de los primeros salesianos, que conforma el mito fundacional que precisa toda comunidad espiritual.

Así es que la historia de la sociedad en la Patagonia está bien conservada gracias a los trabajos de estudiosos como Raúl Entraigas, Juan Belza, Cayetano Bruno y Pascual Paesa en Argentina, todos ellos sacerdotes de la congregación.

Lo malo de este tipo de trabajos, es que tienen un claro fin político y propagandístico; los autores están ligados a la Pía Sociedad por pertenencia, por convicción y por votos, por lo que cualquier trabajo referido a sus miembros emblemáticos no puede dejar de ser elogiosa y hasta consagratoria, y cuando por fuerza aparece alguna crítica, lo hace mitigada por altas dosis de comprensión e indulgencia.

Pero según otros autores, la historia de la misión salesiana puede leerse como un rosario de maldades, injusticias, aprovechamiento de los más débiles y hasta alguna dosis de sadismo contra los infelices indios a quienes debían proteger.

Hay autores, por ejemplo, que al hablar de la Isla Dawson la designan como un “campo de concentración”¹⁰¹. Sostienen que los misioneros capturaban, o bien atraían mediante dádivas y artificios a los pobres canoeros y luego los domesticaban para que trabajasen para ellos en las duras faenas del bosque y en la construcción de los edificios del “campo”. En este supuesto, los alacalufes estarían contra su voluntad en Dawson, obligados coercitivamente a observar determinada conducta e impedidos de irse.

Odone y Purcel, apoyándose en una interpretación de las fotografías de la Reducción, ofrecen una versión de esta hipótesis:

La isla como tal cumple con la metáfora más gráfica de este “lugar aparte”, del espacio predilecto para deshacerse de leprosos, convictos, o detenidos políticos. La Misión de San Rafael recibe a aquellos considerados como desadaptados en su propia tierra. Los indígenas de la misión estaban ahí justamente porque acababan de sufrir la muerte de su “páter, patris” lo que los convertía en “apátridas”, los sin padre, sin patria. De este modo el espacio de la misión no es un hogar, sino más bien un orfanato y como tal juega con la yuxtaposición de la apertura-clausura: se abre en la isla para acoger a los desprotegidos y al mismo tiempo el espacio se cierra y se vuelve opresivo. No es fácil vivir en la isla y cumplir con las exigencias que ésta impone, así como tampoco lo es estar fuera de ella. (2005: 4).

¹⁰¹ La idea de “campo de concentración” en la Isla Dawson cobra para los chilenos un sentido más lacerante, ya que allí funcionó durante la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet (1973-1990), un campo de prisioneros.

En el caso de los selk'nam, el hecho de que muchos de ellos llegaran gracias a un acuerdo ominoso, echados de su propia tierra y cotizados en una libra esterlina, hace que la idea de prisión resulte más plausible, porque los estancieros no iban a pagar por su alojamiento para tenerlos poco después nuevamente de vuelta en su tierra. Sin embargo es posible creer en la buena fe de los misioneros, quienes se encontraban en una encrucijada: si los indios quedaban en la isla Grande serían de uno u otro modo eliminados, por lo cual la isla Dawson era la única opción de sobrevivida. ¿Era el mejor lugar para los indios? Seguramente no en el caso de los selk'nam acostumbrados a andar por praderas extensísimas hacia donde los llevara su libertad, pero la libertad ya no estaba dentro de las opciones posibles y quizá la reducción de Dawson les proveyera un final menos lacerante.

Un segundo pecado que se endilga a los misioneros es el haber llevado a los indios enfermedades que resultaron mortales, algo tan horrible como imposible de evitar en todo encuentro de pueblos. No se puede decir que los salesianos (y todos los otros blancos que tuvieron contacto con los indios) “no sabían” que ese contacto iba a producir enfermedades mortales en la población aborígen, aunque tal vez nunca pensaron que las epidemias iban a tener la magnitud que finalmente tuvieron. Ya hemos comentado como los sacerdotes pasaron los primeros días de convivencia con los alacalufes limpiándolos y vistiéndolos con ropa limpia, lo que aun en nuestros días es lo que aconseja cualquier manual de primeros auxilios. Sin embargo, en ese caso, y en tantos posteriores, no fue una receta efectiva.

Entraigas lo comenta de un modo que hoy no lo podríamos aceptar: exculpa a los blancos que, si bien no tuvieron ninguna intención, fueron quienes trajeron la muerte a las islas, y culpa a los propios indios, como si en los casos de mala praxis la culpa fuera del enfermo:

Y así se terminó también aquel ensayo de redención del indígena, que comenzara bajo tan buenos auspicios. Si Mons. Fagnano no alcanzó a ver los frutos que él se esperaba no fue por fallas en el sistema adoptado: lo único que falló allí fue la materia prima, el indio. Se extinguieron fatalmente. Le queda, sin embargo a Chile y a la Argentina, la satisfacción de la familia que ve alejarse para siempre a uno de sus miembros. Merced a la obra de Mons. Fagnano pueden decir que han hecho todo cuanto han podido por salvarlos... (ob. cit.: 548)

Habiendo leído parte de la polémica entre José Menéndez y Mons. Fagnano respecto a los indios de la misión de La Candelaria, no dejan de ser sorprendentes los parecidos entre las explicaciones de los sale-

sianos y la que da Armando Braun Menéndez, hijo de Mauricio Braun y nieto de José Menéndez e historiador de la familia del llamado “Rey de la Patagonia”:

“...los indios ona, desplazados por la civilización, fueron recogidos con santa benignidad en las misiones salesianas con la cooperación de los respectivos gobiernos; y en ellas vivieron una vida plácida y contemplativa. [...] La causa principalísima de la extinción de las razas aborígenes fueguinas no debe buscarse, pues, sino en su absoluta falta de adaptación física a la vida civilizada. Su contacto con el blanco y la adopción de sus hábitos les fue fatal. También el paso de la barbarie en que vivían a la civilización que les impusieron fue demasiado brusco. Se alteraron profundamente sus usos y costumbres: la alimentación, el vestido y la habitación; trocaron la existencia nómada, el aire libre, el físico acostumbrado a la marcha y a la lucha, por la vida sedentaria, sometida a trabajos reglamentados cuando no a una indolente pasividad alimentada a horario. Todas las enfermedades entonces se enseñorearon en esos cuerpos, aparentemente robustos pero indefensos contra el contagio y la propagación de la viruela, el sarampión y particularmente la tuberculosis, pestes que acabaron definitivamente con la raza”. (1939: 136)

Cuarenta años después, el biógrafo del misionero, salesiano también él, termina coincidiendo con el nieto del hacendado que había descrito la misión como una cueva de ladrones. ¿Resignación, perdón cristiano o complicidad involuntaria? Es probable que Entraigas, que publicó su libro en 1945, haya leído la obra de Braun Menéndez, editada en 1939; por lo menos está citada en la bibliografía de la primera edición. Evidentemente, el tiempo había apagado los rencores y ahora ambos apostaban a un manto de olvido probablemente no exento de complicidad.

Otra crítica habitual a las misiones de Tierra del Fuego es la referente a su riqueza, que según parece era tema recurrente en el periodismo de Punta Arenas, causa de envidia para sus gobernantes e inclusive para los salesianos del norte de Chile, quienes tenían que pelear con muchas más carencias y dificultades. Y algo de razón hay, en tanto los sacerdotes llegaron a poseer, en concesión, extensiones de tierra que en climas más benignos pueden parecer grandiosas, importantes rebaños de ovejas (en Río Grande superaron las 10.000), la goleta *María Auxiliadora* y el vaporcito *Torino*, que aunque modestos no dejaban de ser dos buques capaces de capear las tormentas más célebres del planeta, y por encima de todo, el aserradero de Dawson y la hilandería que allí mismo regenteaban las hermanas de *María Auxiliadora*.

Entraigas no se anima a decir que Fagnano era pobre, pero sí que vivía pobremente; es decir, disponía de dinero o bien sabía cómo conseguirlo (la principal fuente de recursos de las misiones eran los cooperadores de Europa y en menor medida los de Buenos Aires y Santiago). Además sabía cómo manejarse

en el mundo financiero, pedía créditos, los devolvía o los refinanciaba, conseguía subsidios de los gobiernos argentino y chileno y, por último pero no por ello menos importante, logró poner en marcha maquinarias como el aserradero y la hilandería que, después de un tiempo, fueron manejados por los propios aborígenes y produjeron suficiente ganancia como para proveer a la misión. En La Candelaria, en cambio, acertó al comprar en Malvinas las ovejas que se adaptaban a la Patagonia y aprovechó su nada despreciable porción de terreno para levantar una explotación ganadera que dejaba sus dividendos. Razonablemente, consideraba que para mantener sus emprendimientos educativo-pastorales hacía falta dinero y no se avergonzó de obtenerlo. Su biógrafo por muy poco no identifica sus dotes económicas con la santidad:

Él quería propiedades no para negociar sino precisamente para que sus onas tuvieran un pedazo de tierra donde aprendieran a cuidar ovejas sin robarlas para vivir, una lonja de tierra donde guarecerse cuando los blancos los perseguían y un palmo de tierra sagrada donde descansar... Y esto creemos que es real y positivamente elevarnos al Cielo (p. 472).

7. UN ETNÓGRAFO CONVIVE CON LOS ÚLTIMOS FUEGUINOS: EL PADRE MARTIN GUSINDE

7.1. FORMACION, VENIDA A CHILE, SUS VIAJES A PATAGONIA Y TIERRA DEL FUEGO

Hemos dejado para el final la presentación de la obra y el pensamiento de este investigador, autor de una de las obras más completas y rigurosas sobre los indios fueguinos, quien tuvo oportunidad de convivir con ellos durante cuatro viajes que realizó a la zona entre 1919 y 1924, enviado por el Museo Nacional de Etnología y Antropología de Chile. Las conclusiones fueron volcadas en varios informes, artículos y libros, entre los que se destaca su monumental obra *Feuerland Indianer*, dividida en cuatro tomos, uno dedicado a los selk'nam, el segundo a los yámana, el tercero a los alacalufes y a la antropología fueguina y el cuarto a la antropología de los indios del archipiélago. El primer volumen fue publicado en 1931 y el último, cuyo manuscrito fue destruido durante la guerra y reescrito posteriormente, fue publicado en 1974, después de la muerte del autor, ambos en idioma alemán.



FIGURA 31: MARTÍN GUSINDE

El sacerdote, etnólogo y antropólogo Martín Gusinde, acaso el investigador que mejor conoció a los indios fueguinos antes de su extinción como pueblos. (fotografía de la solapa de su libro Expedición a Tierra del Fuego. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Una pequeñísima biografía nos informa que nació en Breslau (Woclaw), en la Baja Silesia, entonces alemana y actualmente parte de Polonia, en 1885, y siendo aún adolescente ingresó a la Congregación del Verbo Divino, caracterizada por su énfasis misionero en regiones apartadas de todo el mundo. Ingresó luego al Liceo San Gabriel en Mödling, cerca de Viena, donde inició sus estudios antropológicos. Tras ordenarse sacerdote en 1911, fue destinado a Chile para desempeñarse como profesor de ciencias naturales en el Liceo Alemán de Santiago. En 1912 comenzó a trabajar en el Museo de Etnología y Antropo-

logía de Chile, recientemente creado. Entre sus investigaciones, nos importa el viaje que hizo a la Araucanía en 1916 y 1917 para reunir nuevas colecciones etnográficas para el museo y realizar trabajo de campo en las comunidades mapuches. Fruto de ello, fue el estudio sobre medicina e higiene entre los mapuches publicado al año siguiente donde se adentró en el fenómeno del chamanismo y las técnicas medicinales de ese pueblo.

Tras esta experiencia, fue designado para viajar a Tierra del Fuego para hacer un “profundo y detallado” estudio de la cultura de los indígenas de ese archipiélago, que es el tema que nos ocupa en este trabajo. Cuatro fueron sus viajes, de entre dos y ocho meses de duración, en los que estudió las particularidades de los grupos selk’nam, yámanas y alacalufes, en todos los casos como enviado del Museo, y al final de cada viaje elevó un informe a sus superiores con un resumen de sus experiencias, las que fueron compiladas y editadas por la Editorial Universitaria de Santiago de Chile en 1979.

En 1924 Gusinde retornó a Viena y comenzó a escribir su obra magna, labor que le tomó más de cuarenta años y que recién se terminó de publicar después de su muerte, ocurrida en Mödling, Austria, en 1969. Fue editada bajo el nombre de *Indios Fueguinos (Feuerland Indianer)*. En principio se publicó solo en alemán, y la única versión en español era una abreviada aparecida en Sevilla en 1951. La versión completa en español se publicó en Buenos Aires, por el Centro Argentino de Etnología Americana en 1982.

A diferencia de los demás personajes que aquí hemos presentado, Gusinde no tenía ningún objetivo al viajar a Tierra del Fuego más que la investigación científica. A pesar de pertenecer a una orden religiosa cuyo principal objetivo es misionar, no viajó al sur en busca de reclutar almas para el paraíso ni atraer salvajes a la civilización, sino, como él mismo lo dice en su informe,

“únicamente con el fin de dedicarme a un estudio serio y a un trabajo rudo e intenso en aquellas regiones inhospitalarias, principalmente para practicar mediciones antropológicas, indispensables para el estudio comparativo de las razas humanas, para llenar con nuevas observaciones los vacíos que dejaron en sus obras escritores anteriores, para establecer según las reglas de la fonética moderna los sonidos y las letras en el alfabeto de los fueguinos y la construcción de sus idiomas y, finalmente, para coleccionar materiales etnológico y antropológicos, que con tanta urgencia reclaman nuestros Museos Nacionales. Pues, se trata nada menos que de objetos pertenecientes a súbditos chilenos que han tenido su historia y que están destinados a desaparecer, desgraciadamente, dentro de muy corto tiempo” (1979: 29).

En diciembre de 1918 inicia su primer viaje. Llega a Punta Arenas y de allí pasa a Dawson, a la que encuentra hermosa y floreciente, administrada por la Sociedad Ganadera de Punta Arenas y dependiendo en gran parte de los beneficios del aserradero de Fagnano. No encontró indios, ni lo esperaba, pero logró desenterrar 40 cráneos y 3 esqueletos, todos en buen estado y en su mayoría pertenecientes a indios alacaluf, y este fue su mayor acercamiento a la población originaria del Estrecho.

A continuación viaja a Río Grande y visita lo que resta de la misión. Pondera la obra de los salesianos, bajo los auspicios del “talentoso y activo Monseñor José Fagnano” y asegura que gracias a dicho valeroso misionero cambió la situación de Tierra del Fuego, que dejó de ser el ominoso terror del hombre civilizado. Sin embargo conviene en que hubiera sido ilusorio el suponer que alcanzaría todavía a verlos y estudiarlos (a los selk’nam)

en su ingenuidad primitiva, como eran sus deseos de investigador: “solo cinco mujeres y un matrimonio sin hijos, todos de edad ya avanzada, son los únicos sobrevivientes que me han relatado el movimiento de la vida que hubo aquí en épocas pasadas”. Reflexiona luego sobre los que quedaron en el camino y encuentra una única respuesta en el cementerio que guardaba sus despojos.



FIGURA 32: CEMENTERIO DE LA CANDELARIA

Una parte del sector antiguo del cementerio de la Misión. Allí descansan en tumbas sin nombre centenares de aborígenes muertos durante los treinta años en que funcionó como refugio de los indios.

“En ese momento sentí el hondo pesar y profundo desaliento que experimenta el investigador, al ver destrozadas sus ilusiones y desaparecidas para siempre sus mejores esperanzas; pues con este pueblo se extingue también su originalidad, y si estas peculiaridades no han sido aseguradas oportunamente para la ciencia, por medio de observaciones concienzudas y detalladas –lo que no ha ocurrido con respecto a los fueguinos- seguramente la sagacidad del especialista no alcanzará jamás a reconstruirlas teóricamente por conjeturas o combinaciones y llenar de este modo el vacío que van a dejar en el orden sistemático de la Etnología...” (1979: 37).

Su sensibilidad como hombre civilizado y como sacerdote no distraía al científico en campaña, lo que lo llevaba a lamentar en un mismo nivel la extinción de un pueblo como la ruptura en el orden sistemático de la etnología.

Más tarde viaja hacia el lago Fagnano y se encuentra con la misión de Santa Inés, centro de la estancia Viamonte, dirigida aun por el P. Zanone, y dedica palabras harto elogiosas para Thomas Bridges y sus hijos. Allí elabora un censo de los indios onas supérstites, que suman 66 hombre y 58 mujeres mayores de 17 años, 49 niños de entre 8 y 17 y 43 niños menores de 8 años, es decir un total de 216 personas¹⁰². También observa la curiosa distribución de las habitaciones de la misión, porque junto a las casitas construidas por los misioneros se levantan chozas de palo y cuero de guanaco donde los indios prefieren pasar la noche.

La zona de la misión, cercana al mar y a la cabecera oriental del lago Fagnano, está cubierta de árboles ya que allí comienza las elevaciones de la falda norte de la Cordillera, y los selk'nam utilizan



**FIGURA 33: DOS KLOKETEN PINTADOS
PARA LA CEREMONIA**

Dos "kloketén", Antonio y Arturo, pintados para la ceremonia. Fotografía tomada por Martín Gusinde en mayo/junio de 1923 en cercanías de la Laguna del Pescado, en la cabecera del Lago Fagnano

¹⁰² Al concluir este primer viaje, Gusinde esboza un censo de la población selk'nam. Parte de la base de que en 1896 no había menos de 4000 indígenas según una publicación de *El Territorio de Magallanes*, mientras ahora (1919) el contabilizó 216 en el campamento del Río Fuego, 32 en el del Lago Fagnano, 6 mujeres, un hombre y dos jóvenes en Río Grande más dos mujeres casadas que vivían fuera de las comunidades indígenas y unos 20 que estaban empleados en las estancias, lo que suma un total de 279 indios. Esta cifra aparece en la gran mayoría de los libros que se refieren a la Gobernación.

troncos para levantar sus paravientos y para hacer el fuego alrededor del cual pasan las noches. Gusinde postula que allí está la explicación de por qué no les había agradado la residencia en la misión de Río Grande, pues esa región está completamente falta de árboles y leña porque los bosques principian más al sur.

También en este viaje tuvo noticias de la ceremonia de iniciación de los muchachos fueguinos, a la que él llamó “kloketén”, aunque Lucas Bridges le había llamado “jain”, siendo “kloketén” como se llamaba a los adolescentes o aspirantes a la ceremonia¹⁰³.

Pocos días después, Gusinde dejó la misión, que a la sazón era el principal poblado de aborígenes de la isla. Se despidió con dolor ya que se había creado entre él y los indios una corriente de amistad. A diferencia de otros expedicionarios que habían tratado de iniciar trato pacífico con ellos regalándoles ropa de abrigo, galleta u otros alimentos, él había llevado su botiquín y había tratado, en la medida de lo posible, de mitigar sus dolores y sufrimientos. Al parecer, tuvo éxito como sanador, al punto que describe a su botiquín como “el medio más eficaz de atracción y la prueba más convincente de la sinceridad de mis intenciones”. Anota entonces al despedirse:

“Me separé con pena de aquella gente tan desconocida y tan cruelmente ultrajada; pluguiera a Dios pueda volver a verla cuanto antes, para penetrar más en su alma y en lo más íntimo de sus pensamientos, ideas y sentimientos”.

El investigador en campaña siempre estaba presente.

Pero al volver sobre lo vivido, no puede dejar de hacer un alegato frente a la desaparición de la raza. No agrega nada nuevo a lo que ya hemos visto, pero da crédito a las narraciones más truculentas, probablemente sin haber hecho un análisis crítico muy refinado, poniendo así en un mismo nivel de verisimilitud denuncias serias, fundadas y horrendas con otras de fuentes dudosas, exageradas e igualmente horrendas.

¹⁰³ Cuando el verbita escribe su informe desconocía las investigaciones de Lucas, quien recién las publicaría en 1948 (en la edición inglesa), y no sabemos si éste alcanzó a leer los informes de aquel. La polémica vino a ser zanjada por Anne CHAPMAN, A. quien inclusive le dedicó un libro a la ceremonia, confirmando el nombre de *Hain*.

Pongo en duda que alguien creyera posible que sólo y únicamente por la tuberculosis pulmonar se hubiera extinguida una raza entera, cuyos representantes desde centenares de años atrás se habían acostumbrado al clima rudo de la Isla Grande [...] debe haber intervenido otra causa más poderosa para predisponer el organismo de uno u otro indio para esta enfermedad y llevarlo a la tumba, causa que según mi criterio era la falta completa de una alimentación apropiada a sus costumbres. La adquisición por fuerza y el robo del terreno, invadido y ocupado por los civilizados, quitó a los indios todo medio de subsistencia [...] El indio indefenso y tímido fue lanzado de su tierra sobre la cual tenía los títulos legítimos desde antaño por la sola ocupación nunca disputada. Y si el pobre lanzado huía refugiándose a otra parte, allí le esperaba la muerte segura por la bala de los blancos. A tan bajo nivel llegó la codicia de la humanidad del hombre civilizado que las cabezas de los indios constituían muy a menudo para él un artículo de comercio; pues el ladino comerciante pagaba al asesino una libra esterlina y él vendía después el cráneo al museo de Londres por cuatro libras... ¡espléndida ganancia en números redondos! El codicioso estanciero que quería “limpiar” su campo pagaba la misma suma por un par de orejas humanas, como proporcionó igualmente la estricnina para envenenar grupos enteros de inocentes indígenas [...] Pero esta persecución de los indígenas, según un plan premeditado, puesto en práctica con refinamiento y llevado adelante sin consideración alguna, fue la principal y verdadera causa de su extinción, sin que neguemos que un conjunto de otros factores en parte ha contribuido a roer la fibra vital de su existencia” (1979: 48-49).

Pero Gusinde debía ser un optimista impenitente, porque poco después anota que el Gobierno argentino, según se lo aseguraron los respetables señores que formaron la Comisión Revisora de Tierras, le manifestaron asumiría el deber sagrado de proteger a los últimos sobrevivientes de la raza ona, creando un Parque Nacional en una zona hermosa, junto al lago Fagnano y poniéndolo a su disposición¹⁰⁴.

Dejando el país de los onas, Gusinde caminó hacia el Sur hasta llegar a la estancia Harberton, sobre el Canal de Beagle, el legendario establecimiento donde Thomas Bridges pasó sus últimos años. Allí encontró un grupo de mujeres yámanas, pero todas eran mestizas, por lo que prefirió continuar su búsqueda en Punta Remolino, donde estaba el establecimiento del “anciano y muy respetable” Pastor Lawrence, antiguo compañero de Bridges quien también había sido superintendente de la Misión y vivía en Ushuaia desde hacía casi medio siglo, por lo que seguramente era el europeo mejor preparado para orientarlo en su pesquisa. Además, había un grupo de yámanas puros que era el grupo de informantes que específicamente buscaba Gusinde.

Antes que nada, hizo un cálculo del número de indios que poblaban los canales y tomó como ciertos los datos de Lawrence, quien calculaba en 2500 el máximo de población que existía en 1870 y en 100 los

¹⁰⁴ Este parque nunca se creó a pesar de mucho que se habló al respecto. Lo que sí fue establecida fue una zona de reserva que fue entregada a aborígenes selk'nam y haush.



FIGURA 34: LAS CUATRO ETNIAS DE TIERRA DEL FUEGO INVESTIGADAS POR GUSINDE

1) El xo-ön (hechicero o médico) selk'nam Pacek, junto al padre De Agostini (*Treinta Años en Tierra del Fuego*, pág. 311). 2) Una pareja yámana, Ykaotelaoyentsis y Pachaoeli Kipa, fotografiados por J-L. Doze y E. J. Payen, de la Expedición de Martial (1882-83) (*Misión al Cabo de Hornos*, pág. 179). 3) Una madre alacaluf junto a su hijo, (en <https://ultrahistoria.tumblr.com/post/104035124027/chileniada>) y 4) Mujer selk'nam-haush, fotografiada por Alberto De Agostini (*Museo del Fin del Mundo*, Ushuaia)

que sobrevivían en 1919. Pero, a diferencia de lo que decía sobre los selk'nam, en el caso de los yámanas prefiere no opinar sobre las causas de la extinción de la raza. Sin embargo, advierte al gobierno chileno que algunos años atrás había procedido al remate de la parte oeste de la isla Navarino, lugar donde los canoeros, a pesar de sus hábitos nómades, en ciertas ocasiones guardaban sus pocas vacas u ovejas: donde celebran sus fiestas y cambian ideas sobre lo ocurrido desde que se vieron la última vez, que la enajenación de esas pocas hectáreas había dejado a los nativos sin un mínimo espacio para establecerse, lo que fue mitigado por el

“alto espíritu filantrópico del Rev. Lawrence; pues frente a Punta Remolino, en el litoral Norte de la isla Navarino, nuestro gobierno (el chileno) ha entregado en concesión algunas hectáreas de terreno al señor Lawrence y sus hijos. En ese terreno [...] fueron admitidos los tristes restos de la tribu yámana; aquí podían construir sus chozas, tener algunos animales con permiso de los concesionarios, sin que éstos últimos tuvieran provecho alguno”. (1979: 57).

Y más adelante vuelve sobre el tema de la tierra:

“... sería una obra altamente humanitaria y patriótica conceder a esos últimos restos de una raza que se extingue, algún terreno en donde puedan pasar con tranquilidad los pocos años que les quedan de existencia, donde no se les persiga y no se les explote, ya que ello se conforman con una isla o un sitio cualquiera medianamente adecuado a sus pocas necesidades primordiales de existencia. De todos modos, me parece conveniente que después de 4 años, es decir cuando termine el plazo de la concesión hecha a los señores Lawrence en la isla Navarino, el Supremo Gobierno, velando por el interés directo de los poquísimos indios yámanas que aún existen y que han sido los primeros y legítimos dueños de aquellas tierras, prorrogara el plazo de dicha concesión por algunos años más” (1979: 58).

Al año siguiente Gusinde vuelve al archipiélago con el objeto de profundizar sus estudios. Esta vez va directamente a territorio yámana, comenzando por Río Douglas, último lugar en que estuvo la misión anglicana, donde ahora había una estancia ovejera, y a falta de aborígenes con quienes hablar, practica algunas excavaciones y obtiene algunos objetos originales como una canoa de un solo tronco, modelado a hacha y fuego¹⁰⁵. Comprueba las costumbres nómades de estos indios y, como el número de ellos no excede el centenar, resulta muy difícil seguirlos en sus derivas si no se tiene un buque adecuado. Enton-

¹⁰⁵ Este tipo de canoa implicaba un importante cambio tecnológica, ya que las canoas tradicionales eran hechas con corteza de lenga calafateada y, por regla general, duraban solo un año antes de su deterioro final. La canoa hecha de un tronco ahuecado y modelado con fuego recién fue posible con la utilización de herramientas aportadas por los blancos.

ces cruza el canal Beagle y acude a la estancia de los Lawrence, “los filantrópicos protectores de aquella raza desheredada”. Sabe que allí, en Punta Remolino, los yámanas, en época de esquila encuentran ocupación durante 5 ò 6 semanas por lo que se apresura a presentarse con su instrumental antropológico, máquina fotográfica y una buena cantidad de medicamentos, con los cuales había logrado siempre atraerse la confianza de los desconfiados aborígenes.

Entre los medicamentos y la buena voluntad de los Lawrence, logra suavizar las sospechas que el indio siente frente a cualquier desconocido y, según su versión, alcanza “tanta confianza como jamás civilizado alguno hubiera recibido de parte de ellos”¹⁰⁶ Se impuso así del tesoro mitológico de los yámanas, al que describe como grande y precioso, recordando las horas y horas que paso a la lumbre del fuego escuchando lo que por tradición conservaban de sus antepasados.

“Allí –evoca- al abrigo de sus pobres chozas, me referían cómo y de dónde habían venido los primeros hombres a estas regiones, cómo se formó la inmensidad de los canales y la nieve eterna que cubre de blanco sus montañas...” Y más adelante trata de explicar el porqué de la confianza que le brindaron los indios: “Lo único que puedo decir al respecto, es que les he acompañado día y noche sin mostrarme jamás con aquella imperiosa superioridad que el civilizado acentúa en todas partes; me he amoldado en todo mi ser a ellos, me he contentado con la comida propia de ellos a pesar de su defectuosa preparación; estuve sentado con ellos alrededor de su fuego para abrigarme en las noches frías y lluviosas; les he seguido en sus cantos lastimeros y quejumbrosos [...] compartí también sus alegrías cuando en los largos días, a horas avanzadas, hacíamos una abundante pesca; en una palabra: *me he amoldado a su ser tan íntimamente que he sentido con ellos y como ellos*” (1979: 78-79)

¹⁰⁶ Reitero lo anotado más arriba: Gusinde no debía conocer en detalle la historia de Lucas Bridges, quien se crió entre niños yámanas, aprendió su idioma casi como lengua materna y vivió cientos de peripecias junto a ellos.

A tanto llegó la confianza alcanzada por el sacerdote, que fue invitado a participar de sus ceremonias secretas. En el caso de los yámanas se trataba del *schejáus*, que Gusinde traduce como “colegio”, ceremonia de iniciación de los jóvenes, equivalente al *hain* de los selk’nam y básicamente similar. Hacía 9 años que no celebraban una de estas ceremonias, lo que es explicable por la poca cantidad de indios que quedaban. En efecto, en este caso fueron solo dos los aspirantes, a los que se sumó el sacerdote



FIGURA 35: MARTIN GUSINDE Y SUS COMPAÑEROS DEL SCHEJAUS

El grupo que participó del schéjaus de 1922. Martín Gusinde es el primero desde la izquierda en la fila de atrás y Wilhem Koppers el del extremo derecho. Si bien el verbita sugiere que la ceremonia se hizo porque hacía muchos años que no se la celebraba, hay coincidencia desde el lado yámana (v Patricia Stambuk, 1986) y entre los antropólogos que actualmente continúan estudiando el tema en que el schéjaus se hizo por pedido de Martín Gusinde quien quería presenciar dicho rito (comunicación verbal de la Dra. Estela Mansur, investigadora del CADIC – CONICET de Ushuaia.

alemán y quién lo había acompañado en este viaje, el científico Wilhehn Koppers.

Este “colegio” tiene por objeto una enseñanza práctica y una instrucción de carácter moral de la vida. A los jóvenes se les instruye de preferencia en el manejo de las armas, en la caza y en la pesca, y a las niñas se les enseñan las obligaciones de la mujer. Además, y después de sufrir duras pruebas de ayuno y de resistencia, los aspirantes eran iniciados en los principales mitos de la raza: la creación del mundo, la llegada de los primeros hombres y las instrucciones que éstos dieron a los yámanas, y varias otras tradiciones más, que el autor evaluó como de suma importancia para la etnología y psicología, pero además, por el hecho de haber asistido a la ceremonia del *schejáus*, fue incorporado a la tribu yámana y quedó autorizado a asistir a la segunda etapa de instrucción, que ellos denominaban “*Kina*”.

Vinieron otros días y otras noches y hubo más reuniones al calor del fogón,

“comentando nuestras relaciones que insensiblemente se habían hecho tan estrechas e íntimas; hablábamos sobre el porvenir de la raza cuyos últimos representantes estaban reunidos alrededor de este fuego; recordábamos los hechos de los antepasados, su vida libre e independiente, su suerte triste que empezó con la venida de los civilizados, su rápida desaparición debida a la absorción de toda actividad independiente por los blancos. Un solo consuelo parecía animarles [...] y era que llegaron a conocerme a mí; les parecía que era yo el único blanco que abrigaba caridad. Esta circunstancia me conmovió profundamente y sentí como ellos la cadena de amarguras que sin culpa alguna había atado la existencia de su raza para sepultarla al golpe de los más crueles sufrimientos” (1979: 84)

Por fin, los yámana, que según los últimos cálculos de Gusinde apenas si eran unos 73 ó 74 individuos, partieron en sus canoas hacia los canales a continuar su vida nómada y el investigador partió hacia el Norte. Todavía debía visitar el campamento de Río Fuego para continuar sus investigaciones sobre el idioma de los selk'nam, levantar información sobre el perro fueguino y pasar luego a Última Esperanza donde revisó la célebre cueva del Mylodón. El incansable misionero regresó a Santiago el 9 de marzo y en su informe propuso un nuevo viaje para investigar sobre la raza Alacaluf, los canoeros del Estrecho y los canales occidentales, que era un grupo muy poco estudiado, lo que consideraba un urgente problema para el mundo científico que esperaba que fuera muy pronto solucionado por un hombre de ciencia. Su fina delicadeza le impedía ofrecerse para tal cometido, pero con muy buen criterio, resultó el hombre elegido al autorizarse la misión en diciembre de 1921.

En este tercer viaje, Gusinde volvió a encontrarse con los yámanas y participó de la ceremonia de *kina*, que es también una especie de colegio, no menos severo que el anterior y donde sólo se aceptan en él a los varones que se han hecho dignos de concurrir a la casa ceremonial. El fin principal de ésta es dar a conocer los medios de dominar a las mujeres a fin de que éstas se sometan en todo a la voluntad de los hombres y no intenten volver a dominarlos, como sucedía antes, en una edad mítica, según la tradición.

Probablemente el descubrimiento más importante que hizo en este viaje, fue el de la existencia de ideas religiosas en la cultura yámana, lo cual no había sido percibido por ninguno de los estudiosos anteriores. El mismo Thomas Bridges, a quien por su investidura religiosa se lo puede suponer propenso a pensar que la idea de un Ser Superior es connatural a la gran familia humana, había afirmado categóricamente que carecían completamente de tales conceptos.

Sin embargo, cuenta Gusinde que en una noche alrededor del fuego y cuando los ancianos le hablaban del mito del diluvio, se atrevió a preguntar quién había sido el autor de la inundación y un anciano murmuró quedamente: "*Watauinewa*". Preguntando quién era ese *Watauinewa*, no obtuvo contestación. Pero ya tenía la punta y en los días siguientes continuó indagando hasta poder componer un panorama completo de sus creencias: Los yaganes poseen una religión en cuyo centro se divisa en forma perfectamente nítida un *Ser Supremo*. Son por lo tanto monoteístas. Llamen a ese Ser Supremo *Watauinewa*, esto es *el Eterno, mi Padre*, o también *Hitapuán*, que significa *mi padre*, o por último *Monauanakin*, el Supremo. Y este *Watauinewa* no vive alejado del mundo sino que desempeña un rol muy activo en la vida de los hombres. A él se dirigen en todas sus necesidades, invocan su auxilio cuando deben enfrentar los furores de la tempestad; cuando mueren seres queridos le lloran su dolor y hasta le riñen de palabra. Y cuando consiguen lo que piden no se olvidan jamás de expresar sus agradecimientos al *padre de las alturas*¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Anne CHAPMAN, A. supone que *Watauinewa* era un ser supremo en el sentido en que él (o eso) determinaba cuándo y dónde iba a morir una persona. Lo invocaban mediante cantos y le imploraban un pasaje tranquilo cuando tenían que cruzar aguas demasiado peligrosas con las canoas. Y lo retaban o insultaban cuando moría un niño. No había creado el universo, ni la vida sobre la tierra y no había impuesto un código moral, como suelen hacer los dioses universales. Los dos hermanos Yoalox y su hermana impusieron el código moral y le enseñaron a la gente a cazar y sobrevivir (2009: 74)

Finalmente, vuelve sobre el tema de las tierras: los yaganes sólo necesitan que se les asegure la pequeña porción de terreno que Lawrence les había cedido y donde habían levantado sus sencillas chozas, cultivaban jardines y cuidaban algunos animales. Pero la concesión de Lawrence finalizaba ese año “y los pobres indios tendrán que abandonar sus posesiones para perder, tal vez para siempre, el único refugio seguro que la suerte les había deparado”.

Nuevamente confía en el Supremo Gobierno de la República, quien “inspirado en iguales sentimientos de humanidad, encontrará una solución a este problema. Se trata solamente de favorecer a unos setenta indios, pertenecientes a un pueblo que, después de haber sido diezmado, no aspira más que a pasar los postreros días de su existencia en un terreno que les pertenezca y en el que nadie los moleste” (1979: 122).

En su cuarto viaje, en 1923, Gusinde estudia entre otras cosas la formación del médico entre los yámanas; ese *yekamush* que Thomas Bridges había tildado ligeramente como un simple farsante. Pero el antropólogo decide penetrar en sus misterios, tema en el que ya tenía experiencia al haber estudiado los orígenes del poder de los *machis* entre los araucanos y de los *xo-ön* entre los selk'nam. Para empezar, en su larga disquisición sobre el tema, prescinde prácticamente de la palabra *yekamush* y los trata siempre de “médicos” y al referirse al colectivo habla de la “escuela médica yagán”. Escribe sobre su formación, realizada de una forma ceremonial con el aprendizaje de cantos rituales que aparentemente los investirían de algún poder especial. Y este poder debe cultivarse ya que las terapias usadas por la ciencia yámana se basan en la hipótesis de que el médico debe extraer del cuerpo del enfermo una flecha o dardo que está localizado en la parte dolorida y que le ha sido disparado por algún enemigo, pero los manejos del médico tendrán éxito sólo cuando él sea un doctor más poderosos que aquel que había lanzado la flecha invisible.

También continúa investigando el sistema religioso y alcanza una idea más completa del Ser Supremo, respetado y venerado por los aborígenes bajo la creencia de que él domina todo, de él provienen las leyes y disposiciones, las buenas costumbres y preceptos que los rigen; él quiere que se cumplan sus mandatos y, como lo ve todo, castiga, casi siempre con la muerte temprana, a los que no lo observan. Él es un espíritu puro y no tiene ni tuvo cuerpo; nadie puede verle, a pesar de que está presente en todas partes; él existía mucho antes que los primeros pobladores yámanas y él no muere jamás. De él son

todas las cosas porque él las ha hecho, sin embargo, permite matar los animales necesarios para el sustento de los hombres¹⁰⁸.

Pero estas ideas religiosas se mantienen ocultas para los extraños. Los indígenas las guardan con sumo recelo y solo dos años antes y gracias a las circunstancias especiales que lo acompañaron, pudo Gusinde determinar las particularidades de ese sistema “bien sencillo en su estructura pero grandioso en sus ideas” (p. 125).

Al concluir su último informe, el etnólogo-sacerdote aboga por sus indios. Finalmente, sus largas estadías con ellos no sólo han servido para acaparar datos sino que lo impulsan a defenderlos. Dice entonces dirigiéndose al gobernador de Magallanes y resumiendo los reclamos que ya había presentado anteriormente:

Señor Gobernador: Es para mí un deber muy grato presentar a esta Gobernación el informe sobre los medios de proteger y radicar a los indios de la Tierra del Fuego, en conformidad a lo dispuesto por el señor Ministro de Relaciones Exteriores [...] 1) En cuanto a los indios *Onas* que se encuentran en la isla Grande de Tierra del Fuego, el infrascripto considera a nuestro Supremo Gobierno ya libre de la obligación de intervenir en la protección de esta tribu en cuanto que todos los sobrevivientes indios frecuentan, hoy en día, casi exclusivamente el territorio argentino, pues como es sabido, el Gobierno argentino reservó un lote de terreno suficientemente extenso, a orillas del lago Fagnano, para esos indios, donde ellos están seguros de atropello por parte de civilizados y donde pueden seguir viviendo con toda tranquilidad. También esta tribu, que hoy día queda formada por unos 270 individuos, tiende a desaparecer dentro de poco tiempo. 2) En cuanto a los indios *yaganes* [...] Desde hace pocos años, un lote de terreno al Norte de la Isla Navarino, entregado en concesión por el Sup. Gobierno a un tal Gajy, quedó desocupado por cuanto el nombrado no consideraba suficientemente lucrativa la inversión de capitales y trabajos en un terreno tan ingrato. Por tal razón, los últimos sobrevivientes de la raza *yagan* se radicaron en este mismo terreno, precisamente en los alrededores del Puerto de Mejillones; aquí levantaron algunas viviendas sencillísimas, hicieron pequeñas siembras y cuidaron sus pocos animales. Los señores Lawrence Hnos., avocados en el nombrado lote de terreno, llevados por un alto espíritu filantrópico, seguían ejerciendo sobre aquellos indios cierta protección, ayudándoles en todos los apuros de su situación triste y lastimera. [...] Pero en vista de las intenciones del Supremo Gobierno de poner en remate toda la Isla Navarino, los indios se verán forzados de retirarse de aquel lugar seguro y estarán otra vez en la situación mísera de no tener donde levantar con seguridad sus humildes chozas. Por tal razón el infrascripto considera una obligación justiciera y urgentísima reservar este lote de terreno [...] para el usufructo exclusivo de los indios *yaganes* [...] Hallándose estos indios completamente desamparados, esperan por justicia, que se les conceda un lugar seguro, donde los últimos representantes del pueblo *yagán* puedan pasar con tranquilidad los pocos años que les quedan de existencia”. (1979: 170).

¹⁰⁸ Un dios creador, proveedor, legislador, omnisciente, determinante de las buenas costumbres, controlador de su cumplimiento, invisible, omnipresente y sin tiempo ya que no tiene principio ni fin. Características demasiado parecidas a la del dios judeo-cristiano como para que se trate de simples coincidencias descubiertas por un misio-nero católico.

Gusinde es plenamente consciente de que a las razas fueguinas les queda poco tiempo de existencia y pide por su tranquilidad y seguridad pero no se hace ninguna ilusión de que puedan subsistir. Es cierto que con sus trabajos y publicaciones logró salvarlas del olvido, que hay muchos aspectos de su vida y costumbres que sólo le fueron transmitidos a él y que todavía en nuestros días es fuente imprescindible para cualquiera que desee conocer cómo era la vida de nuestros primeros aborígenes, pero también es cierto que poco o nada pudo hacer para mitigar el dolor de una raza que fatalmente se extinguía.

7.2. DE OBSERVADOR CIENTÍFICO A ABANDERADO DE LAS SOCIEDADES FUEGUINAS

Es común que todo investigador que pasa cierto tiempo estudiando un objeto termine involucrado en un compromiso afectivo con él. Descubre aspectos que antes desconocía, devela secretos que no se percibían en la superficie, conoce características que en general lo hacen más interesante cuando no más valioso y digno de afecto. Esto ocurre frecuentemente tanto en los estudios históricos como en los etnográficos porque el investigador llega a comprender los motivos que llevaron a tal o cual personaje o sociedad a comportarse de determinada manera.

Y justamente esto es lo que ocurrió con Gusinde y las sociedades fueguinas. Si en 1918 partió hacia el sur con el objeto de practicar trabajos de investigación, en la medida en que convivió con los aborígenes de forma totalmente igualitaria, compartiendo sus hábitos y penurias, andando, durmiendo, comiendo y sufriendo de la misma forma que ellos, penetró en sus más íntimos secretos y terminó siendo el más entusiasta partidario de esas sociedades.

Venía de un punto de partida adverso. Él mismo señala que ningún otro pueblo salvaje había sido descrito en forma tan unánime por observadores de todos los pueblos y naciones con tonos tan poco favorables, y recuerda la frase de Darwin sobre la primera visión de un salvaje (v. p. 3.6.2.1., pág. 36)

Analizó el exterminio de los fueguinos sin ahorrarse menciones a los blancos civilizados que habían ocupa-



FIGURA 36: *Dos niñas selk'nam fotografiadas por De Agostini. La hermosa sonrisa de la hermana mayor parece expresar el estado de completa felicidad del que habla Gusinde. Tanto gustó esta foto que fue seleccionada para ilustrar la edición del libro del sacerdote salesiano "Treinta Años en Tierra del Fuego" que publicó Peuser en 1956.*

do sus tierras. Aceptó como ciertas las acusaciones contra ellos que habían hecho viajeros y misioneros, particularmente las que había recogido el salesiano Alberto De Agostini, quien se había preocupado por puntualizar los crímenes que muchos cronistas de su propia orden habían preferido callar. Luego se introdujo sin reservas en los toldos (o en las canoas) con espíritu humilde y dispuesto a compartir sus días para poder conocerlos genuinamente, y se puede decir que de este conocimiento surgió

una verdadera admiración por la forma como los fueguinos se habían adaptado a una de las naturalezas más hostiles de la tierra.

Varias veces Gusinde reitera la clave para el éxito de su misión. Toda su empresa dependía de la posibilidad de que los aborígenes adquirieran plena confianza con él. "Tenía que lograr —escribe— ante todo que los selk'nam me reconocieran como un europeo de buen corazón y le obsequiaran con su leal confianza" (2003: 72).

Lo logró. Y vivió entre los fueguinos; y durmió en el suelo, junto al fuego, cubierto por una piel de guanaco, y durante meses enteros se alimentó solamente con carne de guanaco mal cocida, y se higienizó poco y mal rompiendo la escarcha que cubría los charcos. Y después de un tiempo, como él mismo dice, se halló sinceramente bien dentro de aquella sociedad morena. Y los aprendió a mirar con amor y res-

peto. Y comprendió que la actitud que debía tener un investigador dependía de su humilde acercamiento a la parcialidad estudiada¹⁰⁹.

Quien ve en el indio a un ser naturalmente inferior, retrasado y no desarrollado, quien no se esfuerza por comprenderla utilidad o finalidad de sus creaciones y objetos usuales, quien no siente ninguna estimación de su fidelidad conyugal, honestidad y cariño filial y no le merecen la más mínima atención su moralidad y religión, no es apto a mi entender para la investigación de los pueblos salvajes, no puede llevar a cabo un verdadero trabajo de investigación, no hace más que sembrar la confusión y lo mejor que puede hacer es quedarse en su casa” (2013: 75).

Gusinde entendió la conveniencia de entrar a esas sociedades por medio de los niños. El primitivo apreciaba mucho más la buena y sincera voluntad que se le dispensa a sus pequeñuelos, que la que se manifiesta a él mismo –asegura-. Por eso se juntó con los muchachos, participando en sus juegos y bromas, olvidándose de sus años. La tímida actitud de los jóvenes fue cediendo y se fueron convirtiendo en sus buenos y fieles amigos.

Si se suma a esto la fama de sanador que había ganado gracias a los medicamentos que llevaba como carta de presentación, entenderemos cuales fueron las herramientas fundamentales que permitieron que sus investigaciones fueran las más serias y completas realizadas hasta entonces.

Pero no sólo eso. En Gusinde el conocimiento de los pueblos fueguinos se transformó con el tiempo en admiración. Entusiasmo por su capacidad de adaptabilidad a un entorno tan carenciado y hostil, el mismo que había ahuyentado a todos los europeos que habían llegado hasta allí, por lo menos hasta la

¹⁰⁹ Gusinde toma casi al pie de la letra la metodología de Malinowski (¿o será al revés?). El antropólogo polaco era apenas un año mayor que el alemán, de donde se puede deducir que tuvieron similares formaciones académicas. Vimos lo que opinaba Gusinde sobre la única forma de acercarse u recabar información de los indígenas. Veamos lo que opinaba este antropólogo social. “Como bien sabemos la antropología evolucionista del siglo XIX se dedicaba a los datos traídos por viajeros, misioneros o administradores de las tierras colonizadas, pero muy rara vez salieron de la comodidad de sus estudios, teorizaban y comparaban, analizando esas fuentes secundarias”. Fue Malinowski el que se puso una marca innovadora en lo que conocemos como la metodología clásica de la antropología el trabajo de campo o la permanencia prolongada sobre el terreno. Sólo a través del trabajo de campo puede el investigador interiorizarse y comprender a la sociedad estudiada, ya que como muy bien lo explica en *Los Argonautas del Pacífico Occidental* (1922) la estancia debe ser prolongada, “el antropólogo debe ir a las aldeas, convivir con los nativos, lejos de los otros blancos”. Su originalidad se basó también en la creación de algunas técnicas tales como la observación con participación o la elección del informante clave, que implicaban un mayor compromiso por parte del investigador debido a su participación en el proceso de conocimiento. Podemos afirmar que fue una metodología revolucionaria ya que una ruptura con la antropología evolucionista del siglo XIX. (SINISI, L., en Lischetti, Mirtha, 2007: 129)

instalación de la misión de Ushuaia; el que llenaba de terror a los marinos que se aventuraban a navegar sus aguas; el que encajaba tan bien con las leyendas de feroces salvajes antropófagos que recogió Darwin en su famoso viaje. Recordemos lo que había escrito:

“... Allí vimos al nativo fueguino: un salvaje sin civilizar es uno de los espectáculos más extraordinarios del mundo. La diferencia entre un animal domesticado y otro salvaje resulta sorprendentemente más notoria en el ser humano; en el bárbaro desnudo, con el cuerpo cubierto de pintura, con gestos que resultan ininteligibles, sean pacíficos u hostiles, hacen difícil que veamos a un congénere...” (v. pág. 31).

Gusinde, en cambio:

“En realidad, se ha acostumbrado nuestra tribu a su inhóspita y pobre patria y ha adaptado maravillosamente a ella sus instituciones externas en el sentido de su más amplia significación. De ello surge un feliz intercambio entre ésta y el hombre. A base de ella organiza su felicidad, pues su patria le ofrece la satisfacción de todos sus deseos en tal medida que no desea cambiarla por otro lugar de la tierra. ¡Los fueguinos se sienten completamente felices en su pobre mundo ambiente! No consideran en manera alguna como un defecto carecer de aquellos objetos usuales y de aquellas necesidades que nosotros, los europeos, consideramos como indispensables. Quien examina su posesión en bienes materiales comprueba al cabo de muchas meditaciones y de extensas comparaciones su extraordinaria y eficiente capacidad intelectual, pues merced a su agudo ingenio ha hecho las cosas más útiles con el más ridículo material [...] ¡Nuestros indios eligen y trabajan el material de que disponen con tanta utilidad que con el gasto del más mínimo esfuerzo consiguen el mayor éxito! Semejante efecto recíproco entre hombres y naturaleza puedo definirlo como de “Optimum adaptationis” (2003: 92)

Y más adelante da rienda suelta a su entusiasmo:

Nosotros los europeos quizá consideremos la forma de vivir de los selk'nam como miserable e indigna de un ser humano, pero los bienes materiales no constituyen solo la felicidad del hombre, pues mientras menos cosas posee el selk'nam con más comodidad recorre la región. Lo que necesita para su bienestar se lo ofrece abundantemente la naturaleza y en los esfuerzos necesarios triunfan sus facultades intelectuales [...] Es un hombre completamente libre y se siente como tal, usando mucho de dicha libertad. Se encuentra en su propia patria como señor consciente de su victoria (2003: 101).

Los juicios de Gusinde parecen estar influidos por la teoría del buen salvaje, y bien puede ser un continuador del primer Colón, de Bartolomé de Las Casas, de Montaigne o de Rousseau. Los fueguinos son definidos como los hombres más felices del mundo en una sociedad en la cual casi no existe el mal. En realidad no es tan así porque en otros párrafos habla de las guerras intestinas libradas entre los selk'nam, pero es verosímil que con esta descripción idílica de la vida entre los fueguinos el sacerdote antropólogo haya querido hacer algún tipo de manifiesto en defensa de los pueblos originarios que es-

taban siendo desplazados o literalmente aniquilados por el avance arrollador de la “civilización”. Gusinde llegó a Tierra del Fuego como observador y se transformó en abogado de las sociedades fueguinas, a las que defendió incondicionalmente no solo por un impulso humanitario sino también porque creía en la excelencia de esas sociedades para poblar esas tierras, dado su *optimum adaptationis*.

Los indios confiaron en él porque eligió vivir entre ellos para conocerlos e hizo lo poco que estaba en sus manos para mitigar sus dolores. Además, cumplió la palabra dada y cada vez que prometió que volvería al año siguiente, allí estuvo ante la feliz sorpresa de sus amigos que jamás habían visto a un blanco que cumpliera su palabra¹¹⁰. Gusinde no se priva de envanecerse por la confianza ganada, lo que le permitió penetrar en algunos secretos y arcanos de los indios, tanto selk’nam como yámanas, como por ejemplo las ceremonias de iniciación del *hain* y el *schejáus*, o la existencia de su divinidad, el *Watauinéiwa* de los yámanas, el *Temáukel* de los selk’nam o el *Xolas* de los alacalufes, que hasta entonces habían mantenido vedado al conocimiento de los hombres blancos.

Esto permitió que pudiera concluir su monumental estudio de los indios fueguinos, y, como él mismo lo sospechara, el último estudio en que se trabajó sobre comunidades en un estado no muy diferente al original. Menos de 100 yámanas, algo más de 200 selk’nam y un número similar de alacalufes quedaban aun sobreviviendo penosamente, manteniendo muchos aspectos de su cultura ancestral. Ciertamente que los selk’nam sólo subsistían en las reducciones salesianas o, unos pocos, como trabajadores en estancias de los blancos, que los yámanas sobrevivían gracias a la protección de un pastor anglicano afincado en esas tierras y a la sazón solo aspiraban a gozar de unas pocas hectáreas concedidas por el gobierno chileno donde pasar sus últimos años y que los alacalufes, ya fuertemente aculturados, eran una sombra decadente de lo que alguna vez habían sido, pero el sacerdote alemán hizo grandes esfuerzos para, con los medios que tenía, alcanzar a conocer la esencia de esas sociedades.

Después, como todos, se fue.

¹¹⁰ Esto es lo que afirma Gusinde (v. p.e. 1979:78, 2003: 84) aunque él mismo se refiere a algunos blancos que eran apreciados por los indios como sus protectores y amigos. Se refiere con mucho respeto a la familia Lawrence, uno de cuyos hijos inclusive estaba casado con Nelly, una muchacha yámana, al padre Zanone de la misión de río Fuego y, con palabras elogiosas pero sin explayarse mucho, a la familia del reverendo Bridges.

8. A MODO DE CONCLUSION

8.1. SOBRE DARWIN Y FITZ ROY

En los capítulos anteriores hemos repasado, poniendo el acento en seis testigos directos, las opiniones, reflexiones, acciones y recomendaciones que realizaron a partir de sus observaciones sobre el indio fueguino. El período elegido abarca casi exactamente un siglo: desde el primer contacto de los marinos de la expedición hidrográfica inglesa de los navíos *Beagle* y *Adventure*. La primera observación es del mes de diciembre de 1826 y la firma el Capitán Parker King, del *Adventure*, quien avista y entra en contacto con aborígenes aonikenk (tehuelches del sur) y a los pocos días con los primeros canoeros alaculufes. El último comentario que volcamos es de Martín Gusinde en su último viaje a Tierra del Fuego, cuyo informe final está fechado en Santiago en abril de 1924. Prácticamente un siglo durante el cual los hombres blancos reconocieron y ocuparon la Tierra del Fuego, tomaron posesión de ella y sometieron a sus primitivos habitantes, los estudiaron, los intentaron educar y evangelizar, contemplaron su extinción y la aceleraron o, en algunos casos, pretendieron ralentizarla, hasta dejarlos librados a su propia suerte, es decir a la voluntad de los hombres blancos que venían del norte apoyados no sólo por máquinas de matar más desarrollada sino también por la ley y las instituciones dictadas por los gobiernos civilizados.

Esos testigos estuvieron en contacto directo con los aborígenes, en algunos casos como simples observadores, en otros como evangelizadores, en otros como estudiosos de su vida y costumbres, y en otros solo como dueños de tierras, sensibles frente al drama de la extinción de los indios. Todos ellos eran europeos salvo el caso de Lucas Bridges, argentino de nacimiento aunque británico para las leyes inglesas y, junto con Gusinde, miembro de pleno derecho de las comunidades yámana y selk'nam por voluntad y elección de los mismos aborígenes.



FIGURA 37: EL MAPA DE SUD AMÉRICA Y LA TIERRA DEL FUEGO LEVANTADO POR PARKER KING DURANTE EL PRIMER VIAJE DEL BEAGLE. *Es notable la diferencia respecto a todos los mapas anteriores, aunque aún se notan errores en la Bahía de San Sebastián (tal vez las inmensas amplitudes de marea no hayan permitido realizar un relevamiento completo), en la segunda angostura de Magallanes, donde no queda claro por donde pasa la costa Sur y en el Canal Beagle, donde no se han separado el brazo norte del brazo sur y no aparece como posible la salida al Pacífico por los canales Cockburn y Magdalena. Tampoco figura el Lago Fagnano, aunque esto es comprensible en un mapa hidrográfico*

No fueron las primeras expediciones a Tierra del Fuego. En realidad desde el viaje de Magallanes espa-

ñoles, holandeses, británicos y franceses habían cruzado el Estrecho o doblado el Cabo de Hornos, aunque en muy contadas ocasiones habían bajado a tierra, una sola vez (la malhadada expedición de Sarmiento de Gamboa) habían intentado fundar establecimientos en tierra, pero en la mayor parte de los casos simplemente habían hecho reconocimientos desde mar adentro, mediciones astronómicas, mapas y levantamientos hidrográficos¹¹¹, además de observaciones con fines estratégicos, estudios geológicos y recopilaciones de especies botánicas. Muy pocas veces se había bajado a tierra y cuando esto había sucedido, los datos sobre los aborígenes habían sido pocos y superficiales. Sin embargo, en las instrucciones dadas a Parker King en 1826 (v. pág. 14) así como en las recibidas por Fitz-Roy en 1831, la obtención de datos de tipo antropológico no está como uno de los objetivos, aunque la inclusión de Darwin en la segunda expedición sugiere que el tema no era del todo indiferente.

En ambos viajes, en un principio, los ingleses quedaron vivamente impresionados por el grado de salvajismo de los fueguinos. En aquella época salvajismo era el nombre que se daba al grado más primitivo y elemental de civilización. Volvamos a Navarra Floria,

En el marco de una visión gradualista de las civilizaciones y del evolucionismo sociocultural del siglo XVIII, la Ilustración asignó el carácter de *salvajes* a las comunidades más alejadas del paradigma cultural europeo-occidental, distinguiéndolas de los *civilizados* y los *bárbaros*. [...] . Esta conceptualización antropológica cristalizó en las primeras décadas del siglo XIX en los círculos académicos europeos [...] (En la obra de) Alcide D'Orbigny [...] se asigna a los indígenas no sometidos (los "indios libres") unas características culturales y físicas concretas que los hacen permanentemente inasimilables para la civilización" (Navarro Floria, 2001: 346).

Sin embargo, las cosas habrían de cambiar con el episodio del robo de la ballenera. Indignado ante un hecho que lo atrasaría en sus difíciles mediciones y tal vez herido en su amor propio al haber sido burlado por gente tan inferior, Fitz-Roy procedió a efectuar cuatro secuestros, lo que estaba puntualmente prohibido por los reglamentos del Almirantazgo. No consiguió recuperar la ballenera pero perdió mucho tiempo en el intento, por lo que en un momento se encontró sin posibilidades prácticas de dejar a sus nuevos huéspedes en su tierra y apurado por llegar a tiempo a su cita con el Jefe de la Estación Bri-

¹¹¹ Cuánta sería la ignorancia sobre la geografía de Tierra del Fuego que en las instrucciones entregadas a Fitz-Roy en 1829 se le ordena "poner fin a la cuestión del Canal de San Sebastián", dado que a pesar de los muchos viajes realizados a la zona aún se utilizaban algunos mapas en que la Bahía de San Sebastián estaba unida por un brazo de mar con la Bahía Inútil, en el Estrecho de Magallanes, con lo cual en lugar de una isla Grande de Tierra del Fuego habría dos (Fitz-Roy, 2016: 50)

tánica en Río de Janeiro. Por lo tanto comienza a elaborar la idea por la cual transformaría una falta disciplinaria en un gesto altruista y filantrópico que ayudaría a la civilización y evangelización de los fueguinos. Y aceptemos que el primer viaje de King y Fitz-Roy es recordado mucho más por el incidente con los jóvenes aborígenes que por las batimetrías y levantamientos topográficos que realizó.

Pero, ¿qué se proponía Fitz-Roy con su idea de aldea cristiana, dirigida por un catequista poco más que adolescente a quien seguirían una niña de nueve años, un adolescente buenazo y fatuo y un joven a quien todos describían como hosco y ladino y que terminó escapando con todo lo que pudo robar del nuevo poblado? Cuesta creer que una persona que, como todo hombre culto de su tiempo, conocía las ideas de Buffon, creyera en la posibilidad de ese proyecto. Recordemos que en aquella época el indio no sometido era considerado un ser representativo de un estado de decrepitud y estupidez por el cual no había sabido llegar a la civilización (TACCA, M.: "El siglo de las luces", en Lischetti, Mirtha (comp.) [2014]: *Antropología*, Eudeba, Buenos Aires). ¿Podían entonces fundar una colonia cristiana con el dudoso padrinazgo de un joven catequista?

Fitz-Roy necesitaba alguna satisfacción, algún resultado de su aventurada empresa, pero todo hace pensar que ni él mismo podía creer en su éxito. A los fueguinos los había enviado a una escuela para párvulos, donde su educación se había limitado a la que reciben los niños antes de entrar a la escuela elemental y con la dificultad de que desconocían por completo tanto el idioma como los conocimientos elementales que adquieren los niños en su primera infancia en el ámbito de la familia. ¿Qué autoridad podían tener para convencer a sus paisanos de las ventajas de la civilización y la religión de los europeos, en la cual apenas habían sido instruidos y ni siquiera hay testimonios de que hubieran sido bautizados? Pero el capitán Fitz-Roy, descendiente de reyes y sobrino de un primer ministro, primer promedio en el Royal Naval College de Portsmouth donde se graduó con la máxima calificación (100 %) a los 12 años, hombre de moral intachable y cristiano devotísimo, no podía reconocer sin más su error al llevar a los fueguinos a Inglaterra. Y con la misma obstinación con que se había dedicado a buscar la ballenera entre los intrincados canales y la misma tenacidad con que condujo al *Beagle* en los cinco años que le llevó la circunvalación de la Tierra, se impuso el mandato de fundar una población de perfil europeo desde donde sus catequistas proclamarían un Evangelio que seguramente desconocían. ¿Acaso sentiría algún compromiso con los reyes que tan bien los habían tratado? ¿O pensaría que la "conversión" y subsiguiente

salvación de los indios sería la mínima retribución que les debía por haberlos sacado de su tierra cuando ninguno de los cuatro desdichados tenía nada que ver con el robo del bote?

Como tantos otros casos de la historia, a la conducta de Fitz-Roy con los fueguinos es mucho más fácil condenarla que entenderla. Podemos inferir sin embargo que, sea por convicción o por necesidad, vio en los fueguinos la posibilidad de educarse, superarse cultural y moralmente, adoptar el cristianismo y hasta transmitirlo a su gente. Y hasta el final de sus días estuvo en contacto con la Sociedad Misionera de la Patagonia y apoyó los nuevos ensayos de evangelización que se intentaron en los mares por donde había navegado. Tal vez valga la pena recordar que, después del fracaso de la colonia y de otras experiencias desdichadas como gobernador de Nueva Zelanda y como miembro del Parlamento, en cuestiones fueguinas Fitz Roy siguió siendo una autoridad sumamente respetada y que su visto bueno fue decisivo para la continuidad de las misiones. Pero el primer resultado palpable de dicha continuidad, fuera de la tragedia vivida por Allen Gardiner, fue la matanza de Wulaia, por lo que tampoco su consejo esta vez resultó benéfico. Posteriormente dejó el servicio activo pero fue un gran impulsor de la nueva ciencia de la meteorología, llegando a dirigir la Oficina Meteorológica de la Armada Británica, pero en este cargo también recibió muchas críticas dado que las predicciones del tiempo estaban lejos aún de ser una ciencia exacta y no faltaron las voces que, atribuyendo sus aciertos al azar, preveían de los peligros de confiar en los pronósticos. Pero quizá lo más doloroso para el ferviente cristiano y creyente dogmático de la Biblia, fue el éxito que obtuvo la teoría central de Darwin, dada a conocer públicamente en *El Origen de las Especies*, publicado por John Murray en 1859 y agotado en pocos días. Escribió a su ex compañero de cabina: "Mi querido y viejo amigo: ... No puedo encontrar nada ennobecedor al pensarme como descendiente de, incluso, el más antiguo de los simios...", pero las reacciones de la comunidad científica le confirmaban que la teoría de Darwin se impondría fatalmente sobre el creacionismo, con lo que terminaría desplomándose el sagrado edificio de sus convicciones.

El 30 de abril de 1865, Robert Fitz-Roy se quitó la vida cortándose la garganta con su navaja de afeitar¹¹².

¹¹² Estos últimos datos de la biografía de Fitz-Roy los tomé de las biografías del marino escritas por Peter Nichols (*La sombra de Darwin* y Harry Thompson (*Hacia los confines del mundo*) v. Bibliografía

Darwin, durante el viaje del *Beagle*, probablemente pensara como su compañero de cámara. El mismo dice en sus memorias que cuando estaba a bordo era bastante ortodoxo y recordaba, ocasiones en que varios oficiales, (que se tenían por ortodoxos) se reían con ganas de él por citar la Biblia como autoridad incontestable en algún aspecto moral (Darwin, Francis: “Recuerdos de la Vida Cotidiana de mi padre”, anexo a las *Memorias* de Charles Darwin, cit.: 141).

Sin embargo, estaba lejos de ser dogmático y, juiciosamente, no confiaba para nada en las posibilidades de la colonia cristiana aunque al final de su vida reconoció los éxitos de la misión anglicana de Ushuaia y hasta cooperó pecuniariamente con la Sociedad Misionera, justo cuando interpretaciones antropológicas emparentadas con sus teorías como las de Herbert Spencer, consideraban que los pueblos inferiores lo son por ley natural y no hay cambio histórico posible. (Tacca, en Luschetti, 2014: 99).

Como anotamos en el corpus de este trabajo (cap. 3), las primeras impresiones de Darwin sobre los fueguinos fueron lapidarias. Escritas en su diario y probablemente sin mucha reflexión, consignó cosas como la que ya hemos citado:

Estos pobres desgraciados se habían quedado raquíticos, sus horribles rostros estaban embadurnados de pintura blanca; sus pieles eran sucias y grasientas; el cabello enmarañado, las voces discordantes y sus gestos, violentos. Al ver tan repugnantes cataduras cuesta creer que sean seres humanos y habitantes del mismo mundo. Hay quien se pregunta qué placeres puede ofrecer la vida de ciertos animales inferiores, pero ¡cuánto más razonable sería hacer la misma pregunta respecto a estos bárbaros!” (Darwin, 2009, 259-60)

Dice Anne Chapman sobre esto: “No sentía compasión por estas personas. Pongo en cuestionamiento las impresiones que le causaban porque muchas veces no consiguió describir las escenas que presenciaba. Si sus voces sonaban “discordantes” y los gestos eran “violentos” ¿acaso no estarían intentando advertir a los extraños de alguna urgencia? [...] ¿Acaso no se preguntó por qué tenían la piel tan “sucias y grasienta”? Según George Stocking Jr. esos comentarios fueron “un poco apresurados, descuidados y sin un análisis etnográfico gestáltico previo, en el que la pintura, la grasa y la estructura corporal se unen en una percepción individual del tipo físico...” (CHAPMAN, A., 2009: 57)

También dio crédito a la versión de los fueguinos-caníbales, la que exageró sin tener más pruebas que antiguas lecturas y dudosas habladurías. En carta a su hermana Caroline, en marzo de 1833, le decía que los fueguinos son caníbales, y que tenía motivos suficientes para creer que esta práctica alcanzaba

niveles desconocidos jamás registrados en este mundo, y en *El Origen...* profundiza su aversión hacia ellos al recordar: “Vemos cómo incluso los bárbaros de Tierra del Fuego valoran a los animales, ya que matan y devoran a las ancianas en tiempos de escasez, como si fueran inferiores a los perros” (cit. por CHAPMAN, A., 2009: 65).

Ya hemos visto que los yámanas estaban lejos de ser caníbales y que trataban a sus ancianos con todo respeto (v. Cap. 4), pero evidentemente la imagen de estos feroces antropófagos devorando a sus ancianas fue demasiado fuerte para Darwin como para desestimarla: estas personas eran “salvajes lamentables” y nada podría redimirlos. Sobre el canibalismo hacía un juicio moral que no podía ser relativizado por ninguna causa, ni aun por la relación amistosa que trabó con Jemmy ni por sus aproximaciones a la civilización.

Por otra parte, se equivoca Darwin al evaluar al idioma de los yámanas como una lengua pobre en expresiones, cuando sabemos que Thomas Bridges compuso un diccionario con más de 32.000 vocablos, muchos más, según su hijo Lucas que los utilizados habitualmente por ingleses o españoles .

Respecto a la falta de jefes y de gobierno de la sociedad yámana, Darwin suponía que era un elemento retardatario de su civilización y que hasta tanto no surgiera un jefe que por su poder pudiera adueñarse de obsequios como animales, etc., se postergaría la esperanza de mejorar la condición. Creía en la capacidad de la propiedad privada como motor del desarrollo de las sociedades y no podía comprender las ventajas de una sociedad igualitaria que solo se atenía a obedecer órdenes en casos de empresas cooperativas como podían ser algunas expediciones de caza o de recolección comunal de alimentos.

Darwin también les achaca falta de afecto doméstico y es muy crítico respecto del dominio del hombre sobre la mujer, a la que considera sometida a los trabajos más duros. En esto demuestra simplemente su ingenuo eurocentrismo al utilizar las pautas de la sociedad británica para medir los afectos y no valorar en su medida el trabajo reservado a los varones. Lucas Bridges y Gusinde, que vivieron entre los yámanas algunos años después, tienen opiniones harto diferentes, según hemos visto.

Dejo para el final del periplo fueguino, algunos comentarios que Darwin volcó más tarde en *El origen del hombre (1871)*, y que rescata Anne Chapman:

Se sitúa a los fueguinos entre los pueblos más bárbaros; sin embargo siempre me llamó la atención lo mucho que se parecían a nosotros en la disposición y en la mayoría de nuestras facultades mentales: tres habitantes de aquella región, que viajaban a bordo del *Beagle*, habían vivido algunos años en Inglaterra y hablaban algo de inglés [...] Siempre me sorprendió considerablemente en el tiempo en que viví con los fueguinos a bordo del *Beagle*, los mil numerosos rasgos de carácter que me probaban lo semejantes que eran sus facultades a las nuestras... (cit. en CHAPMAN, A., 2009: 85)

Pero Darwin no deja de sorprendernos con sus contradicciones. En otro párrafo del mismo libro expresa:

Apenas poseían arte alguno (los fueguinos yámanas), y como los animales salvajes vivían de lo que podían cazar; no tenían gobierno y eran implacables para todo el que no fuese de su propia reducida tribu. El que haya visto un salvaje en su país natal no sentirá mucha vergüenza en reconocer que la sangre de alguna criatura mucho más inferior corre por sus venas. Por mi parte, preferiría descender de aquel heroico y pequeño mono que afrontaba a su temido enemigo [...] que de un salvaje que se complace en torturar a sus enemigos, ofrece sangrientos sacrificios, practica el infanticidio sin remordimiento, trata a sus mujeres como esclavas, desconoce la decencia y es juguete de las más groseras supersticiones. Puede excusarse al hombre de sentir cierto orgullo por haberse elevado, aunque no mediante sus propios actos, a la verdadera cúspide de la escala orgánica; y el hecho de haberse elevado así, en lugar de colocarse primitivamente en ella, debe darle esperanzas de un destino aún más elevado en un remoto porvenir. (cit. en CHAPMAN, A., 2009: 161).

Es decir que en 1871 continúa con los mismos prejuicios de cuando escribió su diario, y sus reflexiones no le han permitido moderar su juicio apresurado sobre la civilización de los fueguinos. Sin embargo, mientras por un lado habla del orgullo injustificado que puede sentir el hombre por haberse elevado *no mediante sus propios actos* a la cúspide de la escala orgánica, por otro lado reconoce lo mucho que se parecían a los europeos *en la mayoría de sus facultades mentales* los tres fueguinos que Fitz-Roy había llevado a Inglaterra.

Tal vez Darwin, todavía muy joven cuando hizo sus observaciones de campo -que por otro lado no eran el objeto central de su empresa- así como volcó varias opiniones apresuradas en su *Diario*, no se creyó en la necesidad de revisar ese aspecto de sus conclusiones. Lo salvaje en estado puro y brutal le había impresionado vivamente y cuadraba con el eje de su teoría. Los indios de Tierra del Fuego probablemente no habían necesitado desarrollarse y perfeccionarse *mediante la selección natural* y si se mantenían estables viviendo en condiciones extremas era porque, allí y entonces, estaban favorecidos en la lucha por la vida. Pero, individuos de estas razas, convenientemente instruidos en un país civilizado

durante un tiempo prudencial, podían llegar a un grado de evolución en que sus facultades mentales se equiparaban a la de los europeos.

En definitiva, según la mirada de Darwin los fueguinos eran salvajes en el grado más primitivo de desarrollo humano, pero en mucho menos de una generación y sin pasar por un proceso de implacable lucha por la vida, podían asimilarse a los seres humanos más evolucionados.

No soy antropólogo ni es el motivo de este trabajo criticar el pensamiento de uno de los más grandes científicos que dio la humanidad, pero no puedo dejar de señalar las contradicciones que creo percibir en la mirada que tuvo sobre ellos.

8.2. SOBRE LOS MISIONEROS PROTESTANTES

En la religión cristiana hay dos modelos de perfección a los que todos los creyentes deben aspirar en la medida de que esto sea posible: el apóstol y el mártir. El primero, siguiendo la tradición de los primeros doce, es el que lleva la palabra evangélica a donde Dios se lo señale, sin hesitar ante dificultades, peligros o amenazas. Dice la tradición que todos los apóstoles, con la comprensible excepción de Judas, murieron mártires y así se dio cumplimiento a una especie de mandato divino por el cual el ideal del cristiano era ofrecer su sangre para dar testimonio de su fe.

Solo aceptando este mandato podremos entender la acción de los misioneros que, a partir de mediados del siglo XIX, recorrieron Tierra del Fuego con el objeto de proclamar la palabra del Evangelio entre los fueguinos, entendiendo que la instrucción cristiana era también un paso necesario para la tarea de llevar a éstos a la civilización.

Ya hemos visto la fatídica saga de Allen Gardiner, raro personaje que inició en forma totalmente irresponsable la evangelización de los yámanas en la Tierra del Fuego. En palabras del narrador francés Jean Raspail, “la estupidez y la santidad forman una mezcla desoladora”, y la triste historia de Gardiner es la mejor prueba de ello. Los misioneros –siete en total- no dejaron error por cometer y comenzaron el año del señor de 1851 abandonados y sin recursos en una isla desolada de la embocadura del canal Beagle. No podían moverse en sus embarcaciones, no podían predicar sin conocer el idioma, no podían ayudar a los indígenas cuando no podían ayudarse a sí mismos. Solo les quedaba rezar.

Los nativos, sorprendidos y acaso hartos de las plegarias, himnos y genuflexiones en una lengua desconocida, se lanzaron a robar todo lo que encontraran, saquear el campamento y mendigar de la mañana a la noche; los misioneros debieron dejar el lugar y dirigirse a Puerto Español, en la costa sur de la isla Grande donde su acción misionera pronto se limitará a sobrevivir, defenderse como pudieran de las agresiones de los fueguinos y, llegado el invierno, prepararse para morir cristianamente. Cuando llegó la nave de auxilio, en septiembre de 1851, sólo encontró los cadáveres de los catequistas, corrompidos por el agua y devorados por las aves marinas.

Si tuviéramos que dilucidar qué fue lo que llevó a Gardiner a tan desdichado final, creo que no podríamos absolverlo de sus múltiples errores. A veces, la obsesión por ser mártir o héroe nos lleva a pertur-

bar la vida de gente inocente e ingenua que no tiene porqué aceptar ser actores de reparto en la tragedia que les ofrecemos.

El aborigen para Gardiner era un salvaje o un menor, y sería acción santa “civilizarlo”, salvar su alma y llevarlo a estadios más altos de cultura y bienestar. Pero las herramientas con que contaba eran absolutamente ilusorias; apenas la supuesta ayuda de Dios, siempre que ésta fuera su voluntad. Por lo que se conoce de su diario, veía en sus fracasos que Dios aumentaba la apuesta poniéndolo a prueba, y cuánto más sombría era la perspectiva, más fervientes eran sus esfuerzos. Una vez en la costa fueguina no podía volver atrás, por lo que los indigentes salvajes a quienes se había empeinado en cristianizar se transformaron en los ejecutores de su ansiado sacrificio.

Debe tenerse en cuenta que a Gardiner y a sus sucesores en la Sociedad Misionera les tocó vivir un momento en que la manía religiosa era la tendencia dominante en Gran Bretaña. Tiempos en que la asistencia a la iglesia y las prácticas religiosas estaban en el centro de la vida cotidiana de la burguesía británica.

La religión se imbricaba perfectamente con los esfuerzos colonizadores británicos y tenía sus claros planes geopolíticos que no colisionaban con la rapacidad genocida de los proyectos imperialistas. El más mentado de los misioneros en África, David Livingstone, proclamaba en diciembre de 1857 en la Universidad de Cambridge, ante una multitud: “Vuelvo a África para intentar abrir un camino para el comercio y el cristianismo”. Y aunque el comercio con Tierra del Fuego estaba muy lejos de equipararse con la explotación de caucho, marfiles y diamantes que atraía desde el África subsahariana, es posible encontrar similitudes entre dicha ocupación y las misiones en territorio fueguino. No fueron lo mismo pero provenían de una fuerza parecida, y ambas llevaban a la Biblia como guía, ley, refugio y fortaleza.

Casi medio siglo más tarde, Rudyard Kipling (nacido en la India cuando era parte el Imperio británico) va a interpretar la pulsión imperialista como una “carga del hombre blanco”, presionado a perfeccionar a la humanidad como un deber de su superioridad moral:¹¹³

¹¹³ Llevad la carga del Hombre Blanco. Enviad adelante a los mejores de entre vosotros; Vamos, atad a vuestros hijos al exilio Para servir a las necesidades de vuestros cautivos; Para servir, con equipo de combate, A naciones tumultuosas y salvajes; Vuestros recién conquistados y descontentos pueblos, Mitad demonios y mitad niños. / Llevad la carga del Hombre Blanco, Con paciencia para sufrir, Para ocultar la amenaza del te-

No hay que ser muy sagaz para advertir que la “carga del hombre blanco” era demasiado pesada para el espíritu de Gardiner, pero no tanto para el de los Bridges. Hay que tener en cuenta que Thomas fue prácticamente toda su vida misionero: hijo del superintendente de la Sociedad Misionera Sud Americana, viajó con su familia a la Isla Keppel donde tuvo su primer contacto con los yámanas. Cuando Despard debió renunciar a su puesto tras la matanza de Wulaia, su hijo quedó, con diecisiete años, a cargo de la estación junto con el pastor Stirling y juntos fueron quienes planificaron los nuevos criterios de evangelización.

A diferencia de su padre adoptivo, Thomas sentía un profundo respeto por los fueguinos y comprendía que nada se podía hacer mediante la coerción o el castigo. Además, también comprendió que las misiones volantes no iban a ser efectivas y decidió instalarse entre los aborígenes con su familia y un par de colegas que lo acompañaron y ayudaron durante muchos años (Lawrence). Bridges respetó las costumbres y sobre todo los tiempos de los aborígenes. No parece haberse apresurado por enrollar fieles en su iglesia sino sólo en ofrecer un espacio que implicaba una forma de vida en la misión, a la cual los fueguinos podían o no adherirse. De todos modos, ejerció también una suerte de rol de maestro, árbitro, componedor y, dentro de sus posibilidades, sanador, y en este sentido es probable que haya ejercido una acción benéfica entre los indios. Enseñó hábitos de trabajo, les transmitió que había otros principios morales posibles, enseñó el valor del esfuerzo sostenido y la idea de la justa retribución, lo que algunos discutieron como forma de explotación.

Cuando se instalaron las instituciones argentinas, más o menos simultáneamente con la llegada de los buscadores de oro y de la progresiva merma de la fauna marina que era el alimento básico de los fue-

rror Y poner a prueba el orgullo que se ostenta; Por medio de un discurso abierto y simple, Cien veces purificado, Buscar la ganancia de otros Y trabajar en provecho de otros. [...] Llevad la carga del Hombre Blanco, Y cosechad su vieja recompensa La reprobación de vuestros superiores El odio de aquellos que protegéis, El llanto de las huestes que conducís (¡Tan laboriosamente!) hacia la luz: “Oh amada noche egipcia, ¿Por qué nos librasteis de la esclavitud?, [...] Llevad la carga del Hombre Blanco, No oséis rebajaros, Ni clamar ruidosamente por la Libertad, Para encubrir vuestro cansancio. Por todo lo que gritáis o susurráis, Por todo lo que hagáis o dejéis de hacer, Los silenciosos y descontentos pueblos Os juzgarán a vuestro Dios y a vosotros. (Publicado originalmente en la revista popular *Mc Clure's* en 1899. Es reconocido como un elogio de los principios racistas, eurocéntricos e imperialistas al justificar como una noble e ingrata obligación el dominio del hombre blanco sobre las razas inferiores.)

guinos, estimó que su presencia en la misión ya era innecesaria (probablemente pensara que la misma misión no tenía ya mucho sentido al haberse incorporado –no precisamente de grado- la comunidad yámana a la sociedad argentina y chilena), y resolvió continuar su apostolado desde su nuevo oficio de hacendado. No faltan quienes ven en este hecho un simple afán de enriquecimiento utilizando la mano de obra barata que facilitaban los fueguinos, pero hay que reconocer que la gran mayoría de los testimonios sobre la estancia valoran el modo de vida que les ofrecía Bridges, que en muchos casos los protegió de la muerte, sea por enfermedad o por la persecución de oreros y hacendados.

Lucas nunca fue un misionero ni demuestra demasiado interés religioso en las más de 500 páginas de sus memorias. Respeto sí y veneración por la obra de su padre, pero no es su oficio. De todos modos, admira la influencia y el ejemplo de su fe y su fortaleza, y reconoce que aunque él mismo no haya alcanzado a vivir conforme a sus ideales, su única esperanza es que los hijos que tenía actualmente y no tenía entonces, hayan heredado algunas de las cualidades del abuelo (v. Cap. 4, pág. 94)

Pero a pesar de su laicismo, Lucas tenía inmensas ventajas para trabajar con los indios. Había nacido en Tierra del Fuego, se había criado entre niños yámanas, había aprendido su idioma como segunda lengua, había compartido sus juegos, sus excursiones de caza, sus ritos, y se había acostumbrado a vivir como ellos, al punto de sentirse mucho más cómodo abrigándose con una piel de guanaco o usando tamangos hechos de su piel que vistiendo campera y zapatos al estilo occidental. Junto a sus hermanos, decidió continuar la obra de su padre en cuanto a mantener la hacienda con mano de obra indígena, respetando sus usos y costumbres, y si bien fuera de la misión no continuó la obra educativa y religiosa, la estancia (o las estancias una vez que fundaron el establecimiento de Viamonte) siguieron siendo espacios de protección y formación laboral de los indios supervivientes. A pesar de ser anglicanos, no pusieron ningún obstáculo y más bien promovieron la instalación de la misión católica en la estancia Viamonte, donde funcionó una escuela y una iglesia de esa religión, o sea que continuó con la política que tan honestamente había defendido el diputado Olmedo en el debate en el Congreso sobre la cesión de tierras a Bridges (v. Cap. 4, pág. 66)

Lucas abandonó Tierra del Fuego cuando se ofreció como voluntario para pelear por su "Old Country" durante la Primera Guerra Mundial. Nunca volvió a vivir permanentemente allí pero sí visitó varias ve-



FIGURA 38: LUCAS BRIDGES Y SU ESPOSA EN LA DÉCADA DEL 40

Lucas y su esposa Jeannette en una de sus últimas visitas a la estancia Viamonte, en la década de 1940. Fuera por visitar a sus parientes, por sus intereses económicos o por su afecto con sus amigos onas, nunca dejó de visitar Tierra del Fuego a pesar de vivir desde hacía más de 30 años fuera de la isla. (foto de U.P.E., versión inglesa, pág. 512)

ces a sus hermanos y sus amigos onas (siempre que habla de sus amigos fueguinos los designa como

“my Ona friends”). En el último capítulo de su libro, sólo disponible en la edición inglesa ya que el capítulo no ha sido impreso en la edición argentina, resume sus reflexiones sobre los onas en 1947:

“Mis esperanzas de que la Tierra del Fuego sería el feliz hogar de los dignos descendientes de aquellos espléndidos ancestros, quienes tan libremente habían sido señores de los bosques, no se había cumplido. Con la irrupción de la civilización en aquel pequeño país, la forma de vida de los indios no pudo prevalecer contra ella. Aquellos de entre los indios que habían podido evitar el rudo trabajo tanto como era posible, pronto degeneraron en “blancos pobres”. Inclusive así, el Ona debió haber sobrevivido como un pueblo pero no lo pudo hacer por dos epidemias de sarampión que barrieron el país de los onas, así como otra había barrido años atrás la tierra de los yaganes y destruido cerca del 70 % de los restos de su tribu. La primera plaga fue en 1924 y se inició en Río Grande en algunas familias blancas. Cuando Will, quien pasaba mucho tiempo en Viadmonte, se dio cuenta de los que pasaba, aconsejó a los onas que se dispersaran en los bosques, cortando toda comunicación con otros de su grupo. Los pocos que siguieron esa sabia advertencia eludieron la primera epidemia, solo para ser alcanzados por la segunda, que visitó el país cinco años después, en 1929” (U.P.E., 1947: 519-20).

8.3. SOBRE LOS MISIONEROS SALESIANOS

Si hay algo que no se les puede negar a los integrantes de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales es su habilidad para instalarse en la Patagonia como cabeza indiscutida del colectivo católico. Pero para lograrlo, hubo que andar un largo derrotero. El proyecto, como sabemos, no pasó por una iniciativa privada y no muy planificada como lo fueron las iniciativas de los protestantes, sino en un plan con todos los recaudos de lo institucional, ideado por la congregación en Turín, aceptado por el Papa e impulsado por las autoridades argentinas.

La congregación había nacido en tiempos difíciles para la iglesia católica, como lo fue la segunda parte del siglo XIX. Su poder e influencia en el mundo occidental, poco discutido en los países católicos durante la Restauración, comenzó a ser cuestionada y amenazada desde distintos ámbitos. El proceso de secularización, acelerado en tiempos de la Ilustración, renació más vigoroso que nunca. El Estado asumía tareas antes casi monopolizadas por la Iglesia como la asistencia social y la educación, y en una parte considerable del pueblo se comenzó a considerar la religión o la Iglesia como algo superfluo o reservado para las clases dirigentes. Gran parte del proletariado abrazó las nuevas ideologías como el socialismo o el anarquismo que ocuparon el lugar antes casi monopolizado por la Iglesia. El anticlericalismo en el siglo XIX vivió un momento de auge, tanto en su versión ideológica y política, como en la violenta y más popular. El nacionalismo, otra de las ideologías fuertes del siglo XIX, influyó también en el auge del descreimiento religioso, especialmente en relación con la Iglesia Católica, al considerar que era un poder supranacional que podría relativizar el patriotismo. En este sentido, es importante destacar el conflicto entre la Santa Sede y el nuevo Estado italiano, surgido de un largo proceso de unificación.

Como respuesta a esta situación, la Iglesia respondió reforzando sus posturas tradicionales, contemporizando muy poco con las nuevas tendencias políticas, sociales, económicas, científicas y tecnológicas, a pesar de que eso le hizo perder influencia. En la época de las revoluciones liberales, el papa Gregorio XVI publicó la encíclica *Mirari vos* (1832) en la que defendía la validez de la alianza entre el altar y el trono contra el liberalismo y los derechos, especialmente, los de opinión, pensamiento y de prensa. En la encíclica *Quanta Cura* y en el documento *Syllabus* (1864) el papa Pío IX condenó sin paliativos el materialismo filosófico, el agnosticismo, el liberalismo, además de dejar claro que no era posible una reconcilia-

ción del papado con las nuevas tendencias de la civilización occidental. En el Concilio Vaticano I se estableció el dogma de la infalibilidad papal (1870), generando no poco malestar en algunos sectores católicos más propicios a adaptarse a los tiempos.

En 1878, la Iglesia encontró en León XIII un papa que realizó un gran esfuerzo para adaptar la institución a los profundos cambios políticos, económicos, sociales y culturales que ya no podían seguir siendo atacados sistemáticamente o ignorados. La gran aportación del nuevo papa tuvo que ver con la cuestión social generada, y que había sido desatendida por la Iglesia o ante la que se había respondido con argumentos propios de la época del Antiguo Régimen. Por fin, en 1891 el Papa publicó la encíclica *Rerum Novarum*. En esta encíclica se trazaron las líneas fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, condenando los excesos del capitalismo, pero también la lucha de clases. La Iglesia defendía la existencia de la propiedad privada y rechazaba el socialismo porque lo consideraba erróneo y materialista. Pero la encíclica pretendía que se alcanzase la convivencia social a través de la justicia y la caridad como medios para solucionar los conflictos. El Estado debía garantizar los derechos de los más desfavorecidos, proteger el trabajo y promover una legislación social.

En este marco es que Don Bosco agrega a la función educativa de la congregación salesiana la vocación misionera. Comprendió que el futuro del catolicismo no se iba a consagrar en los estrechos límites de una Europa cada vez más escéptica en lo religioso y convulsionada en lo político, y volvió la mirada sobre la misión de la Iglesia Universal, tan cara a la tradición católica desde los más remotos tiempos y últimamente remozada por los papas.

Y, como a tantos compatriotas, se le apareció la imagen de América. Sea por su tendencia a soñar o por cualquier otro motivo, vio en los casi desconocidos aborígenes de la Patagonia a los nuevos discípulos que renovarían al tronco carcomido del catolicismo. Organizó sus sueños, lo habló con el Papa y envió un primer contingente de religiosos para preparar el terreno.

Los salesianos entraron en la Patagonia de la mano del Ejército Nacional, como laderos de una campaña que muy poco tuvo de cristiana y apostólica. Y los salesianos lo sabían, como señaláramos al mentar el informe del Bolletino Salesiano de 1880:

“En 28 expediciones [...] las armas argentinas tuvieron éxito sobre las tolderías de aquellos caciques salvajes, se fugaron, masacraron e hicieron prisioneros alrededor de cincuenta mil. Un despacho enviado a las fronteras anunciaba que los indios de las Pampas estaban exterminados...” (Cit. por NICOLETTI, M.A., 2008: 75).

Pero como el P. Costamagna decía a Don Bosco, así lograron, por fin, entrar en territorio de misión.

La entrada a Tierra del Fuego no fue mucho más cristiana por más que Fagnano quiso pintar un final feliz.

Los salesianos llegaron a Tierra del Fuego, comenzando con la reducción en la isla Dawson y la misión de Río Grande, que era vista “como un ámbito de disciplinamiento para controlar la movilidad de los grupos e inculcar hábitos capitalistas de trabajo ligados a la práctica de la agricultura. Ambos factores – aunados a la evangelización, también disciplinante- se veían como pre-requisitos para la argentinización o invisibilización, a largo plazo de la marca indígena”¹¹⁴

Su objetivo se lograría a partir de tres recursos: Civilizar, educar y evangelizar. Se consideraba que los tres estaban íntimamente imbricados, que la prédica del Evangelio estaba dentro de la intención de “civilizar”, primero mediante el trabajo de la tierra, profundamente enraizado en la tradición bíblica, y luego educar en forma sistemática, no solo a través de la catequesis sino de la inserción en las escuelas. En ambos aspectos, el discurso religioso o evangelizador se amalgamó con el discurso civilizatorio (Nicoletti, M.A. 2009: 103).

En 1890, el P. Domingo Milanésio (entonces a cargo de la parroquia de Ntra. Señora de la Merced de Bahía Blanca) había escrito un texto sobre los rasgos de los indígenas patagónicos, que nos ayuda a comprender los orígenes de la política misionera. Decía sobre ellos:

Los indios son criaturas que igualmente que nosotros han salido de las manos de Dios y redimidos con la sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo y capaces de la gloria del Cielo [...] conocimiento que les suministra aquella luz que llamamos ley natural que Dios comunica al alma humana en el momento de la creación [...] y los indios teniendo un alma espiritual como nosotros dotada de inteligencia y voluntad propia son capaces de conocer el bien y practicarlo” (cit. por Nicoletti, M.A. 2009: 70)

¹¹⁴ BRIONES, C. y DELRÍO, W.: “Patrias sí, colonias también...”, cit. por NICOLETTI, M.A., cit.:33

En síntesis: para la congregación salesiana los indios fueguinos (como los demás de Pampa y Patagonia) eran sujetos en un pie de igualdad en cuanto a dignidad y posibilidades de desarrollo con el hombre blanco, y las nobles armas de la educación, la civilización y la evangelización los llevarían en un tiempo prudencial al abandono de sus costumbres salvajes, la incorporación a la sociedad del hombre blanco y, por encima de todo, a la salvación de sus almas a partir del crisma bautismal y la suavización de sus costumbres. No eran seres perversos, bien por el contrario: no solo afirma que los que se han sometido se han “civilizado”, sino que también exculpa en buena medida a los no sometidos de su mala disposición hacia los “blancos”. Si sienten odio hacia todo lo “civilizado”, esto se debe a “la imprudencia y la conducta esencialmente impolítica de los primeros españoles” y a la “conducta de exterminio que aún en la actualidad practica la República Argentina”¹¹⁵

En esta justificación parecen entreverse los principios de Bartolomé de Las Casas, especialmente los expresados en su debate de Valladolid contra Ginés de Sepúlveda. Por delante de todo está el mandato de amar al prójimo por encima de cualquier otro principio o condición, sugiere que los derechos de los hombres son comunes a todas las naciones, cristiana y gentil y afirma la singular disposición de los indios para abrazar al cristianismo¹¹⁶. A diferencia de Rosas y Sarmiento, los misioneros creyeron en las posibilidades del indio de incorporarse en la confraternidad nacional, y si bien su visión no dejó de ser eurocentrista y fueron impotentes para evitar el destino que ya les había augurado Darwin, es posible que hayan podido mitigar en parte el sufrimiento al que estaban condenados por la llegada del hombre blanco.

Dos apostillas que entiendo debo consignar antes de cerrar este párrafo, más que nada porque me han parecido oportunas como desencadenantes de preguntas, sino nuevas por lo menos siempre inquietantes: la primera tiene que ver con el “uso” del aborigen por parte de los salesianos, por lo menos en una oportunidad llena de simbolismo.

Ocurrió en 1892, con motivo de la exposición universal de Génova, realizada en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Según Entraigas, los salesianos fueron invitados a

¹¹⁵ BOSCO, J.: (1986): cit., en NICOLETTI, M.A., cit.: 68.

¹¹⁶ Vale la pena en este punto consultar el Cap. 3, “Amar” de *La Conquista de América (el problema del otro)* de Tzevan Todorov, Siglo XXI Editores, Buenos Aires. ps.155-221.

participar, el P. Fagnano acogió con entusiasmo la iniciativa y pidió al P. Beauvoir que se encargara de viajar con algunos indios a exponerlos en la muestra. Según el canon salesiano Beauvoir preguntó a los pupilos de la isla Dawson quién quería acompañarlo a Europa y una turba de indígenas se habría presentado voluntariamente. Al día siguiente alistó la goleta donde cargó a una familia con sus enseres: canoa, perro, canastas con lapas y mejillones, frutos del roble y cuanto podía tener interés etnográfico para los curiosos y partió hacia Europa. En Punta Arenas sumaron dos indiecitos más, uno de ellos araucano, y continuaron viaje. La mujer enfermó durante la travesía y murió a la altura de Montevideo (eso sí, aclara Entraigas, “regenerada por el agua del bautismo”). En dicho puerto se agregaron tres adolescentes más que aportaron Mons. Cagliero y el P. Milanesio y a los pocos días siguieron viaje hacia Génova. Parece que en la muestra estuvieron en un pabellón arbolado y con abundante paja para que hicieran sus lechos y otras “comodidades”. Permanecieron allí dos meses a doce horas diarias de exposición pública en las que el sacerdote debía responder las preguntas de los curiosos. Había que pagar una entrada para acercarse a ese sector y el cronista salesiano se ufana de que lograron solventarse con creces los gastos ocasionados por el traslado y manutención de los indios. Entre las visitas ilustres que pasaron por el rincón fueguino estuvieron los reyes de Italia, Humberto I^º y la reina Margarita, repitiendo sin saberlo la tertulia de sus primos británicos, Guillermo y Adelaida, sesenta y un años atrás. También los recibió el Papa, ante quien el joven araucano leyó un discursito escrito por Cagliero y se dice que todos se despidieron encantados.

La anécdota, de por sí vejatoria para una mentalidad del siglo XXI, tal vez no haya sido tan rara en aquella época en que cuerpos y esqueletos de razas diferentes se mostraban habitualmente en museos, y presos, locos y enfermos se exponían a la curiosidad pública; pero la cuestión cobra otra perspectiva si recordamos la muy mentada presentación de indios onas en la Exposición Universal de París de 1889. En dicha ocasión, un empresario, aventurero, rufián, filibustero, o como quiera llamársele de apellido Maitre había conducido a once indígenas fueguinos, atrapados en la Bahía San Felipe, a la exposición, donde los presentó enjaulados como feroces antropófagos en el Jardín de Aclimatación. Posteriormente los llevó a Londres donde fueron exhibidos en el Royal Westminster Aquarium, pero allí la S.A.M.S. protestó airadamente contra este tipo de exhibición y el Ministro Plenipotenciario de Chile tomó cartas en el asunto. El tal Maitre debió huir para evitar dar con sus huesos en la cárcel. En este viaje, de los once



FIGURA 39: LOS INDIOS DE LAS MISIONES EN GÉNOVA JUNTO AL PADRE BEAUVOIR

Los tres indios mayores están vestidos con túnicas más propias de araucanos o tehuelches que de fueguinos y sólo los niños parecen verdaderos selk'nam con sus abrigos de piel y sus arcos aunque sin sus habituales gorros de piel de guanaco. La choza que completa la escenografía no se parece en nada a los paravientos de los selk'nam, aunque si lo que se buscaba era algo curioso y pintoresco no se puede negar que el resultado fue satisfactorio.

prisioneros, dos murieron en el traslado, otros dos entre las rejas de su jaula y un quinto quedó a la deriva por Europa, de donde de alguna manera fue trasladado a Punta Arenas. Otros dos murieron en el viaje de vuelta y en definitiva, sólo cuatro regresaron al Estrecho donde fueron derivados a la isla Dawson.

Las crónicas salesianas condenan con justicia a Maitre pero ponderan como un acto de servicio el traslado de los jóvenes de Dawson a la Exposición de Génova, con Papa y reyes incluidos, y tal vez no sean hechos del todo equiparables, especialmente por su intencionalidad o por el respeto y atenciones con que los indios fueron tratados. Pero el centro de la cuestión creo que merece un mayor debate, aun

ubicándose en la época, sus rasgos y costumbres: Si los aborígenes eran criaturas humanas con todas las características que señalaba el P. Milanesio, no podían ni debían ser objetos de expectación pública, y si el exceso de entusiasmo o la falta de pudor llevó a sus tutores a presentarlos en el encuentro de Génova, ha habido tiempo suficiente para que sus epígonos reflexionen sobre su falta de respeto que, salvando todas las distancias que se quiera, los aproxima peligrosamente a la catadura de M. Maitre¹¹⁷.

Y así, siguiendo el trabajo de las plumas salesianas arriba a la segunda apostilla, esta vez vinculada a la polémica entre Fagnano y Menéndez por la persecución de que eran víctimas los selk'nam de la misión. Ya señalamos en su lugar que en el año 1899 la tensión entre ambos personajes derivó en una fuerte polémica en los diarios de Buenos Aires, en que el asturiano acusaba al sacerdote de ladrón y cómplice de otros ladrones y el sacerdote le respondía responsabilizándolo por crueles matanzas de indígenas. Dijimos también que la disputa llegó hasta el Ministerio del Interior y que el Dr. Amancio Alcorta reconoció tanto el delito de ofrecer una libra por cabeza de indio como el apoyo del estado a la obra de Fagnano.

Los salesianos habían erigido la reducción con la idea de protección de los indios, mostrando en sus denuncias lo que sucedía a los selk'nam que salían fuera de la misión, expuestos a la muerte violenta por parte de los estancieros, mineros o loberos, a causa de la "usurpación"¹¹⁸ de sus tierras. De allí que los selk'nam, para quienes "la presencia del alambrado era un elemento desconcertante para su imaginario social", se vieron acorralados y sin posibilidad de cazar para subsistir, y por ello "robaban el ganado que estaba detrás de los alambrados". También por esta causa, agobiados por el hambre o por volverse a vestir, volvían espontáneamente a la Misión, como que sabían que serían siempre bien recibidos como

¹¹⁷ En este tema nadie queda bien parado: En 1898 se realizó la *Exposición Nacional en Buenos Aires, exhibición para ser visitada por el público en general*. Siguiendo la tradición europea de exponer personas, Buenos Aires se hizo eco y exhibió a dos familias de selk'nam que fueron enviadas por el propio gobernador de Tierra del Fuego, Pedro Godoy. Durante la estadía de los nativos en Buenos Aires nació el 11 de noviembre de 1898 una bebida hija de Tchoskiái y Kossantch (Lehmann Nitsche: 175). Este solo dato tiene fuerza suficiente como para representar la complejidad de la situación: en uno de los contextos más alienantes que puedan concebirse, la vida seguía abriéndose paso (FIORE y VARELA, 2009: 124).

¹¹⁸ Resulta incómoda la palabra "usurpación" porque no es para nada claro quién usurpa qué. Los territorios indios habían sido usurpados por los blancos, pero habiéndose el Estado argentino apoderado de toda la tierra conquistada y vendido parte de esta a los estancieros fueguinos, los usurpadores resultarían los indios; algo así como usurpadores de su propia tierra.

si fuera casa suya propia al lado de sus padres y hermanos. (v. Nicoletti, M.E., 2006: 163) [...] Incluso, llegando más lejos, De Agostini justificó la venganza de los selk'nam, grupo que "jamás se demostró belicoso sino para tutelar sus bienes, sus tierras y su familia. Nunca fue sanguinario, tan solo cuando se vio tomado de mira por los blancos, se vengó por represalia, y a veces terriblemente" (De Agostini, 1956: 287-88).

María Andrea Nicolettí, a quien tanto hemos seguido para este trabajo, tiene un interesante y provocador artículo sobre la polémica historiográfica sobre la extinción de los selk'nam, del cual nos hemos valido para terminar estas conclusiones. Porque las grandes instituciones necesitan consagrar una épica, una suerte de historia oficial, un relato que les otorgue perenne prestigio y los justifique frente a la sociedad a través del tiempo. Y aquí no se puede negar que se enfrentaron dos de las instituciones más formidables de la Patagonia: la congregación salesiana y la familia Menéndez.

La historia salesiana —dice Nicoletti—, ha sido fundamentalmente escrita por miembros de la congregación, siendo sus principales representantes Raúl Entraigas, Pascual Paesa, Cayetano Bruno, Lorenzo Massa y Juan Belza, a quienes hemos citado generosamente en este trabajo. Y a la hora de escribir sobre la evangelización en Tierra del Fuego, la discusión sobre la extinción de los selk'nam volvió inevitablemente a surgir, salvo que esta vez la polémica se desplazó hacia el plano historiográfico y la veracidad de sus fuentes.

Lo verdaderamente complicado para los historiadores salesianos fue el rol que jugaron los estancieros en la extinción de los selk'nam. Fagnano y Beauvoir arremetían contra las familias de los estancieros acusando a José Menéndez de acordar con el capitán del vapor *Amadeo* para que el misionero (Beauvoir) no pudiera desembarcar en Río Grande, pues eran tierras que él pretendía, y de amasar su fortuna con la sangre de los aborígenes. Como la misión era lindante a sus posesiones, ello trajo aparejados algunos graves problemas de vecindad que los salesianos denunciaron como hemos visto en la correspondencia que Fagnano remitía al ministro Alcorta acusando a Menéndez de "dar caza a los indios" (Cap. 6, pág. 144/145).

El sacerdote salesiano Alberto De Agostini tuvo con Armando Braun Menéndez un incidente cuando este le pidió que arrancara una página de su libro en la que hacía alusión a su persona. Braun Menéndez afirmaba que «[...] De Agostini fue obcecado por la pasión. La nota que contiene su libro —y que le pe-

dimos inútilmente suprimiera— es visiblemente un error de información, documentado además con los chismes que contienen los diarios de la época».

Conocemos como continuó la historia. Los salesianos, acusados por propios y extraños por los bienes que habían obtenido, se vieron constreñidos a vender los terrenos de la Misión, que terminaron en manos de la Sociedad Menéndez Behety, mientras la colaboración económica de la familia Menéndez a la obra salesiana de Punta Arenas suavizaba las relaciones que, a causa de la polémica sobre la extinción, los habían enfrentado. En 1938 el padre Lorenzo Massa (salesiano) escribía que hacía bastantes años que la Sociedad Exportadora de la Patagonia y Tierra del Fuego, de la familia Menéndez, subvencionaba al vicariato apostólico con una cuota anual de 20.000 pesos, y al mismo tiempo, las relaciones entre los salesianos y las familias Braun Menéndez y Menéndez Behety se dilucidaban en el plano historiográfico porque los historiadores salesianos cambiaron el peso de la responsabilidad sobre la desaparición de los selk'nam, que pasó a ser un problema fisiológico, como señalamos al citar los textos de Braun Menéndez y Entraigas (cap. 6. pag. 144). Nicoletti cita al padre Lorenzo Massa quien consideraba que las fuentes que acusan a los estancieros de las matanzas tienen “mucha exageración, muchos de esos escritos son fruto de la venganza o han sido escritos por no haber conseguido de los Menéndez o de otros estancieros el dinero que se les exigía” (ACS, caja 201), justificando así la intervención de los Braun Menéndez en la polémica, admitiendo que la familia no niega la matanza de indígenas, pero que pretende que “no se generalice a todos los colonizadores y está en su derecho”. Y el nieto de José Menéndez devolvía atenciones diciendo que

Ningún aborigen argentino fue protegido como el fueguino. La defensa de los rebaños son hechos policiales, comunes en centros civilizados y que no modifican la regla general: los onas desplazados por la civilización [fueron] recogidos con santa benignidad en las misiones Salesianas y en ellas vivieron una vida plácida y contemplativa. (Braun Menéndez 1939: 136).

Entraigas, varios años después, en carta al padre Molina, quien había vuelto sobre el tema de la responsabilidad de los estancieros, intentaba cerrar el tema arrojándose la primera de las virtudes teológicas:

No seamos nosotros los salesianos los que encendamos la tea del escándalo [...] como ves esta es una amable contestación a tus observaciones que no tienen el tono polémico. No sé polemizar. Creo que eso rompe la caridad, en vez de arrojar luz enciende la ira... ahí encontrarás la razón de mi proceder. No temo la verdad histó-

rica. Prefiero decirla entre renglones, pero no faltar a la reina de las virtudes, la caridad. (ACS 1963b: caja 201.2 (2).

Y Massa, ya cooptado sin reservas por los poderosos, escribía en su “Monografía de Magallanes” (1945):

“y como se ha hablado mucho de la “caza del indio” admitimos que haya habido algunos aventureros desalmados, y algunos buscadores de oro sin conciencia que se han entregado despiadada y brutalmente a esa obra de exterminio, pero conceptuamos que esos hechos, completamente esporádicos y que en su momento provocaron justo y unánime repudio en todos los años de dos acciones hasta agotar el vocabulario de la infamia para condenarlos, no influyeron como factores preponderantes en la total extinción del salvaje (cit.: 324)

Finalmente, los grandes estancieros de la Patagonia también compraron su historia oficial y sus mitos fundacionales. Mediante donaciones, obras pías y epopeyas laudatorias lograron sustraerse del peso de sus antiguos crímenes¹¹⁹. Posteriormente, tuvieron la sagacidad de fundar una revista patagónica, “Argentina Austral”, que durante más de treinta años fue la voz tal vez más autorizada de la cultura patagónica y fueguina. El epicentro de la antigua polémica se corrió hacia motivos basados en la naturaleza de los selk’nam y los antiguos enemigos se convirtieron en estrechos colaboradores¹²⁰.

¹¹⁹ Inclusive, en 1949, Josefina Menéndez, hija mayor del patriarca y esposa de Mauricio Braun, donó al Episcopado porteño la iglesia construida en un terreno de la familia, en Ayacucho 1049 de Buenos Aires. Agradecida, la jerarquía eclesiástica la puso bajo la advocación del “Patrocinio de San José”, en honor al onomástico del padre de la donante.

¹²⁰ La fuente fundamental de esta reflexión es el artículo de María Andrea Nicoletti “Los misioneros salesianos y la polémica sobre la extinción de los selk’nam en Tierra del Fuego”, publicado en ANTHROPOLOGICA/AÑO XXIV, Nº 24, diciembre de 2006, pp. 153-177.

8.4. SORE EL PADRE MARTÍN GUSINDE

Casi un siglo después del primer viaje del Beagle, el padre Martín Gusinde completa esta lista de exploradores que recorrieron la Tierra del Fuego coincidiendo con el período final de exterminio de los aborígenes. Fue un científico, un estudioso, un hombre de iglesia y de ciencia que se acercó a las comunidades yámana, selk'nam o alacaluf con la humildad del aprendiz y la actitud de absoluto respeto hacia civilizaciones a las que considera tan evolucionadas como la europea y por supuesto mucho más aptas para dominar un hábitat como el de aquellas islas.

Como decíamos, no pretendió civilizar, educar ni cristianizar a nadie; tenía plena conciencia de que esas dignísimas tareas estaban fuera de sus posibilidades, pero a fuerza de paciencia, modestia y capacidad de escucha, logró información valiosísima sobre aspectos poco conocidos como por ejemplo la religiosidad de selk'nam y yámanas. En su obra sobre la vida espiritual de los selk'nam, se ufana de su manera de trabajar que finalmente tan buenos resultados le había dado, y señala que el indio nunca hubiera revelado al blanco lo que éste no dignifica y aprecia. Acepta que fue recién después de cuatro visitas que tuvo noticias de la existencia de una deidad y esto gracias a que no hizo preguntas directas sino que esperó la apertura de sus potenciales informantes.

O sea que la acción de Gusinde se limitó a mirar, escuchar, compartir, admirar, respetar, participar -si se lo invitaba- e interrogar sin necesidad de usar la palabra. También se dedicó a pensar, anotar y fotografiar. No fue a ensañar sino a aprender.

Llegó a los *wigwams* de los indios acaso guiado por los protocolos de la etnología moderna, esto es, el método histórico cultural, pero lo que sorprende es la feliz coincidencia entre el método y cierta majestad moral que se adivina en el proceder del sacerdote.

Con Gusinde se cierra un siglo en que fueron más las frustraciones que los éxitos y la rúbrica de este primero –y único¹²¹- tiempo de contacto entre blancos e indios fue una profunda y rigurosa investiga-

¹²¹ “Gusinde recalcó en sus textos que fue el primer observador occidental de las ceremonias de iniciación fueguinas, y también el último, debido a la inminente extinción de estas sociedades. Ya señalamos que él no fue primero, aunque tal vez él mismo no lo supiera (recuérdese a la familia Bridges y la incorporación a la “logia” de Lucas y Guillermo). [Pero] a pesar de sus contradicciones y su tono pomposo, la obra de Gusinde guarda numerosísimos datos de gran valor etnográfico que siguen teniendo relevancia para las investigaciones actuales sobre los fueguinos” (FIORE y VARELA, 2009: 63)

ción que salvó a la cultura aborígen de Tierra del Fuego de su segunda muerte, que habría sido el olvido. Tuvo la suerte de llegar cuando aún quedaban tres centenares de indígenas que aún hablaban su antigua lengua, adoraban a sus viejas divinidades y vivían siguiendo muchas de las costumbres ancestrales. Y gracias a esta feliz coincidencia, hoy conocemos mucho más sobre los pueblos originarios del archipiélago de lo que habríamos conocido sin sus investigaciones. Los viajes de Gusinde coinciden con la agonía final de las misiones, tanto católicas como protestante, por lo que podemos pensar que, si no fuera por su obstinado esfuerzo, mucho de la rica historia de yámanas, selk'nam y alacalufes se hubiera perdido definitivamente.

9. PALABRAS FINALES

Siendo aún adolescente de escuela secundaria, tuve oportunidad de ver en el Teatro San Martín la obra "Santa Juana" de Georges Bernard Shaw. En la revista del teatro se publicaba el prólogo del dramaturgo irlandés, y recuerdo lo que me impresionó un comentario que hace sobre sus personajes, cuando matiza la culpa de quienes llevaron a cabo el inicuo juicio a Juana, diciendo que, en rigor, ellos pensaban que estaban obrando bien y que la "doncella de Orléans" era realmente un peligro para las instituciones y para la salud del cristianismo.

Pero lo interesante era lo que decía a continuación: para él el hecho de que tanto Juana como sus captores creyeran que estaban obrando bien era lo que le daba substancia y contenido a la obra. Decía (cito de memoria) que el verdadero drama vital no es el que se desarrolla entre el bien y el mal sino el que se manifiesta entre el bien y el bien. El enfrentamiento entre el bien y el mal, en el fondo, es aburrido, no nos propone un conflicto, no nos desafía a nuevas interpretaciones; es, en rigor, muy poco interesante.

Al final de este trabajo, surge el debate entre las distintas concepciones del hombre que se enfrentaron en el gélido y tempestuoso territorio fueguino durante el siglo que estudiamos. Y como tantas veces en la historia, nos preguntamos qué otra cosa podría haber pasado en ese lugar, en esa época y en un clima de ideas como las que estaban instaladas en esa época entre los grupos gobernantes.

Los viajeros que llegaron a los canales estaban convencidos de que su civilización era superior y de que imponiéndosela a los indios hacían un bien. A diferencia de la conquista de las Antillas o de México, aquí nadie pretendió reducir a servidumbre a los fueguinos sino todo lo contrario; viajeros y misioneros pensaban que la educación europea, la ropa, el trabajo y el agua del bautismo liberarían a los indios, esclavos de la ignorancia y los harían más sanos, más limpios, más buenos y más felices. Para algunos, también se les abrirían las puertas del Paraíso.

Los misioneros salesianos pensaron lo mismo: educación, civilización, evangelización desembocaban en el camino virtuoso hacia la felicidad y la salvación del indio, y a pesar de algunas diferencias, no estaban tan lejos de lo que proponían los anglicanos.

Lucas Bridges y Gusinde fueron hombres del Siglo XX. Probablemente menos ingenuos que los que vinieron antes. Y abogaron por la protección de los indios, pero era demasiado tarde. Y los hombres sa-

bios y prudentes que gobernaban desde Buenos Aires estaban demasiado ocupados para contestar sus desesperados reclamos. En definitiva, todo salió mal.

Pero lo dramático, es que todos los protagonistas que estudiamos, querían sinceramente hacer el bien, y muchos de ellos amaban, si se me permite usar este verbo tomado de la tradición religiosa, sinceramente a los aborígenes. Claro, los amaban como ellos pensaban que se debía amar, les deseaban el bien, pero tanto fue su deseo que intentaron promover un cambio radical en sus usos y costumbres que acabó precipitando la desaparición del grupo “amado”.

Así fue que los indios, debilitados, confundidos, diezmados, resignados, no pudieron ofrecer ningún tipo de resistencia contra los estancieros, que tal vez no se sentirían mucho más “malos” que personas de tan exquisita cultura como Sarmiento o Mansilla (no el de los ranqueles sino el que en el Congreso proponía dejar que los indios se extinguieran por su propia lasitud)¹²²

El exterminio de los aborígenes fueguinos es una de las páginas más horrendas de nuestra historia, y también una de las menos conocidas. No eran más que indios, por lo que, a diferencia de los grandes genocidios del Siglo XX, su desaparición no interesa mayormente. Quizá porque se trataba de los seres de quienes Darwin había hablado de sus repugnantes cataduras y de que costaba creer que fueran seres humanos y habitantes de este mismo mundo. O acaso porque posiblemente el único acuerdo que tuvieron Rosas y Sarmiento estaba relacionado a su exterminio. O porque después de las grandes catástrofes, muchos apuestan al silencio como bálsamo para que cicatricen las heridas.

El ganado de los hacendados paca sobre las praderas que alguna vez recorrieron los selk'nam; los hijos de los hacendados lo administran desde sus oficinas en Buenos Aires, o más allá. Los buenos sacerdotes gestionan los colegios de la zona y educan a su juventud, y aunque sostienen interesantes museos como

¹²² En el debate sobre la ley de colonización indígena presentado por el Poder Ejecutivo en las sesiones legislativas de 1885, al referirse a qué hacer con las tribus de indios que entonces se estaban entregando voluntariamente, el ministro de guerra se pregunta: “si rechazamos a esos indios, si los asesinamos, si los mantenemos en guerra perpetua; o si se hacen los sacrificios necesarios para amansarlos, domesticarlos, civilizarlos gradualmente, para que se incorporen a nuestra civilización [...] Este es el problema, ¿qué se hace con estos hombres? Creo que ningún diputado pediría que se los mate”. A lo que Mansilla responde: Yo no diría eso, “pero sí que se los elimine, por el mismo procedimiento seguido hasta aquí. ¿Dónde están los indios de las Pampas? Han desaparecido. Estos otros irán desapareciendo también” (Diputados, 1885: 519). El exquisito dandy a quien su tío y los ranqueles habían hecho famoso, no encontraba mejor propuesta que no matar a los indios sino eliminarlos o hacerlos desaparecer. (en MASES, E., 2002: 149)

los de La Candelaria, Punta Arenas, Puerto Natales y Estancia Harberton, no tengo noticia de que los indios ocupen un lugar destacado en su currículum. Después de todo, hacendados y sacerdotes coincidieron en que la culpa del exterminio de los indios la tenían los propios indios. Entonces, ¿para qué insistir? El suicidio siempre ha sido una muy oportuna herramienta para mantener la paz social.

Concluyo: Estudiamos las reacciones que provocaron los indios fueguinos en seis exploradores de la zona. Eran hombres de mar, científicos, misioneros, hacendados, sacerdotes y antropólogos, protestantes, católicos y agnósticos, bien predispuestos hacia los indios pero con diferentes preconceptos para observarlos. Entre todos, cubren un siglo de historia, el que va desde un momento de pleno desarrollo de la civilización indígena en Tierra del Fuego hasta la virtual extinción de su gente. Trataron de darles algo porque pensaban que tenían algo bueno que compartir, pero poco pudieron hacer, cuando no fueron acciones definitivamente funestas.

Un párrafo sobre el otro actor de la tragedia, no precisamente de reparto: el Estado argentino. ¿Hizo algo por evitar la hecatombe?, o, mejor dicho, ¿se enteró de que una parte no despreciable de los naturales de su territorio morían sin remedio? Ejercer la soberanía sobre un territorio y las personas que allí viven implica una responsabilidad jurídica, moral y material que el Estado argentino no asumió.

Nos queda por conjeturar qué habría pasado si ellos no hubieran nunca desembarcado en Tierra del Fuego. Seguramente el exterminio de los indios hubiera igualmente ocurrido porque ni los virus ni los cazadores de indios necesitan el amparo de una cruz o una bandera para avanzar. Pero quizá si no hubiera habido un Bridges o un Lawrence hoy no quedaría ni un solo anciano orgulloso de portar algo de sangre yagana, y si no hubiera habido una misión de La Candelaria o una estancia Viamonte, hoy no habría descendientes de onas tratando de recuperar algunas de sus costumbres ancestrales. Y si no hubiera existido un padre Gusinde compartiendo fogones con los viejos indios, la ciencia antropológica tendría importantes lagunas reclamando a los investigadores modernos.

Y la Tierra del Fuego sería una tierra sin leyendas, sin una historia conocida y todavía en la búsqueda de sus mitos fundacionales.

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVOS CONSULTADOS

ARCHIVO CENTRAL SALESIANO, Buenos Aires

ARCHIVO DEL MUSEO DEL FIN DEL MUNDO, Ushuaia

MINISTERIO DEL INTERIOR: *Memorias de los gobernadores del Territorio Nacional de Tierra del Fuego (1885-1911)*

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Boletines Salesianos (años 1887-1911)

Karu-Kinka (revista del Instituto de Investigaciones Tierra del Fuego), números 1 a 26, 1977 a 1980.

Revista Anales de la Sociedad Científica, Coni, Buenos Aires, 1882, T. II.

Revista Argentina Austral (varios tomos de 1929 a 1968)

South American Missionary Society Records (1844-1919) Hay versión digital en:

<http://www.britishonlinearchives.co.uk/shop.php#BrAW>

FUENTES DOCUMENTALES ÉDITAS

ALVARADO PÉREZ, Margarita, ODONE CORREA, Carolina, MATURANA DÍAZ, Felipe y FIORE, Danae (eds.) 2007: *Fueguinos: Fotografías siglos XIX y XX. Imágenes e imaginarios del fin del mundo*. (Investigación y recopilación Proyecto Fondecyt), Ed. Pehuén, Santiago de Chile.

BIALET MASSE, Juan, [1904] 2010: *Informe sobre el Estado de las Clases Obreras Argentinas*, Ministerio de Trabajo, Provincia de Buenos Aires, 2 vols.

BOSCO, Juan, [1877?], 1986: *La Patagonia y las tierras australes del continente americano*. Bahía Blanca, Archivo Histórico Salesiano de la Patagonia Norte.

BOSCO, Juan, 1946 (publicación póstuma): *Memorias Biográficas de San Juan Bosco*, recopiladas por los sacerdotes Lemoyne, Amadei y Ceria, SDB. Società Editrice Internazionale, Torino. disponible en: <http://www.dbosco.net/mb/>

BRIDGES, E. Lucas [1949], *Uttermost part of the Earth*,: Hodder & Stoughton, Londres. Las citas fueron tomadas de la edición castellana *El último confín de la tierra*, Marymar, Buenos Aires, 1978.

BRIDGES, Thomas [1869-1886], 1998: *Los Indios del Último Confín (Sus escritos para la South American Missionary Society)*. Zagier & Urruty Publications, Ushuaia.

CANCLINI, Arnoldo, 2009: *Indios Fueguinos: Vida, costumbres e Historia*. Editorial Dunken, Buenos Aires.

CHAPMAN, A., Anne, 2008: *Fin del Mundo: Los selk'nam de Tierra del Fuego*. Zagier & Urruty Publications, Buenos Aires.

- CHENÚ, Roberto**, -transcripción y notas- 2009: *Diario de la Misión de N.S. de La Candelaria en Río Grande desde 1896 hasta 1904*, Ed. del Autor, Río Grande.
- CONGRESO DE LA NACIÓN:** *Diarios de sesiones de la H. Cámara de Diputados de la Nación y Diarios de Sesiones de la H. Cámara de Senadores*.
- COPELLO, Santiago Luis**, 1945: *Gestiones del Arzobispo Aneiros a favor de los indios hasta la conquista del desierto*. Coni, Buenos Aires.
- DARWIN, Charles** [1839], 2009: *Diario del Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo (4 T)*. El Elefante Blanco, Buenos Aires.
- DARWIN, Charles** [1929] 2006: *Autobiografía*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- DE AGOSTINI, Alberto** [1956], 2005: *Treinta Años en Tierra del Fuego* Ed. El Elefante Blanco, Buenos Aires.
- EIZAGUIRRE, José Manuel**: [1897] 2001: *Tierra del Fuego: Recuerdos e impresiones de un viaje al extremo austral de la República*. Zaguier & Urruty Publications, Ushuaia.
- ESPINOZA, Antonio**, 1939: *La Conquista del Desierto. Diario del capellán de la expedición de 1879*. Cía Impresora Argentina, Buenos Aires.
- FALKNER, Thomas S.J.**, [1774], 2004.: *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Ediciones Taurus, Buenos Aires.
- IORE, Danae y VARELA, María Lydia**, 2009: *Memorias de Papel: una arqueología visual de las fotografías de pueblos originarios fueguinos*, Editorial Dunken, Buenos Aires.
- FITZ-ROY, Robert**, [1ª ed. Inglesa: 1839], 2009: *Viajes del Adventure y el Beagle (4 T.)*, Zagier & Urruty Publications, Buenos Aires.
- FITZ-ROY, Robert**, [1839], 2016: *Los viajes del Beagle. Informes de la Segunda Expedición (1831-1836)*, Eudeba, Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo, Buenos Aires.
- GALLARDO, Carlos**, 1910: *Los Onas*, Cabaut y Cía Editores, Buenos Aires.
- GOODALL, Rae Natalie Prosser**, 1984: "Bridges". Capítulo dedicado a la familia Bridges en *Ushuaia, Centenario de una ciudad argentina*.
- GUILLOT, Víctor Juan**, 1936: *Paralelo 55*, Editorial Sol, Buenos Aires.
- GUSINDE, Martín** [1951], 2003: *Los fueguinos*, Biblioteca Virtual Universal, Buenos Aires, disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/89349.pdf>.
- GUSINDE, Martín**, [1924] 1979: *Expedición a Tierra del Fuego*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- GUSINDE, Martín**, 2009: "El mundo espiritual de los Selk'nam", en *Los indios de Tierra del Fuego*, Comunidad Serindígena, Santiago de Chile
- KING, Philip P.**, [1839], 2009: *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S.M. "Adventure" y "Beagle" en los años 1826 a 1834*. Zagier & Urruty Publications, Buenos Aires.
- LISTA, Ramón** [1887], 1998: "Viaje al País de los Onas", en *Obras, T. 2. (1887-1897)*, Editorial Confluencia, Buenos Aires.
- MALDONADO, Margarita Angélica**, 2014: *Entre dos mundos: pasado y presente de los habitantes selk'nam-haus de Tierra del Fuego*. Editorial Cultural Tierra del Fuego, Ushuaia.

- MANSILLA, Lucio V.** [1875], 2004: *Una excursión a los indios ranqueles* Ediciones Agebé, Buenos Aires.
- MARTIAL, Louis-Ferdinand**, 2005: *Misión al Cabo de Hornos (julio 1882-septiembre 1883)*, Zagier & Urruty Publications, Ushuaia.
- MARTINIC B., Mateo**, 2007: *Imaginario y Realidad Geográficos Fueguinos: De Schouten a De Agostini, la Evolución de la Representación Cartográfica*, presentado en las II Jornadas Historiográficas de Magallanes y Tierra del Fuego, Ushuaia.
- MIGONE, Mario**, 1935: *Un héroe en la Patagonia. Apuntes biográficos de José María Fagnano*. Librería del Colegio Pío IX, Buenos Aires.
- MORENO, Francisco P.** 1989: *Viaje a la Patagonia Austral 1876-1877*, Ed. Solar, Buenos Aires.
- MORENO, Francisco P.**, 1979: *Reminiscencias de Francisco P. Moreno (versión propia documentada recopilada por Eduardo V. Moreno)*. Eudeba, Lucha de Fronteras con el Indio, Buenos Aires.
- MORENO, Mariano**, atribuido a M.M. [1810], 1965: *Plan Revolucionario de Operaciones*, Plus Ultra, Buenos Aires.
- PAYRÓ, Roberto** [1898], 1985: *La Australia Argentina* Hyspamérica, Biblioteca de Nuestro Siglo, Buenos Aires.
- POPPER, Julio** [1897], 2003: *Atlanta (Proyecto para la fundación de un pueblo marítimo en Tierra del Fuego y otros escritos)* Eudeba, Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo, Buenos Aires.
- ROJAS, Ricardo**, [1934], 2012: *Archipiélago (Tierra del Fuego) SüdPol* Ediciones, Ushuaia.
- ROSAS, Juan Manuel** (s/f) [1833/34]: *Diario de la Expedición al Desierto*. Ediciones Pampa y Cielo,
- SARMIENTO, Domingo F.** [1844], 2011: "Artículos Críticos i Literarios". En *Obras Completas*, T. II. Versión digital de Ed. Todo es Historia, Buenos Aires.
- SERRANO FILLOL, Alberto**, 2006: *Memorias recientes de la región del Cabo de Hornos*. Fondo del Desarrollo de la Cultura y las Artes, Punta Arenas, Chile.
- STAMBUK, Patricia** (2011): *Rosa Yagán Lakutaia Le Kipa*, Pehuén Editores, Biblioteca del Bicentenario, Santiago de Chile.
- VARGAS FILGUEIRA, Víctor**, 2017: *Mi Sangre Yagán*. Editora Cultural Tierra del Fuego, Ushuaia.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ALIAGA ROJAS, Fernando**, 2000: *La Misión Salesiana en Isla Dawson (1889-1911)*, Editorial Don Bosco, Santiago de Chile
- ALONSO MARCHANTE, José Luis**, 2014: *Menéndez, Rey de la Patagonia*, Losada, Buenos Aires
- BALDASARE, Carlos**: *Los Salesianos en la Colonización de Río Grande, Tierra del Fuego*. II Congreso Regional de Historia, Villa Regina, noviembre de 1992. Impreso por "Ateli Ltda", Punta Arenas, Chile.
- BASCOPE JULIO, Joaquín**, (2011): "Bajo tuición. Infancia y extinción en la historia de la colonización fueguina. (Sentidos coloniales II) », en *Revista Corpus, Archivos virtuales de la alteridad americana*, Nº 1, enero-junio 2011.
- BASCOPE JULIO, Joaquín**, 2013: "Emergencia de una sociedad original en *El último confín de la Tierra* ». Sentidos coloniales IV, *Revista Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. En <http://nuevomundo.revues.org/64974>

- BECHIS, Marta**: 2001: "De hermanos a enemigos: los comienzos del conflicto entre los criollos republicanos y los aborígenes del área Arauco-pampeana, 1814-1818", en **BANDIERI, Susana** (coord.): *Cruzando la Cordillera...: La frontera argentino-chilena como espacio social*, CEHIR, Facultad de Humanidades, Universidad del Comahue, Neuquén.
- BELZA, Juan E., SDB**, 1973: "Capelo: el oná guerrillero". en *Karukinka*, 1973, n°5, p. 17-30.
- BELZA, Juan E., SDB**, 1974.: *En la Isla del Fuego (Tomo I)*, Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, Buenos Aires.
- BELZA, Juan E., SDB**, 1975.: *En la Isla del Fuego (Tomo II)*, Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, Buenos Aires.
- BELZA, Juan E., SDB**, 1977.: *En la Isla del Fuego (Tomo III)*, Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, Buenos Aires.
- BLENGINO, Vanni** , 2005: *La zanja de la Patagonia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- BORGATELLO, Maggiorino, SDB**. (1930): *Mons. Fagnano, Prefetto Apostolico della Patagoia e della Terra del Fuoco*, Scuola Tipografica Salesiana, Torino.
- BRAUN MENÉNDEZ, Armando** 1971: *Pequeña Historia Fueguina*, Ed. Francisco de Aguirre, Santiago de Chile.
- BRIONES, Claudia y LENTON, Diana** , 1997: "Debates parlamentarios y Nación: la construcción discursiva de la inclusión / exclusión de los indígenas", *Actas de las III Jornadas de Lingüística Aborigen*. Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A., Buenos Aires.
- BROWN, Eugene**: "The Dreams of St John Bosco", *Journal of Salesian Studies* 12 (2004), no. 2, pp. 321-348)., disponible en <http://www.bosconet.aust.com/DBD.html#ftn.d0e165>
- BRUNO, Cayetano, SDB**. 1991: *Semblanzas Misioneras de la Patagonia, Tierra del Fuego y Malvinas*; Ed. Discalia, Rosario.
- CANCLINI, Arnoldo (comp)**, 1984: *Ushuaia1884-1984, Centenario de una ciudad argentina*, Asociación Hanis, Ushuaia.
- CANCLINI, Arnoldo**, 1980: *Thomas Bridges, pionero en Ushuaia*, Marymar, Buenos Aires.
- CANCLINI, Arnoldo**, 1999: *Navegantes, presos y pioneros en la Tierra del Fuego*. Ed. Planeta, Buenos Aires.
- CANESI, Jean**, 1998: "Paz en las armas, paz en las almas. La conquista del Desierto", en **SCHNEIER MADANES, Graciela (dir)**: *Patagonia, una tormenta de imaginario*. Edicial, Buenos Aires.
- CANTATORE DE FRANK, Norma M.** 2006: *Indígenas y Misioneros en la Tierra del Fuego; Editorial Dunken*, Buenos Aires.
- CASALI, Romina**, 2008: "Contacto Interétnico en el Norte de Tierra del Fuego. Primera Aproximación a las Estrategias de Resistencia de los Selk'nam", en Revista *Magallania*, Vol. 36(2):45-61, Punta Arenas, Chile.
- CAVIGLIA, Sergio**, 2015: *Malvinas: Soberanía, Memoria y Justicia. Vol. II: Balleneros, Loberos y Misioneros*, Gobierno del Chubut, Ministerio de Educación, Rawson.
- CHAPMAN, A., Anne**, 1998: *Los Selk'nam: La vida de los onas*. Emecé Editores, Buenos Aires.
- CHAPMAN, A., Anne**, 2009 : *Darwin en Tierra del Fuego*. Emecé, Buenos Aires.

- DE MARCO, Miguel Angel**, 2010: *La guerra de la Frontera (Luchas entre indios y blancos 1536-1917)*, Emecé, Buenos Aires.
- DEL RIO, Walter Mario**, 2010: *Memorias de Expropiación: Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia 1872 – 1943*, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, Bernal.
- DEL RIO, Walter Mario**, 2002: "Indios amigos, salvajes o argentinos. Procesos de construcción de categorías sociales en la incorporación de los pueblos originarios al estado-nación (1870-1885)". En **NACUZZI Lidia** (comp.) *Funcionarios, diplomáticos, Guerreros. Miradas hacia el otro en pampa y Patagonia.*, Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris**: 2000: *Historia de la Iglesia Argentina, desde la Conquista hasta fines del Siglo XX*, Mondadori, Buenos Aires.
- ENTRAIGAS, Raúl A., SDB**, 1945: *Monseñor Fagnano, El hombre, el misionero, el Pioneer*. Editorial S.E.I., Buenos Aires.
- ENTRAIGAS, Raúl A., SDB**, 1992: *Los Salesianos en la Argentina*, Plus Ultra, Buenos Aires.
- GARCÍA, Juan Agustín** [1912], 1987: *Las guerras civiles argentinas*. Eudeba, Buenos Aires.
- GERCHUNOFF, Pablo y LLACH, Lucas**, (2018): *El ciclo de la ilusión y el desencanto (Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días)*, Crítica, Buenos Aires
- GIBERTI, Horacio**, 1979: *Historia económica de la Ganadería Argentina*. Solar-Hachette, Col. Dimensión Argentina. Buenos Aires.
- GOODALL: Rae Natalie Prosser**, 1978: *Tierra del Fuego*. Ediciones Shanamaüm, Buenos Aires – Ushuaia.
- GUTIÉRREZ, Oscar Domingo**, 1999: *Los Selk'nam, ausencias y presencias, s/e*, Punta Arenas (Chile).
- HORA, Roy**, 2010: *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.
- INDA, Enrique S.**, 2004: *El exterminio de los Onas*, Cefomar Editora, Buenos Aires.
- LACOSTE, Pablo** (2003): *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LENTON, DIANA**, 1992: "Relaciones interétnicas: derechos humanos y autocrítica en la generación del 80", en **RADOVICH. Juan Carlos y BALAZOTE, Alejandro**: *La problemática indígena. Estudios antropológicos sobre pueblos indígenas de la Argentina.*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- LENTON, Diana**, 1994: *La imagen en el discurso oficial sobre el indígena de pampa y Patagonia y sus variaciones a lo largo del proceso histórico de relacionamiento: 1880-1930*. Tesis de Licenciatura. Universidad de Buenos Aires, Departamento de Ciencias Antropológicas.
- LENTON, Diana**, 1997: "Los Indígenas y el Congreso de la Nación Argentina: 1880-1976". Publicado originalmente en *Revista NAYa*, Año 2, Número 14, junio.
- LENTON, Diana**. 1999: "Los dilemas de la ciudadanía y los indios-argentinos: 1880-1950", en *Antropología y Ciencias Sociales* Nº 8, Colegio de Graduados en Antropología, Buenos Aires.
- LENZI, Juan Hilarión**, 1967: *Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur*. Ed. Progreso, Buenos Aires.
- LEWIN, Boleslao**, 1974: *Quién fue el conquistador patagónico Julio Popper*; Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.
- LISCHETTI, Mirtha** (comp.) 2014: *Antropología*, Eudeba, Buenos Aires

- LUIZ, María Teresa y SCHILLAT, Monika**, 1998: *Tierra del Fuego: Materiales para el estudio de la Historia Regional*. Editorial Fuegia, Ushuaia.
- LYNCH, John** 1987: *Juan Manuel de Rosas*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- MANDRINI, Raúl**, 2012: *Argentina Aborigen*, Siglo XXI Editores, Biblioteca Básica de Historia, Buenos Aires.
- MARTÍNEZ SARASOLA, Carlos**, 2012: *La Argentina de los Caciques (o el país que no fue)*, Del Nuevo Extremo, Buenos Aires.
- MARTÍNEZ SARASOLA, Carlos**, [1992], 2012: *Nuestros paisanos los Indios*_Del Nuevo Extremo, Buenos Aires, 2ª Edición, corregida y aumentada.
- MASES, Enrique Hugo**, 2002: *Estado y cuestión indígena*, Prometeo Libros/Entrepassados, Buenos Aires.
- MASSA, Lorenzo SDB.**: (1945) *Monografía de Magallanes (Sesenta años de acción salesiana en el Sur 1886-1946)* Escuela Tipográfica del Instituto Don Bosco, Punta Arenas.
- MASTROSCHELLO, Miguel A.**, 2008: *Le Economía del Fin del Mundo*, De los Cuatro Vientos Editorial, Buenos Aires.
- NAVARRO FLORIA, Pedro**, 2001: "El Salvaje y su Tratamiento en el Discurso Político Argentino sobre la Frontera Sur", en *Revista de Indias*, 2001, vol LXI, núm. 222.
- NAVARRO FLORIA, Pedro**, 2002: "La Construcción ideológica de la Patagonia: El Discurso Público, 1853-1879", en *Actas del II Congreso Regional de Historia del Neuquén*, Junín de los Andes (Neuquén).
- NICHOLS, Peter**, 2003: *La Sombra de Darwin (Historia de Fitz-Roy, el capitán que llevó a Darwin a bordo del HMS Beagle en un viaje que cambió la historia de la ciencia)*, Emecé – Hechos reales, Buenos Aires.
- NICOLETTI, María Andrea**, 2006: "Los salesianos y la polémica por el exterminio de los selk'nam", en *Revista Antropológica/Año XXIV, N.º 24*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima,
- NICOLETTI, María Andrea**, 2004: "Don Bosco "sueña" la Patagonia", en *Revista Todo es Historia N° 449*, Buenos Aires, 12/2004.
- NICOLETTI, María Andrea**, 2008: *Indígenas y Misioneros en la Patagonia*, Ediciones Continente, Buenos Aires.
- ODONE, Carolina y PURCELL, Andrea**: "El Espacio de La Misión de San Rafael y su Fotografía (Isla Dawson, Tierra del Fuego, 1889-1911)", *Revista Chilena de Antropología Visual, N° 6*, Santiago, diciembre 2005.
- ORQUERA, Luis Abel y PIANA, Ernesto Luis**, 1999: *La Vida material y social de los yagán*; Eudeba, Instituto Fueguino de Investigaciones Científicas, Buenos Aires.
- PALERMO, Miguel Angel**, 2000: "A través de la frontera: Economía y sociedad indígena en el tiempo colonial hasta el siglo XIX", en *Nueva Historia Argentina, T. I* (dir. Miriam Tarragó), Ed. Sudamericana, Buenos Aires,
- PEREZ GUILHOU, Dardo** 1966 : *Las Ideas Monárquicas en el Congreso de Tucumán*. Ed. Depalma, Buenos Aires.
- PESTALARDO, Alberto Silvio M.** (2006) "La condición jurídica de los indígenas en la Argentina a fines del s. XIX y comienzos del XX, vista a la luz de un caso jurisprudencial". Publicado en la *Revista de la Asociación de Magistrados y Funcionarios de la Justicia Nacional, n° 41/42 (julio-diciembre)*
- PORTAS, Julio Aníbal**, 1967: *Malón contra malón (La solución final del problema del indio en la Argentina)*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires.
- PRATT, Mary Louise** 1997: *Ojos Imperiales (Literatura de viajes y transculturación)*. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

- RATTO, Silvia María**, 2013: "La frontera y el mundo indígena", en **TERNAVASIO, Marcela** (dir.): *Historia de la Provincia de Buenos Aires. De la Organización Provincial a la Federalización de Buenos Aires (1821-1880)*. Edhasa. Buenos Aires.
- ROSEMBLAT, Angel**, 1954: *La población y el mestizaje en América*, Nova, Buenos Aires.
- SALVATORE, Ricardo D.** 2012.: *De la ficción a la historia: El fusilamiento de indios de 1836*. Trabajo presentado en las XII Jornadas de Historia, Universidad Torcuato Di Tella: Conquistas americanas: Territorios, poblaciones y violencia, 12/2012.
- SCHOO LASTRA, Dionisio** [1928] , 1957: *El Indio del Desierto – 1535-1879* Ediciones Meridion, Buenos Aires.
- SEGRETI, Carlos** 1987: *Temas de Historia Colonial (Comercio e Injerencia Extranjera)*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- SEIGUER, Paula**, 2006: "¿Son los anglicanos argentinos? Un primer debate sobre la evangelización protestante y la nación", en *Revista Escuela de Historia. Versión on-line ISSN 1669-9041, Salta, ene/dic 2006*
- SOMOSO. L.**: 2007: "Antropología social inglesa": *La Teoría Funcionista*", en Luchetti, M (comp.) *Antropología*, Eudeb, Buenos Aires
- TODOROV, Tzvetan** [1982], 2008: *La Conquista de América: El problema del otro* , Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- TORRE, Claudia** (Estudio preliminar y selección de textos), 2011: *El otro desierto de la Nación Argentina – Antología de narrativa expedicionaria*, Universidad Nacional de Quilmes Editora, Bernal.
- TSCHIFFELY, Aimé** [1953] 2014: *El hombre de la Bahía del Pájaro Carpintero – La vida de Lucas Bridges*. Editorial SúdPol, Ushuaia.
- VARELA, Gladys y MANARA, Carla**: "Tiempos de transición en las fronteras surandinas: de la colonia a la República", en **BANDIERI, Susana** (coord.): *Cruzando la Cordillera...: La frontera argentino-chilena como espacio social*, CEHIR, Facultad de Humanidades, Universidad del Comahue, Neuquén, 2001.
- VIÑAS, David** [1982], 1983: *Indios, Ejército y Frontera Siglo Veintiuno* Editores, Buenos Aires, 2da. Edición.
Voice of Pity (Revista de la South American Missionary Society), números entre 1854 y 1862.
- WALTHER, Juan Carlos**, 1973: *La Conquista del Desierto*. Eudeba – Lucha de frontera con el indio. Buenos Aires.
- ZIGON, Ana Teresa**, 1986: "El marco ideológico de la Campaña del Desierto", en *Revista Todo es Historia* Nº 232; Buenos Aires, 9/ 1986.

FUENTES LITERARIAS

- ALVAREZ, José S.** (Fray Mocho) 1960: *En el Mar Austral*, Eudeba, Serie del Siglo y Medio, Buenos Aires.
- CAMBACERES, Eugenio**, [1887], 2009: *En la Sangre*. Colección Ombú, Grafico, Buenos Aires.
- EICHEVERRÍA, Esteban** [1837],: *La Cautiva* cotejo de ediciones
- HERNÁNDEZ, José**: *El Gaucho Martín Fierro* [1872] y *La Vuelta de Martín Fierro* [1879], cotejo de ediciones
- OCANTOS, Carlos María**, 1985: *Quilito* [1899], Hyspamérica, Biblioteca del Nuevo Siglo, Buenos Aires.

RELATOS HISTÓRICOS

CANCLINI, Arnoldo, 1998: *El Fueguino. Jemmy Button y los suyos*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires

HAZLEWOOD, Nick, 2004: *Salvaje, Vida y tiempos de Jemmy Button*. Edhasa, Tierra incógnita, Barcelona.

IPARRAGUIRRE, Sylvia, 1998: *La tierra del fuego*, Alfaguara, Buenos Aires.

NICHOLS, Peter, 2003: *La sombra de Darwin*. Emecé, Buenos Aires.

THOMPSON, Harry, 2007: *Hacia los confines del Mundo. [Historia de Fitz-Roy, sus viajes a los canales australes y su actuación pública posterior]* Ed. Salamandra , Buenos Aires.

AGRADECIMIENTOS

Al concluir con este trabajo, deseo dejar sentado mi agradecimiento a las siguientes personas, que de una u otra manera colaboraron –y en algunos casos fueron imprescindibles- para la elaboración del mismo.

En primer lugar, a la Dra. Francis Korn, mi directora de tesis, quien me impulsó a escribirla, me convenció de que no era imposible y me instó a trabajar con los criterios con los que me sentía cómodo y claro independientemente de lo que aconsejara la jerga académica.

A las Dras. Monika Schillat y María Teresa Luiz, historiadoras de Tierra del Fuego, quienes me guiaron por las particularidades problemáticas de la historia regional.

Al Lic. Ernesto Piana, del Centro Austral de Investigaciones Científicas del CONICET, quien me facilitó material que nadie como él conocía acerca de las sociedades indígenas

A la Dra. Estela Mansur, del mismo instituto, con quien mantuve largas conversaciones, leyó los originales y me orientó en una serie de temas que, si bien ya han sido arbitrados por la Academia, me sugirió que es posible mirarlos desde otro punto de vista.

Principalmente a la memoria de la Dra. Natalie Goodall, casada con un descendiente de Thomas Bridges y conservadora hasta el día de su muerte de la Estancia Harberton y de la memoria de la familia. Si no fuera por ella difícilmente me hubiera interesado tanto en la historia de la primera familia europea de la Tierra del Fuego y probablemente no me hubiera contagiado la admiración por la figura de Lucas Bridges.

A la memoria del Dr. Arnoldo Canclini, gracias a quien conocí la historia de los misioneros anglicanos en la Tierra del Fuego y más tarde tuve oportunidad de conversar largamente con él y de que me corrigiera diversos borradores sobre el tema, además de impulsarme insistentemente para que terminara este trabajo.

Al maestro Roberto Chenú, paciente caminador del norte de la provincia, quien me facilitó material inédito sobre la misión de Río Grande y, en amistosas conversaciones, me ayudó a desacralizar la historia de la congregación.

Al Dr. Ricardo Salvatore. Fue profesor mío durante la cursada de esta maestría y me enseñó a mirar con humildad y respeto historias aparentemente marginales de personas más marginales aún. Luego, leyó los primeros borradores de este trabajo y me hizo valiosas (y numerosas) críticas.

Al Dr. Luis Alberto Orquera, de la Asociación de Investigaciones Antropológicas (de la que es director) en colaboración con el Centro Austral de Investigaciones Científicas (CONICET) de Ushuaia, quien me facilitó la colección completa del Boletín de la “Sociedad Misionera Sud Americana” en una de los contadísimos ejemplares que hay en nuestro país.

A la Sra. Surrestarazu, de la Biblioteca y Archivo Central Salesiano, quien me orientó en la búsqueda de material allí guardado.

A la Sra. Carla Betanzo, de la Biblioteca y Archivo del Fin del Mundo, de Ushuaia, quien me orientó en la búsqueda de material allí guardado.

A la Sra. Silvia Zanni de Onganía, de la Biblioteca Sarmiento de Ushuaia, quien me orientó en la búsqueda de material insólito allí guardado y me permitió fotocopiarlo.

A la Prof. Sandra Gioia, poeta, escritora y docente de Tierra del Fuego. Escuchar sus viñetas fueguinas en clave de bosques mágicos y ciudades encantadas me insinuó caminos novedosos por donde orientar mi búsqueda.

A la pintora Mónica Alvarado, la más fueguina de las artistas plásticas. Su obra fue una invitación a poner en palabras lo que ella sugería con sus pinceladas.

Al Dr. Sergio Caviglia, antropólogo e investigador afincado en la provincia de Chubut, quien me facilitó bibliografía sobre Lucas Bridges y sobre la pre-historia de la misión anglicana y con quien tuvimos varios amagues de polémica que me sirvieron como estímulo para terminar este trabajo. Le agradezco también su estudio sobre las mantas tehuelches, que me sirvieron para mirar críticamente alguna de las fotografías de este estudio.

Y finalmente pero por encima de todo, a quienes me acompañaron en esta empresa, mi esposa María Celia y mi hija Sol.

Buenos Aires, julio de 2018.